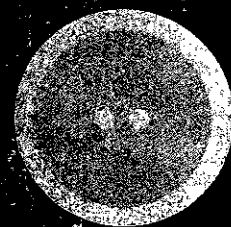




Historia de la comuna



ediciones
de bolsillo

P. O. Lissagaray

Editorial Estela

H. Prosper-Olivier Lissagaray

Historia de la Comuna

Vol. I

Introducción de
Francesc Bonamusa

editorial estela/barcelona

La edición original francesa fue publicada con el título de *Histoire de la Commune de 1871*. La actual edición castellana ha sido revisada de acuerdo con el primer texto francés, editado en Bruselas el año 1876.

Traducción de WENCESLAO ROCES

Revisión de FRANCESC CUSÓ

© by Editorial Estela, S. A.

Cubierta de Enric Satué

Primera edición, marzo 1971

Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta), Editorial Estela, S. A., Avda. José Antonio, 563, Barcelona-11

Impreso en Romanyà-Valls, Capellades (Barcelona)

Depósito legal: B. 46.056-1970 (1)

Índice

VOLUMEN I

Introducción 11

Primera parte: EL DESASTRE

CAPÍTULO I.

Prólogo del combate. — El derrumbamiento del Segundo Imperio. — Francia antes de la guerra 33

CAPÍTULO II.

Cómo los prusianos se apoderaron de París y los rurales de Francia 81

CAPÍTULO III.

Primeros ataques de la coalición contra París. — Los batallones de la guardia nacional se federan y se incautan de sus cañones. — Los prusianos entran en París 131

CAPÍTULO IV.

Los monárquicos abren el fuego contra París. — Se constituye el Comité Central. — Thiers ordena el asalto 143

Segunda parte: LA COMUNA

CAPÍTULO V.

El 18 de marzo 155

CAPÍTULO VI.

El comité Central convoca a los electores. — Los alcaldes de París y los diputados del Sena se alzan contra aquél 167

CAPÍTULO VII.

El Comité Central se proclama, reorganiza los servicios y se adueña de París 179

CAPÍTULO VIII.

Los alcaldes, los diputados, los periodistas y la Asamblea se lanzan contra París.—La reacción se enfrenta a los federados 187

CAPÍTULO IX.

El Comité vence todos los obstáculos y obliga a los alcaldes a capitular 197

CAPÍTULO X.

Proclamación de la Comuna 209

CAPÍTULO XI.

La Comuna en Lyon, en Saint-Etienne y en Le Creusot 215

CAPÍTULO XII.

La Comuna en Marsella, Toulouse y Narbona 225

CAPÍTULO XIII.

Primeras sesiones de la Comuna.—Deserción de los alcaldes y adjuntos 235

CAPÍTULO XIV.

Salida del 3 de abril.—Los parisienses son rechazados en todas partes.—Flourens y Duval asesinados.—Los versalleses asesinan a los prisioneros 247

CAPÍTULO XV.

La Comuna vencida en Marsella y Narbona 257

CAPÍTULO XVI.

Los grandes recursos de la Comuna.—Las debilidades de su consejo.—El Comité Central.—Decreto sobre los rehenes.—La Banca 269

CAPÍTULO XVII.

Los primeros combates de Neuilly y de Asnières.—Organización y derrota de los conciliadores 277

CAPÍTULO XVIII.

El manifiesto de la Comuna.—Las elecciones complementarias del 16 de abril hacen que surja una minoría.—Primeras disputas.—Gérmenes de derrota 287

CAPÍTULO XIX.

Los parisienses.—Suspensión de hostilidades para la evacuación de Neuilly.—El ejército de Versalles y el de París 297

CAPÍTULO XX.

Los servicios públicos: Hacienda, Guerra, Policía, Relaciones Exteriores, Justicia, Enseñanza, Trabajo y Cambio 309

CAPÍTULO XXI.

Los francmasones se unen a la Comuna.—Primera evacuación del fuerte de Issy.—Creación del Comité de Salud Pública 331

CAPÍTULO XXII.

Rossel sustituye a Cluseret.—Estallan las rivalidades.—Rencillas en la Comuna.—Rossel continúa la de Cluseret.—La defensa del fuerte de Issy 345

CAPÍTULO XXIII.

París bombardeado.—El fuerte de Issy sucumbe.—La Comuna renueva su Comité de Salud Pública.—Rossel huye 355

CAPÍTULO XXIV.

Las conspiraciones contra la Comuna 367

CAPÍTULO XXV.

La política de Thiers con las provincias.—La traición de la izquierda 375

CAPÍTULO XXVI.

Impotencia del segundo Comité de Salud Pública.—Son evacuados el fuerte de Vanves y el pueblo de Issy.—El manifiesto de la minoría.—La explosión

de la Avenida Rapp.—Cae derribada la columna Vendôme 387

CAPÍTULO XXVII.

París en vísperas de la muerte.—Versalles 397

VOLUMEN 2

Tercera parte: LUCHA A VIDA O MUERTE

CAPÍTULO XXVIII.

Los versallenses entran el domingo 21, a las tres de la tarde.—Se disuelve La Asamblea de la Comuna 7

CAPÍTULO XXIX.

El lunes, 22.—Los versalleses invaden los barrios del este.—París se alza 19

CAPÍTULO XXX.

Martes, 23.—Toma de Montmartre.—Las primeras matanzas en bloque.—Arde París.—La última noche del Hôtel-de-Ville 33

CAPÍTULO XXXI.

Miércoles, 24.—Los miembros de la Comuna evacúan el Hôtel-de-Ville.—Toma del panteón.—Los versalleses fusilan a los parisienses en masa.—Los federados fusilan a seis rehenes.—La noche del cañón 47

CAPÍTULO XXXII.

Jueves, 25.—Toda la orilla izquierda en manos de las tropas.—Muerte de Delescluze.—Los «brassardiers» activan la matanza.—La alcaldía del XI, abandonada 63

CAPÍTULO XXXIII.

La resistencia se concentra en Belleville.—El viernes, 26, son fusilados 48 rehenes en la calle Haxo.—El sábado, 27, es invadido todo el distrito XX.—Toma del Père-Lachaise.—El domingo, 28, termina la batalla a las once de la mañana.—El lunes, 29, se rinde el fuerte de Vincennes 77

Cuarta parte: LA VENGANZA

CAPÍTULO XXXIV.

La furia versallesa.—Los mataderos.—Los tribunales prebostales.—Muerte de Varlin.—La peste.—Los entierros 97

CAPÍTULO XXXV.

Los convoyes de prisioneros.—El invernadero.—Satory.—Las detenciones.—Los delatores.—La prensa.—La extrema izquierda maldice a los vencidos.—Manifestaciones en el extranjero 111

CAPÍTULO XXXVI.

Los pontones.—Los primeros procesos 127

CAPÍTULO XXXVII.

Los consejos de guerra.—Los suplicios.—Balance de las condenas 145

CAPÍTULO XXXVIII.

Nueva Caledonia.—El destierro 169

CAPÍTULO XXXIX.

La Asamblea de la desgracia.—El mac-mahonado.—Los indultos.—El gran regreso.—1896 189

Introducción

La Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.

KARL MARX

La guerra civil en Francia

H.P.O. Lissagaray y la bibliografía de la Comuna

La bibliografía de la Comuna de París es muy extensa y variada en sus interpretaciones. Todavía hoy, próximos a celebrar el centenario de su proclamación, los artículos, folletos y libros dedicados a esta primera experiencia de la clase obrera en el ejercicio del poder político tienen un gran interés. Son reeditadas las obras de los participantes en la Comuna y también las obras posteriores a la misma que desarrollan sus experiencias. Desde los escritos de Benoit Malon y K. Marx, pasando por los de Lenin y Trosky, ha sido la corriente socialista la que ha extraído más enseñanzas del movimiento de 1871; aunque la historiografía no marxista posterior a la Comuna ha sido, también, muy extensa.¹

1. Citemos entre las obras más interesantes las de Georges BOURGIN, *Histoire de la Commune*, París, 1907; *La Guerre de 1870-1871 et la Commune*, París, 1939; Maurice DOMMANGET, *Hommes et choses de la Commune*, Marsella, hacia 1937; Edouard Vaillant, *un grand socialiste (1840-1915)*, París, 1956; Henri GUILLEMIN, *L'héroïque défense de Paris (1870-1871)*, París, 1959; Heinrich KOECHLIN, *Die Pariser Commune im Bewusstsein ihrer Anhänger*, Mulhouse, 1950, trad. castellana, Buenos Aires, 1965; Guy de LA BATUT, *Les Pavés de Paris. Guide illustré de Paris révolutionnaire*, París, 1937; Albert OLLIVIER, *La Commune, Paris, 1939*, trad. castellana, Madrid, 1967; Edward S. MASON, *The Paris Commune. An Episode in the History of the Socialist Movement*, Nueva York, 1930.

A partir de la derrota de la Comuna, en mayo de 1871, aparecen en Francia, Inglaterra, Bélgica y Suiza, folletos y libros tanto de los partidarios del gobierno de Versalles como de los comuneros y adictos a la Comuna. Entre los escritores acérrimos enemigos de la Comuna destacan el mismo Thiers,² el general G. Vinoy³ y la conocida obra de Maxime Du Camp, *Les convulsions de Paris*.⁴ En estas obras los comuneros son presentados como agentes de los prusianos, bandidos y terroristas, y la Asociación Internacional de Trabajadores como la organizadora de la conspiración, todo ello con el fin de justificar la represión llevada a cabo por las fuerzas del orden durante la semana sangrienta que siguió al fracaso de la Comuna.

Entre los autores adictos a la Comuna y participantes en ella no existe un criterio uniforme en la interpretación y evaluación de los hechos. Las diferencias entre los federalistas y socialistas, y los republicanos son muy pronunciadas. En primer lugar, destacan las memorias de dirigentes como Elisée Reclus, Louise Michel y Jean Larocque.⁵

En segundo lugar, los relatos históricos de Gaston Da Costa, Charles Beslay, Benoit Malon, Arthur Arnould, Gustave Lefrançais y H. P. O. Lissagaray. El primero, formado políticamente en los medios estudiantiles revolucionarios del Barrio Latino, pertenecía al grupo blanquista y era uno de sus más jóvenes dirigentes. Colaboró con Raoul Rigault en la Comisión de Policía y Seguridad, y escribió *La Commune vécue*, publicada en París en 1903-1905.⁶ Ch. Beslay, que evolucionó desde un liberalismo burgués a un socialismo liberal, siguiendo a los prudhonianos, llegó a ser el delegado de

la Comuna ante el Banco de Francia y escribió *Mes souvenirs 1830-1848-1870*, y *La Verité sur la Commune*.⁷

A Benoit Malon se debe uno de los escritos más importantes para la comprensión del carácter proletario de la Comuna. *La troisième défaite du prolétariat français*.⁸ De oficio jornalero, se adhirió a la AIT, primero en la corriente prudhoniana y luego en la colectivista. Fue, junto con Varlin, uno de los que mantuvo organizada la sección francesa de la Internacional. Elegido diputado por la Asamblea Nacional, dimitió y se incorporó a la Comuna, destacando como miembro de la Comisión de Trabajo y Cambio. Después del fracaso huyó a Suiza y se adhirió al ala federalista de la Internacional. En 1880 regresó a Francia y fundó con el ex anarquista Paul Brousse⁹ el partido de los «posibilistas». Desde 1885 editó la «Revue Socialiste», y se fue aproximando a la tendencia dirigida por Marx.

La *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*¹⁰ se debe a Arthur Arnould. Esta obra fue utilizada por Stalin al elaborar su folleto *¿Anarquismo o Socialismo?* Arnould fundó el «Journal du Peuple» y fue elegido por el cuarto distrito del Comité de la Comuna. Al separarse de los republicanos se unió a la minoría socialista, adoptando los criterios federalistas. Huyó a Suiza. En el mismo país se refugió también Gustave Lefrançais, autor de *Étude sur le mouvement communaliste à Paris*, en 1871,¹¹ obra muy bien acogida por la Federación del Jura y por Kropotkin, en particular.

Finalmente, una de las obras más conocidas sobre la Comuna fue la de H. P. O. Lissagaray, titulada *Histoire de la Commune de 1871*, editada por Kistemaekers

2. *Notes et souvenirs (1870-1873)*, París, Calmann-Lévy 1901.

3. *Campagne de 1870-1871. L'armistice et la Commune. Opérations de l'armée de Paris et de l'armée de réserve*, París, Plon 1872.

4. París, Hachette 1878-1879, 4 vols.

5. Elisée RECLUS, *La Commune de Paris au jour le jour 18 mars-28 mai 1871*, París, Reinwald-Schleicher 1908.

Louise MICHEL, *Mémoires*, París, F. Roy 1886.

Jean LAROCQUE, *Souvenirs révolutionnaires*, París, Savine 1888.

6. En la editorial Ancienne maison Quantin, y en 3 vols.

7. La primera editada en París, Neuchatel y Bruselas, Sandoz et Fischbacher 1874. La segunda en Bruselas, Kistemaekers y en Neuchatel, Sandoz 1878.

8. Neuchatel, G. Guillaume fils, 1871.

9. Había pertenecido a la Federación del Jura y militaba en ella cuando Kropotkin ingresó en la misma (P. KROPOTKIN, *Memorias de un revolucionario*), p. 597, editorial Cajica, Puebla, México 1965).

10. Bruselas, Kistemaekers, 1871, 3 vols.

11. Neuchatel, Imp. G. Guillaume fils, 1871.

en Bruselas en 1876,¹² con varias ediciones posteriores en francés, en alemán y en castellano en 1931 en una colección dirigida por Wenceslao Roces, de la Editorial Cenit.

Hippolythe Prosper Olivier Lissagaray, nació en Toulouse el 24 de noviembre de 1838.¹³ Cursó estudios de filología y realizó un viaje por América. En 1860 regresó a Francia y se convirtió en uno de los opositores de Luis Napoleón a través de sus artículos en el periódico «L'Avenir», fundado por él y que no tardó en ser el centro del movimiento democrático del S.O. de Francia. Conocido por sus agresivos artículos y por un duelo con el bonapartista Cassagnac, le son impuestas varias multas y es condenado a penas de prisión. Sale de la cárcel en la primavera de 1870 y huye a Bruselas. Proclamada la República, se dirige a Tours, donde colabora con Gambetta en la organización de los ejércitos de reserva. Es trasladado al frente en enero de 1871, y allí le sorprende el armisticio.

Desmovilizado, después del 18 de marzo se traslada a París y se adhiere a la Comuna, fundando los periódicos «L'Action, journal politique quotidien»,¹⁴ cuyo primer número ve la luz el 4 de abril y el último el 9 del mismo mes, y «Le Tribun du Peuple»¹⁵ que aparece el 17 de mayo y del que salen sólo ocho números. A través de estos periódicos se exigían enérgicas medidas políticas y militares supeditando toda consideración de principios y teorías a las necesidades del momento. Participó directamente en los combates de los últimos días en el distrito once y en Belleville. En el último instante marcha a Londres, donde entra en contacto con

12. En 8.º, 516+30 págs. Reeditado en París en 1896 por Dentu. Posteriormente se han publicado varias reediciones más.

13. Según Jean BRUHAT, Jean DAUTRY y Emile TERSEN en *La Commune de 1871*, París 1960, Editions Sociales, Lissagaray nació en Auch.

14. El principal colaborador era Henri Maret y tenía una extensión de dos páginas en gran formato, vendiéndose al precio de 10 cts.

15. Los principales colaboradores eran Henri Maret y Edmond Lepelletier. Su extensión era de dos páginas en gran formato y se vendía al precio de 10 cts.

el círculo de Marx, aunque nunca se afilió a ninguna organización. Amnistiado en 1880 con el último grupo de comuneros, vuelve a Francia, donde funda y dirige el periódico «La Bataille» (1881-1883). Reemprende su publicación en 1888 hasta 1893, donde combate las aspiraciones del general Boulanger. Muere el 25 de enero de 1901.

Además de la *Historire de la Commune* y de sus artículos en «L'Avenir», «Le Tribun du Peuple» y «La Bataille», es necesario destacar dos obras más, *Les huit Journées de Mai derrière les barricades*, editada por el Bureau du Petit Journal, en 1871,¹⁶ y *La Vision de Versailles*, editada en Bruselas en 1873.¹⁷

Por último, es necesario destacar como aportaciones al estudio histórico y político de la Comuna el folleto de Karl Marx *La guerra civil en Francia* y el libro de P. Lavrov¹⁸ *Parizhskaia Kommuna*, obras fundamentales para la interpretación de los hechos de la Comuna, que sirvieron de base a los análisis que sobre el poder político realizaron posteriormente los autores marxistas, especialmente Lenin,¹⁹ Trotsky,²⁰ Stalin.²¹

16. VIII+322 págs. Es un esquema de la *Histoire de la Commune de Paris*, 1871.

17. Es una evocación literaria de las pesadillas de los jueces de Versailles que asisten a la resurrección de sus víctimas.

18. Desterrado durante la persecución realizada a raíz del atentado al zar Alejandro II, tomó parte en la Comuna de París, que le envió a Bruselas y a Londres para organizar la ayuda exterior. Pudo escapar de la represión y en 1873 se estableció en París, donde fundó el periódico «Vperiod». Socialista convencido ya, elaboró sus doctrinas sociológicas. Durante los años de la principal campaña terrorista se mantuvo alejado del movimiento revolucionario ruso. Posteriormente se unió a la Narodnaya Volya.

19. *El Estado y la Revolución*, Petrogrado 1917.

La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky, Moscú, Petrogrado, 1918.

20. *Terrorisme et communisme* (L'anti-Kautsky). Edición original, mayo 1920. Edición consultada, París 1963.

21. *Anarquismo y socialismo*.

Algunos datos históricos y políticos de la Comuna

En julio de 1870 estalla la guerra franco-prusiana. En los primeros momentos, Napoleón III parecía el invasor,²² pero las rápidas victorias de los prusianos convirtieron la guerra en un problema de defensa nacional para los franceses. Sin embargo, el proletariado francés, con una visión más clara de la situación, sobre todo los grupos organizados como las secciones parisiñas de la Asociación Internacional de Trabajadores, llevaron a cabo un vigoroso ataque a la amenaza de guerra y lanzaron un manifiesto *A los trabajadores de todos los países*,²³ dirigido fundamentalmente a los «hermanos de Alemania» en nombre de la paz, señalando que la guerra sería fratricida y que las divisiones no llevarían más que al triunfo completo del despotismo.

En Alemania, el joven Partido Social Demócrata, dirigido por Liebknecht y A. Bebel, se abstuvo de votar los créditos de guerra pedidos por Bismarck, pues no podían apoyar al gobierno, pero tampoco la agresión de Napoleón III. El curso victorioso para los prusianos de la guerra y la derrota y capitulación de Sedan llevó a la caída del II Imperio (2 de setiembre), y dos días más tarde era proclamada la República con un gobierno provisional de Defensa Nacional.²⁴ Gambetta intenta organizar varios ejércitos en el interior y Thiers es enviado por Europa en busca de ayuda. En París, sitiado por los prusianos, era reorganizada y armada la guardia nacio-

nal, dentro de la cual los obreros representaban una gran mayoría.²⁵ Fracasados los intentos de Thiers, derrotados los ejércitos de Gambetta y sitiado el ejército imperial en Metz, el gobierno provisional dimitió y convocó elecciones para la Asamblea que fue elegida en febrero de 1871, después del armisticio entre París y los prusianos.

La organización que el gobierno de Defensa Nacional hizo de las elecciones a la Asamblea llevó a que ésta estuviera formada por una gran mayoría de monárquicos, legitimistas y orleanistas, una minoría de liberales y republicanos y sólo cuatro de los candidatos socialistas revolucionarios:²⁶ Pyat, Malon, Gambon y Tolain. La Asamblea, después de elegir a Thiers como jefe del gobierno, debía firmar la paz con los prusianos aceptando las condiciones de Bismarck: cesión de Alsacia-Lorena, una fuerte indemnización y la ocupación de París.

La guardia nacional eligió un nuevo Comité Central y mantuvo en su poder las armas y los cañones construidos mediante suscripción pública. Los prusianos entraron en el barrio de los Campos Eliseos, aunque sólo ocuparon los fuertes del norte y este de París; la mayoría de la población se retiró a los distritos obreros. Thiers, que había trasladado el gobierno a Versalles, ordenó la evacuación de la administración de la capital. En París quedaron, pues, como grupos organizados el nuevo Comité Central de la Guardia Nacional, los grupos sindicales obreros y las secciones de la Internacional.

Mientras, la Asamblea reunida en Burdeos aprobó una serie de decretos desfavorables a la pequeña bur-

22. Marx afirma que Thiers influyó en el Segundo Imperio para la guerra con Prusia «arremetiendo ferozmente contra la unidad alemana, no por considerarla como un disfraz del despotismo prusiano, sino como una usurpación contra el derecho conferido a Francia de mantener desunida a Alemania» (*La guerra civil en Francia*, p. 38).

23. Entre los firmantes del manifiesto destacan Camélinat, Langevin, Benoit, Malon, etc., que jugarán más tarde un importante papel en la Comuna.

24. En el que destacan Jules Favre, Gambetta, Picard, Rochefort, Jules Simon, etc. J. Bruhat, J. Dautry y E. Tersen, *La Commune de 1871*, p. 70.

25. F. ENGELS, *Introducción a la guerra civil en Francia* de Karl Marx, publicada en Berlín en 1891. Editorial Progreso, Moscú, p. 7.

Marx, *La guerra civil en Francia*, Editorial Progreso, Moscú, p. 53.

26. La Candidatura estaba formada por cuarenta y tres miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y la delegación de los veinte distritos. J. Bruat, J. Dautry y E. Tersen, *La Commune de 1871*, pp. 90-92.

guesía, que acrecentó la indignación del pueblo de París.

Thiers, como afirma Engels,²⁷ «se daba cuenta de que las clases poseedoras estaban en peligro mientras los obreros estuviesen armados». Por lo tanto, después de una «especie de consejo de guerra» según el prefecto de policía Chopin, celebrado el día 17, intenta el golpe de fuerza sobre París. A partir de las tres de la mañana del día 18, las tropas versallesas ocupan los puntos estratégicos de la orilla derecha del Sena, mientras que varios destacamentos se dirigen a los depósitos de cañones de la capital. El más importante era el de Montmartre, conocido como «Campo polaco», donde el servicio de guardia es sorprendido. Pero la intervención del comité de vigilancia del distrito XVIII, en el que Ferré y Louise Michel eran los principales dirigentes, frena el avance de las tropas del gobierno, y a las nueve de la mañana la derrota de las mismas era total. Thiers había «declarado» la guerra civil, y el pueblo de París, armado, se disponía a resistir los ataques de las clases poseedoras, representadas por el gobierno de Versalles y por el ejército prusiano.²⁸ Engels podía afirmar, en 1891:²⁹ «El carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, resalta con trazos netos y enérgicos desde el 18 de marzo en adelante.»

* * *

El desarrollo económico y social de Francia durante el siglo XIX, la progresiva independencia política de los obreros de París y la experiencia de 1848, entre otros factores, hacía que las reivindicaciones de los obreros y del movimiento popular representasen una amenaza contra el orden social y político existente. Esta situación quedaba endurecida al estar los obreros organizados y armados. El 26 de marzo era elegida y el 28 proclamada la Comuna. La mayoría de los dirigentes

27. Introducción a *La guerra civil en Francia*, p. 8.

28. J. BRUHAT, J. DAUTRY y E. TERSEN, *La Commune de 1871*, pp. 103-104.

29. F. ENGELS, Introducción a *La guerra civil en Francia*, p. 10.

eran jacobinos y blanquistas y la minoría estaba formada por «internacionalistas»,³⁰ entre los que prevalecían los partidarios de la escuela de Proudhon.³¹ El día 29 eran organizadas las comisiones de la Comuna con una comisión ejecutiva³² que el 20 de abril quedó constituida por los delegados de las nueve comisiones y de la forma siguiente: Finanzas (Jourde, empleado de banca y prudhonista); Guerra (Cluseret, militar adherido a la Internacional); Justicia (Protot, hijo de campesinos, abogado republicano); Seguridad Nacional (Rigault, blanquista); Subsistencias (Viard, empleado de comercio, posteriormente anarquista); Trabajo y Cambio (Léo Frankel, obrero joyero, partidario de Marx); Relaciones Exteriores (Grousset, periodista jacobino y posteriormente socialista oportunista); Servicios Públicos (Andrieu, empleado administrativo, miembro de la Internacional); Enseñanza (Vaillant, ingeniero, doctor en Ciencias y médico, blanquista). Así, pues, tanto los órganos dirigentes como la misma Comuna de París, estaban formados por las fuerzas populares de la capital.

Es interesante destacar el papel de las cámaras sindicales. Al final del Segundo Imperio se pueden contar treinta y cuatro sindicatos obreros o cámaras sindicales a los que es necesario añadir cuarenta y tres cooperativas de producción y siete de consumo. Son organizaciones recientes y débiles, y sufren un importante deterioro debido a la guerra y, sobre todo, destaca su colaboración con la Comisión de Trabajo y Cambio, y con Frankel en particular.³³

30. Entre ellos destacan: Charles Beslay, Charles Longuet, Jean Baptiste Clément, Louis-Jean Pindy, A. A. Assi, Victor Duval (primer delegado de la Comisión de Policía y Seguridad), Albert Theisz (director de Correos) y, sobre todo, Benoit Malon, Allemane, François Jourde (dirigente de la Comisión de Hacienda), R. Z. Camélinat (director de la Casa de la Moneda), Eugène Varlin (dirigente de los sindicatos obreros, miembro de la Comisión de Finanzas y uno de los dirigentes de la Internacional en París), Léo Frankel (dirigente de la Comisión de Trabajo y Cambio y el más joven de los de la Internacional).

31. F. ENGELS, Introducción a *La guerra civil en Francia*, p. 12.

32. La primera comisión ejecutiva estaba formada por Eudes, Tridon, Vaillant, Lefrançais, Duval, Pyat, y Bergeret.

33. J. BRUHAT, J. DAUTRY y E. TERSEN, *op. cit.* p. 150.

Destaquemos, también, el papel de los clubs³⁴ organizados paralelamente a las cámaras sindicales y a las secciones de la Internacional, y que desde octubre de 1870 ya propagan la idea de formar una Comuna Revolucionaria de París, motivo por el que fueron clausurados. Pero su actividad continuó, confeccionando listas de candidatos a la Asamblea, entre los que destacan posteriores dirigentes de la Comuna: Delescluze, Le-français, Blanqui, Pyat, Gambon... Uno de los primeros objetivos era la educación política de los ciudadanos, objetivo que queda superado durante la Comuna por el de las necesidades sociales. Denuncian el derecho de propiedad y admiten como necesaria la supresión de todo privilegio,³⁵ elaboran numerosos programas sociales como bases para la edificación de la nueva sociedad,³⁶ atacan la influencia del clero defendiendo la separación de la Iglesia y el Estado, reclaman la emancipación de las mujeres³⁷ y denuncian la prostitución, exigen la reorganización de los servicios públicos, reduciendo la administración a la estrictamente necesaria y la reorganización de la policía —algunos incluso preconizan su supresión—,³⁸ insisten en la autonomía comunal y en la necesaria unidad de sus miembros. Actitud esta última que hace que acusen de deserción la retirada de los minoritarios (internacionalistas) del Consejo de la Comuna, aunque en más de un punto sostienen concepciones políticas próximas. Otro principio mantenido por los clubs es el de la soberanía del pueblo. Su participación en la defensa de la Comuna es muy importante, aunque crítica en algunos aspectos.

Por último, resaltemos el papel de las secciones parisinas de la Internacional.³⁹ En primer lugar, y como ya hemos indicado anteriormente, los internacionalistas no

34. *Id.*, pp. 153-166.

35. *Le Proletaire*, 10 mayo 1871.

36. Según Bruhat, Dautry y Tersen, de los conservados el que lo resume mejor es del Club Saint Ambroise.

37. Destacan entre ellos el Club de Libres Penseurs y el Club de la Révolution Sociale (Bruhat, Dautry y Tersen).

38. *La Révolution politique et sociale*, 2 abril 1871.

39. J. BRUHAT, J. DAUTRY, E. TERSEN, *op. cit.*, pp. 145-150.

forman un bloque homogéneo, pues una mayoría es partidaria de las ideas de Proudhon y la minoría de las de Marx, incluyendo algunos blanquistas que colaboran con la mayoría de la Comuna. La Internacional no aparece como organización en el 18 de marzo, aunque destacan en esta fecha dirigentes como Assi, Avrial, Duval y Varlin. En los primeros momentos, las secciones de la Internacional dudan en comprometerse con el Comité Central, y es necesaria toda la autoridad de Frankel para rechazar las dudas. Otro aspecto a señalar son las insuficientes relaciones de las secciones parisinas con el Consejo General de Londres, aunque de esto no puede deducirse, en ningún momento, que Marx no estuviera informado de lo que sucedía en París, pues mantenía correspondencia directa con Frankel, Varlin y otros. La Federación de París contaba con veintinueve secciones y no disponía de órgano central de prensa, aunque su opinión se reflejaba en «La Révolution Politique et Sociale». Sus deficiencias estribaban fundamentalmente, además de su heterogeneidad, en la falta de un programa coherente y de una organización centralizada, sin la cual muchas de sus iniciativas quedaban diluidas en los numerosos frentes de lucha en los que participaban.

Destaquemos, además de los grupos organizados, el importante papel jugado por la prensa. Dos aspectos es necesario exponer. En primer lugar, la falta de decisión y energía en suprimir la prensa afecta al gobierno de Versalles. Algunos de los periódicos enemigos de la Comuna subsistieron durante casi todo el tiempo.

Lissagaray atribuye este hecho perjudicial para la Comuna a la desorganización de la Comisión de Seguridad y Policía y a la incompetencia de la misma, sobre todo de Raoul Rigault, en algunos aspectos. Pero es necesario destacar que esto era más bien la consecuencia de que no se lograran superar las antiguas formas de la libertad de opinión y de prensa. Así como se dieron cuenta de que la clase obrera no podía ejercer el poder político con la vieja máquina del Estado y lo aplicaron en los aspectos más directamente ligados a la represión (ejército y policía), no llegaron a dilucidar la importancia que tenía el cambiar de modos y formas de acción

en los aspectos de propaganda, como la prensa; pues al mismo tiempo la existencia de la prensa reaccionaria, la de la Comuna, dirigida por intelectuales pequeño-burgueses, no reflejaba tanto la opinión de una organización, pesar de su sincero deseo de servir a la causa común, como la de sus fundadores o directores.⁴⁰

Esta falta de energía es formulada y denunciada por Lavrov de la forma siguiente: «El París de los ricos y el de los proletarios míseros, el de los contrastes sociales, en tanto que Comuna política, exigía en el nombre de los principios liberales una completa libertad de palabra, de reunión, de crítica de gobierno, etc. París, que acababa de realizar la revolución en interés del proletariado, y que se había señalado por principio el de realizarla en las instituciones, necesitaba, en tanto que Comuna del proletariado obrero emancipado, medidas revolucionarias, es decir, dictatoriales, con respecto a los enemigos del nuevo régimen.»⁴¹

Esta debilidad en el ejercicio del poder no sólo destaca en el aspecto de la propaganda, sino también en aspectos políticos y militares fundamentales, remarcados, precisamente unos días después del desastre de la Comuna, por Marx en el Manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la guerra civil en Francia. Estos aspectos eran, por una parte, su actuación respecto a la actividad de los versalleses en la Comuna y la pasividad de los comuneros ante la huida hacia Versalles de los funcionarios del gobierno de Thiers, dejándoles la posibilidad de organizar el ejército de la represión⁴² y, por otra parte, su actuación dudosa

40. «Le Mot d'Ordre», de Rochefort; «Le Crit du Peuple», de Jules Vallès; «Le Vengeur», de Félix Pyat (J. BRUHAT, J. DAUTRY y E. TERSEN, *op. cit.*, p. 170).

41. P. L. LAVROV, *La Comuna de París del 18 de marzo de 1871*, edición de la Librería Goloss, Petrogrado 1919. (TROTSKY, *Terrorisme et communisme*, p. 124.) La primera edición es de Ginebra, 1880.

42. «Hasta los guardias municipales, en vez de ser desarmados y encerrados como procedía, tuvieron las puertas de París abiertas de par en par para huir a Versalles y ponerse a salvo. No sólo no se molestó a las gentes de orden, sino que incluso se les permitió reunirse y apoderarse tranquilamente de más de un

y finalmente desfavorable respecto al Banco de Francia.

Estas deficiencias y la permanencia de las antiguas formas de acción están directamente relacionadas con la falta de consistencia de un programa político que, además, se hallaba todavía confuso y, por lo tanto, poco determinado. Agravado todo ello por la divergencia entre los dirigentes de la Comuna. Este confusionismo político y esta divergencia fueron señalados por Marx en una carta a los dirigentes de la Internacional en París, Frankel y Varlin, en mayo de 1871;⁴³ por Lavrov, que en su estudio sobre la Comuna afirma que el primero de marzo de 1871, días antes de la proclamación de la Comuna, las «personalidades dirigentes de la Internacional en París no tenían todavía un programa político definido»⁴⁴ y que «después del 18 de marzo París estaba en manos del proletariado, pero sus líderes, desconcertados por su inesperado poder, no tomaron las medidas de seguridad más elementales»;⁴⁵ y también, por el mismo Lissagaray al reproducir una declaración de un miembro del Comité Central de la Guardia Nacional, en la que afirma que su talla no está a la altura del papel que deben jugar y que la única salida es la de sustraerse a las responsabilidades. Posteriormente, Trotsky, en su polémica con Kautsky, afirma que «reverenciaremos

reducto en el mismo centro de París.» (MARX, *La guerra civil en Francia*, p. 46.)

«En su repugnancia a aceptar la guerra civil iniciada por el asalto nocturno que Thiers realizó contra Montmartre, el Comité Central se hizo responsable esta vez de un error decisivo: no marchar inmediatamente sobre Versalles, entonces completamente indefenso, acabando así con los manejos conspirativos de Thiers y de sus rurales.» (MARX, *La guerra civil en Francia*, pp. 47-48.)

43. «La Comuna parece perder mucho tiempo en bagatelas y querellas personales. Se ve que hay otras influencias que las de los obreros. Pero todo esto no significaría nada si recobrasen el tiempo perdido.» (Carta de Marx a Frankel y Varlin (13 mayo 1871), reproducida en J. BRUHAT, J. DAUTRY y E. TERSEN, *op. cit.*, p. 147.)

44. P. L. LAVROV, *La Comuna de París del 18 de marzo de 1871*, Petrogrado, 1919, pp. 64-65. Reproducido en *Terrorisme et Communisme*, de L. TROTSKY, p. 116.

45. P. L. LAVROV, *op. cit.* p. 71. Reproducido en *Terrorisme et Communisme*, p. 116.

el recuerdo de la Comuna, a pesar de su restringida experiencia, de la falta de preparación de sus militantes, de la confusión de su programa, de la ausencia de unidad entre sus dirigentes, de la indecisión de sus proyectos, del excesivo desorden en sus decisiones y del espantoso desastre en que fatalmente concluyó». ⁴⁶

Un breve examen de las medidas tomadas por el Consejo de la Comuna en las Comisiones de Trabajo, Enseñanza, Justicia y Finanzas, y de las divergencias entre el poder político y el militar, nos dará una pequeña imagen de la inexistencia de un programa político definido y de las contradicciones que representaba la puesta en práctica de determinados objetivos.

En la *Declaración al pueblo francés*, del 19 de abril, se afirma «el reconocimiento y consolidación de la República como única forma de gobierno compatible con los derechos del pueblo y el desarrollo regular y libre de la sociedad»; y el 13 de mayo, L. Frankel declara que «no debemos olvidar que la Revolución del 18 de marzo ha sido realizada por la clase obrera. Si no hacemos nada por esta clase, no veo la razón de ser de la Comuna». ⁴⁷ La misma Comisión de Trabajo, sostenida por las organizaciones de base, manifiesta la necesaria intervención del Estado en las relaciones del capital y del trabajo. Ahora bien, frente a la claridad de estos principios, las medidas tomadas son parciales y dirigidas exclusivamente a la solución de determinados aspectos de política social inmediata. Fundamentalmente son abordados el problema del paro, el de los alquileres, el control de los mercados, y se prohíbe el trabajo de noche de los panaderos. Respecto al paro se encarga a las cámaras sindicales la elaboración de un censo de talleres abandonados, un estudio sobre las condiciones necesarias para la explotación de estos talleres, no por los antiguos propietarios (huidos a Versalles), sino por la asociación cooperativa de los trabajadores allí empleados, y la constitución de un jurado arbi-

tral para decidir las condiciones de la cesión definitiva de los talleres a las sociedades obreras y la indemnización a los patronos correspondientes.

El control de los mercados se realiza mediante su revisión por la Comisión de Trabajo, la adjudicación de los mercados a las corporaciones y el establecimiento de precios obligatorios fijados por Intendencia, la cámara sindical de la corporación, una delegación de la Comisión y la Comisión de Finanzas correspondiente. Además de las medidas señaladas anteriormente, se soluciona también el problema de los desempeños del Monte de Piedad, que afecta a los obreros en paro y a los comerciantes, y el de vencimientos de créditos que afecta a los comerciantes y artesanos.

En la Comisión de Enseñanza se regula la enseñanza laica y se organizan dos escuelas profesionales, peticiones realizadas por los adheridos a la Internacional y algunas cámaras sindicales. Al mismo tiempo, se realizan en algunos distritos campañas favorables a la gratuidad de la enseñanza (distrito XX).

La reforma del sistema judicial, basada en la necesidad de disponer de unos servicios de justicia gratuitos y en la elección de los jueces, era deseada por los miembros de la Comuna. Protot (delegado de la Comisión de Justicia) no pudo realizar más que algún arreglo en el sistema vigente, lo que provocó algunos descontentos en la opinión popular. Por último, la vacilación y la no nacionalización de la Banca llevó a que la Comuna se hallara siempre sometida a un insuficiente presupuesto para abordar los problemas de la guerra y de organización interior, a pesar de los préstamos que tomó de la misma, y que el gobierno de Versalles pudiera utilizar fondos de la Banca para destruir la Comuna.

Respecto a las divergencias entre el poder político y el militar, es necesario destacar que varios organismos se disputaron la dirección de los asuntos políticos y militares, el Comité Central de la Guardia Nacional, el Consejo de la Comuna y el Comité de Salud Pública. Pero el problema fundamental no era el de qué organismo detentaba la delegación del poder popular, sino de

46. L. TROTSKY, *Terrorisme et Communisme*, p. 113.

47. J. BRUHAT, J. DAUTRY y E. TERSEN, *op. cit.*, p. 195.

si el poder militar debía estar sometido al poder político o mantener una autonomía total y de cuál era la organización más apropiada de este poder militar, pues no podemos olvidar que el primer y más importante problema de la Comuna era la guerra. El Comité Central de los 20 Distritos incluía en su programa para las elecciones comunales el mantenimiento de la autonomía de la guardia nacional, el reconocimiento del principio de elegibilidad de todos los jefes militares y la subsistencia de la organización federativa del ejército popular parisiense. Además, la supresión del ejército permanente en el interior de la ciudad.⁴⁸ La Comuna llevó a cabo la última de las reivindicaciones, al disponer la supresión del reclutamiento. Pero la autonomía de la guardia nacional quedó mermada al constituir como jerarquías militares superiores a la comisión militar (entre los que destacan Pindy, Eudes, Duval...) y el delegado para la guerra (entre los que destacan Cluzeret, Rossel y Delescluze). Con estos dos organismos se aseguraba la dirección política del aparato militar. Estas medidas llevaron a una continuada lucha entre los órganos de la Comuna y los de la Federación de la Guardia Nacional. La preponderancia de los órganos civiles es sostenida generalmente por toda la literatura revolucionaria comunista, aunque de forma más acentuada por los socialistas federalistas que por los jacobinos y blanquistas.

El intento de explicar las causas de la inexistencia de una estrategia política definida y determinada nos llevaría, necesariamente, al estudio, no sólo del modo de producción existente en Francia a mediados del siglo XIX, sino al de la formación social dominante, y al análisis de las clases y capas sociales que intervinieron en la constitución de la Comuna, de sus necesidades político-económicas y de la correlación de fuerzas entre estas clases sociales. Al análisis, también, de las or-

48. De la proclama electoral del Comité Central de los 20 Distritos. Citado por Lefrançois en *Étude sur le mouvement communaliste à Paris 1871. Pièces Justificatives*, p. 33. Consultado en *Ideologías y tendencias en la Comuna de París*, p. 272, de Heinrich Koechlin.

ganizaciones y grupos dirigentes en determinados aspectos de cada una de las clases sociales interesadas en el derrocamiento del gobierno de Versalles y en la instauración de un poder popular. Es necesario considerar que todo este análisis debe realizarse en el marco de una situación de guerra con el imperialismo prusiano.

Ahora bien, lo que sí puede afirmarse, pues la realidad de los acontecimientos lo confirma, es que la Comuna fue el intento de una revolución popular, ya que no debemos olvidar que en la Francia de 1871 el proletariado no formaba la mayoría del pueblo. Y la revolución no podía ser popular si no englobaba tanto al proletariado como a los campesinos como fuerzas sociales fundamentales del pueblo. La Comuna intentó esta alianza, mediante los movimientos comunistas que se produjeron en otras poblaciones, aparte de París, si bien no alcanzó sus objetivos por las múltiples causas interiores y exteriores conocidas. De todas formas, aunque la clase obrera compartiera el poder con las clases medias parisinas, destaca el reflejo del papel dirigente que jugó la clase obrera en el seno del movimiento popular, como indica Marx en *La guerra civil en Francia*,⁴⁹ al escribir que «era ésta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina —tenderos, artesanos, comerciantes—, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante una sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores».⁵⁰

Si bien la clase obrera no fue la única detentadora del poder político, pues comerciantes, artesanos y profesionales liberales jugaron también un importante papel, la Comuna ha servido de importante experiencia para el movimiento obrero posterior y para la elaboración de la teoría socialista del poder y del Estado, ade-

49. P. 59.

50. El 18 de abril, la Comuna publicó un decreto sobre vencimientos, concediendo una moratoria de tres años para el pago de las deudas.

más de que supo combinar el problema nacional, surgido de la invasión prusiana, con el internacionalismo propio de la clase obrera.⁵¹

Marx mismo aprovechó esta experiencia en su lucha posterior, destacando la elaboración realizada a raíz del Congreso de Gotha.⁵² Posteriormente, cabe señalar el desarrollo llevado a cabo por Lenin, destacando sus folletos *El Estado y la Revolución*, *La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky*, además de su aplicación práctica a partir de la Revolución Rusa.

Los rasgos fundamentales de la experiencia de la Comuna, extraída por Lenin y la generación bolchevique de 1917, se condensan en los puntos siguientes, elaborados por el primero en abril de 1917:⁵³ «1.º La fuente del poder, no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar, en la toma directa del poder, para emplear un término en boga. 2.º Sustitución de la policía y del ejército, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este poder guardan el orden público los mismos obreros y campesinos armados, el mismo pueblo en armas. 3.º Los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el poder directo del pueblo, o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples mandatarios, no sólo elegibles, sino amovibles en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman en casta

51. «La Comuna era la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y, por consiguiente, el auténtico gobierno nacional. Pero, al mismo tiempo, como gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. Ante los ojos del ejército prusiano, que había anexionado a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexionó a Francia los obreros del mundo entero.» (K. MARX, *La guerra civil en Francia*, p. 61.)

52. MARX, *Crítica del Programa de Gotha*, mayo de 1875. Publicado por Engels en 1891.

53. V. I. LENIN, *La dualidad de poderes*, «Pravda», 9 abril 1917. *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, vol. 2, pp. 40-41.

privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus *puetecitos*, en obreros de un arma especial, cuya remuneración no exceda al salario corriente de un obrero calificado. En esto, sólo en esto radica la esencia de la Comuna de París como tipo especial de Estado.»

FRANCESC BONAMUSA

(Agosto de 1970.)

Primera parte
EL DESASTRE

CAPÍTULO I

Prólogo del combate. — El derrumbamiento del Segundo Imperio. — Francia antes de la guerra.

«El Imperio es la paz.»

Luis Napoleón Bonaparte. (Octubre de 1892.)

Nueve de agosto de 1870. En tres días, el Imperio ha perdido tres batallas. Douay, Frossard, Mac-Mahon se han dejado sorprender, aplastar. Alsacia está perdida, el Mosela al descubierto, Emile Ollivier ha convocado al Cuerpo Legislativo. Desde las once de la mañana, París se ha echado a la calle, llena la plaza de la Concordia, los muelles, la calle Bourgogne, rodea el Palais-Bourbon.

París espera la consigna de los diputados de la izquierda. Son, desde la derrota, la única autoridad moral. Burgueses, obreros, todos se les unen. Los talleres han vomitado un verdadero ejército a la calle; capitaneando los grupos, se ven hombres de probada energía.

El Imperio cruje; está a punto de derrumbarse. Las tropas, formadas delante del Cuerpo Legislativo, están emocionadas, dispuestas a pasarse al pueblo, a pesar del viejo mariscal Baraguey-d'Hilliers, gruñón y cubierto de entorchados. Gritos: «¡A la frontera!» Los oficiales murmuran: «¡Nuestro puesto no está aquí!»

En la sala de Pas-Perdus, republicanos que han forzado la consigna, apostrofan a los diputados adictos al Imperio y claman por la República. Los mamelucos, pálidos, se escabullen por entre los grupos. Thiers llega, asustado; le acosan y responde: «¡Implantadla, pues, vuestra República!» Pasa el presidente Schneider hacia el sillón presidencial. Gritos: «¡Abdicación! ¡Abdicación!»

Los diputados de la izquierda, a quienes acosan los delegados de los que aguardan fuera, acuden aturridos: «¿A qué esperáis? ¡Está todo preparado! ¡Presentaos en lo alto de la escalinata o en la verja!» «¿Hay bastante gente? ¿No sería mejor dejarlo para mañana?» No hay,

en efecto, más que cien mil hombres. Alguien viene a decir a Gambetta: «En la plaza Bourbon aguardaremos varios millares.» Otro, el que escribe, apremia: «Haceos cargo del poder, que aún es tiempo; mañana os veréis obligados a afrontar la situación, cuando sea ya desesperada.» De aquellos cerebros embotados no brota una idea; de las bocas abiertas no sale una palabra.

Se abre la sesión. Jules Favre invita a la asamblea del desastre a que tome en sus manos el gobierno. Los mamelucos, furiosos, amenazan, y, en la sala de Pas-Perdus, se presenta, desgredado, Jules Simon: «Quieren fusilarnos»; yo me presenté en medio del recinto con los brazos cruzados y les dije: «¡Fusiladnos si queréis!» Una voz le grita: «¡Acabad de una vez!» «¡Sí—dice— es preciso acabar!», y vuelve a sentarse, con gesto trágico.

Se acabaron las contemplaciones. Los mamelucos, que conocen bien a la gente de la izquierda, recobran el aplomo, y, quitándose de encima a Emile Ollivier, imponen por la fuerza un ministerio encabezado por Palikao, el saqueador del Palacio de Verano. Schneider levanta la sesión precipitadamente. El pueblo, suavemente rechazado por las tropas, vuelve a apelo-tonarse a la entrada de los puentes, corre detrás de los que salen de la Cámara, a cada instante cree proclamada la República. Jules Simon, ya lejos de las bayonetas, le cita para el día siguiente en la plaza de la Concordia. Al día siguiente, la policía ocupa todas las bocacalles.

La izquierda dejaba en manos de Napoleón III los dos últimos ejércitos de Francia. El 9 de agosto, hubiera bastado un empujón para barrer aquel despojo de Imperio; Pietri, el prefecto de policía, lo ha reconocido. Guiado por su instinto, el pueblo brinda sus brazos. Pero la izquierda rechaza la revuelta liberadora, y abandona al Imperio el cuidado de salvar a Francia. Hasta los turcos tuvieron en 1876 más inteligencia y más ímpetu.

Francia pasa tres semanas enteras rodando al abismo, ante la impasibilidad de los imperialistas y los apóstrofes declamatorios de la izquierda.

En Burdeos, meses más tarde, una asamblea aúlla contra el Imperio, y en Versalles se alza un clamor en-

tusiasta cuando un gran señor declama: «¡Varus, devuélvenos nuestras legiones!» ¿Quién increpa y quién aplaude de esta suerte? La misma alta burguesía que se pasó dieciocho años muda, besando el polvo y entregando a Varus sus legiones.

Aceptó el segundo Imperio por miedo al socialismo, como sus padres se habían entregado al primero para clausurar la revolución. Napoleón I le prestó dos grandes servicios, que no se pagan con la apoteosis, por grande que ésta sea. Impuso a Francia una centralización y mandó a la tumba a cien mil miserables, que caldeados aún por el vendaval revolucionario, podían alzarse el día menos pensado, reclamando la parte que les correspondía en los bienes nacionales. A cambio de esto, la dejó aparejada para los amos de mañana. Al arribar al régimen parlamentario, adonde Mirabeau quería exaltarla de un salto, estaba absolutamente incapacitada para gobernar. Su motín de 1830, transformado en revolución por el pueblo, fue una irrupción de estómagos glotones. La alta burguesía de 1830 no tenía más que una aspiración, como la del 89: atracarse de privilegios, artillar la fortaleza que defendía sus dominios, subyugar y explotar al nuevo proletariado. Con tal de engordar, el porvenir del país le importa poco. Para dirigir a Francia y embarcarla en sus aventuras, el rey orleanista tiene carta blanca, como el César. Cuando en el 48 un nuevo arranque del pueblo le entrega el timón, no acierta a empuñarlo más de tres años en su mano gotosa, a pesar de todas las proscripciones y matanzas, y el primer advenedizo se alza insensiblemente con él.

Del 51 al 69 reanuda sus orgías de Brumario. Jubilosa de ver salvados sus privilegios, deja que Napoleón III desangre el país, lo enfeude a Roma, lo deshonre en Méjico, lo aisle en Europa, lo entregue al prusiano. Lo puede todo, por sus influencias, por su riqueza, y no protesta ni con un voto ni con un murmullo. En el año 69, otro empujón del pueblo la enfrenta con el poder; no tiene más que veleidades de eunuco: se lanza a besar la bota del tirano, y pone lecho de rosas al plebiscito que rebautiza la dinastía.

¡Pobre Francia! ¿Quién pugna por salvarte de la

invasión? El humilde, el trabajador, el que, desde hace tantos años, lucha por rescatarte al Imperio.

Al llegar aquí, tenemos que detenernos un momento. ¿A quién se debe esta jornada del 9 de agosto de 1870, esta guerra, esta invasión, estos hombres, estos partidos? Viene obligado un prólogo en las tragedias que van a reseñarse. Lo menos árido posible, pero el lector que quiera enterarse deberá estar atento a él.

Ojeada retrospectiva

Seis años después de 1852, el Imperio industrial soñado por los saint-simonianos estaba flamante todavía. Muy rezagado respecto a sus más humildes vecinos, el país seguía siendo un gran taller, alimentado por la fuente hasta entonces misteriosa del ahorro. Enriquecida por nuevos mercados, la provincia se había olvidado de los siete u ocho mil deportados y proscritos, hábilmente seleccionados por el terror.

El clero, tan crecido por la instauración del sufragio universal, acogía con los brazos abiertos a aquel emperador «salido de la legalidad para reintegrarse al derecho», como había dicho de él el obispo Darboy, comparándole con Carlomagno y con Constantino. La alta y la media burguesía, brindábanse solícitas para todos los servicios que placiese al amo encomendarles. El Cuerpo Legislativo, galoneado como un lacayo, humillado y sin derechos, se hubiera aterrado de tenerlos. Una vasta red de policía, hábil y alerta, vigilaba los menores movimientos. Estaban suprimidos los periódicos de oposición, salvo cinco o seis atraillados, suspendido el derecho de reunión y asociación; el libro y el teatro, castrados; con tal de asegurarse la paz, el Imperio cerraba herméticamente todas las válvulas.

De tarde en tarde, en París una estrofa de la *Marseleses*, un grito de libertad en el entierro de Lamennais o en el de David d'Angers; una silba en la Sorbona, durante las palinodias de Nisard; algún que otro manifiesto clandestino de los proscritos de Londres o de Jersey, a que apenas se prestaba oído; un destello

de los *Castigos*, de Victor Hugo; ni un ligeró estremecimiento de la masa; la vida animal lo absorbía todo. Napoleón III, ridículo fanteoche cesáreo, podía decir en el 56 a las víctimas de la inundación del Ródano: «Las inundaciones son como la revolución, y a una y a otras hay que volverlas a su cauce para que no se salgan nunca más de él.» Sus prodigiosas empresas, su riqueza multiplicada, las fanfarrias de la guerra de Crimea, con la que Napoleón III pagó su deuda a los ingleses, todo en el mundo hablaba de Francia, excepto la propia Francia.

Los obreros de París se rehacían, no del golpe de Estado del 51, que apenas les había salpicado, sino de la matanza de junio del 48, que ametralló sus barrios y fusiló y deportó a millares de trabajadores. Ganaban el pan, sin creer debérselo al Imperio, osando, incluso, manifestarse contra él a las veces. En las elecciones del 57, salieron elegidos por París cinco candidatos hostiles, entre ellos Darimon, discípulo de Proudhon, y Emile Ollivier, porque, hijo de un proscrito, había pronunciado estas palabras: «Yo seré el espectro del 2 de diciembre.» Al año siguiente, otros dos candidatos de la oposición: Ernest Picard, abogado de lengua acerada, y Jules Favre, celebridad del foro, defensor de los insurrectos bajo Luis-Felipe, ex constituyente del 48, que acababa de cobrar nuevo prestigio con su defensa de Orsini.

Este italiano tuvo la fortuna de vencer con su derrota. Las bombas de enero de 1858 respetaron la única víctima que buscaban. Napoleón III, de cuyo yugo quería Orsini liberar a Italia, fue precisamente su libertador. Siguió en seguida una reacción que arrojó a las prisiones y al destierro una nueva hornada de republicanos; pero, a los pocos meses de morir ejecutado Orsini, el ejército francés marchaba sobre Austria. Esta guerra de liberación encontró el calor de la opinión francesa; el arrabal de Saint-Antoine aclamaba al emperador, y cada victoria obtenida era una fiesta en nuestros hogares. Y cuando Napoleón III volvió al país sin acabar la campaña de liberación de Italia, el alma francesa se llenó, como la italiana, de amargura.

Creyó aplacar los ánimos de la nación con una amnistía general que no benefició a casi nadie, pues la mayoría de los vencidos de diciembre gozaban ya de libertad desde hacía tiempo. Apenas quedaban unos centenares de víctimas en Argelia, en Francia, y los desterrados más ilustres o más conocidos: Victor Hugo, Raspail, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Pierre Leroux, Edgard Quinet, Bancel, Félix Pyat, Schoelcher, Clément Thomas, Edmond Adam, Etienne Arago, etc. Unos pocos, los más famosos, se aferraban al pedestal del destierro, que les daba fama y quietud. De todos modos, su actuación política hubiera sido estéril; no era la hora de los hombres de acción. A Blanqui volvieron a meterle en la cárcel apenas ponerle en libertad y le condenaron a cinco años¹ de prisión, acusado de conspirar contra el régimen.

Se tramaban verdaderas conspiraciones contra el Imperio, se preparaban acontecimientos. Al año de sellarse la falsa paz con Austria, Garibaldi reanuda la campaña de emancipación de Italia, desembarca en Sicilia con mil hombres, franquea el estrecho, marcha sobre Nápoles, y el 9 de noviembre de 1860, pone en manos de Víctor Manuel un nuevo reino. Napoleón III, que quiere cubrir la retirada del rey de Nápoles, se ve obligado a retirar su flota. Pronto le dará orden de que zarpe rumbo a Méjico.

Méjico

España e Inglaterra tenían créditos que liquidar. También los tenía Jecker, un suizo, aventurero de grandes vuelos y acreedor usurario del gobierno clerical de Miramon, que había huido ante el gobierno legal de Juárez. Jecker púsose de acuerdo con Morny, hermano del emperador y presidente del Cuerpo Legislativo, elegante empresario del 2 de diciembre, príncipe de los grandes agiotistas enriquecidos en las innumerables empresas de los últimos años. Convinieron el precio, y

1. A cuatro (el 14 de junio de 1861). (*N. del ed.*)

el segundo hijo de Hortensia se encargó de poner al cobro los créditos del suizo con una expedición del ejército francés. Ya antes había sido éste mancillado con la expedición a China, en la que el general Cousin-Montauban le condujo al saqueo, reservando un collar ofrendado a la emperatriz, la cual le premió ridículamente con el título de duque de Palikao.

Esta mujer —que no era francesa, como no lo fue ninguna de las soberanas que se distinguieron en nuestros desastres—, hábilmente influida por Morny, por el arzobispo de Méjico, por Almonte y Miramon, solicitada por el clero y los realistas mejicanos, fue ganada en seguida para la idea de la expedición. Su marido, un soñador, sonrió ante la perspectiva de conquistar a Méjico para el Imperio, aprovechándose de la guerra de secesión que dividía a los Estados Unidos. En enero del 62, las fuerzas francesas e inglesas desembarcaban en Veracruz, donde los españoles las habían precedido. Inglaterra y España se dan cuenta en seguida de que no van allí más que a gestionar los intereses de Jecker y de una dinastía cualquiera, y se retiran, dejando solas a las tropas francesas, mandadas por Lorencey. Corren rumores de que Almonte negocia la corona de Méjico con Maximiliano, hermano del emperador de Austria, de acuerdo con las Tullerías. El ministro Billault niega descaradamente; un mes después, Lorencey se pronuncia por Almonte y declara la guerra a la República mejicana. El general Forey acude a Méjico con refuerzos; la opinión se alarma. La izquierda, Emille Ollivier, Picard, Jules Favre, hablan en nombre de Francia. Billault les contesta con un ditirambo.

Las elecciones del 63

El pueblo da señales de vida. Las válvulas empiezan a funcionar, el niño del golpe de Estado iba haciéndose hombre. París se agitaba, en el Barrio Latino brotaban a cada paso periódicos panfletarios; manifestaciones de estudiantes y obreros protestaban contra las matanzas de Polonia, que se levantaba heroicamente

contra Rusia. El gallinero estaba más que alborotado; en las elecciones parisienses de mayo del 63 salieron derrotados todos los candidatos oficiales y triunfó la coalición de izquierdas, con los nombres de los diputados salientes a la cabeza: Jules Favre, Emile Ollivier, Picard, Darimon; tras ellos, Eugène Pelletan, lamartiniano rezagado; Jules Simon, filósofo ecléctico, que en el 51 se había negado a prestar juramento y lo prestó en el 63; Guérault, cesarista liberal; Havin, burgués volterianizante, y Thiers, antiguo ministro de Luis-Felipe, jefe de los coaligados contra la República del 48, que se dejó engañar por Luis Bonaparte, y a quien ahora se elegía por el daño que podía hacer al Imperio.

Blanc, obrero tipógrafo, presentó su candidatura contra la de Havin, director de «Le Siècle», alegando que también los obreros tenían derechos. Su actitud fue muy mal vista; varios talleres se declararon en contra de él. Todavía los obreros no veían más allá de la política. ¡Can tal de que sea un proyectil de oposición, tanto me da uno como otro!, decía un obrero ante el cual se discutían los méritos de Pelletan. Pero quería que el proyectil fuese conocido.

Los Sesenta

Meses después, en febrero del 64, se reproduce la afirmación obrera, esta vez con mayor precisión. Se trataba de sustituir en París a dos diputados, Jules Favre y Havin, elegidos también por provincias. Sesenta obreros publicaron un manifiesto redactado por Toin, un obrero cincelador. Ultramoderado en la forma, era, por su espíritu, categóricamente revolucionario:

Señores de la oposición —dice el manifiesto—, en política estamos de acuerdo con ustedes, pero ¿lo estamos también en lo que toca a la economía social? Se ha repetido hasta la saciedad que desde 1789 no hay clases, que todos los franceses son iguales ante la ley. ¿Cómo hemos de creer en la verdad de eso, nosotros que no tenemos más bienes de fortuna que nuestros

brazos, que sufrimos todos los días las imposiciones del capital, que vivimos sujetos a leyes de excepción? Nosotros, que vemos como la infancia de nuestros hijos se asfixia en la atmósfera desmoralizadora y malsana de las fábricas y del aprendizaje; que tenemos que contemplar como nuestras mujeres desertan forzosa-mente del hogar en busca de un trabajo con el que no pueden, afirmamos que la igualdad proclamada por la ley es letra muerta. Pero, se nos dirá, los diputados que elegís pueden abogar tan bien como vosotros, mejor que vosotros por las reformas que anheléis. ¡No!, contestamos. A nosotros no nos representa nadie, pues en una reciente sesión del Cuerpo Legislativo no hubo ni una sola voz que se levantara a formular, tal como nosotros los sentimos, nuestros anhelos, nuestras aspiraciones, nuestros derechos; no, nosotros, que nos resistimos a creer que la miseria sea una institución de origen divino, no estamos representados en el Parlamento; no estamos representados, porque nadie ha dicho que en la clase obrera se atenúe diariamente el espíritu antagónico. Proclamamos que doce años de paciencia han sido bastante, que el momento propicio ha llegado... En 1848, la elección de diputados obreros consagró de hecho la igualdad política: en 1864 consagrará la igualdad social.

¡Qué lejos estamos del Parlamento de 1848, en que la clase obrera volvía contra la burguesía sus propias máximas! En 1863 se estatuyó su propio principio sobre una base absolutamente nueva: el derecho económico. Era ya una inmensa revolución.

Los Sesenta tenían razón al decir que para los obreros no regía la ley. Un año antes, habían sido condenados por delito de coalición los tipógrafos huelguistas de varias imprentas de París. Mas no por ello dejó de ser malísimamente recibido el manifiesto. Contra estos obreros que se jactaban de ser una clase, no solamente se alzó el clamor de la prensa, sino que apareció un nuevo manifiesto firmado por ochenta obreros que reprochaban a sus camaradas aquel llamamiento tan inoportuno a la cuestión social, que venía a sembrar la

díscordia y a restablecer las distinciones de casta. Los Sesenta presentaron como candidato a Tolain, cuya profesión de fe apoyó Delescluze, antiguo comisario general de la República, dos veces proscrito, en el 52 y en el 58. La candidatura obrera no logró más que 424 votos contra 14.807 que obtuvo Garnier-Pagès, lamentable despojo del gobierno provisional de 1848.

Pero el grito de los Sesenta no se lo llevó el aire. Los diputados de la izquierda pidieron que se derogase la ley sobre coaliciones. El Imperio se avino a modificarla, y Emile Ollivier, poco inclinado a desempeñar el papel de espectro infecundo, se prestó a hacer suyo el proyecto. Este era lo bastante perverso para autorizar las huelgas, pero sin reconocer el derecho de asociación. A pesar de todo, los obreros consiguieron que se redujese algo la jornada de trabajo y se constituyeron algunas sociedades obreras: las de los broncistas, joyeros, hojalateros, ebanistas, estampadores de telas, etc.

La Internacional

El 28 de setiembre del 64 se echó a volar por todo el mundo, más fuerte que el de los Sesenta, este magnífico grito: *La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*. Salió del Saint-Martin's Hall, de Londres, de una asamblea de delegados obreros en que estaban representados varios países de Europa. Aunque se venía gestando desde hacía varios años la idea de unión, no tomó cuerpo hasta el año 62, en que la Exposición Universal, celebrada en Londres, puso en contacto a los delegados obreros de Francia con las Trade's Unions inglesas. Fue entonces cuando se pronunció este brindis: *¡Por la futura alianza de todos los obreros del mundo!* En el año 63, en un motín pro Polonia, surgió en Saint-James la idea de una reunión internacional. Tolain, Perrachon, Limousin, por Francia, y los ingleses por su país, pusieron a organizar las convocatorias. Y en el año 64 Europa presenció, por primera vez, un congreso de los Estados Unidos del Trabajo. Ningún político asistió a esta

sesión extraordinaria, ninguno cooperó a la fundación de la gran obra. Karl Marx, el genial investigador, desterrado de Alemania y de Francia, que aplicó a la ciencia social el método de Spinoza, fue el que ofreció la admirable fórmula. Se decidió dar a la asociación el nombre de «Internacional», se nombró un comité encargado de redactar los estatutos y se acordó que el consejo general residiese en Londres, único asilo seguro, y se convocó una segunda asamblea para el año siguiente. Un mes más tarde, aparecían los estatutos de la nueva organización, y los delegados franceses, entre los que estaban Tolain y Limousin, abrían la oficina francesa de la Internacional en esa calle de Gravilliers de tan fuerte tradición revolucionaria.

Proudhon moría a principios del año 65, después de comprender y describir este mundo nuevo; los obreros hicieron una gran manifestación de duelo a su cadáver. Un mes después, viendo desfilar por los bulevares el fastuoso entierro de Morny, el hermano del emperador, que se había muerto dejando muy preocupado a su socio y compinche Jecker, el público gritaba: ¡Que se repita!

«La idea más grande del reino»

Las tropas del general Forey entraron en Méjico el 3 de junio del 63. Doscientos notables, escogidos por Almonte, llamaban a Maximiliano de Austria a ocupar el trono mejicano. La maniobra era clarísima. La izquierda interpela, demuestra que la expedición cuesta a Francia 14 millones mensuales, y retiene lejos del país a 40.000 hombres. El archiduque no se ha marchado aún; todavía es tiempo de tratar con la República mejicana. El ministro que había reemplazado a Billault, Rouher, ardiente republicano en el 48 y ahora acérrimo imperialista, exclama con tono patético: «La historia proclamará genio al que tuvo el valor de abrir nuevas fuentes de riqueza y de progreso a la nación por él gobernada.» Y por una mayoría abrumadora, el Parlamento, tan servil en el 64 como en el 63, integra-

do en gran parte por los mismos, vota por aclamación que continúe la guerra. Maximiliano, tranquilizado por la votación, cede a las instancias del emperador, y, provisto de un buen tratado, que articula Napoleón III, acepta la corona y entra en Méjico, escoltado por el general Bazaine, el sucesor de Forey. Los patriotas mejicanos vuelven a alzarse contra el sobrino de Napoleón, repitiendo la guerra de España de 1808, atacan, aíslan a las tropas francesas. Bazaine organiza contra-guerrillas de bandidos y, en nombre de Francia y del nuevo Imperio, saquea ciudades, confisca bienes de propiedad privada y comunica a sus jefes de cuerpo: «No admito que se hagan prisioneros; todo rebelde, cualquiera que sea, debe ser inmediatamente fusilado.» Sus atrocidades indignan al gobierno de Washington, desmoralizando a sus propias tropas. Nos lo dice un alto jefe, un hombre nada gazmoño por cierto, un antiguo juerguista arruinado, que, protegido por las actrices, se refugia en el ejército a la sombra de un matrimonio ventajoso: el marqués de Galliffet. Pero Méjico no suministraba, por el momento, más que cadáveres. Maximiliano solicita de Francia un empréstito de 250 millones. Los diputados de la izquierda describen el trágico desarrollo de aquella desdichada aventura. Rouher, el ministro, los cubre de desdén y de profecías: «La expedición de Méjico es la idea más grande del reino; Francia ha conquistado a un gran país para la colonización.» Los mamelucos aplauden. El empréstito mejicano, moralmente garantizado, es cubierto por banqueros avispadados. Y el presupuesto de la expedición —no se atreven a llamarla guerra— queda en pie: 330 millones para pagas y mantenimiento de las tropas. La extrema izquierda, que aún se atreve a protestar, es abucheada.

La opinión despierta

Fuera, les aplaudían. En abril, una manifestación de mil quinientos estudiantes acude ante la embajada de los Estados Unidos, sin que la policía logre contenerla,

a rendir un homenaje al presidente Lincoln, asesinado por los esclavistas. En junio, estallan en París numerosas huelgas. En las elecciones municipales de julio, las provincias, hasta entonces fieles al Imperio, parecen desertar. «¡Derrumbemos el ídolo!», dice el Comité de Descentralización de Nancy, en el que figuran, como iconoclastas, al lado de los ciudadanos Jules Simon y Eugène Pelletan, los señores de Falloux, de Broglie, Guizot. En septiembre, «Le Siècle» entona un himno extraño: «Algo grande acaba de levantarse en el mundo. Nos constaba que este frío de muerte que sopla por la superficie de nuestra sociedad no había ganado la entraña del pueblo, ni helado el alma popular, que las fuentes de vida no estaban cegadas. Nuestro oído no estaba acostumbrado a palabras tales, que nos han hecho estremecer de júbilo hasta el fondo del corazón.» El que así vaticina es Henri Martin, el de la Historia de Francia clásica y coronada. He aquí unas líneas sacadas del Manifiesto de la Internacional, reunidas en Londres: *«Considerando que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores deben tender a conseguir para todos derechos y deberes iguales y a vencer el predominio de toda clase... que, no siendo la emancipación de los obreros un problema local ni nacional, sino social, interesa por igual a todos los países... esta Asociación internacional, al igual que todas las sociedades e individuos adheridos a ella, declaran que no reconocen más base de conducta hacia los hombres en general que la Verdad, la Justicia y la Moral, sin distinción de color, de nacionalidad, ni de credo, y consideran como un deber reclamar para todos por igual los derechos del hombre y del ciudadano.»* Los grandes diarios de Europa se expresan en los mismos términos que Henri Martin. A través de ellos, la Internacional entra solemnemente en la escena del mundo como potencia reconocida y eclipsa al congreso de estudiantes de todos los países celebrado poco después en Lieja. El congreso de Lieja no logra conmover más que al Barrio Latino, representado por Albert Regnard, Germain Casse, Jaclard y otros. Los delegados france-

ses se presentan tremolando una bandera negra, la única —dicen— que cumple a Francia, de duelo por la pérdida de sus libertades. Al regresar, les expulsaron de la Academia de París. El Barrio Latino no olvidó esto, y, cuando el emperador fue al Odeón una noche de marzo del 66, organizó una manifestación de protesta, vengándose a la vez de quien le había mutilado el jardín de Luxembourg.

Hacia esta época, se oyó un gemido en el Palais Bourbon. A pesar de las urnas mixtificadas, unos cuantos, muy pocos, muy ricos o de vieja influencia provincial, lograron atravesar las mallas administrativas y llegar al Cuerpo Legislativo. Si es cierto que votan por las Tullerías, se inquietan un poco por el gerente del inmueble y cuarenta y cinco de ellos piden unas briznas de libertad. Rouher se enfada y los cuarenta y cinco, cuya enmienda obtuvo sesenta y tres votos, retroceden y votan el mensaje que el Cuerpo Legislativo depositó a los pies del emperador.

El clero y el Imperio

Uno solo de los poderes del Estado, el *inmutable*, no había abdicado. *Do ut des*: tal es la divisa clerical. El clero tendió los brazos a Luis Napoleón a cambio de que éste le doblase la pitanza. El presidente hubo de pagar la expedición de Roma —1849— con la ley Falloux sobre enseñanza, y con una serie de favores dispensados a las congregaciones, las asociaciones religiosas y los jesuitas. El emperador abrazó las doctrinas ultramontanas, dejó que en su suelo brotasen vírgenes milagrosas, se allanó al dogma de la Inmaculada Concepción y sobre todo a este quasidogma: Roma, soberana del universo católico. La guerra de Italia, la expedición de Garibaldi, la derrota de las tropas pontificias, la anexión de Nápoles, pusieron furioso al papa. Se desató contra Napoleón III una rabiosa campaña pontificia y episcopal. El emperador ya no era Constantino, sino «Judas». Napoleón III cobra miedo, no se atreve a seguir adelante; además, está su mujer. Y si él padece a

los curas como aliados, ella los ama con el amor galante de la convertida. El papa ha apadrinado a un hijo suyo y le ha ofrendado la rosa de oro, reservada a las soberanas virtuosas. El *convenio* celebrado con el reino de Italia, acordando retirar de la zona, dentro del plazo estipulado, el ejército francés de ocupación, puso frenético al clero. El hombre blanco de Roma contestó con una encíclica seguida del *Syllabus*. Los obispos no hicieron caso del gobierno, anatematizando el espíritu y la vida modernos y publicaron el *Syllabus*, lleno de insultos. Esto les valió los plácemes de Su Santidad. Su actitud era tan retardadora, que en marzo del 65, el propio ministro que, cediendo a presiones del clero y la emperatriz, había expulsado a Renan de su cátedra por llamar a Jesucristo un *hombre incomparable*, pronunció en el Senado una violenta diatriba contra el *Syllabus*. Un senador dio a conocer una estadística según la cual, en 1856, las asociaciones religiosas reconocidas agrupaban a 65.000 personas, con una fortuna inmueble de 260 millones de francos, habiendo razones para suponer que la de las asociaciones no reconocidas no bajaba tampoco de esa cifra. ¡Imagínese lo que esta fortuna habría crecido en los últimos diez años! El cardenal Bonnechese no se dignó disfrazar apenas el pensamiento del *Syllabus*, y sostuvo que las congregaciones religiosas sólo tenían deudas. Rouher hízose el desentendido, temiendo a este clero que, a pesar de las cortesías de forma, se alzaba en bloque frente al Imperio, dispuesto a todas las luchas por la dominación.

La amenaza prusiana

Es el punto muerto del régimen. El Imperio no dio a Francia ningún principio nuevo; las condiciones económicas que le alentaron han desaparecido. Perdió su razón de ser; exteriormente, no es ya más que una expresión militar sujeta a todas las rivalidades. Los cientos de discordia sembrados en Italia empiezan a brotar por todas partes. Alemania ansiaba, como la península, la unidad. Dos potencias se la brindaban. Austria, aun-

que demasiado vieja ya para hacer de Fausto, se adelantó, y mientras Napoleón III se hundía en México, ella convocaba en Francfort, el año 63, a los príncipes confederados. Prusia, su rival, que presumía de liberalismo, no acudió, pero de las intrigas de la Dieta brotó una voz alemana que permitió a Prusia y a Austria reivindicar unos derechos cualesquiera sobre los ducados sometidos a la soberanía de Dinamarca: Sleswig y Holstein. Los mandatarios de la Dieta desmembran el territorio dinamarqués, cocinan la Confederación, y, en el año 6, Austria ocupa Holstein, Prusia Sleswig. A los periódicos franceses que protestan, les contestan brutalmente los periódicos de Berlín: «Francia teme que Alemania se transforme en la primera potencia del mundo. La misión de Prusia es implantar la unidad alemana.» Prusia no oculta esta misión cuando Bismarck acude a Biarritz a pedir a Napoleón III la neutralidad de Francia en una guerra contra Austria. La obtiene, hace inevitable el conflicto desde el año 66, denuncia en marzo los planes militares de Austria y en abril firma un tratado de alianza con Italia, que el emperador aprueba. La víspera de las hostilidades, el 11 de junio, Napoleón III informa al Cuerpo Legislativo de esta política mortal. El Cuerpo Legislativo la hace suya por 239 votos contra 11. El punto muerto está franqueado; el Imperio va a precipitarse por la otra pendiente.

El 3 de julio del 66, Austria es aplastada en Sadowa. Su victoria en Italia no cambia la situación. Cede Venecia y abandona Alemania para dejar sitio a una Prusia rica y poderosa, dictador militar, jefe de la gran familia. Napoleón III intenta hablar de compensaciones territoriales. Bismarck le contesta con una Alemania presta a alzarse como un solo hombre; el otro le cree, se le dice que el ejército francés no está preparado contra aquella Prusia abrumada por sus victorias y lo escucha sin replicar. Cuatro años más tarde, no vacilará en lanzar a este mismo ejército francés contra una Prusia alemana con fuerzas decuplicadas.

Sin periódicos que la instruyan, simpatizando siempre con Italia, hostil a la Austria absolutista, fiada en el liberalismo de Prusia, la masa francesa no advierte

el peligro. Fue en vano que unos cuantos hombres de estudio lo demostrasen claramente en el Cuerpo Legislativo. Los serviles no quisieron oír, y 219 votos contra 45 declararon que, lejos de sentirse amenazada, Francia debía confiar. Celebraron como una victoria la neutralización de Luxemburgo. El público no vio en esto más que una guerra que se evitaba. Al manifiesto de los estudiantes de Alsacia-Lorena protestando contra los odios y las guerras nacionalistas, los estudiantes de Berlín respondieron que ellos protestaban contra la neutralización. He ahí el tono de la joven burguesía prusiana. El gobierno de Prusia prohibía a sus súbditos afiliarse a la Internacional.

Internacionalistas y blanquistas

La Internacional, apartada del estruendo de las armas, celebraba en Ginebra, algunas semanas después de Sadowa, el 3 de septiembre del 66, su primer Congreso general. Sesenta delegados, provistos de mandatos en forma, representaban a varios cientos de miles de adheridos. «El pueblo no quiere seguir combatiendo localmente para dar gusto a los tiranos —dice el informe de los delegados franceses—. El trabajo quiere conquistar el puesto que le corresponde en el mundo por su sola influencia, al margen de todas las que ha venido padeciendo siempre, e incluso buscado.» En la fiesta que siguió a los trabajos del Congreso, la bandera de la Internacional, enarbolada por encima de las banderas de todas las naciones, ondea su divisa en letras blancas: *No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos*. Los delegados ingleses fueron registrados a su paso por Francia; los de Francia habían tomado precauciones. Apenas regresar, reanudaron su propaganda. Se ofrecen —febrero del 67— a la huelga de los broncistas contra sus patronos. El cincelador Theisz y algunos otros del Comité de Huelga se adhieren a la Internacional; otros permanecen ajenos a ella, e incluso hostiles. El Comité en pleno se dirige a Londres, donde las Trade's Unions le entregan 2.500 francos; el

efecto moral de esto es tan grande, que los patronos capitulan. El prefecto de policía felicita al Comité por el buen comportamiento de los huelguistas durante la crisis. Les había dejado celebrar grandes reuniones. El gobierno quería dar una lección a los burgueses de la oposición y acentuar la diferencia entre la Internacional y la joven burguesía revolucionaria.

Esta veía con muy malos ojos aquellas organizaciones de trabajadores, cerradas a todo el que no fuera obrero, recelaba de su apartamiento de la política, las acusaba de fortalecer el Imperio. Algunos de estos jóvenes, educados en las tradiciones de Blanqui y de los agitadores de antaño, que creían la miseria generadora de la liberación, fogosos, no sin valor, como Protot, el abogado, y Tridon, el rico estudiante, casi célebre por sus *Hébertistes*, habían acudido al Congreso de Ginebra a censurar a estos delegados obreros, traidores, según ellos, a la revolución. Los delegados, que no veían en estos hijos de burgueses más que la reencarnación juvenil de sus padres, les reprocharon su absoluta ignorancia del mundo obrero y los maltraron. Equivocadamente. Esta generación era mejor, y ahora, sus órganos, los periódicos del Barrio Latino —«La Libre Pensée», de Eudes Flourens, el hijo del fisiólogo, que había luchado por la independencia de Creta; «La Rive Gauche», donde Longuet publicaba su *Dinastie des Lapalisse* y Rogeard sus *Propos de Labienus*— no se aisiaban del proletariado, en su cuerpo a cuerpo con el Imperio. La policía hacía incursiones frecuentes en aquellos locales, perseguía las menores reuniones, urdía «complots» tomando como pretexto la simple lectura en el café de la Renaissance de una proclama en la que Félix Pyat, revolucionario honorario, incitaba desde Londres a los estudiantes a las barricadas: «Es necesario obrar; vuestros padres no iban a Lieja, acampaban en Saint-Merry.»

Vejez que suenan a hueco, sobre todo en vísperas de la Exposición Universal, en la que París se echa a la calle, a disfrutar de la alegría y del espectáculo de los soberanos extranjeros. Bismarck pudo tomar las últimas medidas de los hombres y de las cosas del Imperio.

Moltke, el vencedor de Austria, visitó tranquilamente nuestras fortificaciones. Sus oficiales brindaron ¡por la toma de París! París, casa de Europa, como decía la princesa de Metternich, divirtió prodigiosamente a todos los príncipes. Sólo silbaron una bala polaca disparada contra el zar por un refugiado, Berezowski, y el viento huracanado de Méjico.

Abandonado desde el 66 por su imperial expendedor, dócil a los Estados Unidos, el emperador Maximiliano fue preso y fusilado el 19 de junio del 67. «La más bella idea del reino» se resumía en millares de cadáveres franceses, en el odio de Méjico saqueado, en el desprecio de los Estados Unidos, en la pérdida escueta de mil millones. Bazaine, que regresó de la campaña cubierto de oprobio, no tardó en florecer de nuevo entre los generales más en boga.

La Exposición Universal fue el último cohete del esplendor imperial. No dejó más que el olor a pólvora. La burguesía republicana, inquieta ante los puntos negros que se cernían en el horizonte, se dedicó a copiar a la Internacional, imaginó la alianza de los pueblos y encontró bastantes adhesiones para celebrar un gran congreso en Ginebra el 8 de setiembre del 67. Lo presidió Garibaldi. La Internacional celebraba en este momento, en Lausana, su segundo Congreso, y los obreros alemanes, al contrario de los estudiantes de Berlín, enviaron una calurosa proclama contra la guerra. El Congreso de Ginebra convocó al de Lausana; llega, habla de un nuevo orden que arrancaría al pueblo de la explotación del capital, y acapara hasta tal punto la discusión, que algunos republicanos, delegados de París en el congreso de alianza —entre ellos Chaudey, uno de los ejecutores testamentarios de Proudhon— brindaron a los obreros el apoyo de la burguesía liberal para la emancipación común. Estos aceptaron, y el congreso terminó con la fundación de una Liga de la Paz.

Republicanos y socialistas

Dos meses después, habla el cañón a las puertas de

Roma. Garibaldi se ha lanzado sobre los Estados Pontificios y se estrella en Mentana contra las tropas francesas enviadas por la emperatriz y por Rouher. El general De Failly, que las mandaba, supo atizar el odio de los patriotas italianos, telegraphiando a las Tullerías: «Nuestros fusiles nuevo modelo han hecho maravillas.» Pero si Napoleón III pudo hacer una vez más de Francia el soldado del papa, la democracia francesa sigue siendo la reivindicadora de la idea como en el 49. Cinco días antes del encuentro de Mentana resuenan gritos de «¡Viva Italia! ¡Viva Garibaldi!» ante Napoleón III y el emperador de Austria, que salen de un banquete en el Hôtel-de-Ville. El 2 de noviembre, la multitud, agolpada en el cementerio de Montmartre, rodea la tumba de Manin, el gran defensor de Venecia. Por primera vez, los obreros llenan los bulevares. Pocas horas después de la ocupación de Roma, una delegación conducida por el internacionalista Tolain exige a los diputados de la izquierda que dimitan en masa. Jules Favre la recibe, protesta contra la forma y contesta a los obreros que le dicen: «Si el proletariado se levanta por la República, ¿puede contar con el apoyo de la burguesía liberal, como fue convenido hace dos meses en Ginebra?»: «Señores obreros, ustedes solos hicieron el Imperio, a ustedes toca ahora deshacerlo.» Jules Favre aparentaba olvidar que el Imperio había sido engendrado por la Asamblea del 48, de la que él fuera mandatario. En los hombres del 48 persistía aún la aversión contra los obreros revolucionarios. Sus herederos eran también de corazón cerrado: «El socialismo no existe, o por lo menos, nosotros no queremos contar con él», había dicho Ernest Picard.

«Le Courrier Français», único periódico socialista de la época, muestra muy bien la línea trazada. Un joven escritor, Vermorel, conocido ya por «La Jeune France» y por sus excelentes estudios sobre Mirabeau, le daba vida con su pluma y su dinero. Este periódico reveló la historia de los hombres del 48, su política mezquina, antisocialista, que había hecho inevitable el 2 de diciembre. Los obreros, los republicanos de vanguardia, lo leían, pero los viejos y muchos de los nuevos republica-

nos se indignaban de que se tocara a sus glorias. En vano las condenas, los anónimos más amenazadores, todos los duelistas del Imperio cayeron sobre Vermorel; las gentes del 48 clamaron que estaba sobornado, que era un agente de Rouher. Y el periódico le fue arrebatado. Otros muchos habían de seguirle.

Napoleón III, cacoquímico de cincuenta y siete años, pretende rejuvenecerse con una posición liberal. El espectral Emile Ollivier, ascendido al rango de consejero, alienta la experiencia con la esperanza de gobernar al impotente. Con ayuda de grandes recursos financieros, será posible lanzar un periódico y celebrar reuniones políticas, bajo el riesgo de incurrir en graves penas. Rouher gime, Persigny escribe: «El Imperio parece hundirse por todas partes.» Pero el Imperio se obstina, fiado en sus magistrados y en su policía. Para el ramillete de mayo del 68, contaba con «La Lanterne», folleto semanal. *Les Propos de Labienus*, las impertinencias académicas del «Courrier du Dimanche», las crueldades acerbadas del «Courrier Français» no sacudieron la risa contagiosa. «La Lanterne» de Rochefort lo hizo, aplicando a la política los procedimientos y los despropósitos del vodevilismo. Y todos los partidos pudieron regodearse con los dioses y diosas de las Tullerías, transformados en héroes de la *Belle Hélène*. La burla no plació al príncipe ni a su esposa. Dos meses después, Rochefort, condenado a prisión, se refugiaba en Bruselas, pero los revoltosos brotaban por todas partes. En París, «Le Rappel», inspirado desde Jersey por Victor Hugo, a quien un alejandrino retenía en la orilla del mar; «Le Réveil» de Delescluze, áspero jacobino hostil a los charlatanes; en Toulouse, Agen, Auch, Marsella, Lille, Nantes, Lyon, Arras, en el Mediodía, en el Norte, en el Centro, en el Este, en el Oeste, cien periódicos encendían hogueras de libertad. Surgía una muchedumbre de jóvenes, desafiando las prisiones, las multas, los encuentros con la policía y agarrando al Imperio y a sus ministros, a sus funcionarios por el cuello, detallando los crímenes de diciembre, diciendo: «¡Hay que contar con nosotros; la generación que levantó el Imperio ha muerto!» Folletos, publicaciones populares, pequeñas biblio-

tecas, historias ilustradas de la Revolución, bastaban apenas para satisfacer el ansia de saber que se despertaba. La joven generación obrera, que no había disfrutado el fuerte alimento de la que hizo el 48, lo engullía todo a grandes bocados.

Las reuniones públicas, extraordinariamente concurridas, atizaban estas llamaradas de ideas. Hacía veinte años que París no veía una palabra libre florecer en los labios. A pesar de que el comisario estaba dispuesto a disolver las reuniones a la menor palabra malsonante, muchos exaltados venían a volcar su fuego sobre un público insospechado, sobre todo en los barrios populares, donde dominaban los provincianos, atraídos desde hacía quince años por las grandes obras de París. Estos, más nuevos que los parisienses de pura sangre, mezclan su robustez a sus nerviosa prontitud, reclaman discusiones bien nutridas.

La Internacional en el correccional

La policía pudo entrever entonces que la Internacional no era el instigador, como estúpidamente creía desde la manifestación de Mentana. Ordenó persecuciones de las que la calle Gravilliers se aprovechó para desplegar su bandera, desconocida hasta entonces de las multitudes. El fiscal de S. M. Imperial estuvo atentísimo con aquellos honrados —¡oh, ya lo creo!— trabajadores, cuya asociación no estaba —¡desgraciadamente!— autorizada.

El instigador, Tolain, hizo la defensa colectiva: *«Desde 1862, nuestra consigna es que los trabajadores no deben buscar su emancipación más que por sí mismos. No teníamos más que un medio de salir de la falsa situación que nos creaba la ley; violarla para que se viese que era mala; pero no la hemos violado, pues el gobierno, la policía, la magistratura han podido o han sabido tolerarlo todo.»* El juez, tan amable como el propio fiscal, impuso a los detenidos cien francos de multa y declaró disuelta la Asociación Internacional domiciliada en París. Sin pérdida de momento, constituyóse un

nuevo *bureau*: Malon, Landrin, Combault, Varlin, un encuadernador, que en unos cuantos días reunió diez mil francos para los huelguistas de Ginebra. Nuevas persecuciones. Varlin asume la defensa; esta vez, el tono sube: *«Una clase oprimida en todas las épocas y bajo todos los reinos, la clase del trabajo, pretende aportar un elemento de regeneración. Solamente un viento de absoluta libertad conseguirá limpiar esta atmósfera cargada de iniquidades. Cuando una clase ha perdido la superioridad moral que la hacía predominante, debe desvanecerse si no quiere ser cruel, porque la crueldad es el único recurso de los poderes que caen.»* Tres meses de prisión rezaba la sentencia, «por haber afirmado la existencia, la vitalidad y la acción de la Asociación Internacional, interviniendo en la reciente huelga de los obreros de Ginebra, moralmente o alentando la lucha entre patronos y obreros», y nueva disolución del *bureau* de París.

No por eso dejó la Asociación de estar representada en septiembre, en Bruselas, en el III Congreso de la Internacional, que invitó a todos los trabajadores a oponerse a una guerra entre Francia y Alemania. La mayoría votó, a pesar de Tolain, por la propiedad colectiva; y el gobierno imperial se aprovechó de esto para asustar a algunos republicanos que empezaban a inquietarle seriamente.

Gambetta

El 2 de noviembre del 68, día de difuntos, descubren en el cementerio de Montmartre, bajo una piedra enmohecida, la tumba del representante Baudin, asesinado el 2 de diciembre del 51 en Saint-Antoine. Quentin, redactor de «Le Réveil», increpa al Imperio. De la multitud gritan ¡Viva la República! Uno que se titula «Pueblo y Juventud» habla de venganza y la promete para pronto. «Le Réveil» de Delescluze, «L'Avenir National» de Peyrat, «La Revue Politique» de Challemel-Lacour y otros periódicos conquistados por el ejemplo, abren una sus-

cripción para erigir a Baudin una tumba que perpetúe su memoria. Hasta Berryer se suscribe. El Imperio lleva a los tribunales a los periodistas y a los oradores del 2 de diciembre. Un abogado joven defiende a Delescluze. Totalmente desconocido del público, se destaca desde hace algunos años entre la juventud estudiantil y la del foro, donde sorprendió a los maestros en un extraño proceso llamado de los 54. No se entretiene alabando a Baudin. Ya de entrada, Gambetta ataca al Imperio, evoca con trazos de Corneille el 2 de diciembre, encarna el dolor, la cólera, la esperanza de los republicanos; con su voz torrencial, sumerge al fiscal de S. M. Imperial y, con los cabellos flotando al viento, desabrochado, aparece durante una hora como el profeta del castigo. La nueva Francia viose sacudida como por el alumbramiento de una conciencia. El proceso de Baudin marcó el límite fatal del Imperio. Cometiéndole la tontería de creer que el 2 de diciembre habría manifestaciones y puso en pie un ejército, dirigido por un pequeño ministro del Interior, Pinard. París, suficientemente vengado, se contentó con reír. El Imperio, ridiculizado, agobió a los periodistas con multas y meses de prisión, clausuró las reuniones públicas y tendió todos sus tentáculos administrativos. Esto ocurría en vísperas de unas elecciones generales.

La misión de los serviles del 63 había terminado. Siguió a Napoleón III hasta el crimen de lesa patria. Bastante más culpables que en el 57, dieron a luz la hegemonía prusiana, lanzaron a Italia en brazos de Prusia, continuaron financiando la guerra de Méjico, aclamaron a la segunda expedición romana y a Rouher con su: «Jamás, jamás dejará Francia que Italia tenga a Roma por capital.»

No hay disculpas para estas bajezas, para estas traiciones. Todos estos diputados oficiales eran altos burgueses, grandes industriales, financieros, emparentados con la administración, el ejército, la magistratura, el clero. Contra su opinión nada podía prevalecer. Preferían seguir viviendo a sabiendas de que, a fin de cuentas, el trabajo lo paga todo. En las elecciones del 69 no tuvieron otro programa que el del emperador, no bus-

caron otro elector que el ministro. Fue el pueblo quien, una vez más, hubo de salvar las apariencias.

Las elecciones del 69

París no quiere más periódicos dictadores de elecciones. Encuentra él mismo candidatos y frecuentemente contra los diputados del 63, a quienes los mejores oradores de las reuniones públicas, Lefrançais, Briosne, Langlois, Tolain, Longuet, etc., desafían en vano a controversias públicas. Frente al viejo Carnot, Belleville alza al joven tribuno Gambetta, que acepta las reivindicaciones de los electores y enarbola la bandera «intransigente»; frente a Jules Favre, a Rochefort. Contra Garnier-Pagès, afrontando la competencia de Raspail, los obreros presentan a Briosne, uno de los suyos, con el fin de afirmar «el derecho de las minorías, la soberanía del trabajo». Guérout será combatido por el abogado Jules Ferry, autor de un bonito juego de palabras sobre el prefecto Haussmann. Jules Simon, Pelletan, tendrán también contrincante. Emile Ollivier, que ha acumulado los odios, quiere medirse en una reunión pública del Châtelet con Bancel, joven diputado del 52 que vuelve del destierro rejuvenecido. ¡Viva la libertad!, gritan al renegado. La policía desenvaina y persigue a los republicanos, que suben a la Bastilla cantando la *Marsellesa*.

El 24 de mayo salen elegidos Gambetta, Bancel, Pelletan, Picard y Jules Simon. En el segundo turno, los señores Thiers, Garnier-Pagès y Jules Favre. Este último nombre arranca gritos de ¡Viva La Lanterne!, y comienzan en el bulevar las manifestaciones, que ganan Belleville y Saint-Antoine. La policía desliza en ellas bandas de chulos disfrazados de blusas blancas, que derriban los quioscos, rompen los cristales de los escaparates y provocan detenciones en masa. Los redactores de «Le Rappel» y de «Le Réveil» y los oradores de los mítines son detenidos. Las prisiones y los fuertes de Bicêtre albergan a mil quinientos presos. Un habitual de las

Tullerías, Jules Amigues, escribe: «Hay que descapitalizar París.»

El material electoral de provincias dio al Imperio, reconciliado con los obispos después de lo de Mentana, bajo la presión de la tuerca administrativa, una gran mayoría. Sin embargo, los orleanistas se habían infiltrado. Formaban la oposición izquierdista una cuarentena. De 280 diputados, Napoleón III disponía de las dos terceras partes, bastantes para responder ásperamente a los poco perspicaces que hablaban de reformas y para escribir que no cedería «a los movimientos populares». El tiroteo de La Ricamarie subraya estas frases. El 17 de junio, la tropa dispara sobre los mineros huelguistas, mata a once hombres y a dos mujeres, y tiende en tierra a numerosos heridos, entre ellos a una muchacha a la que Palikao impidió que se enviasen socorros. Era el primer éxito en Francia de aquella maravilla de fusil Chassepot. Un senador, general de la gendarmería, propuso una especie de fusilamiento en bloque y que se llegase a una inteligencia con los demás gobiernos para suprimir todas las asociaciones y ligas obreras.

El Imperio y los obreros

Aquel bellaco no era tonto más que a medias; las sociedades obreras no auguraban nada bueno a este gobierno sin principios que jugaba con dos barajas, tolerando la huelga de los broncistas y condenando la de los sastres, suprimiendo el *bureau* de la Internacional y alentando las reuniones del pasaje Raoul, tan pronto autorizando a los delegados de las cámaras sindicales a reunirse, como persiguiéndolos. Estas cámaras sindicales, formadas desde hacía algún tiempo en muchas industrias, querían constituirse en federación. Sus delegados, Theisz, Avrial, Langevin, Varlin, Dereure, Pindy, que erraban de local en local, acabaron, en el verano del 69, por encontrar uno grandísimo en la calle de La Corderie, que más tarde había de hacerse célebre. La Federación subarrendó una parte del local a diferentes círculos y sociedades: las del bronce, los carpinteros, el

círculo mutualista, integrado en gran parte por el primer *bureau* de la Internacional: D'Alton-Shee, Langlois, etcétera, el círculo de estudios sociales, que había reorganizado la Internacional después del primer proceso. La comunidad de local hizo creer en la identidad de la Asociación Internacional y la Federación de Cámaras Sindicales. Era un error. Varios de los delegados de la Federación sólo formaban parte de la Internacional personalmente; las sociedades que representaban no querían comprometer su existencia ligándose a la Internacional, algunos de cuyos miembros, por esta razón, no eran muy partidarios de estas sociedades.

El público no tomaba muy en serio estas agrupaciones sindicales; le sugestionaba más aquella misteriosa Internacional que contaba, según se decía —y el *bureau* de París lo dejaba decir—, por millones sus afiliados y sus fondos. En setiembre del 69, celebró en Basilea su cuarto congreso. Entre los delegados franceses figuraban Tolain, Langlois, Varlin, Pindy, Longuet, Murat, Aubry de Rouen. Se discutió sobre colectivismo, individualismo, abolición del derecho de herencia, etc.; pero se proclamó la misión militante del socialismo, pues le había salido una rival: la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, fundada el año anterior por el anarquista Bakunin. Un delegado alemán, Liebknecht, felicitó a los obreros de París: «Sabemos que habéis estado y seguiréis estando en la vanguardia del ejército revolucionario.» Como sede del próximo congreso se proclamó el *París libre*.

Hubiérase dicho, en efecto, que lo era, a juzgar por sus periódicos y por lo que se hablaba en las reuniones. El Cuerpo Legislativo se clausuró sin fijar fecha de apertura, después de una carta del emperador concediendo algunos menudos derechos a los diputados, y esto hacía que las voces de la calle se oyese mucho más. En la calle dábase al hombre de las Tullerías por moralmente acabado y físicamente quebrantado. «*Le Réveil*», analizando su enfermedad, no le concedía más que tres años de vida; la emperatriz, la corte, los funcionarios, eran acribillados por flechazos mucho más

agudos que los de «La Lanterne» de otro tiempo; los mí-
tines se orientaban hacia la política; en Belleville los
hubo que fueron disueltos a sablazos. En las vallas de
los nuevos edificios de las Tullerías, donde el contratis-
ta había mandado escribir: «Aquí no entra el público»,
una mano escribió: «Sí, algunas veces.»

Los tribunales de justicia no funcionaban. Y como
Rouher había sido mandado al Senado y los nuevos
ministros eran desconocidos, se creyó en un nuevo ré-
gimen. Se aprovechaba cualquier ocasión para atacar.
El emperador convocó al Cuerpo Legislativo para el
29 de noviembre. Un diputado de la izquierda, Kératry,
se permite decir que debe serlo para el 26 de octubre,
que se viola la Constitución, que es preciso que los dipu-
tados vayan el 26 a la plaza de la Concordia, a recon-
quistar, aunque sea a la fuerza, su sitio en el Palais-
Bourbon. «La Réforme» se apodera de la idea. Gambet-
ta escribe desde Suiza: «¡Allí estaré!» Raspail y Bancel
lo mismo. Jules Ferry declara que responderá al «inso-
lente decreto».

El tiroteo de Aubin habla también; el 8 de octubre,
son muertos por las tropas catorce obreros huelguistas
y heridos cincuenta más. París se caldea. El 26 puede
convertirse en una jornada memorable; la izquierda
se asusta y firma un manifiesto fuertemente razonado
para cubrir su retirada. Los hombres de vanguardia
van a increparla para que explique esta doble actitud.
Jules Simon, Ernest Picard, Pelletan, Jules Ferry, Ban-
cel se dirigen a la convocatoria recusada por Jules Fa-
vre, Garnier-Pagès y otros que pretenden no depender
más que de su conciencia. En la sala hay apenas dos-
cientos militantes, jóvenes y viejos, escritores, orado-
res de reuniones públicas, obreros, socialistas conoci-
dos. La presidencia recae en Millièrre, recientemente
despedido por una gran compañía que no admite em-
pleados socialistas. Los diputados dan un espectáculo
lamentable, excepto Bancel, envuelto en su fraseología
del 48, y Jules Simon, que conserva toda su sangre
fría. Este último disculpa la ausencia de Gambetta, al
que califica de «reserva para el porvenir», expone las
razones estratégicas que hacen de la plaza de la Con-

cordia un lugar peligroso, fustiga al Imperio, que finge
ignorar que allí están todos para entablar su proceso.
Les interrumpen, les recuerdan lo ocurrido en junio.
Los diputados salieron llenos de un resentimiento que
tenían que tragarse. No volvió a hablarse del 26 de oc-
tubre; pero el gobierno hizo formidables preparativos,
de los que se burló París como en el año anterior.

Dos oposiciones

Desde este momento, hay ya dos oposiciones: la de
los parlamentarios de izquierda y la de los socialistas,
a los que se adhiere un gran contingente de obreros,
de empleados, de la pequeña burguesía. Estos dicen:
«Los más hermosos discursos no han impedido nada,
nada nos han dado; es menester hacer algo, sacudir
el Imperio hasta descuajarlo.» Se presenta ocasión para
ello. El 21 de noviembre, París tiene que sustituir a
cuatro diputados: Gambetta, Jules Favre, Picard y Ban-
cel, que han optado por las provincias. Belleville pasa de
manos de Gambetta a manos de Rochefort. El autor
de «La Lanterne» acepta los votos de Gambetta, llega de
Bélgica y provoca en las reuniones un entusiasmo des-
cabellado. Sus competidores, salvo Carnot, se retiran.
Para abofetear al emperador, se admite que Rochefort
preste el juramento obligatorio; en todos los demás
sitios, el partido de acción exige no juramentados, de-
signa a Ledru-Rollin, Barbès, Félix Pyat. El viejo tribuno
se niega a ir, el segundo muere en La Haya, Félix Pyat
no tiene el menor deseo de dedicarse a resolver rompe-
cabezas. Sólo Rochefort es elegido: en las otras tres
circunscripciones triunfan los hombres del pasado, dos
del 48, Emmanuel Arago, el atravesado Crémieux, y un
viejo y gárrulo republicano, Glais-Bizoin.

Los tres se unieron a la izquierda, que acaba de fus-
tigar en un manifiesto el mandato imperativo: «La li-
bertad de discusión —decían estos señores—, el poder
de la verdad, son las armas a que piensan recurrir los
abajo firmantes; no emplearán otras, salvo en el caso
de que la fuerza trate de ahogar sus voces.» Tuvieron

que oír lo suyo. «La izquierda no ha sido formada para reivindicar las libertades que el tercer partido obtendrá más fácilmente. Al aislarse del pueblo, se incapacita uno de antemano para tomar otras armas, deja de cooperar al advenimiento de la República y se convierte en conservador del Imperio.»

Esto era leer en el alma de muchos. Se dibujaban dos izquierdas, una llamada cerrada, bajo la presidencia del dragón Jules Grévy, custodia de los principios puros; la otra, abierta a un tercer partido, conglomerado de híbridos, liberales, orleanistas, imperialistas incluso, amasada por el amigo de Emile Ollivier, Ernest Picard, víctima de la comezón ministerial.

El Ministerio Emile Ollivier

Como la lesión imperial se hacía cada vez mayor, Emile Ollivier suplicó a Napoleón III que releyese cierto capítulo de Maquiavelo, en que se habla de la necesidad de adaptar nuevos ministros a cada nueva situación. Napoleón III lo leyó, y encargó de constituir ministerio a este maquiavélico Ollivier, que se comprometía, aun garantizando la libertad, a luchar «cuerpo a cuerpo con la Revolución». «¡Del orden, respondo yo!», había dicho el emperador al Cuerpo Legislativo. El año 1870 se abrió bajo la doble constelación de estas potencias. Emile Ollivier, presidente del Consejo de Ministros; en Hacienda, un reaccionario del 48, Buffet; el general Le Boeuf, en Guerra; un cualquiera, en el Interior, donde, según el general Fleury, perro viejo del 2 de diciembre, hacía falta «una mano de hierro».

Después de la elección de Belleville, el partido de acción no se detuvo. Las reuniones públicas no eran más que fiebre, hasta el punto de inquietar a Delescluze, que constataba la existencia de una avalancha de exaltados desconocidos. Su «Réveil» y «Le Rappel» se quedaban bastante más atrás que «La Marseillaise», fundada en diciembre por Rochefort, ametralladora que disparaba sin descanso, y cuya redacción, por la que desfilaba desde la mañana hasta la noche la multitud, parecía

algo así como un campamento. Los redactores están dispuestos a todo. Un primo del emperador, el príncipe Pierre Bonaparte, fiera encerrada en Auteuil, atacó violentamente, en «L'Avenir de la Corse», al periódico corso «La Revanche», cuyo corresponsal parisiense, Paschal Grousset, respondió en «La Marseillaise». El príncipe provoca a Rochefort, pero Paschal Grousset se ha anticipado y ha enviado a Auteuil a dos de sus colaboradores, Ulric de Fonvielle y Victor Noir, buen mozo de veinte años, valiente en extremo. Pierre Bonaparte responde brutalmente que se batirá con Rochefort, no con dos instrumentos. Habla de carroñas. Un disparo. Victor Noir va a caer al patio con el corazón atravesado de un balazo. París en pleno recibe el tiro. Aquel joven muerto, aquel Bonaparte asesino, conmueven todos los hogares, despiertan la piedad de la mujer y la pasión del marido. Cuando, al día siguiente, «La Marseillaise» grita: «Pueblo francés, ¿no crees que decididamente esto es ya demasiado?», el motín fue cosa fuera de duda, y hubiera estallado, de no haber retenido la policía el cadáver en Auteuil.

El 12 de enero del 70, doscientos mil parisienses suben por los Campos Elíseos para hacer a su hijo grandes funerales. El ejército, reforzado con las guarniciones vecinas, ocupa todos los puntos estratégicos, y el mariscal Canrobert, olfateando el tufo de diciembre, promete el tiroteo. En Auteuil, Delescluze y Rochefort, que ven inminente la matanza, obtienen la promesa de que se llevará el ataúd al cementerio, en contra de Flourens y de los revolucionarios, que quieren llevarlo a París. No hubiesen franqueado la barrera, que dejó pasar apenas a Rochefort y al frente de una columna, rápidamente rechazada a la altura de los Campos Elíseos. Los mamelucos se quejaron de que no se hubiera aprovechado la ocasión para hacer la sangría que estimaban indispensable.

El primer acto del liberal Emile Ollivier fue pedir que se persiguiese a Rochefort. Obtiene el voto afirmativo el 17, a pesar, preciso es decirlo, de la oposición de la extrema izquierda. La multitud que rodeaba el Palais-Bourbon, rechazada a golpes, gritó: ¡Viva la Re-

pública!, ante la terraza de las Tullerías por donde se paseaba el emperador.

El segundo acto liberal del ponente de la ley sobre las coaliciones fue dirigir al ejército contra los obreros de Creusot, que pedían administrar por sí mismos su caja de retiro, alimentada con su propio dinero.

El presidente del Cuerpo Legislativo, Schneider, jefe de este coto feudal, había expulsado a los miembros del comité obrero, que llevaban a Assi a la cabeza. Schneider abandonó el sillón presidencial, acudió a su baronía con tres mil soldados y dos generales, volvió a toda su gente a las canteras y envió un gran número de sus obreros al Tribunal de Autun.

El *bureau* de la Internacional, formado de nuevo con otro nombre, protestó contra la «pretensión de los capitalistas que, no contentos con detentar todas las fuerzas económicas, quieren además disponer, y disponen, de hecho, de todas las fuerzas sociales, ejército, policía, tribunales, para el mantenimiento de sus inicuos privilegios». El rumor de la huelga fue ahogado por la marea ascendente de París.

Rochefort, condenado a seis meses de cárcel, es entregado por los diputados. La noche del 7 de febrero lo detienen ante la redacción de «La Marseillaise». Flourens grita: «¡A las armas!», echa la zarpa al comisario y, seguido por un centenar de manifestantes, se dirige a Belleville y levanta una barricada en el Temple. La tropa llega, Rochefort se ve abandonado y encuentra a duras penas un refugio. Al día siguiente, París se entera de la detención de Rochefort, así como de todos los redactores de «La Marseillaise» y de numerosos militantes. Se agitan las masas en los barrios. En la calle Saint-Maur se levanta una barricada que es defendida. Va a presentarse ocasión para la sangría, cuando aparece un manifiesto firmado por obreros, muchos de los cuales pertenecen al *bureau* de la Internacional: Malon, Pindy, Combault, Johannard, Landrin, etc.: «*Por primera vez desde hace diecinueve años se han levantado barricadas; la ruina, la bajeza, la vergüenza, van a acabar de una vez... La Revolución adelanta a grandes pasos; no obstruyamos su camino con una impaciencia que podría*

resultar desastrosa. En nombre de la República social que todos queremos, invitamos a nuestros amigos a no comprometer semejante situación.»

Estos trabajadores fueron escuchados por el pueblo; pero las detenciones continuaron. Un obrero mecánico, Mégy, detenido antes de la hora legal, mata al policía que fuerza su puerta. Delescluze sostiene que Mégy estaba en su derecho. Se le condena a trece meses de prisión. El abogado de Mégy, Protot, es apaleado, amordazado. El día 14 hay cuatrocientas cincuenta personas encerradas, acusadas de haber participado en el «complot de febrero», como lo llamaba esta magistratura, a quien su actual jefe, Emile Ollivier, trataba en el 59 de «podredumbre».

Como tal se manifestó el 21 de febrero, en Tours, en el proceso del asesino de Victor Noir. La Constitución imperial concedía a los Bonaparte el privilegio de un Tribunal Supremo, compuesto de funcionarios del Imperio. La fiera de Auteil rugió. Seguro de sus jueces, dijo que Victor Noir le había abofeteado. El profesor Tardieu, médico oficial, lo confirmó, y el procurador general, un vulgar criado, arrancó la absolución. Tardieu, abucheado por los estudiantes de París, hizo suspender sus cursos. La juventud de las escuelas se tomó el desquite en un banquete ofrecido a Gambetta. «Nuestra generación —dijo éste— tiene por misión terminar, completar la Revolución Francesa; no debe llegar el centenario de 1789 sin que Francia haya hecho algo por la justicia social.» Fustigó el culto a Napoleón I, que había llevado a la restauración del Imperio, y dijo: «*Es un monstruo en lo moral, como los monstruos lo son en lo físico.*»

El plebiscito

En la discusión sobre el plebiscito, Gambetta igualó a Mirabeau. Napoleón III, hipnotizado siempre por la sombra de su falso tío, se había resuelto a adoptar el gran remedio que intentara Napoleón I cien días antes de Waterloo. El 19 de julio del 69, rechazaba todavía

la idea de un plebiscito; el 4 de abril del 70 lo pedía con esta fórmula: «¿El pueblo francés aprueba las reformas operadas en la Constitución desde 1860?» Gambetta puso al descubierto la trampa, probó que el Imperio no podía soportar la más mínima dosis de libertad, y habló en favor de la República. El plebiscito fue servilmente votado.

«Daremos pruebas de una actividad devoradora», había dicho Emile Ollivier, que continuaba su serie de frases inauditas. Los primeros devorados fueron los obreros de Anzin, en seguida los de Creusot, condenados el 6 de abril. La Internacional los encomendó a los trabajadores. *«Cuando se absuelve a los príncipes que matan y se condena a los obreros que no piden más que vivir de su trabajo, nos corresponde salir al paso de esta nueva iniquidad, con la adopción de las viudas y los huérfanos.»* Todos los periódicos de vanguardia, respondiendo a este llamamiento, abrieron suscripciones.

El 8 de mayo era la fecha señalada para la comedia. Durante un mes, los poderes públicos, la administración, los magistrados, el clero, los funcionarios de todas clases, no vivieron más que para el plebiscito. Se fundó un comité bonapartista, dotado con un millón por el Crédit Foncier. Para espantar al burgués, un redactor de «Le Figaro» llenó un volumen con las estupideces que se escaparon en algunas reuniones públicas. Su periódico lanzó contra los republicanos la Sociedad de los garrotes reunidos. El bergante del «Lampion», inventor, en el 48, de los guardias nacionales aserrados entre dos planchas, del vitriolo lanzado con bombas, de las mujeres que vendían a los soldados aguardiente envenenado, del municipal empalado, de los bonos por tres damas de Saint-Germain, etc.; bajo este Imperio que hizo brotar todas las pústulas, Villemessant había creado el periódico-tipo de la prensa regocijante, «Le Figaro». Una escuadra de graciosuelos, más o menos plumíferos, iban a la corte, a la ciudad, al teatro, a la caza del chisme, del escándalo del día, de la anécdota incitante, escuchando detrás de las puertas, olisqueando los cubos del agua sucia, registrando los bolsillos,

cobrando a veces la pieza, y recibiendo a menudo un puntapié. Liviano, conservador, religioso, «Le Figaro» era órgano y publicista del trabajo de dignatarios, bolsistas y golfas que se alzaban con los escudos tan picarescamente como alzaban las piernas. La gente de letras lo había adoptado, hallando en él a un tiempo cebo y tablado. El gobierno lo utilizaba para insultar a la oposición, ridiculizar a los republicanos, calumniar las reuniones públicas, dar fe de los falsos complots que podían empujar a los tímidos hacia el Imperio. Su éxito creó rivales. En el año 70, esta prensa aretinesca, rica, con clientela pingüe, daba de comer a una nube de proxenetes literarios, que hubiesen desnudado a su propia madre en público con tal de colocar sus artículos. Se les lanzó a la lucha plebiscitaria, y muchos de ellos fueron a provincias a reforzar la prensa local obligada a cierta moderación.

Los republicanos, los de la oposición, escasos de periódicos, andaban aún peor de organización. En casa del viejo Crémieux, que se las daba de Néstor, celebraron una reunión en que tres diputados, entre ellos Jules Simon, y siete periodistas, se encargaron de hablar al pueblo y al ejército. Redactaron dos artículos. Los diecisiete diputados del grupo Picard rehusaron adherirse, por no querer hacer «ninguna revolución»; «La Marseillaise» y «Le Rappel» se negaron a insertar los dos artículos porque en ellos no se hablaba más que de República y no llevaban firmas de obreros. Estos, afortunadamente, sabían pasar sin portavoces. El 24 de abril, la Corderie envió este manifiesto a los trabajadores de las ciudades y de los campos: *«Insensato será quien crea que la Constitución de 1870 ha de permitirle más cosas que la de 1852... No... El despotismo no puede engendrar más que despotismo. Si deseáis acabar de una vez con las máculas del pasado, el mejor medio, a nuestro juicio, es que os abstengáis o que depositéis en la urna una candidatura no constitucional.»*

Más vibrante que el de la izquierda fue el llamamiento de Garibaldi al ejército francés: *«Yo quisiera no ver en vosotros más que a los descendientes de Fleurus y Jemmapes; entonces, aunque inválido, saludaría*

vuestra soberbia bandera de la República y marcharía aún a vuestro lado.»

Por su parte, los periodistas republicanos, las reuniones públicas, suplieron la pobreza del manifiesto, hicieron la verdadera campaña, jugándose la libertad con una abnegación a la que eran totalmente ajenos los republicanos de relieve, los más ricos de los cuales daban un escudo, ni más ni menos. El único generoso fue Cernuschi, el antiguo miembro de la Constituyente romana, que envió doscientos mil francos.

Esto no era nada contra este Imperio que tenía en sus manos los Bancos públicos y el terror. El 30 de abril enviaba a Mazas a los redactores del manifiesto de la Corderie y a los agitadores obreros Avrial, Malon, Theisz, Héligon, Assi, etc. El 17 de mayo amañó un complot. Su policía acababa de detener en una casa pública a un antiguo soldado, Beaury, provisto de dinero y de una carta de Flourens, refugiado en Londres, que le mandaba a Francia para que asesinasen al emperador. La Internacional anda mezclada en el asunto, juran «Le Figaro» y el mundo oficial. De nada sirve que las sociedades de la Corderie protesten, ni que la Internacional escriba: *«Sabemos de sobra que los sufrimientos de todas clases que padece el proletariado obedecen más al estado económico que al despotismo accidental de unos cuantos fabricantes de golpes de Estado, y no hemos de perder el tiempo en soñar con la supresión de uno de ellos.»* El gobierno secuestra el manifiesto, se incauta de los periódicos. Emile Ollivier ve la mano de la Internacional por todas partes, telegrafía a todos los tribunales para que se detenga a los afiliados que residan en sus respectivas demarcaciones. Las detenciones con orden en blanco caen sobre todos los techos. Del 1 al 8 de mayo, ningún republicano está seguro. Los diputados de la izquierda no duermen en sus casas. Delescluze y varios periodistas se ven obligados a refugiarse en Bélgica.

El plebiscito arrojó siete millones doscientos diez mil votos a favor y un millón quinientos treinta mil en contra. Desde 1852, el régimen imperial había reunido, por tres veces, más de siete millones de sufragios, fa-

vorables, pero nunca tantos votos hostiles. Las grandes ciudades estaban conquistadas, las poblaciones pequeñas y el campo seguían al lado del poder establecido. Resultado previsto. Sabiamente contenidas por una administración de innumerables tentáculos, las poblaciones de los campos, a quienes asusta el pillaje, se dejaron llevar a las urnas a depositar en ellas un «sí», que aseguraban, según les decían, la paz. El Imperio tomó estos millones de súbditos pasivos por militantes; el millón quinientos mil de activos, por una expresión desdeñable. Los mamelucos pidieron que se hiciesen cortes siniestros. Emile Ollivier les organizó un proceso en el Tribunal Supremo, donde se juzgaría, confundidos, al famoso Beaury y a setenta y dos revolucionarios de nombres más o menos famosos, Courmet, Razoua, de «Le Réveil»; Mégy, Tony-Moilin, Fontaine, Sapia, Ferré, de las reuniones públicas.

Tercer proceso de la Internacional

Mientras tanto, los obreros del manifiesto antiplebiscitario fueron entregados a los tribunales correccionales, confundidos con acusados a quienes no conocían. El procurador había inventado dos categorías: los jefes y los miembros de una sociedad secreta. «Desde ahora —dice a los obreros— os perseguiremos sin tregua ni descanso», y leyó su requisitoria, publicada la víspera por «Le Figaro», requisitoria en que el pobre hombre atribuía la Internacional a Blanqui. Chalain habló por sus amigos del primer grupo, demostró que la Internacional era la asociación más conocida y discutida del mundo. *«Hija de la necesidad, ha surgido para organizar la Liga internacional del trabajo esclavizado, en París, en Londres, en Viena, en Berlín, en Dresde, en Venecia, en los departamentos franceses... Sí, somos culpables por no aceptar las fórmulas de unos economistas tan ignorantes que califican de leyes naturales los fenómenos industriales resultantes de un estado transitorio y son lo bastante duros de corazón para glorificar un régimen apoyado en la explotación y el sufrimiento... Sí, los pro-*

letarios están hartos de resignarse... A pesar de la nueva ley sobre coaliciones, la fuerza armada está a disposición de los fabricantes. Los trabajadores que se libraron de los fusiles han padecido largos meses de prisión, han recibido de los magistrados los epítetos de bandidos, de salvajes... ¿Qué podrá obtener con impedirnos que estudiemos las reformas que tienden a asegurar una renovación social? Con eso, sólo se logrará hacer la crisis cada vez más profunda, el remedio cada vez más radical...» Theisz habló por las Cámaras sindicales y probó que su organización era distinta de la Internacional; y, remontándose a la verdadera causa del debate, dijo: «Todas vuestras constituciones afirman y pretenden garantizar la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ahora bien. Cada vez que un pueblo acepta una fórmula filosófica abstracta, política o religiosa, no se concede a sí mismo tregua ni reposo hasta que no hace pasar este ideal al terreno de los hechos. Es preciso que la conciencia del pueblo sea harto generosa para que, afligido sin cesar por la penuria y el paro, no os haya pedido aún cuenta de vuestras riquezas. Todo el que vive de su trabajo, obreros, pequeños industriales, pequeños negociantes, languidece, vegeta, y la fortuna pública pertenece a los usureros, a los negociantes, a los agiotistas.» Léo Frankel, representante de los extranjeros afiliados residentes en Francia, dice: «La unión de los proletarios de todos los países se ha realizado; ninguna fuerza podrá ya dividirlos.» Otros detenidos defendieron su causa. Duval recordó la frase de los patronos durante la huelga de los fundidores de hierro: «Los obreros volverán al trabajo cuando tengan hambre.»

Desde la primera audiencia, los abogados, los profesionales del Foro asistían a las sesiones, encadenados por la novedad de opiniones, por la claridad y la elocuencia de aquel mundo obrero que no sospechaban. «No hay nada que decir, después de oírles», nos confesaba un joven abogado, Clément Laurier, no inferior a Gambetta en el proceso Baudin. Elocuencia de corazón, tanto como de razón. Al principio de una de las audiencias, el tribunal despacha los delitos de derecho común.

Comparece un pequeño a quien sus padres abandonan: «¡Dádnoslo!, exclamaron los obreros; lo adoptaremos, le daremos medios de vida y un oficio.» El presidente encontró esta fórmula improcedente. Los acusados, Avrial, Theisz, Malon, Varlin, Pindy, Chalain, Frankel, Johannard, Germain, Casse, Combault, Passedouet, etc., fueron condenados de dos meses a un año de cárcel. Solamente dos fueron absueltos: Assi, a quien fue imposible, a pesar de «Le Figaro», descubrir relaciones con la Internacional, y Landeck, que renegó.

La candidatura de Hohenzollern

La paz de diciembre ha vuelto. Paz en la calle, agitadores detenidos o en el destierro, periódicos suprimidos, como «La Marseillaise», o aterrorizados. Paz en el Cuerpo Legislativo, donde la extrema izquierda está aterrada, la oposición de los Picard dinástica. De repente, a principios de julio, por todas partes rumores de guerra. Un príncipe prusiano, un Hohenzollern, se presenta como candidato al trono de España, vacante desde la expulsión de Isabel, y esto constituye, al parecer, un insulto a Francia. Un aturdido, Cochery, interpela al ministro de Asuntos Extranjeros, el duque de Gramont, un fatuo a quien Bismarck llamaba «el hombre más necio de Europa». El duque acude el 5 de julio, puesto en jarras, y declara que Francia no puede dejar que una potencia extranjera «ponga a uno de sus príncipes en el trono de Carlos V». La izquierda exige explicaciones, documentos diplomáticos. «¡Huelgan los documentos!», aúlla un soldado de caballería salido de un bosque de Gers, llamado Cassagnac, deportador en 1852, rey de los bribones en tiempos de Guizot, jefe de los mamelucos con Napoleón III, que se desvivía desde hacía veinte años por llenar sus bolsillos sin fondo. ¡Bravo!, exclaman con él los familiares de las Tullerías. Toda ocasión es buena contra esa Prusia que se ha burlado de Napoleón III.

Su hijo no reinaría, había dicho la emperatriz, si no tomaba venganza de Sadowa. Ésta era también la opi-

nión del marido. Este criollo sentimental, cruzado de flemático holandés, peloteado siempre entre dos contrarios, que había ayudado a renacer a Italia y a Alemania, llegó a soñar con ahogar el principio de las nacionalidades, que con tanto calor había proclamado y del que había sido el único en no comprender nada. Prusia, que seguía esta evolución, se armaba desde hacía tres años sin descanso, sentíase preparada, deseaba la agresión. La extranjera, enardecida por su loca camarilla de bailarines de cotillón, de oficiales de salón tan bravos como ignaros, de neo-decembristas que querían refrescar su 52, empujada por un clero que presentaba como aliados a los católicos de Alemania, Eugenia de Montijo, hizo franquear a su débil marido el umbral del sueño a la realidad, le puso en las manos la bandera de la guerra «suya», de ella, como decía la camarilla. El 7, el «hombre más necio» pidió al rey de Prusia que retirase la candidatura de Hohenzollern; el Senado creyó que convenía esperar, y el 9, declara el emperador «puede conducir a Francia donde él quiera, que sólo él debe ser quien pueda declarar la guerra». El 9, el rey responde que aprobará la renuncia del Hohenzollern; el 10, Gramont exige una respuesta del príncipe, y, por su parte, añade: «Tomo mis precauciones para no ser sorprendido.» El 12, el príncipe ha retirado su candidatura. «Es la paz —dice Napoleón III—; lo siento porque la ocasión era buena.»

La camarilla, consternada, cada vez más loca por la guerra, rodea, acucia al emperador, logra, sin gran trabajo, encender de nuevo la antorcha. La renuncia de Hohenzollern no basta; es preciso que el propio rey Guillermo firme una orden. Los mamelucos lo exigen, van a interrogar al gabinete sobre sus «irrisorias lentitudes». Bismarck no esperaba tener tan buena suerte. Seguro de vencer, quería aparecer como atacado. El 13, Guillermo aprueba sin reservas la renuncia del príncipe. No importa; en las Tullerías quieren la guerra a toda costa. Por la noche, nuestro embajador Benedetti recibe orden de pedir al viejo rey que se humille hasta prohibir al prusiano que se vuelva atrás de su renuncia. Guillermo responde que es inútil una nueva audiencia,

que se atiene a sus declaraciones, y, al encontrarse en la estación de Ems con nuestro embajador, le repite sus palabras. Un telegrama pacífico anuncia a Bismarck esta entrevista, que ha sido muy cortés. El canciller consulta a Moltke y al ministro de la Guerra: «¿Estáis dispuestos?» Ellos prometen la victoria. Bismarck amaña el telegrama, le hace decir que el rey de Prusia ha despachado, sin más, al embajador de Francia, lo publica como suplemento en la «Gaceta de Colonia», y lo envía a los agentes de Prusia en el extranjero.

La guerra

La emperatriz y los mamelucos están mucho más entusiasmados aún que Bismarck. Ya tienen su guerra: «¡Prusia nos insulta!», estampa inmediatamente «Le Constitutionnel». «¡Crucemos el Rin! Los soldados de Iéna están listos!» La noche del 14, bandas encuadradas por la policía recorren los bulevares vociferando: «¡Abajo Prusia! ¡A Berlín!» Benedetti llega al día siguiente. Puede aclararlo todo con una palabra. No le oyen, se hunden cada vez más en la trampa. Gramont y Le Boeuf leen en el Senado una declaración de guerra en que se considera al suplemento de la «Gaceta de Colonia» como un documento oficial. El Senado se alza en una sola aclamación. Un ultra quiere hacer una observación: le atajan: «¡Nada de discursos! ¡Hechos!» En el Cuerpo Legislativo, los serviles se indignan cuando la oposición exige que se exhiba ese despacho «oficialmente comunicado a todos los gabinetes de Europa». Emile Ollivier, que no puede enseñarlo, invoca comunicaciones verbales, lee telegramas de los que se desprende que el rey de Prusia ha aprobado la renuncia. «Con eso, no se puede ir a la guerra», dice la izquierda, y Thiers: «Rompéis por una cuestión de forma... Yo pido que se nos muestren los despachos que han motivado la declaración de guerra.» Se le injuria. «¿Dónde está la prueba? —dice Jules Favre— de que el honor de Francia se halla comprometido?» Los mamelucos patalean, 159 votos contra 84 rechazan toda investigación. Emile Ollivier exclama, radiante: «Desde hoy comienza, para

mis colegas y para mí, una gran responsabilidad. La aceptamos de todo corazón.»

Inmediatamente, una comisión finge estudiar los proyectos de ley que van a alimentar la guerra. Llama a Gramont, no exige el despacho que se supone dirigido a los gabinetes —y que no existe—, le hace leer lo que quiere, y vuelve a decir al Cuerpo Legislativo: «Guerra y Marina se encuentran en condiciones de hacer frente, con notable prontitud, a las necesidades de la situación.» Gambetta pide explicaciones. Emile Ollivier tartamudea de cólera; la comisión concluye: «¡Con nuestra palabra basta!» Los proyectos de ley se votan casi por unanimidad; sólo diez diputados votan en contra. Ése es todo el valor de la izquierda.

Ésta había combatido la guerra, desde luego, pero toda su vitalidad se había refugiado en la lengua. Nadie entró de lleno en el problema. Ni un llamamiento al pueblo, ni una frase dantoniana. Entre todos aquellos jóvenes y viejos, hombres del 48, tribunos irreconciliables, no hubo ni una sola gota de la pura sangre revolucionaria que tantas veces, no hacía mucho, había corrido a torrentes en las épocas heroicas.

El único que se levantó, de toda esta alta burguesía descontenta, su verdadero jefe, Thiers, se había limitado a hacer una demostración. Él, tan veterano en los secretos de Estado, sabía que nuestra ruina era segura, pues conocía bien nuestra espantosa inferioridad en todos los órdenes. Hubiera podido congregarse a la izquierda, al tercer partido, a los periodistas, hacer palpar la locura del ataque y, apoyándose en sus colegas, conquistada la opinión, decir a la tribuna, a las Tullerías: «Combatiremos vuestra guerra como una traición.» Pero no quiso más que descartar su responsabilidad, dejar limpia «su memoria», como él decía. No pronunció las palabras que realmente contenían la verdad: «No podéis absolutamente nada.» Y aquellos opulentos burgueses, que no hubieran expuesto ni una migaja de su fortuna sin formidables garantías, se jugaron las cien mil existencias y los millones de franceses sobre la palabra de un Gramont y las bravatas de un Le Boeuf.

El ministro de la Guerra dijo cien veces a los diputados, a los periodistas, en los pasillos, en los salones, en las Tullerías: «¡Nosotros estamos preparados, Prusia no lo está!» Jamás los Loriguets pudieron atribuir a los generales populares de la Revolución, los Rossignol, los Carteaux, enormidades como las que este tambor mayor, de feroces mostachos, prodiga a todo el que quiere oírle: «¡Niego el ejército prusiano!» «¡Aquí tienen ustedes el mejor mapa militar!», y enseñaba su espalda; «¡No me falta ni un mal botón de polaina!», «¡Le llevo quince días de ventaja a Prusia!» El plebiscito había revelado a Prusia el número exacto de nuestros soldados en filas: trescientos treinta mil; de ellos, sólo unos doscientos sesenta mil a lo sumo —cifra transmitida desde hacía tiempo por las embajadas extranjeras—, podían oponerse al enemigo. En las Tullerías se almacenaban informes sobre el crecimiento militar de aquella Prusia que podía, en el 66, concentrar doscientos quince mil hombres en Sadowa, y que disponía ahora de medio millón. Sólo nuestros gobernantes se negaban a ver y a leer. El 15 de julio, Rouher, seguido de un tropel de senadores, fue a decir a Napoleón III: «Desde hace cuatro años, el emperador ha elevado al máximo poder la organización de nuestras fuerzas militares. ¡Gracias a Vuestra Majestad, Francia está preparada, Señor!»

Las blusas blancas hicieron de jaleadores. Fueron, con la policía, a manifestarse, embadurnaron con batura la puerta de la embajada alemana. El burgués, ganado por las mentiras oficiales, cerrado a los periódicos extranjeros, creyendo en el ejército desde hacía tantos años invencible, se dejó arrastrar, después de haber ansiado tanto la *Italia una*, contra la Alemania que buscaba su unidad. La Ópera se sintió patriota, reclamó la *Marsellesa*, a petición de un viejo escéptico, Girardin, senador designado, que desde las columnas de su periódico arrojaba a Alemania al otro lado del Rin.

A esto era a lo que Napoleón III llamaba «el ímpetu irresistible de Francia».

Resistencia obrera

Para honra del pueblo francés, había otra Francia harto distinta. Los trabajadores parisienses quisieron cortar el paso a esta guerra criminal, a esta hez patrioter que agita sus fangosas oleadas. El 15, en el momento en que Emile Ollivier hincha su ligero corazón, algunos grupos que se han formado en la Corderie bajan a los bulevares. En la plaza Château-d'Eau² se les une mucha gente; la columna, grita: «¡Viva la paz!», canta el estribillo del 48:

*Para nosotros, los pueblos son hermanos
Y los tiranos enemigos*

Desde Château-d'Eau hasta la puerta de Saint-Denis, barrios populares, se alzan ruidosamente los aplausos. La gente silba en los bulevares Bonne-Nouvelle y Montmartre, donde se producen riñas con bandas heterogéneas. La columna llega hasta la calle Paix, a la plaza Vendôme, donde es abucheado Emile Ollivier, a la calle Rivoli y al Hôtel-de-Ville. Al día siguiente, se encuentran grupos mucho más numerosos todavía en la Bastilla, y vuelve a empezar la pugna. Ranvier, pintor de porcelanas, muy popular en Belleville, marcha a la cabeza con una bandera. En el bulevar Bonne-Nouvelle cargan sobre ellos los gendarmes y los dispersan.

Impotentes para sublevar a la burguesía, los trabajadores franceses se vuelven hacia los de Alemania: «*Hermanos, protestamos contra la guerra; queremos paz, trabajo y libertad. Hermanos, no escuchéis las voces a sueldo que tratan de engañaros respecto al verdadero espíritu de Francia.*» Su noble llamamiento recibió su recompensa. Los trabajadores de Berlín, respondieron: «*También nosotros queremos paz, trabajo y libertad. Sabemos que a un lado y otro del Rin viven hermanos con los cuales estamos dispuestos a morir por la República universal.*» Grandes y proféticas palabras,

2. Hoy plaza de la República.

escritas en el libro de oro del porvenir de los trabajadores.

Desde hace tres años, como se ha visto, no ha estado realmente en la brecha nadie más que un proletariado de espíritu moderno, y con él los jóvenes que de la burguesía se pasaron al pueblo. Sólo ellos mostraron algún valor político; ellos son, asimismo, los únicos que, en la parálisis general de julio de 1870, encuentran algún nervio para intentar la salvación. El odio del Imperio no los olvidará nunca, ni aun en lo más encarnizado de la guerra. En esos momentos, los tribunales de Blois juzgan a setenta y dos acusados, a unos del complot urdido contra el plebiscito, a otros de toda clase de crímenes políticos. La mayor parte de ellos no se conocían. Sólo treinta y siete serán absueltos; entre ellos, Cournet, Razoua, Ferré. Mégy irá a presidio.

La bestia de la guerra está suelta, los pulmones resuenan en París, que se ilusiona con victorias, y los periodistas bien informados entran en Berlín dentro de un mes; lo malo es que en la frontera faltan víveres, cañones, fusiles, municiones, mapas, zapatos. Un general telegrafía al ministro: «No sé dónde están mis regimientos.» No hay nada para equipar y armar a los guardias móviles, ejército de segunda fila. Toda ilusión de alianza es imposible. Austria está inmovilizada por Rusia; Italia, por la negativa de Napoleón III a ceder Roma a los italianos.

Napoleón sale de Saint-Cloud el 28, en el ferrocarril de circunvalación, sin atreverse a cruzar por París, a pesar del «ímpetu irresistible»; él, que durante tanto tiempo hizo piafar en la capital a sus *cien guardias*. Jamás volverá a entrar en sus muros. Su único consuelo será, algunos meses más tarde, ver a sus oficiales, a su servil burguesía, superar cien veces sus matanzas.

El principio del fin

Su caída será fulminante. Su primer parte a Francia es la noticia de que su hijo ha ganado un balazo en el campo de batalla de Sarrebruck, escaramuza insignifi-

cante transformada en victoria. Apenas llegado a Metz, se derrumba; sus lugartenientes no obedecen sus órdenes y se hacen derrotar a su antojo. Aquel ejército prusiano que «negaba» el jefe de Estado Mayor Le Boeuf, opone desde fines de julio cuatrocientos cincuenta mil hombres a los doscientos cuarenta mil franceses, penosamente desperdigados por nuestra frontera. Ésta es invadida por el enemigo, que nos ataca el 4 de agosto, destroza en Wissembourg la división Abel Douay; el 6, en Spickeren-Forbach, a Frossard, el preceptor del joven héroe de Sarrebruck; el mismo día, en Worth-Frœschwiller, derrota a todo el cuerpo de Mac-Mahon, cuyos restos huyen atropellándose. El águila de hojalata dorada ha caído de la bandera. Napoleón III telegrafía a su mujer: «Todo está perdido, tratad de sosteneros en París.»

Toda la guerra ofrece una buena presa a la Bolsa. La de Crimea tuvo el «canard» tártaro; esta otra tuvo, el día 6, el «canard» mac-mahoniano: veinticinco mil enemigos y el príncipe Carlos, prisioneros. París se engalana, la gente se abraza, canta la *Marsellesa*; a última hora, se acuerda de comprobar la noticia. Era falsa; el Ministerio lo anuncia así a las seis de la tarde, dice que sabe —mentira— quién ha sido el falsario y que lo persigue. La verdadera victoria fue una jugada de Bolsa.

El 7, ya no hubo más remedio que confesar los desastres. Por mucho que Emile Ollivier amañe los partes, por más que la española declame a lo María Teresa: «¡Seré la primera en el peligro!», lo único que ve París es la invasión. La República, el gran recurso de las horas trágicas, la que expulsó a los prusianos de Valmy, acude a todos los labios. Emile Ollivier proclama el estado de sitio, lanza a los gendarmes contra los grupos, no quiere convocar al Cuerpo Legislativo. Sus colegas le obligan a ello; entonces hace anunciar que toda manifestación será considerada como signo de connivencia con el enemigo, y que en el bolsillo de un espía prusiano se ha encontrado este parte: «¡Valor! ¡París se subleva, el ejército francés será cogido entre dos fuegos!» Algunos diputados de la izquierda y varios

periódicos han pedido que se arme inmediatamente a todos los ciudadanos. Emile Ollivier amenaza a los periódicos con la ley marcial. Vana amenaza; desde que la patria está en peligro, renacen las energías. El 9, en la apertura del Cuerpo Legislativo, parece lucir, por un momento, la esperanza de salvación.

No fue más que un relámpago, ya lo hemos dicho. La izquierda siguió siendo la izquierda, desconfiando de un pueblo que, por su parte, se muestra refractario a tomar la iniciativa. Rechazó el 10 de agosto que se le ofrecía, y dejó que la espada prusiana entrara hasta la empuñadura.

CAPÍTULO II

Cómo los prusianos se apoderaron de París y los rurales de Francia.

«¡Atrevámonos! Esta palabra encierra toda la política del momento.»

Informe de Saint-Just a la Convención.

El día 12 ya no cabe negar la evidencia, cerrar los ojos a las mentiras de Rouher, de Le Boeuf —destituido a la fuerza—, ni a la estupidez del mando general confiado por el emperador a Bazaine, entre el júbilo del público que no ha cesado de decir: «¡Lo que nos hace falta es un Bazaine!» El 13, algunos diputados piden que se nombre un comité de defensa. ¿Para qué? «El país se ha tranquilizado», dice Barthélemy-Saint-Hilaire, hombre sagacísimo, *alter ego* de Thiers.

Los encarnizados del día 9, que se hallan muy lejos de estar tranquilos, recurren a tantas calamidades para agitar los ánimos. En «Le Rappel» se encuentran los hombres de acción que escaparon de Sainte-Pélagie; los diputados de izquierda son citados en casa de Nestor. Estos señores, tan atolondrados como el día 9, parecen mucho más preocupados ante la idea de un golpe de Estado que ante las victorias prusianas. Crémieux exclama sencillamente: «Esperemos algún nuevo desastre; la toma de Estrasburgo, por ejemplo.»

El asunto de La Villette

No había más remedio que esperar. Sin estos fantasmas no se podía hacer nada. La pequeña burguesía parisiense creía en la extrema izquierda, ni más ni menos que había creído antes en los ejércitos de Le Boeuf. Los que quisieron ir más allá se estrellaron. El 14, domingo, el reducido grupo blanquista, que nunca había querido, bajo el Imperio, mezclarse a los grupos obreros y no creía más que en los golpes de mano, in-

tenta una sublevación. Contra el parecer de Blanqui, a quien se consultó, Eudes, Bricaud y sus amigos, atacan en La Villette el puesto de zapadores bomberos, en que se guardan algunas armas, hieren al centinela y matan a uno de los gendarmes que acuden al lugar del asalto. Dueños del terreno, los blanquistas recorren el bulevar exterior, hasta Belleville, gritando: «¡Viva la República!» «¡Mueran los prusianos!» Lejos de constituir un reguero de pólvora, hacen el vacío en torno suyo. La multitud los mira de lejos, asombrada, inmóvil, inducida a la sospecha por los policías que la desviaban del verdadero enemigo: el Imperio. Gambetta, pésimamente informado acerca de los medios revolucionarios, pidió que se juzgase a las personas detenidas. El consejo de guerra solicitó seis penas de muerte. Para impedir estos suplicios, algunos hombres de corazón fueron a visitar a George Sand y a Michelet, que les dio una carta conmovedora. El Imperio no tuvo tiempo de llevar a cabo las ejecuciones.

El general Trochu escribió también unas líneas: «Pido a los hombres de todos los partidos que hagan justicia con sus propias manos a esos hombres que no ven en las desgracias públicas más que una ocasión para satisfacer detestables apetitos.» Napoleón III acababa de nombrarle gobernador de París y comandante en jefe de las fuerzas reunidas para su defensa. Este militar, cuya única gloria consistía en unos cuantos folletos, era el ídolo de los liberales por haber criticado un poco al Imperio. A los parisienses les cayó en gracia porque tenía buen tipo, hablaba bien y no había fusilado a nadie en los bulevares. Con Trochu en París y Bazaine fuera, todo podía esperarse.

El día 20, Palikao anuncia desde la tribuna que Bazaine ha rechazado a tres cuerpos de ejército en Jau-mont el día 18. Se trataba de la batalla de Gravelotte, cuyo último resultado fue dejar incomunicado a Bazaine con París y arrojarle hacia Metz. Pronto se abre camino la verdad: Bazaine está bloqueado. El Cuerpo Legislativo no dice una palabra. Aún queda un ejército libre, el de Mac-Mahon, mezcla de soldados vencidos y de tropas bisoñas; poco más de cien mil hombres. Ocupa

Châlons, puede resguardar a París. El propio Mac-Mahon se ha dado cuenta de ello, según dicen, y quiere retroceder. Palikao, la emperatriz y Rouher se lo prohíben y telegrafían al emperador: «Si abandonáis a Bazaine, estalla la revolución en París.» El temor a la revolución es para las Tullerías una obsesión mayor que el miedo a Prusia. Tanto es así, que mandan a Beauvais, en vagón celular, a casi todos los presos políticos de Sainte-Pélagie.

Sedan

Mac-Mahon obedece; por contener la revolución, deja en descubierto a Francia. El 25 llegan al Cuerpo Legislativo las noticias de esta marcha insensata que lleva al ejército deshecho por entre doscientos mil alemanes victoriosos. Thiers, que vuelve a estar en candelero después de los desastres, dice, demuestra en los pasillos que eso es una locura. Nadie sube a la tribuna. Todos esperan estúpidamente lo inevitable. La emperatriz sigue mandando sus equipajes al extranjero.

El 30 por la mañana somos sorprendidos, aplastados en Beaumont, y durante la noche Mac-Mahon empuja al ejército desbandado a la hondonada de Sedan. El 1 de setiembre por la mañana, se ve sitiado por doscientos mil alemanes y setecientos cañones que rodean todas las alturas. Napoleón III sólo acierta a desenvainar su espada para entregársela al rey de Prusia. El día 2, todo el ejército cae prisionero. Europa entera lo sabe aquella misma noche. Los diputados no se movieron. En la jornada del 3, algunos hombres enérgicos trataron de sublevar los bulevares; fueron rechazados por los gendarmes. Por la noche, una inmensa multitud se apiñaba ante las verjas de la Cámara de Diputados. Hasta media noche, la izquierda no se decide. Jules Favre pide que se constituya una comisión de defensa, la destitución de Napoleón III, pero no la de los diputados. Fuera, grita la gente: «¡Viva la República!» Gambetta corre a las verjas y dice: «No tenéis razón. Es menester seguir unidos y no andar con revoluciones.»

Jules Favre, rodeado por el pueblo al salir de la Cámara, se esfuerza por calmar al público.

El 4 de setiembre

De haber dado oídos París a la izquierda, Francia hubiera capitulado. El 7 de agosto —lo confesaron más tarde—, Jules Favre, Jules Simon y Pelletan, habían ido a decir al presidente Schneider: «Ya no podemos resistir; no hay más remedio que entrar en tratos cuanto antes»;¹ pero el 4 por la mañana París leyó esta engañosa proclama: «No han sido hechos prisioneros más que cuarenta mil hombres; dentro de poco, tendremos dos nuevos ejércitos; el emperador ha caído prisionero *durante la lucha*.» París acude como un solo hombre. Los burgueses, recordando que son guardias nacionales, se endosan el uniforme, toman el fusil y quieren forzar el puente de la Concordia. Los gendarmes, asombrados al ver a una gente tan distinguida, dejan el paso libre; tras ellos, la multitud sigue adelante e invade el Palais-Bourbon. A la una, no obstante los desesperados esfuerzos de la izquierda, el pueblo obstruye las tribunas. Ya es hora. Los diputados, en funciones de ministerio, tratan del gobierno. La izquierda secunda con todas sus fuerzas esta combinación, y se indigna de que haya quien se atreva a hablar de República. Estallan gritos en la tribuna. Gambetta hace esfuerzos inauditos, conjura al pueblo a que aguarde el resultado de las deliberaciones. Este resultado se sabe de antemano. Es una comisión de gobierno nombrada por la asamblea; es la paz solicitada, aceptada a toda costa; es, para colmo de vergüenzas, la monarquía más o menos parlamentaria. Una nueva ola echa abajo las puertas, llena la sala, expulsa o anega a los diputados. Gambetta, lanzado a la tribuna, tiene que pronunciar la destitución. El pueblo quiere aún más: ¡la República!, y se

1. Encuesta parlamentaria sobre el 4 de setiembre: Jules Favre.

apodera de los diputados de la izquierda para ir a proclamarla al Hôtel-de-Ville.

Este pertenecía ya al pueblo. En el patio de honor se disputaban el campo la bandera tricolor y la bandera roja, aplaudidas por unos, silbadas por otros. En la sala del Trono, numerosos diputados arengaban a la muchedumbre. Llegan, entre aclamaciones, Gambetta, Jules Favre y otros diputados de la izquierda. Millièrre cede su sitio a Jules Favre, diciendo: «Hoy por hoy, lo que urge es una cosa: expulsar a los prusianos.» Jules Favre, Jules Simon, Jules Ferry, Gambetta, Crémieux, Emmanuel Arago, Glais-Bizoin, Pelletan, Garnier-Pagès y Picard se constituyeron en gobierno y leyeron sus nombres a la multitud. Hubo muchas reclamaciones. Les gritaron nombres revolucionarios: Delescluze, Ledru-Rollin, Blanqui. Gambetta, muy aplaudido, demostró que sólo los diputados de París eran aptos para gobernar. Esta teoría hizo entrar en el gobierno a Rochefort, ex recluso de Sainte-Pélagie, que volvía cubierto de popularidad.

Enviaron a buscar al general Trochu, para suplicarle que dirigiese la defensa. El general había prometido, bajo su palabra de bretón, católico y soldado, «hacerse matar en las escaleras de las Tullerías en defensa de la dinastía». Como las Tullerías no fueron atacadas —el pueblo las desdeñó—, Trochu, libre de su triple juramento, subió las escaleras del Hôtel-de-Ville. Exigió que se le garantizase a Dios, y pidió la presidencia. Se le concedió ésta, y lo demás.

Doce ciudadanos entraron así en posesión de Francia. Se declararon legitimados por aclamación popular. Tomaron el pomposo nombre de Gobierno de Defensa Nacional. Cinco de estos doce hombres eran de los que habían perdido a la República del 48.

Francia era completamente suya. Al primer murmullo levantado en la Concordia, la emperatriz se recogió las faldas, escurriéndose por una escalera de servicio. El belicoso Senado, con Rouher a la cabeza, se había despedido a la francesa. Como pareciera que algunos diputados iban a reunirse en el Palais-Bourbon, bastó enviar a su encuentro un comisario provisto de sellos.

Los grandes dignatarios, los empingorotados funcionarios, los feroces mamelucos, los imperiosos ministros, los solemnes chambelanes, los bigotudos generales: todos se escabulleron miserablemente el 4 de setiembre, como una pandilla de cómicos de la legua abucheados.

Los delegados de las Cámaras sindicales y de la Internacional se presentaron aquella misma noche en el Hôtel-de-Ville. Durante el día, la Internacional había enviado una nueva proclama a los trabajadores de Alemania, conjurándoles a que se negasen a intervenir en la lucha fratricida. Una vez cumplido su deber de fraternidad, los trabajadores franceses no pensaron más que en la defensa, y pidieron un gobierno que la organizase. Gambetta los recibió muy bien y respondió a todas sus preguntas. El 7, en el primer número de su periódico «La Patrie en Danger», Blanqui y sus amigos, puestos en libertad como todos los detenidos políticos, fueron a «ofrecer al gobierno su apoyo más enérgico y absoluto».

La confianza de París

París entero se entregó a estos diputados de la izquierda, olvidó sus últimos desfallecimientos, los engrandeció con las proporciones del peligro. Asumir, acaparar el poder en semejante momento, pareció uno de esos golpes de audacia de que sólo el genio es capaz. Este París, hambriento desde hacía ochenta años de libertades municipales, se dejó imponer como alcalde al antiguo empleado de Correos del 48, Etienne Arago, hermano de Emmanuel, que lloriqueaba frente a cualquier audacia revolucionaria; él nombró en los veinte distritos los alcaldes que quiso, los cuales, a su vez, eligieron los adjuntos que les plugo. Pero Arago anunciaba elecciones para pronto, y hablaba de hacer revivir los grandes días del 92; en cambio, Jules Favre, orgulloso como un Danton, gritaba a Prusia, a Europa: «No cederemos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas.» Y París aceptaba, entusiasmado, esta dictadura de heroica facundia. El

14, cuando Trochu pasaba revista a la guardia nacional, trescientos mil hombres escalonados en los bulevares, la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos, prorrumpieron en una aclamación inmensa, llevando a cabo un acto de fe análogo al de sus padres en la mañana de Valmy.

Sí, París se entregó sin reservas a esta izquierda, a la que había tenido que violentar para la revolución. Su impulso de voluntad no duró arriba de una hora. Una vez por tierra el Imperio, creyó que todo había terminado y volvió a abdicar. Fue en vano que lúcidos patriotas trataran de mantenerle en pie. Inútilmente escribía Blanqui: «París es tan inexpugnable como invencibles éramos; París, engañado por la prensa fanfarrona, ignora lo grande del peligro; París abusa de la confianza.» París se entregó a sus nuevos amos, cerró obstinadamente los ojos. Sin embargo, cada día traía un síntoma nuevo. La sombra del sitio se aproximaba, y la defensa, lejos de alejar las bocas inútiles, llenaba la ciudad con doscientos mil habitantes del extrarradio. Los trabajos exteriores no avanzaban. En lugar de hacer que todo París empuñase las palas y, con los clarines a la cabeza, banderas al viento, conducir fuera del casco de la ciudad, en columnas de a cien mil hombres, a los nietos de los desniveladores del Campo de Marte, Trochu confiaba los trabajos a los contratistas ordinarios que, según decían, no encontraban brazos. Apenas se ha estudiado la altura de Châtillon, clave de nuestros fuertes del Sur, cuando, el 19, se presenta el enemigo, y barre del llano una tropa enloquecida de zuavos y soldados que no quisieron batirse. Y al día siguiente, aquel París que los periódicos declaraban imposible de cercar, es envuelto por el ejército alemán, queda aislado de las provincias.

Esta falta de pericia alarmó rápidamente a los hombres de vanguardia. Estos habían prometido su apoyo, no una fe ciega. El 5 de setiembre, queriendo centralizar para la defensa y el mantenimiento de la República las fuerzas del partido de acción, habían invitado a las reuniones públicas a que nombrasen en cada distrito un comité de vigilancia encargado de fiscalizar la ac-

tualización de los alcaldes y de recibir las reclamaciones. Cada comité debía nombrar cuatro delegados; el conjunto de éstos constituiría un comité central de los veinte distritos. Esta forma de elección tumultuaria dio como resultado un comité de obreros, de empleados, de escritores conocidos en los movimientos revolucionarios y en las reuniones de los últimos años. El comité estaba instalado en la sala de la calle de la Corderie, cedida por la Internacional y por la Federación de Cámaras Sindicales.

Primeros desacuerdos.

La Internacional y la Federación de Cámaras Sindicales habían suspendido sus trabajos, ya que la guerra y el servicio de la guardia nacional absorbían todas las actividades. Algunos de los miembros de los Sindicatos y de los internacionalistas se hallaban en los comités de vigilancia y en el Comité Central de los veinte distritos, lo que hizo que se atribuyera equivocadamente este comité a la Internacional. El 15, el comité fijó un manifiesto pidiendo: la elección de las municipales; que se pusiese la policía en manos del comité; la elección y la responsabilidad de todos los magistrados; la libertad absoluta de prensa, de reunión, de asociación; la expropiación de todos los productos de primera necesidad; el racionamiento; que se armase a todos los ciudadanos; envío de comisarios para conseguir el levantamiento de las provincias. En todo ello, no había nada que no fuera perfectamente legítimo. Pero París empezaba apenas a gastar su provisión de confianza, y los periódicos burgueses gritaban: «¡Al prusiano!», el gran recurso del que no quería razonar. Sin embargo, los nombres de algunos firmantes eran conocidos de la prensa: Germain Casse, Ch. L. Chassin, Lanjalley, Lefrançais, Longuet, Leverdays, Millièrre, Malon, Pindy, Ranvier, Vaillant, Jules Vallès.

El 20, Jules Favre vuelve a Ferrières, donde ha pedido a Bismarck que indique sus condiciones de paz. Había ido a Ferrières como simple *amateur*, sin que lo

supieran sus colegas, según dice en el informe de su entrevista, entrecortada por las lágrimas. Si hemos de dar crédito al secretario de Bismarck, «no derramó ni una sola, aun cuando se esforzase por llorar». Inmediatamente, el comité de los veinte distritos se reunió en masa y mandó a pedir al Hôtel-de-Ville que se procediese a la lucha a todo trance y a la elección municipal, ordenada por decreto cuatro días antes. «Tenemos necesidad —había escrito el ministro del Interior, Gambetta— de ser apoyados y secundados por asambleas directamente nacidas del sufragio universal.» Jules Ferry recibió a la delegación, dio su palabra de honor de que el gobierno no negociaría en modo alguno, y anunció las elecciones municipales para fines de mes. Tres días más tarde, un decreto las aplazaba indefinidamente.

Así, este poder, apenas instalado, reniega de sus compromisos, rechaza el consejo que él mismo ha solicitado. ¿Tiene, tal vez, el secreto de la victoria? Trochu acaba de decir: «La resistencia es una locura heroica.» Picard: «Nos defenderemos porque no padezca el honor; pero es quimérica toda esperanza.» El elegante Crémieux: «Los prusianos entrarán en París como un cuchillo en la manteca.»² El jefe del Estado Mayor de Trochu: «No podemos defendernos; estamos decididos a no defendernos», y, en lugar de advertir lealmente de ello a París, en lugar de decirle: «Capitula inmediatamente o dirige tú mismo tu lucha», estos hombres, que declaraban imposible la defensa, reclaman la dirección exclusiva de ésta.

¿Qué se proponen, entonces? Lo que se proponen es pactar. No llevan otra mira, desde las primeras derrotas. Los reveses, que exaltaban a sus padres, habían puesto a los hombres de la izquierda al nivel de los diputados imperiales. Transformados en gobierno, tocan la misma tocata, mandan a Thiers a que recorra toda Europa postulando la paz, y a Jules Favre a que se vea con Bismarck. Cuando todo París les grita: «¡Defendenednos! ¡Expulsemos al enemigo!», aplauden, aceptan, y

2. Encuesta parlamentaria sobre el 4 de setiembre: Petetin, de Larcinty.

dicen por lo bajo: «Tú, anda a tratar.» No hay en la historia una traición más vil. Los hombres del Cuatro de Setiembre, ¿han falseado o no la misión que se les había encomendado? «Sí», dirá el veredicto de los siglos.

El mandato que habían recibido era tácito, ciertamente, pero de tal modo formal, que todo París se estremeció ante el relato de lo de Ferrières. La simple idea de capitular conmovía a los tenderos más tranquilos; París, de un extremo a otro, había abrazado el partido de la lucha a todo trance. Los defensores tuvieron que avenirse a demorar las cosas, ceder a lo que llamaron la «locura del sitio», considerándose los únicos de París que no habían perdido la cabeza. Se lucharía, puesto que los parisienses no querían cejar; pero se lucharía solamente para que perdiesen su petulancia. El 14, cuando Trochu volvió de ver «lo que jamás, dijo, no tuvo ante sus ojos a ningún general de ejército: trescientos batallones organizados, armados, rodeados por toda la población que aplaudía la defensa de París», dicen que se emocionó y anunció que podría sostener los fuertes.³ Hasta ahí llegó el colmo de su entusiasmo. Sostenerse, no abrir las puertas. En cuanto a instruir a fondo a aquellos trescientos mil guardias nacionales, unirlos a los doscientos cuarenta mil soldados móviles y marinos amontonados en París y hacer con todas estas fuerzas un poderoso torrente con el que se expulsaría, hasta el Rin al enemigo, en semejante cosa nunca pensó. Tampoco se les pasó por las mientes a sus colegas, que sólo discutieron con él acerca del juego que había que hacer con los generales prusianos.

La comedia de la defensa

Trochu era partidario de los procedimientos suaves, como beato poco amigo de escándalos inútiles. Puesto que, conforme a todos los manuales militares, la gran ciudad tenía que caer, ya se encargaría él de que su caída fuese lo menos sangrienta posible. Así, dejando

3. Encuesta sobre el 4 de setiembre: Garnier-Pagès.

que el enemigo se instalase con toda comodidad en torno a París, Trochu organizó, con miras a la galería, algunas escaramuzas. Sólo en Chevilly tuvo lugar, el día 30, un encuentro serio, donde, después de conseguir alguna ventaja, retrocedimos, abandonando una batería falta de refuerzos y de servicios.

El público creyó en un éxito, engañado siempre por aquella prensa que había gritado: «¡A Berlín!» Pero en esto suenan dos toques de rebato: Toul y Estrasburgo han capitulado. Flourens, popularísimo en Belleville, da el empujón. Sin escuchar más que a su propia fiebre, llama a los batallones del barrio y el 5 de octubre descende al Hôtel-de-Ville, exige la leva en masa, que se haga una salida, las elecciones municipales, el racionamiento. Trochu que, por distraerle, le había colgado el título de jefe de las fortificaciones, le coloca un hermoso discurso y consigue desembarazarse de él. Como afluían delegaciones pidiendo que París tuviese voz y voto en la defensa, que nombrase su consejo, su comuna, el gobierno acabó por decir que su dignidad le prohibía acceder a tales peticiones. Este malestar produjo el movimiento del 8. El comité de los veinte distritos protestó por medio de un enérgico bando. Setecientas u ochocientas personas se estacionaron bajo las ventanas del Hôtel-de-Ville gritando: «¡Viva la Comuna!» La masa no había llegado todavía a perder la fe. Acudió un gran número de batallones. El gobierno los revistó y declaró imposibles las elecciones, teniendo en cuenta la razón irrefutable de que todo el mundo tenía que estar en las murallas.

El gran público se tragaba ávidamente estos bulos. El 16, Trochu había escrito al compadre Etienne: ⁴ «Seguiré hasta el final el plan que me he trazado»; los papanatas volvieron a repetir el estribillo de agosto, cuando lo de Bazaine: «Déjemosle hacer, tiene su plan.» Los agitadores fueron acusados de prusianos, y la acusación no encontró el menor obstáculo, ya que Trochu, como buen jesuita, no había dejado de hablar —repitiendo su proclama inaugural— de «un pequeño

4. Etienne Arago. (N. del E.)

número de hombres cuyas opiniones culpables cooperan a los proyectos del enemigo». París se dejó mecer todo el mes de octubre por un rumor de expediciones que empezaban con triunfos y acababan en retiradas. El 13 tomamos Bagneux, y un ataque un poco vivo nos hubiera devuelto Châtillon; pero Trochu no tiene reservas. El 21, una cuña por encima de la Malmaison traspasa de parte a parte la debilidad del bloqueo, lleva el pánico hasta Versailles; pero, en lugar de empujar a fondo; el general Ducrot no utiliza más que seis mil hombres, y los prusianos lo reducen de nuevo, tomándole dos cañones. El gobierno transformaba estos retrocesos en reconocimientos afortunados, embriagaba a París con la magnífica defensa de Châteaudun, explotaba los despachos de Gambetta, a quien habían enviado a provincias el día 8, porque, en París, como creía en la defensa, les molestaba.

Los alcaldes alentaban esta dulce confianza. Tenían su sede en el Hôtel-de-Ville con sus adjuntos, a dos pasos del gobierno, y estos sesenta y cuatro hombres no tenían más que abrir los ojos para ver claro. Pero pertenecían, en su mayor parte, al número de los liberales y republicanos doctrinarios tan bien representados por la izquierda.⁵ A veces, arañaban la puerta de los defensores, les dirigían tímidas preguntas, recibían vagas seguridades, no creían en ellas, y querían que París creyese. «Puestos —dijo Corbon, uno de los más importantes— frente a una población ansiosa que nos preguntaba qué pensaba el gobierno, nos veíamos obligados a respaldar a éste, a decir que se consagraba por entero a la defensa, que los jefes del ejército estaban llenos de abnegación y trabajaban con ardor. Decíamos todo esto sin saberlo, sin creerlo; porque la verdad es que nosotros no sabíamos nada.»⁶

En la Corderie, en los clubs, en el periódico de Blan-

5. Tenaille-Saligny, Tirard, Bonvalet, Greppo, Bertillon, Hérisson, Ribeacourt, Carnot, Ranc, O'Reilly, Mottu, Grivot, Pernolet, Asseline, Corbon, Henri Martin, F. Favre, Clemenceau, Richard, Braleret.

6. Encuesta sobre el 4 de setiembre.

qui, en «Le Réveil» de Delescluze, en «Le Combat» de Félix Pyat, se da publicidad al plan del Hôtel-de-Ville. ¿Qué significan estas salidas parciales, nunca sostenidas? ¿Por qué se deja a la guardia nacional mal armada, desorganizada, fuera de toda acción militar? ¿Cómo va la fundición de cañones? Seis semanas de charlatanería, de ociosidad, no dejan lugar a dudas respecto a la incapacidad, ya que no respecto a la mala intención de la defensa. El mismo pensamiento apunta en todos los cerebros. ¡Que los convencidos sustituyan a los escépticos! ¡Que se rehaga París! ¡Que la casa común del 92 salve otra vez a la ciudad y a Francia entera! Cada día que pasa hunde más profundamente esta resolución en las almas viriles. «Le Combat», que predicaba la Comuna en apóstrofes hinchados, cuyos oropeles atraían más que la nerviosa dialéctica de Blanqui, lanzó el 27 una bomba espantosa: «Bazaine va a entregar Metz, a negociar la paz en nombre de Napoleón III; su edecán está en Versailles.» El Hôtel-de-Ville desmiente esta noticia, «tan infame —dice— como falsa. Bazaine, el glorioso soldado, no ha cesado de hostigar al ejército sitiado con brillantes salidas». El gobierno pide para el periodista «el castigo de la opinión pública». La opinión pública respondió a esta petición con un diluvio de abucheadores, quemó el periódico, y hubiera acuchillado al periodista, si éste no llega a huir. Al día siguiente, «Le Combat» declaró haber recibido la noticia de Flourens, al cual había llegado por mediación de Rochefort, que se hallaba en inmejorables relaciones con su colega Trochu.

Este mismo día, un golpe de mano afortunado nos entregaba Le Bourget, al noroeste de París, y el Estado Mayor cacareó un triunfo el día 29. Durante todo este día, dejó a nuestros soldados sin víveres, sin refuerzos, bajo el fuego de los prusianos, que volvieron el 30 con quince mil hombres y arrebataron de nuevo el pueblo a sus seiscientos defensores. El 31 de octubre, París recibió, al despertar, tres golpes en mitad del pecho: la pérdida de Le Bourget, la capitulación de Metz y de todo el ejército del «glorioso soldado Bazaine», y la llegada de Thiers, que venía a negociar un armisticio.

Jornada del 31 de octubre

Los defensores, convencidísimos de que París iría a la paz, hicieron pegar en las paredes, uno junto a otro, el armisticio esperado y la capitulación indudable, «una noticia buena y otra mala».⁷

París dio un respingo, ni más ni menos que a la misma hora Marsella, Toulouse y Saint-Etienne. Una hora después de haber sido pegados los carteles bajo la lluvia, la multitud grita delante del Hôtel-de-Ville: «¡Nada de armisticios!», y, a pesar de la resistencia de los guardias móviles, invade el vestíbulo. Etienne Arago, sus adjuntos Floquet y Henri Brisson, acuden, juran que el gobierno se desvive por la salvación de la patria. La primera oleada de gente se retira; otra llama a la puerta. A mediodía, Trochu aparece en la escalera, cree poner fin al conflicto con una arenga. Le responden: «¡Muera Trochu!» Jules Simon le releva y llega hasta la plaza, a detallar las ventajas del armisticio. Le gritan: «¡Nada de armisticios!» No consigue salir del paso sino pidiendo a la multitud que designe diez delegados que le acompañasen al Hôtel-de-Ville. Trochu, Jules Favre, Jules Ferry y Picard los reciben en la sala del Trono. Trochu demuestra, con una oratoria ciceroniana, que Le Bourget no tiene ningún valor, y asegura que acaba de tener noticia de la capitulación de Metz. Una voz: ¡Mentira! La voz sale de una diputación del comité de los veinte distritos y de los comités de vigilancia, que acaba de entrar en la sala. Otros, para acabar de una vez con Trochu, quieren que continúe; de pronto suena en la plaza un tiro que interrumpe el monólogo y hace que el orador desaparezca. Le sustituye Jules Favre, que reanuda el hilo de su demostración.

Mientras perora Jules Favre, los alcaldes deliberan en la sala del Consejo Municipal. Para calmar la agitación, proponen la elección de las municipalidades, la formación de los batallones de la guardia nacional, y

7. Encuesta sobre el 4 de setiembre: Jules Ferry.

su unión al ejército. El lacrimoso Etienne va a llevar estos paños calientes al gobierno.

Son las dos y media; una multitud enorme, contenida de mala manera por los guardias móviles, invade la plaza y grita: «¡Muera Trochu! ¡Viva la Comuna!», tremolando banderas con el letrero: «¡Nada de armisticio!» Las delegaciones que han entrado en el Hôtel-de-Ville no acaban de salir, a la muchedumbre se le agota la paciencia, atropella a los móviles, lanza a la sala de los alcaldes a Félix Pyat, que había ido allí de curioso. Pyat se agita, protesta de que aquello es contrario a las normas, de que él quiere entrar allí «por elección, no por irrupción». Los alcaldes le apoyan lo mejor que pueden, anuncian que han pedido las elecciones de las municipalidades, que el decreto está puesto a la firma. La multitud sigue empujando, sube hasta la sala del Trono, donde pone fin a la oración de Jules Favre, que va a reunirse con sus colegas. Éstos votan la proposición de los alcaldes, en principio, salvo en lo que se refiere a fijar la fecha de las elecciones.

A eso de las cuatro, la gente invade el salón. Rochefort promete las elecciones municipales. La multitud lo asimila a los demás defensores. Uno de los delegados de los veinte distritos se sube a la mesa, proclama la destitución del gobierno, pide que se encargue a una comisión de hacer las elecciones en un plazo de cuarenta y ocho horas. Los nombres de Dorian, el único ministro que tomó en serio la defensa, de Louis Blanc, Ledru-Rollin, Victor Hugo, Raspail, Delescluze, Blanqui, Félix Pyat, Milliére, son aclamados.

Si esta comisión hubiera podido hacer evacuar y guardar el Hôtel-de-Ville, fijar una proclama, la jornada hubiera terminado bien. Pero Doriat se negó, Louis Blanc, Victor Hugo, Ledru-Rollin, Raspail, Félix Pyat se callaron o volvieron la espalda. Flourens tiene tiempo de acudir. Irrumpe en el local con sus tiradores de Belleville; sube a la mesa en torno a la cual se hallan los miembros del gobierno, los declara prisioneros, y propone la formación de un comité de salud pública. Unos aplauden, otros protestan, declarando que no se trata de sustituir una dictadura por otra. Flourens

gana la partida, lee los nombres, el suyo el primero, seguido de los de Blanqui, Delescluze, Millière, Ranvier, Félix Pyat, Mottu. Se entablan discusiones interminables. Los hombres del Cuatro de Setiembre se sienten salvados a pesar de los guardias nacionales que les tienen presos, y sonríen a estos vencedores que dejan que se les escape de las manos la victoria.

A partir de este momento, todos se pierden en un dédalo de embrollos. Cada sala tiene su gobierno, sus oradores, sus tarántulas. Tan negra es la tormenta, que, hacia los ocho, algunos guardias nacionales reaccionarios pueden, en las mismas narices de Flourens, liberar a Trochu y a Ferry. Otros se llevan a Blanqui, que es libertado por los francotiradores. En la sala del alcalde, Etienne Arago y sus adjuntos convocan para el día siguiente a los electores, bajo la presidencia de Dorian y de Schoelcher. Hacia las diez, se fija su proclama en todo París.

Durante toda la jornada, París se mantuvo en actitud expectante. «El 31 de octubre por la mañana —ha dicho Jules Ferry—, la población parisiense era, de lo más alto a lo más bajo de la escala, absolutamente hostil a nosotros.⁸ Todo el mundo decía que merecíamos ser destituidos.» Uno de los mejores batallones, llevado a apoyar al gobierno por el general Tamisier, comandante supremo de la guardia nacional, alza las culatas de sus fusiles al llegar a la plaza. Todo cambió en cuanto se supo que el gobierno había sido hecho prisionero; sobre todo, al conocer los nombres de los que le sustituían. La lección pareció demasiado fuerte. Unos, que hubieran admitido a Ledru-Rollin o a Victor Hugo, no podían tragar a Blanqui ni a Flourens. La llamada había resonado inútilmente todo el día. Por la noche, la generala dio resultado. Los batallones, refractarios por la mañana, llegaron a la plaza Vendôme; verdad es que la mayor parte de ellos fueron creyendo las elecciones cosa concedida. Una asamblea de oficiales reunidos en la Bolsa no consintió en esperar el voto regular hasta que no vio el pasquín Dorian-Schœlder. Tro-

chu y los evadidos del Hôtel-de-Ville volvieron a encontrar a sus fieles. El Hôtel-de-Ville, en cambio, quedaba desamparado.

La mayor parte de los batallones que estaban en favor de la Comuna, creyendo las elecciones decretadas, se habían vuelto a sus cuarteles. Quedaban apenas un millar de hombres sin armas, y los ingobernables tiradores de Flourens que vagaban en aquel caos. Blanqui firmaba, firmaba. Delescluze trató de salvar algún resto de este movimiento. Buscó a Dorian, recibió la seguridad formal de que las elecciones de la Comuna se celebrarían al día siguiente, las del gobierno provisional al otro día, registró estas promesas en una nota en que el poder insurreccional declaraba esperar a las elecciones y la hizo firmar por Millière, Blanqui y Flourens. Millière y Dorian fueron a dar cuenta de este documento a los miembros de la defensa. Millière les proponía que saliesen juntos del Hôtel-de-Ville, dejando a Dorian y a Schoelcher proceder a las elecciones, con la condición expresa de que no se ejercería ninguna persecución. Los miembros de la defensa aceptaron y Millière les dijo: «Señores, quedan ustedes en libertad», cuando los guardias nacionales pidieron que los primeros se comprometiesen por escrito. Los prisioneros se indignaron de que se dudase de su palabra. Millière y Flourens no pudieron hacer comprender a los guardias la inutilidad de las firmas.

De pronto, Jules Ferry ataca la puerta de la plaza Lobau. Se ha aprovechado de su libertad, ha reunido algunos batallones, uno, sobre todo, de móviles bretones que apenas entienden el francés. Delescluze y Dorian marchan delante, anuncian el arreglo que creen concluido, deciden a Ferry a que espere. A las tres de la mañana, como persistiese la modorra, baten en la plaza los tambores de Trochu; el batallón bretón penetra en el Hôtel-de-Ville por el subterráneo del cuartel Napoléon, y sorprende y desarma a muchos tiradores; Jules Ferry invade la sala del gobierno. Los indisciplinables no opusieron resistencia. Jules Favre y sus colegas fueron libertados. El general Tamisier recordó a los bretones, que amenazaban, los acuerdos

8. Encuesta sobre el 4 de setiembre: Jules Ferry.

debatidos durante la noche y, como prenda de un olvido recíproco, sale del Hôtel-de-Ville entre Blanqui y Flourens. Trochu recorre las calles y los muelles rodeado de una apoteosis de batallones.

Plebiscito y elecciones

Así se desvanecía en humo esta jornada que hubiera podido dar nueva vida a la defensa. La incoherencia de los hombres de vanguardia rehízo al gobierno su maltrecha virginidad setembrina. El gobierno explotó aquella misma noche lo ocurrido, arrancó los pasquines de Dorian-Schoelcher, concedió las elecciones municipales para el 5, pero las hizo pagar con un plebiscito, planteando la cuestión imperialmente: «Los que quieren sostener al gobierno votarán que *sí*.» De nada sirvió que el comité de los veinte distritos lanzase un manifiesto, ni que «Le Réveil», «La Patrie en Danger», y «Le Combat» expusieran las mil razones por que había de votar que *no*. París, por miedo a dos o tres hombres, abrió un nuevo crédito a este gobierno que acumulaba ineptias sobre insolencias, y le dijo «te quiero» 322.900 veces. El ejército, los móviles, dieron 237.000 *síes*. No hubo más que 54.000 civiles y 9.000 militares que dijera que *no*.

¿Cómo es que estos sesenta mil hombres lúcidos, tan rápidos, tan enérgicos, no supieron gobernar nunca a la opinión? Porque se fraccionaron en cien corrientes. La fiebre del sitio no era como para disciplinar al partido revolucionario, tan dividido algunas semanas antes, y nadie trataba de imponer esa disciplina. Delescluze y Blanqui vivían encerrados en su círculo de amigos o de partidarios. Félix Pyat, que ofrecía un fusil de honor a quien matase al rey de Prusia o patrocinaba la hoguera en que debía asarse al ejército alemán, no se convertía en hombre práctico más que cuando se trataba de salvar la propia pelleja. Los demás, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Schoelcher, etc., la esperanza de los republicanos bajo el Imperio, habían vuelto del destierro asmáticos, comidos de vanidad y

de egoísmo, irritados contra la nueva generación socialista que ya no hacía caso de sus sistemas. Los radicales, inquietos por su porvenir, no iban a comprometerse en el comité de los veinte distritos. Por eso la sección de los Gravilliers de 1870-71 no pudo ser nunca más que un foco de impresiones, y no un centro director, y todo lo arreglaba con manifestaciones, como la de 1793.

Mas allí, por lo menos, había vida, una lámpara, aunque humosa, siempre vigilante. ¿Qué dan los pequeños burgueses? ¿Dónde están sus jacobinos, sus *cordeliers*? En la Corderie veo perfectamente a los hijos perdidos de la pequeña burguesía que esgrimen la pluma o toman la palabra, pero, ¿dónde está el grueso de su ejército?

Todo calla. Fuera de los *faubourgs*, París es la alcaoba de un enfermo, donde nadie se atreve a levantar la voz. Esta abdicación moral es el verdadero fenómeno psicológico del sitio, fenómeno tanto más extraordinario, cuanto que coexiste con un admirable ardor de resistencia. Unos hombres que dicen: «Preferimos poner fuego a nuestras casas antes que rendirlas al enemigo», se indignan de que haya quien se atreva a disputar el poder a los miedosos del Hôtel-de-Ville. Si temen a los aturdidos, a los febriles, a las colaboraciones comprometedoras, ¿por qué no asumen ellos la dirección del movimiento? Y se limitan a gritar: «¡Nada de motines ante el enemigo! ¡Nada de exaltados!», como si valiese más una capitulación que un motín, como si el 10 de agosto, el 31 de mayo, no hubiesen sido otros tantos motines ante el enemigo, como si no hubiese una solución entre la abdicación y el delirio.

El 5 y el 7 repitieron su voto plebiscitario, nombrando entre los veinte alcaldes a doce criaturas de Etienne Arago. Cuatro de los nuevos, Dubail, Vautrain, Desmarest y Vacherot, demócrata intransigente bajo el Imperio, eran unos burgueses intratables. La mayor parte de los adjuntos, de tipo liberal; apenas algunos internacionalistas muy moderados: Tolain, Murat, Héligon, y unos cuantos militantes: Malon, Jaclard, De-reure, Oudet y Léo Meillet.

Los barrios, fieles, eligieron a Delescluze por el XIX y, por el XX, a Ranvier, Millière, Flourens, que no pudieron asistir, ya que la gente del Hôtel-de-Ville, violando la convención Dorian-Tamisier, habían cursado órdenes de detención contra los manifestantes del 31 de octubre.⁹ Les acusaron, naturalmente, de haber sido agentes a sueldo de la policía imperial, dijeron que acababan de descubrirse sus expedientes en la Prefectura. En la Alcaldía central, Jules Ferry sustituye a Etienne Arago, demasiado comprometido el 31 de octubre, y ponen al mando de la guardia nacional a Clément Thomas, el que cargó contra los proletarios en junio del 48, en vista de que Tamisier, indignado por la violación de los acuerdos, había dimitido.

A principios de noviembre, no había nada perdido. El ejército, los móviles, los marinos, daban, según el plebiscito, 246.000 hombres y 7.500 oficiales. Se podían entresacar cómodamente, en París, 125.000 guardias nacionales capaces de hacer la campaña, y dejar otros tantos para la defensa interior. Las transformaciones de armas, los cañones, debían procurarse en algunas semanas; los cañones sobre todo, dando cada cual lo que podía para dotar al batallón de magníficas piezas de artillería, orgullo tradicional de los parisienses. ¿Dónde encontrar mil artilleros?, decía Trochu. En cada mecánico de París hay madera de artillero, cosa que la Comuna puso bien de relieve. Y en todos los órdenes la misma superabundancia. París hormigueaba de ingenieros, de contramaestres, de jefes de taller, de equipos con los que podían formarse todos los cuadros. Había, esparcidos por el suelo, todos los materiales necesarios para una victoria.

9. Jaclard, Vermorel, G. Lefrançais, Félix Pyat, Eudes, Levrault, Tridon, Ranvier, Razoua, Tibaldi, Goupil, Vésinier, Régère, Maurice Joly, Blanqui, Millière, Flourens. Estos tres últimos pudieron escapar. Félix Pyat se salvó gracias a una payasada, escribiendo a Emmanuel Arago: «¡Qué lástima que sea prisionero tuyo; hubieras sido mi abogado!»

París, engañado

Los pedantes del ejército regular no veían en todo esto más que barbarie. Aquel París para el que ni Hoche, ni Marceau, ni Kléber hubiesen sido demasiado jóvenes, ni demasiado creyentes, ni demasiado puros, tenía como generales a los peores guñapos del Imperio y del orleanismo: al Vinoy de Diciembre, a Ducrot, a Suzanne, a Leflô. Un fósil presuntuoso como Chabaud-Latour mandaba como genial jefe. En su amable intimidad, les divertía mucho esta defensa, pero encontraban la broma demasiado larga. El 31 de octubre les exasperó contra la guardia nacional, y hasta última hora se negaron a utilizarla.

En lugar de coordinar las fuerzas de París, de dar a todos los mismos cuadros, la misma enseña, el hermoso nombre de guardia nacional, Trochu dejó en pie las tres divisiones: ejército, móviles, civiles. Esto era consecuencia natural de su opinión acerca de la defensa. El ejército, amotinado por los estados mayores, aborrecía a aquel París que le imponía, según decían, fatigas inútiles. Los móviles de provincias, empujados por sus oficiales, flor y nata de hidalgueros, se agriaron también. Todo el mundo, al ver despreciados a los guardias nacionales, los despreciaban, los llamaban los «a todo trance», los «treinta sueldos». (Desde el comienzo del sitio, los parisienses recibían un franco cincuenta céntimos —treinta sueldos o *sous*— de indemnización.) Todos los días se temían coliciones.

El 31 de octubre no trajo ningún cambio en cuanto al fondo de las cosas. El gobierno rompió las negociaciones que no hubiera podido, a pesar de su victoria, llevar adelante sin sucumbir, decretó la creación de la fundición de cañones; pero no por eso creyó más en la defensa, y siguió navegando con la proa puesta a la paz. Su gran preocupación, como él mismo ha escrito, era el motín. No era solamente de la locura del sitio de lo que quería salvar a París, sino, ante todo, de los revolucionarios. Los grandes burgueses atizaron este magnífico celo. Antes del cuatro de setiembre habían

declarado, dice Jules Simon, «que si se armaba a la clase obrera y ésta tenía alguna probabilidad de imponerse, no se batirían de ningún modo», y la noche del cuatro de setiembre, Jules Favre y Jules Simon fueron al Cuerpo Legislativo a tranquilizarlos, a decirles que los defensores no estropearían la casa. La fuerza irresistible de los acontecimientos había armado a los obreros; era preciso, al menos, inmovilizar sus fusiles; desde hacía dos meses, la gran burguesía acechaba el momento oportuno. El plebiscito le dijo que ese momento había llegado ya. Trochu tenía en sus manos a París, y la burguesía, por medio del clero, tenía en sus manos a Trochu, tanto más cuanto que éste creía no depender más que de su conciencia. Curiosa conciencia de infinitos fosos, con más artilugios que los de un teatro. Trochu creía en los milagros, mas no en los prodigios; en las Santas Genovevas, pero no en las Juanas de Arco; en las legiones del más allá, pero de ningún modo en los ejércitos que brotan de la tierra. Por eso, desde el cuatro de setiembre consideraba como un deber engañar a París. Pensaba: «Voy a rendirte, pero es por tu bien.» Después del 31 de octubre creyó su misión doblada, vio en sí mismo al arcángel, al San Miguel de la sociedad amenazada. Éste es el segundo período de la defensa, que se sostiene tal vez en un gabinete de la calles Postes, porque los jefes del clero vieron, con más claridad que nadie, el peligro de un advenimiento de los trabajadores. Sus manejos fueron muy hábiles. Una especie de obispo a lo Turpín,¹ calzado, barbudo, jovial, gran vaciador de botellas y trenzador de cotillones, de mano ancha y lengua expedita, Bauer, no se separaba de Trochu y atizaba sus recelos en contra de la guardia nacional. Supieron poner en todas partes el grano de arena en el punto vital, penetrando en los estados mayores, en las ambulancias, en las alcaldías. Como el pescador que forcejea con un pez demasiado grande, ahogaron a París en su flúido, le extrajeron su savia a tirones. El 28 de noviembre dio Trochu el primero de estos tirones: una salida de gran espectáculo. El general Ducrot, que mandaba las fuerzas, se anunció cual un nuevo Leónidas: «Lo juro ante

vosotros, ante la nación entera: no volveré a París si no es muerto o victorioso. Podréis verme caer, pero no me veréis retroceder.» Esta proclama exaltó a todo París. Se creyó en vísperas de Jemmapes, cuando los voluntarios parisienses escalaban las crestas guarnecidas de artillería, porque esta vez la guardia nacional iba a entrar en fuego.

Hubiéramos debido abrirnos paso por el Marne para unirnos a los ejércitos de provincias y pasar el río Nogent. El ingeniero Ducrot había tomado mal las medidas; los puentes no estaban en condiciones. Hubo que esperar hasta el día siguiente. El enemigo, en lugar de ser sorprendido, pudo ponerse a la defensiva. El 30, con un magnífico impulso, ganamos Champigny. Al día siguiente, Ducrot permaneció inactivo, mientras el enemigo, desguarneciendo Versalles, acumulaba sus fuerzas sobre Champigny. El 2, reconquistó una parte del pueblo. La lucha fue ruda durante toda la jornada. Los miembros del gobierno, a quienes su grandeza retenía en el Hôtel-de-Ville, se hicieron representar en el campo de batalla por una carta de «su muy querido presidente». Por la noche acampamos en nuestras posiciones, pero helados. El «querido presidente» tenía dada orden de que se dejaran las mantas en París, y habíamos partido sin tiendas ni ambulancias. Al día siguiente, Ducrot declaró que debíamos retirarnos, y ante París, ante la nación entera, este bravucón deshonrado se volvió a la capital a reculones. Volvíamos con ocho mil bajas, entre muertos y heridos, de cien mil hombres, de los cuales habían entrado en combate cincuenta mil.

Trochu descansó veinte días sobre estos laureles. De este ocio se aprovechó Clément Thomas para disolver y difamar al batallón de tiradores de Belleville, poco disciplinado, sin duda, pero que había tenido muertos y heridos. Basándose en el simple informe del general que mandaba en Vincennes, difamaba igualmente al 200º batallón. Echaban el guante a Flourens. El 21 de diciembre, estos encarnizados depuradores dignáronse, por fin, preocuparse un poco de los prusianos. Los móviles del Sena fueron lanzados, sin cañones, contra

las murallas de Stains, y al ataque contra Le Bourget. El enemigo los recibió con una artillería aplastante. La ventaja conseguida por la derecha en Ville-Evrard no fue aprovechada. Los soldados regresaron desmoralizados. Algunos gritaron: «¡Viva la paz!» Cada nueva empresa acusaba al plan Trochu, fatigaba a las tropas, pero no podía nada contra el valor de los guardias nacionales. Estos, durante dos días, en la explanada de Avron, casi al descubierto, sostuvieron el fuego de sesenta piezas. Cuando los muertos eran ya muchos, Trochu descubrió que la posición no tenía ninguna importancia, y mandó evacuarla.

La confianza se quebranta

Estos fracasos empezaron a gastar la credulidad parisiense. El hambre picaba cada vez más. La carne de caballo era ya una gollería. La gente devoraba perros, ratas y ratones. Las mujeres, con un frío de 17 grados bajo cero, o entre el barro del deshielo, esperaban horas enteras una ración de náufrago. En vez de pan, una masa negra que retorcía las tripas. Las criaturitas se morían sobre el seno exhausto. La leña valía a peso de oro. El pobre no tenía para calentarse más que los despachos de Gambetta anunciando los éxitos conseguidos en provincias. A fines de diciembre, se encendieron los ojos, agrandados por las privaciones. ¿Iban a sucumbir con las armas intactas?

Los alcaldes seguían sin moverse, se acantonaban en su papel de despenseros, vedándose a sí mismos toda pregunta indiscreta, evitaban abrir procesos verbales para evitar hasta la apariencia de una municipalidad.¹⁰ Jules Favre les ofrecía pequeñas reuniones semanales, en las que se charlaba amistosamente acerca de las interioridades del sitio. Sólo hubo uno que cumpliera con su deber: Delescluze. Había adquirido una gran autoridad por sus implacables artículos contra la defensa, publicados en «Le Réveil». El 30 de diciembre in-

terpeló a Jules Favre, dijo a los alcaldes y adjuntos: «Vosotros sois los responsables» y pidió que se agregase el consejo a la defensa. La mayor parte de sus colegas protestaron, sobre todo Dubail y Vacherot. El 4 de enero, Delescluze volvió a la carga presentando una proposición radical: dimisión de Trochu y de Clément Thomas; movilización de la guardia nacional; institución de un consejo de defensa; renovación de los comités de guerra. Tampoco fue escuchado.

El comité de los veinte distritos apoyó a Delescluze, hizo aparecer el 6 un cartel rojo, redactado por Tridon y por Jules Vallès: «¿Ha cumplido con su misión el gobierno que se ha encargado de la defensa nacional?... No... Con su lentitud, su inercia, su indecisión, los que nos gobiernan nos han conducido al borde del abismo... No han sabido ni administrar ni combatir... La gente se muere de frío, ya casi de hambre... Salidas sin objeto, mortales luchas sin resultado, fracasos repetidos... El gobierno ha dado la medida de su capacidad, nos mata. La perpetuación de este régimen es la capitulación... La política, la estrategia, la administración del 4 de setiembre, continuación del Imperio, están juzgadas. ¡Paso al pueblo! ¡Paso a la Comuna!» Por impotente que el comité fuese para la acción, su pensamiento era justo, y él siguió siendo, hasta el fin del sitio, el mentor sagaz de París.

La masa, que quería nombres ilustres, se apartó de los carteles. Algunos de los firmantes fueron detenidos. Trochu, sin embargo, se sintió lastimado, y aquella misma noche hizo escribir en todos los muros: «El gobernador de París no capitulará.»

Cuatro meses después del 4 de setiembre, París volvió a aplaudir. Pareció muy extraño que, a pesar de la declaración de Trochu, dimitieran Delescluze y sus adjuntos.

Era preciso, sin embargo, taparse los ojos para no ver el nuevo Sedan hacia el que la defensa conducía a París. Los prusianos bombardeaban las casas por encima de los fuertes de Issy y de Vanves, sus obuses jalonaron de cadáveres algunas calles. El 30 de diciem-

10. Encuesta sobre el 4 de setiembre: Jules Ferry.

bre, Trochu declaraba imposible toda nueva acción, invocaba la opinión de todos los generales, y acababa pidiendo ser sustituido. Los días 2, 3 y 4 de enero del 71, los defensores discutieron la elección de la asamblea que habría de sobrevivir a la catástrofe. París no duraría ni hasta el 15, a no ser por la indignación de los patriotas.

Los barrios no llamaban ya a los hombres de la defensa más que la banda de Judas. Los grandes lamas democráticos que se habían retirado el 31 de octubre, volvían a la Comuna. La Alianza Republicana, en la que el antiguo Ledru-Rollin oficiaba ante una media docena de turiferarios, la Unión Republicana y las demás capillas se volvían a ella, pidiendo enérgicamente una asamblea parisiense que organizase la defensa. El gobierno se sintió sobremanera acuciado. Si la pequeña burguesía y la clase media se unían al pueblo, era imposible capitular sin una protesta formidable. Aquella población, que lanzaba hurras bajo los obuses, no se dejaría entregar como un rebaño. Antes, había que mortificarla, que curarla de su «enfatuamiento», según la frase de Jules Ferry, había que purgarla de su fiebre. «La guardia nacional no estará satisfecha, sino cuando haya tumbados en tierra diez mil guardias nacionales», decían en el Hôtel-de-Ville. Acosados por Jules Favre, y Picard, de un lado, y de otro, por los sencillos Emmanuel Arago, Garnier-Pagès, Pelletan, el emoliente Trochu se decidió a dar una última representación.

Buzenval

Se resolvió como una farsa, preparada paralelamente a la capitulación. En la noche del 18 al 19 de enero, los defensores reconocían que un nuevo fracaso traería consigo la catástrofe. Trochu quiso asociar así a los alcaldes para lo referente a la capitulación y al aprovisionamiento. Jules Simon, Garnier-Pagès se avienen a que se rinda París, sólo oponen reservas en lo que concierne a Francia. Garnier-Pagès propone que se nombren

en unas elecciones especiales los mandatarios encargados de capitular. Tal fue su vela de armas.¹¹

El 18 ponen a París en pie y a los prusianos alerta, con gran estruendo de trompetas y tambores. Para este esfuerzo supremo, Trochu no ha sabido reunir arriba de 84.000 hombres, entre ellos 19 regimientos de la guardia nacional, a los que hace pasar la noche, fría y lluviosa, en los barrizales de los campos del monte Valérien.

El ataque iba contra las defensas que cubren Versalles por la parte de La Bergerie. El 19, a las diez de la mañana, con un arranque de tropas veteranas —así lo confesó Trochu en la tribuna versallesa—, los guardias nacionales y los móviles que formaban la mayoría del ala izquierda y del centro ganaron el reducto de Montretout, el parque de Buzenval, una parte de Saint-Cloud, llegaron hasta Garches; ocuparon, en una palabra, todas las posiciones que les fueran señaladas. El general Ducrot, que mandaba el ala izquierda, llegó con dos horas de retraso, y por más que su ejército estuviese integrado principalmente por tropas de línea, no avanzaba.

Habíamos conquistado algunas alturas capitales. Los generales no las artillaron. Los prusianos pudieron barrer a sus anchas dichas crestas. A las cuatro, lanzaron sus columnas de asalto. Al principio, los nuestros flaquearon, pero después se rehicieron y detuvieron el movimiento del enemigo. A eso de las seis disminuyó el fuego de éste; Trochu ordenó la retirada. Quedaban intactos, sin embargo, cuarenta mil hombres de la reserva entre el monte Valérien y Buzenval. De ciento cuarenta piezas de artillería, treinta, a lo sumo, hablaron. Los generales, que apenas se habían dignado comunicar con la guardia nacional, declararon que no soportarían una segunda noche, y Trochu hizo evacuar Montretout y todas las posiciones conquistadas. A la vuelta, algunos batallones lloraban de rabia. Todos

11. Véanse las actas de la Defensa, arregladas por el abogado Dréo, yerno de Garnier-Pagès.

comprendieron que se les había hecho salir para sacrificarlos.¹²

París, que había creído en la victoria, se despertó al toque de difuntos de Trochu. El general pedía un armisticio de dos días para recoger los heridos, enterrar a los muertos y, además, «tiempo, carruajes y muchos camilleros». Entre muertos y heridos, las bajas no pasaban de 3.000 hombres.

Esta vez, por fin, París vio el abismo. Los defensores, dejando de disimular por más tiempo, reunieron a los alcaldes y les dijeron que toda resistencia era imposible. Trochu añadió, para consolarles, que «desde el cuatro de setiembre por la noche había declarado que sería una locura intentar sostener un sitio contra el ejército prusiano».¹³ Pronto la siniestra noticia corrió por la ciudad.

Durante cuatro meses de sitio, París lo había aceptado todo por anticipado, el hambre, la peste, el asalto, todo menos la *capitulación*: En este punto, seguía siendo, el 20 de enero del 71, a pesar de su credulidad, de su debilidad, el París de setiembre del 70. Cuando estalló esta palabra, hubo primero una estupefacción enorme, como ante los crímenes monstruosos, contra natura. Las llagas de los cuatro meses se avivaron clamando venganza. El frío, el hambre, el bombardeo, las largas noches en las trincheras, los niños que morían a millares, los muertos sembrados en las salidas, ¡todo esto para caer en la vergüenza, para dar escolta a Bazaine, para convertirse en un segundo Metz! París creía oír la burla prusiana. En algunos, la estupefacción se transformó en furor. Los mismos que suspiraban por la rendición adoptaron actitudes encrespadas. El pálido rebaño de alcaldes se encabritó. El 21 por la noche les recibió de nuevo Trochu y les dijo que todos los generales consultados, e incluso los oficiales de menos

graduación, habían convenido aquella misma mañana en la imposibilidad de una nueva salida. En pie, de espaldas al fuego, con apuestos ademanes, les demostró matemáticamente la absoluta necesidad de entablar negociaciones con el enemigo, declaró que por su parte no quería intervenir en ellas, y, con aquella lengua suya de incontables revoluciones, insinuó a los alcaldes que capitulasen por él. Los alcaldes hicieron algunos gestos, llegaron hasta a protestar, imaginándose que no eran responsables de la solución.

Al salir de allí, los defensores deliberaron. Jules Favre pidió a Trochu que dimitiera. El apóstol pretendía que se le destituyese, queriendo aparecer incapituable ante la historia, ofreciéndoles, por lo demás, una frase digna de Escobar: «Detenerse ante el hambre es morir, no capitular.»¹⁴ Los defensores se caldearon un poco cuando, a las tres de la mañana, se anunció que la prisión de Mazas acababa de ser forzada. Flourens y otros detenidos políticos han sido libertados por una tropa de guardias nacionales. Nuestros defensores, que olfateaban un 31 de octubre, precipitan sus resoluciones y reemplazan a Trochu por el general Vinoy. El bonapartista se hizo rogar. Jules Favre y Leflô, ministro de la Guerra, le hicieron ver al pueblo en pie, la inminente insurrección, y el prefecto de policía que presentaba su dimisión. Los hombres del cuatro de setiembre del 70 estaban suplicando a los del dos de diciembre del 51. Vinoy se dignó ceder. Empezó, como buen bonapartista, por armarse contra París, desguarneció sus líneas frente a los prusianos, llamó a las tropas de Suresnes, Gentilly, Les Lilas, puso en pie a la caballería y a la gendarmería. Un batallón de móviles de Finistère se hizo fuerte en el Hôtel-de-Ville, mandado por un coronel de la guardia nacional, Vabre, cruelísimo reaccionario. Clément Thomas, en una furibunda proclama, «Los facciosos se unen al enemigo», conjuró a la guardia nacional a «levantarse como un solo hombre para destruirlos». No la había alzado como un solo hombre contra los prusianos.

14. Jules Simon: *Recuerdos del 4 de setiembre*.

12. «Vamos, pues, a hacer *escaldarse* un poco a la guardia nacional, ya que ella lo quiere», decía un coronel de infantería, molesto por este asunto.— *Encuesta sobre el 4 de setiembre*: coronel Chaper.

13. *Encuesta sobre el 4 de setiembre*: Corbon (t. 4, p. 389).

El 22 de enero

Flotaban en el aire signos de cólera, pero no de una jornada seria. Muchos revolucionarios, entre ellos Blanqui, sintiendo que las cosas estaban llegando ya al fin, no admitían un movimiento que, de resultar victorioso, hubiera salvado a los hombres de la defensa y ocupado el lugar de éstos para capitular. Otros, cuya razón no iluminaba al patriotismo, enardecidos aún por los ardores de Buzenval, creían en la salida en masa y decían: «hay que salvar el honor». Algunas reuniones votaron, la víspera, que se opondrían con las armas a la capitulación, y se dieron cita delante del Hôtel-de-Ville.

Al mediodía, el tambor redobla en Batignolles. A la una y media, aparecen algunos grupos armados en la plaza del Hôtel-de-Ville. La multitud se apelotona. El adjunto del alcalde, G. Chaudey, recibe a una diputación; desde el 31 de octubre el gobierno moraba en el Louvre. El orador expone las quejas de París, pide que se implante la Comuna. Chaudey afirma que la idea de la Comuna es una idea falsa, que él la ha combatido y la combatirá enérgicamente. Era hombre de naturaleza muy violenta y terriblemente ergotista. Llega en esto una nueva diputación más fogosa. Chaudey se enfada, insulta, incluso. La emoción crece; el 101, que llegaba de la orilla izquierda, grita: «¡Mueran los traidores!» El 207, de Batignolles, que ha recorrido los bulevares, desemboca en la plaza por la calle del Temple y se alinea delante del Hôtel-de-Ville, cuyas salidas están todas cerradas.

Suenan disparos; las ventanas del Hôtel-de-Ville se envuelven en humo. Resguardados detrás de los faroles y de los montículos de arena, algunos guardias nacionales, mandados por Sapia y Raoul Rigault, hacen frente al fuego de los móviles. Otros disparan contra las casas de la avenida Victoria. El tiroteo sonaba desde hacía muchas horas, cuando aparecieron los gendarmes por la esquina de la avenida. Detrás iba Vinoy. Los insurrectos se baten en retirada. Fueron aprehendidos una docena de ellos y conducidos al Hôtel-de-Ville, donde

Vinoy quería fusilarlos. Jules Ferry los hizo reservar para los consejos de guerra. Los manifestantes, la multitud inofensiva, tuvo treinta bajas entre muertos y heridos; las del Hôtel-de-Ville no pasaron de un muerto y dos heridos.

El gobierno cerró los clubs y lanzó numerosas órdenes de detención. Ochenta y tres personas, inocentes en su mayor parte, según ha dicho el general Soumain, fueron detenidas. Se aprovechó esta ocasión para enviar a Delescluze, a pesar de sus sesenta y cinco años y de la bronquitis aguda que le minaba, a reunirse en Vincennes con los detenidos del 31 de octubre, arrojados, en revuelta confusión, a la húmeda fortaleza. «Le Réveil» y «Le Combat» fueron suprimidos.

Una indignada proclama denunció a los insurrectos como «partidarios del extranjero», único recurso de los hombres del cuatro de setiembre en sus vergonzosas crisis. Sólo en esto fueron jacobinos. ¿Quién servía al extranjero, el gobierno, dispuesto en todo momento a capitular, o los prisioneros, siempre encarnizados en la resistencia? La historia dirá que en Metz un numeroso ejército, debidamente dotado de oficialidad, instruido, con soldados veteranos, se dejó entregar sin que un mariscal, un jefe de cuerpo, se levantase para salvarle de Bazaine, mientras que los parisienses, sin guías, sin organización, ante doscientos cuarenta mil soldados y guardias móviles ganados para la paz, hicieron retrasar tres meses, con su sangre, la capitulación y la venganza.

Esta indignación de traidores hizo perder alientos a la gente. Ninguno de los batallones antes adictos a Trochu respondió a la llamada de Clément Thomas. Este gobierno, defendido mientras se le creyó gobierno de defensa, aprestaba a todos a la capitulación. El mismo día de la refriega, hizo su última jesuitada. Jules Simon reunió a los alcaldes y a una docena de altos oficiales, y ofreció el mando supremo al militar que propusiera un plan.

Los hombres del cuatro de setiembre abandonaron a otros, en cuanto lo dejaron exangüe, el París que habían recibido exuberante de vida. Ninguno de los asis-

E tentes echó de ver la ironía. Se limitaron a repudiar aquella herencia desesperada. Allí les esperaba Jules Simon. Alguien —el general Leconte— dijo: «Hay que capitular.» Los alcaldes comprendieron, por fin, para qué se les había convocado, y algunos se enjugaron una lágrima.

París, entregado

Desde entonces, París vivió como el enfermo que espera la amputación. Los fuertes seguían tronando, continuaban llegando muertos y heridos; pero se sabía que Jules Favre estaba en Versalles. El 27, a media noche, enmudeció el cañón. Bismarck y Jules Favre se habían entendido «por su honor». París estaba entregado.

Al día siguiente, la defensa dio a conocer las bases de las negociaciones: armisticio de quince días, reunión inmediata de una asamblea; ocupación de los fuertes; todos los soldados y guardias móviles, menos una división, desarmados. La ciudad quedó sumida en lúgubre tristeza. Las largas jornadas de emoción habían aquietado la cólera. Solamente algunos chispazos cruzaron París. Un batallón de la guardia nacional fue a gritar ante el Hôtel-de-Ville: «¡Abajo los traidores!» Por la noche, cuatrocientos oficiales firmaron un pacto de resistencia, eligieron por jefe al comandante del 107.º, Brunel, ex oficial expulsado del ejército en tiempos del Imperio por sus opiniones republicanas, y resolvieron marchar sobre los fuertes del Este, mandados por el almirante Saisset, a quien los periódicos atribuían una reputación de heroísmo. A media noche, la llamada y el rebato sonaron en los distritos X, XIII y XX. Pero la noche era glacial, y la guardia nacional estaba demasiado fatigada para intentar un golpe desesperado. Solamente dos o tres batallones acudieron a la cita. Dos días después, Brunel fue detenido.

El 29 de enero del 71, la bandera alemana ondeaba sobre los fuertes. El pacto estaba firmado desde la víspera. Cuatrocientos mil hombres armados de fusiles, de cañones, capitulaban ante doscientos mil. Los fuer-

tes, las defensas, fueron desarmados. Todo el ejército —doscientos cuarenta mil soldados, marinos y móviles— quedaba prisionero. París debía pagar doscientos millones en quince días. El gobierno se jactaba de haber dejado las armas a la guardia nacional; pero todos sabían que hubiera sido preciso saquear París para arrebatárselas. En fin, no contento con entregar la capital, el gobierno de la defensa nacional entregaba al enemigo Francia entera.

El armisticio se aplicaba a todos los ejércitos de provincias, excepción hecha del de Bourbaki, cercado casi por completo, el único a quien realmente hubiera beneficiado el armisticio. Cuando llegó un poco de aire fresco de provincias, se supo que Bourbaki, empujado por los alemanes, había tenido que lanzar su ejército a Suiza, después de una comedia de suicidio.

Las elecciones

La fiebre electoral sustituyó a la fiebre del sitio. El 8 de febrero debía enriquecer a Francia con una nueva Asamblea Nacional, y París se preparó para ello. De los hombres de la defensa, Gambetta fue el único inscrito en la mayor parte de las listas, por no haber desesperado de la patria, sobre todo cuando fue esparcida la proclama en que fustigaba la vergonzosa paz y su explosión de decretos radicales.

Algunos periódicos ensalzaban a Jules Favre y a Picard, que habían tenido suficiente maña para hacerse pasar por los elementos más extremistas del gobierno; nadie se atrevió a llegar hasta Trochu, Jules Simon, Jules Ferry. El partido de vanguardia multiplicó las listas que explicaban su impotencia durante el sitio. La gente del 48, negóse a admitir a Blanqui; pero aceptó, con el fin de aparentar lo que no eran, a varios miembros de la Internacional, y su abigarrada lista de neojacobinos y de socialistas tomó el título de los Cuatro Comités. Los clubs y los grupos obreros hicieron listas cerradas: en una de ellas figuraba el socialista alemán Liebknecht. La más definida vino de la Corderie.

La Internacional y la Cámara Federal de Sociedades Obreras, mudas durante el sitio, volvieron a alzar su programa: «Es necesario que figuren trabajadores entre las gentes del poder.» Se entendieron con el comité de los veinte distritos, y los tres grupos publicaron un manifiesto común. *«Esta es la lista —decía— de los candidatos presentados en nombre de un mundo nuevo por el partido de los desheredados. Francia va a reconstituirse nuevamente: los trabajadores tienen derecho a hallar y ocupar su puesto en el orden que se prepara. Las candidaturas socialistas revolucionarias significan: denegación a quienquiera que sea, de poner a discusión la República; afirmación de la necesidad del advenimiento político de los trabajadores; caída de la oligarquía gubernamental y del feudalismo industrial.»* Aparte de algunos nombres familiares al público, como Blanqui, Gambon, Garibaldi, Félix Pyat, Ranvier, Tridon, Malon, Lefrançais, Vallès, Tolain, los candidatos socialistas no eran conocidos fuera de los medios populares: empleados, mecánicos, zapateros, obreros siderúrgicos, sastres, carpinteros, cocineros, ebanistas, cinceladores. Los pasquines fueron escasos. Disponían de muy pocos periódicos para hacer competencia a las trompetas burguesas. Ya les llegará el momento dentro de unas semanas, cuando se elijan los dos tercios de la Comuna. Hoy sólo los aceptados por los periódicos burgueses obtendrán un acta. En total, cinco —Garibaldi, Gambon, Félix Pyat, Tolain y Malon.

La lista que salió el 8 de febrero fue un arlequín de todos los matices republicanos y de todas las fantasías. Louis Blanc, que había sido una buena comadre durante el sitio, y a quien presentaban todos los comités, salvo la Corderie, abrió la marcha con 216.000 votos, seguido de Victor Hugo, Gambetta y Garibaldi. Delescluze, al que hubiera sido preciso aliarse antes, reunió 154.000 sufragios. Después venían un baratillo de jacobinos, radicales, oficiales, alcaldes, periodistas, excéntricos. Uno fue elegido por haber inventado una cañonera; otro, por místico. Un solo miembro del gobierno se escurrió entre ellos, Jules Favre, al que Millière acababa de denunciar, con pruebas auténticas en la mano, de falsifi-

cación, de bigamia, de suplantación de estado. Millière, es cierto, fue elegido. Por una cruel injusticia, el vigilante centinela que durante todo el sitio había demostrado tan gran sagacidad, Blanqui, no obtuvo más que 52.000 votos —aproximadamente los de los opositores del plebiscito— mientras que Félix Pyat sacó 145.000 por sus cantinelas de «Le Combat».

Este escrutinio confuso, descabellado, daba testimonio, por lo menos, de la idea republicana. París, derribado por el Imperio y los liberales, se aferraba a la República, que volvería a abrirle el camino del porvenir. Pero he aquí que, aun antes de haber visto proclamar su voto, oyó salir de las urnas de provincias un salvaje grito de reacción. Antes de que uno solo de sus elegidos hubiese abandonado la ciudad, vio encaminarse hacia Burdeos una tropa de campesinos, de Pourceaugnacs,¹⁵ de sombríos clericales, espectros de 1815, de 1830, 1849, que llegaban pavoneándose, furiosos, a tomar posesión de Francia, por medio del sufragio universal. ¿Qué era esta siniestra mascarada? ¿Cómo había podido subir, cual subterránea vegetación, a la superficie y desplegarse en la cumbre del país?

Fue preciso que París y las provincias fuesen aplastados, que el Shylock prusiano se llevara nuestros millones y cortase dos jirones en nuestros flancos, que el estado de sitio se abatiese durante cuatro años sobre cuarenta y dos departamentos, que cien mil franceses fuesen borrados de la vida o del suelo natal, que las cucarachas echasen a la calle sus procesiones en toda Francia, para que se reconociese la existencia de aquella gran maquinación reaccionaria que desde el primer momento hasta la explosión final los republicanos de París y de provincias, infatigables, denunciaron a los poderes traidores o languidecientes.

La defensa en provincias

En provincias, en el campo, la táctica no fue la misma. En lugar de ser en el propio gobierno, la conspi-

15. Grotesco patán, personaje de Molière. (N. del T.)

ración fue en torno de él. Durante todo el mes de setiembre, los reaccionarios se agazaparon en sus madrigueras. Las gentes del Hôtel-de-Ville, creyéndose seguras de negociar la paz, no enviaron a provincias más que a un general cualquiera, para el papeleo administrativo. Pero las provincias tomaban la defensa, como la República, en serio. Lyon comprendió incluso su deber antes que París, proclamó la República el cuatro de setiembre por la mañana, y nombró un Comité de Salud Pública. Marsella y Toulouse organizaron comisiones regionales. Los defensores, seriamente alarmados por esta fiebre patriótica que contrariaba sus planes, dijeron que Francia se dislocaba, delegaron, para rehacerla, en los dos hombres más gotosos de su tropa, Crémieux y Glais-Bizoin, más un antiguo gobernador de Cayena, bárbaro para con los deportados del 52, el almirante bonapartista Fourichon.

Los tres llegaron a Tours el 18 de setiembre, con las oficinas de los Ministerios, todo lo que se llamó después la Delegación. Los patriotas acudieron. En el Oeste y en el Mediodía habían organizado ligas de unión para agrupar a los departamentos contra el enemigo y suplir la falta de impulso central. Rodearon a los delegados de París, pidieron la consigna, medidas vigorosas, el envío de comisarios, y prometieron un apoyo absoluto. Los gotosos respondieron: «Estamos entre gente de confianza; digamos la verdad; no tenemos ejército. Toda resistencia es imposible. Si resistimos, es sólo para obtener mejores condiciones.» El que lo cuenta lo oyó. No hubo más que una reacción de asco: «¿Cómo? ¿Y ésa es vuestra respuesta, cuando millares de franceses os ofrecen sus brazos y su fortuna?»

El movimiento de Lyon

El 28 estallaron los lyoneses. Cuatro departamentos les separaban apenas del enemigo, que podía de un momento a otro ocupar la ciudad, y desde el 4 de setiembre estaban pidiendo armas. La municipalidad elegida el 16, en sustitución del Comité de Salud Pública,

no hacía más que disputar con el prefecto Challemeil-Lacour, jacobino muy quisquilloso. El 27, por toda defensa, el consejo redujo en 50 céntimos el jornal de los obreros empleados en las fortificaciones, y nombró a un tal Cluseret general de un ejército de voluntarios que aún estaba por crear.

Este general *in partibus* era un antiguo oficial a quien Cavaignac había condecorado por su comportamiento en las jornadas de junio. Fracasado en el ejército, pidió su separación del mismo, se hizo periodista en la guerra americana de Secesión y se engalanó con el título de general. Incomprendido por la burguesía de los dos mundos, volvió a la política por el otro extremo, se ofreció a los fenianos de Irlanda, desembarcó en ese país, indujo a los fenianos a la sublevación, y una noche los abandonó. La naciente Internacional le vio acudir a ella. Escribió mucho, dijo a los hijos de los mismos a quienes había fusilado en junio: «¡Nosotros o la Nada!», y pretendió ser la espada del socialismo. Como el gobierno del 4 de setiembre se negase a confiarle un ejército, trató a Gambetta de prusiano, y se hizo nombrar delegado de la Corderie —donde le había introducido Varlin, al que engañó mucho tiempo— en Lyon. Este cobarde zascandil persuadió al Consejo de Lyon de que él organizaría un ejército. Todo andaba de mala manera, cuando los comités republicanos de Brotteaux, Guillotière, Croix-Rousse y el Comité Central de la guardia nacional decidieron, el 28, llevar al Hôtel-de-Ville un enérgico programa de defensa. Los obreros de las fortificaciones, capitaneados por Saigne, apoyaron esta actitud con una manifestación, llenaron la plaza Terreaux y, con la ayuda de los discursos y la emoción, invadieron el Hôtel-de-Ville. Saigne propuso que se nombrase una comisión revolucionaria y, como viese entre el público a Cluseret, muy preocupado por sus futuras estréllas, sólo salió al balcón para exponer su plan y recomendar calma. Constituida la comisión, no se atrevió a resistir, y partió en busca de sus tropas. En la puerta, el alcalde Hénon y el prefecto le agarraron del cuello: habían entrado en el Hôtel-de-Ville por la plaza de la Comédie. Saigne se lanzó al balcón, gritó

la noticia a la multitud, que, cayendo de nuevo sobre el Hôtel-de-Ville, libertó a Cluseret y detuvo a su vez al alcalde y al prefecto.

Los batallones burgueses llegaron a la plaza Terreaux. Poco después desembocaron los de Croix-Rousse y Guillotière. Grandes desgracias podían seguir al primer disparo. Se parlamentó. La comisión desapareció. Cluseret tomó el tren de Ginebra.

Era una advertencia. En varias ciudades aparecieron otros síntomas. Los prefectos presidían las Ligas, se convocaban entre sí. A principios de octubre, el almirante de Cayena no había logrado reunir, acá y allá, más que algunos millares de hombres de los depósitos. De Tours no llegaba ninguna consigna.

De delegación de Tours

El jefe del triumfomulato, el israelita Crémieux, residía en el arzobispado, donde Guibert, papa de los ultramontanos franceses, le daba casa y comida a cambio de toda clase de servicios reclamados por el clero. Crémieux estuvo un día a punto de ser puesto de patitas en la calle. Garibaldi, burlando la vigilancia de Italia, tullido, deformadas las manos por los reumatismos, llegó a Tours a poner al servicio de la República lo que de él queda, el corazón y el nombre. Guibert creyó ver llegar al diablo, se enfadó con Crémieux, que confinó a Garibaldi en la prefectura y le expidió tan rápidamente como pudo a provincias.

Desesperando de poder salir de apuros, los delegados convocaron a los electores. Fue éste su único pensamiento honrado. El 16 de octubre, Francia va a nombrar sus representantes, cuando, el 9, una racha de viento trae a Tours a Gambetta, a quien había llamado Clément Laurier.

Los hombres del Hôtel-de-Ville le vieron partir con alegría, tan seguros de que chocaría con lo imposible, que «nadie del gobierno, ni el general Trochu, ni el general Leflô, había movido la lengua para hablar de

una operación militar cualquiera».¹⁶ También él tenía su plan: no creer muerta a la nación. Desesperó un instante, al encontrarse con una provincia sin soldados, sin oficiales, sin armas, sin municiones, sin equipos, sin intendencia, sin tesoro; pero se recobró, entrevió inmensos recursos, hombres innumerables: Bourges, Brest, Lorient, Rochefort, Tolon, como arsenales; los talleres de Lille, Nantes, Burdeos, Toulouse, Marsella, Lyon; los mares libres; cien veces más que en el 93, cuando había que luchar a la vez contra el extranjero y contra los vendeanos. Una magnífica llama en las poblaciones; consejos municipales, consejos generales que se imponían, votaban empréstitos, campañas sin un *chuán*. A su admirable llamamiento respondió Francia con el mismo entusiasmo que París el 14 de setiembre. Los reaccionarios se volvieron a sus madrigueras. Gambetta tuvo de su parte el alma del país, lo pudo todo.

Hasta aplazar las elecciones, como quería un decreto del Hôtel-de-Ville. Se anunciaban republicanas, belicosas. Bismarck le había dicho a Jules Favre que él no quería una asamblea, porque esta asamblea votaría la guerra. Razón de más para quererla. Enérgicas circulares, algunas medidas contra los intrigantes, instrucciones precisas, hubieran libertado y atizado victoriosa esta llama de resistencia. Una asamblea fortalecida por todas las energías republicanas y que tuviera su asiento en una ciudad populosa, podía centuplicar la energía nacional, exigirlo todo del país, la sangre y el oro. Proclamaría la República y, en caso de desgracia, si se veía obligada a negociar, la salvaba del naufragio, nos resguardaba de la reacción. Pero las instrucciones de Gambetta eran formales: «Unas elecciones en París llevarían a unas jornadas de junio.» «Prescindiremos de París», se le contestaba. Todo fue inútil, incluso la insistencia de sus íntimos menos revolucionarios, como Laurier. Como varios prefectos, incapaces de levantar el nivel del medio en que se ejercían sus funciones, hacían presentir que las elecciones serían dudosas, Gam-

16. Encuesta sobre el 4 de setiembre: Gambetta. (T. 1, p. 561.)

betta se apoyó en su timidez, y, por falta de audacia, asumió la dictadura.

Él mismo expuso su lema: «Mantener el orden y la libertad y empujar a la guerra.» Nadie perturbaba el orden, y todos los patriotas querían ir a la lucha. Las Ligas contenían excelentes elementos, capaces de dar cuerpos militares, y cada departamento poseía grupos de republicanos probados, a los que se podía confiar la administración y la defensa, bajo la dirección de los comisarios. Desgraciadamente, aquel joven, tan gran agitador, creía en las viejas formas. Las Ligas en cuestión le parecieron gérmenes de secesionismo. Ató de pies y manos a los raros comisarios que designó, entregó todo el poder a los prefectos —astillas del 48, en su mayoría— o a sus colegas de la conferencia de Molé, blandos, tímidos, preocupados por no malgastar nada, algunos por prepararse un colegio electoral. En algunos prefecturas conservaron en sus puestos a los mismos empleados que habían formado las listas de proscripción del 2 de diciembre. ¿No había llamado Crémieux a los bonapartistas «republicanos»? En Hacienda, baluarte de los reaccionarios, en Instrucción Pública, repleta de bonapartistas, se prohibió destituir a ningún titular, y llegó a ser casi imposible trasladarle. Fue observada la consigna de los gotosos: conservar. Salvo algunos jueces de paz y un pequeño número de magistrados, no hubo más cambio que el del alto personal político.

Hasta en Guerra se toleró la presencia de adversarios. Las oficinas, que estuvieron mucho tiempo bajo la dirección del bonapartista Loverdo, minaron sordamente el terreno a la delegación. El almirante Fourichon pudo disputar al gobierno las tropas de marina; las compañías de ferrocarriles hicieron dueñas de los transportes. Se llegó incluso a suplicar al representante del Banco de Francia, que no dio sino lo que quiso. Algunos departamentos votaron un empréstito forzoso, y en proporciones en que era posible cubrirlo de sobra. Gambetta se negó a confirmar sus decisiones. Francia pasó por la humillación de tener que ir a Londres a conseguir un empréstito de guerra.

La defensa emprendió su marcha en provincias apoyándose en dos muletas: un personal sin nervio, la deprimente conciliación. A pesar de todo, surgían los batallones. A la voz de aquel convencido, bajo el activo impulso de Freycinet, su delegado técnico, reuníanse restos de tropas, los depósitos vaciaban sus reservas, acudían los móviles. Hacia fines de octubre, estaba en formación un verdadero ejército en Salbris, no lejos de Vierzon, provisto de buenas armas y bajo el mando, ¡ay!, del general D'Aurelles de Paladine, ex senador y beato, que pasaba por ser un buen caudillo.

A fines de octubre, si en París no había nada perdido, en provincias se ofrecía la victoria. Para organizar el bloqueo de París, los alemanes habían empleado todas sus tropas, salvo tres divisiones, treinta mil hombres de infantería, y la mayor parte de su caballería. No les quedaba ninguna reserva. Estas tres divisiones estaban inmovilizadas, en Orleans y Châteaudun, por nuestras fuerzas del Loira. Al Oeste, al Norte, al Este, la caballería —1.º y 2.º bávaros, 22.º prusiano—, aun recorriendo y vigilando una gran extensión de terreno, era incapaz de sostener ese terreno contra la infantería. A fines de octubre, la línea alemana que cercaba a París, excelentemente fortificada por la parte de la ciudad, estaba a descubierto por el lado de la provincia. La aparición de cincuenta mil hombres, aun cuando se tratase de tropas bisoñas como las que mandaba D'Aurelles de Paladine, hubiera bastado para romper el cerco.

Liberar a París de éste, aunque sólo fuera momentáneamente, podía significar la presión de Europa y una paz honrosa; no cabía duda de que habría sido de un efecto moral inmenso, consiguiendo que París fuese aprovisionado por los ferrocarriles del Mediodía y del Oeste, y que se ganaría tiempo para la organización de los ejércitos de provincias.

El ejército del Loire

Nuestro ejército del Loire —el 15.º cuerpo, en Sal-

bris; el 16.º, en Blois—, contaba con 70.000 hombres. El 26 de octubre, D'Aurelles de Paladine recibió orden de ir a tomar Orleans a los bávaros. El 28 entra en Blois con 40.000 hombres, por lo menos. Por la noche, a las nueve, el comandante de las tropas alemanas le manda decir que Metz ha capitulado. Pasa Thiers, que se dirige a París, y le aconseja que espere. D'Aurelles telegrafía inmediatamente a Tours que aplaza el movimiento.

Un general de mediana vista, en cambio, lo hubiera precipitado todo. Puesto que el ejército alemán de Metz iba a quedar libre para operar y dirigirle hacia el centro de Francia, no había momento que perder para adelantarlo. Cada hora que pasaba empeoraba las cosas. Fue el momento crítico de la guerra.

La delegación de Tours, en lugar de destituir a D'Aurelles, se contentó con decirle que concentrase todas sus fuerzas. Esta concentración estaba terminada el 3 de noviembre, y D'Aurelles disponía de 70.000 hombres repartidos entre Mer y Marchenoir. Los acontecimientos le ayudaban. Ese mismo día, la caballería prusiana —una brigada— se vio obligada a abandonar Mantes y a replegarse sobre Vert, intimidada por las poderosas bandas de francotiradores; al mismo tiempo, se había señalado la presencia de considerables fuerzas francesas, compuestas de todas las armas, y que desde Courville se dirigían a Chartres. Si el ejército del Loira hubiese atacado el día 4, arrojando a los bávaros a Orleans y a la 22.ª división prusiana a Châteaudun, derrotando uno tras otro a los alemanes gracias a su aplastante superioridad numérica, la ruta de París habría quedado libre, y es casi indudable que la capital hubiera sido libertada.

Moltke estaba lejos de ignorar el peligro. Estaba decidido a obrar en caso de necesidad, como Bonaparte ante Mantua, y levantar el bloqueo, sacrificar el parque de asedio que se estaba formando en Villacoublay, concentrar su ejército para la acción en campo raso, y no volver a formar el sitio hasta después de la victoria; es decir, después de la llegada del ejército de Metz. Los bagajes del cuartel general de Versalles estaban ya

en los coches; no quedaba más que «enganchar los caballos», ha dicho un testigo ocular, el coronel suizo D'Erlach.

D'Aurelles no se movió. La delegación, tan paralítica como él, se contentó con cambiar cartas de delegado a ministro: «Señor ministro —escribe el 4 de noviembre Freycinet—: desde hace algunos días, el ejército y yo mismo ignoramos si el gobierno quiere la paz o la guerra... En el momento en que nos disponemos a ejecutar proyectos laboriosamente preparados, rumores de armisticio turban el ánimo de nuestros generales; yo mismo, si trato de levantar su moral y de empujarlos hacia adelante, ignoro si habré de verme desautorizado mañana.» Gambetta responde: «Señor delegado: me doy cuenta como usted de la detestable influencia de las vacilaciones políticas del gobierno... Hay que detener desde hoy nuestra marcha hacia adelante.» El 7, D'Aurelles sigue aún inmóvil. El 8 se mueve y recorre como cosa de quince kilómetros; por la noche habla de detenerse. Sus fuerzas reunidas pasan de cien mil hombres. El día 9, se decide a atacar a los bávaros en Coulmiers. Los bávaros evacúan inmediatamente Orleans y se retiran hacia Toury. Lejos de perseguirlos, D'Aurelles anuncia que va a hacerse fuerte delante de la ciudad. La delegación le deja hacer, y Gambetta, que viene al cuartel general, aprueba el plan. Mientras tanto, dos divisiones prusianas (la 3.ª y 4.ª) expedidas de Metz por ferrocarril, habían llegado al pie de París, circunstancia que permitió a Moltke dirigir la 17.ª división prusiana contra Toury, adonde llegó el 12. Además, tres cuerpos del ejército de Metz se aproximaban al Sena a marchas forzadas. Gracias a la voluntaria inacción de D'Aurelles y a la debilidad de la delegación, el ejército del Loira dejó de inquietar a los alemanes.

Hubiera sido necesario destituir al tal D'Aurelles, pero se había dejado pasar la ocasión única para ello; el ejército del Loira, cortado en dos, luchó con Chanzy sólo por defender el honor. La delegación tuvo que trasladarse a Burdeos.

A fines de noviembre, era evidente que se estaba

perdiendo el tiempo. Los prefectos, encargados de organizar a los móviles y a los movilizados, de hacer la leva en los campos, estaban en lucha perpetua con los generales y no sabían por dónde andaban en lo referente al armamento. Los pobres generales del antiguo ejército, que no sabían sacar el menor partido de estos contingentes faltos de toda instrucción militar, no actuaban, como ha dicho Gambetta, «más que cuando no les quedaba otro remedio».

Debilidad de la delegación

La debilidad de la delegación daba alas a la mala voluntad de estos mismos generales. Gambetta preguntaba a algunos de ellos si se avendrían a servir a las órdenes de Garibaldi; admitía que se negasen, hacía libertar a un cura que desde su púlpito ponía a precio la cabeza del general, condescendía en dar explicaciones a los oficiales de Charette, y permitía a los zuavos pontificios que enarbolaran otra bandera que la de Francia. Confió el ejército del Este a Bourbaki, completamente extenuado y que acababa de llevar a la emperatriz una carta de Bazaine.

¿Le faltaba autoridad? Sus colegas de la delegación no se atrevían siquiera a levantar los ojos, los prefectos no conocían a nadie más que a él, los generales adoptaban en presencia suya maneras de colegiales. El país obedecía, lo daba todo con ciega pasividad. Los contingentes se reclutaban sin dificultad alguna. Las campañas no encontraban ningún refractario, a pesar de hallarse en el ejército todos los gendarmes. Las Ligas más ardorosas cedieron a la primera observación. No estalló movimiento alguno hasta el 31 de octubre. Los revolucionarios marseleses, indignados por la debilidad del Consejo Municipal, proclamaron la Comuna. Cluseret, que desde Ginebra había pedido al «prusiano» Gambetta el mando de un cuerpo de ejército, apareció en Marsella, se hizo nombrar general, desapareció de nuevo y volvió a Suiza, porque su dignidad le impedía servir como simple soldado. En Toulouse, la población ex-

pulsó al general, un sanguinario de junio del 48. En Saint-Etienne, la Comuna duró una hora. En todas partes bastaba una palabra para poner la autoridad en manos de la delegación; hasta tal punto se temía en todas partes crearle la menor dificultad.

Esta abnegación sirvió exclusivamente a los reaccionarios. Los jesuitas pudieron urdir sus intrigas, parapetándose detrás de Gambetta que los había vuelto a Marsella, de donde los había expulsado la indignación del pueblo: el clero se encontró en condiciones de seguir negando a las tropas sus edificios, sus seminarios, etcétera; los antiguos jueces de las comisiones mixtas pudieron seguir insultando a los republicanos —el prefecto de Haute-Garonne fue destituido un momento por haber suspendido en el ejercicio de sus funciones a uno de esos honorables magistrados—. Los periódicos podían publicar proclamas de pretendientes. Hubo consejos municipales que, olvidándose de todo patriotismo, votaron la sumisión a los prusianos. Por todo castigo, Gambetta los abrumó con un sermón.

Los bonapartistas se reunían descaradamente. El prefecto de Burdeos, republicano ultramoderno, pidió autorización para detener a algunos de estos agitadores. Gambetta respondió: «Ésas son prácticas del Imperio, no de la República.»

Alzóse, en vista de esto, la Vendée conservadora. Monárquicos, clericales, especuladores, esperaban su hora, agazapados en los castillos, en los seminarios intactos, en las magistraturas, en los consejos generales, que la delegación se negó durante mucho tiempo a disolver en masa. Eran lo bastante hábiles como para hacerse representar, por poco que fuera, en los campos de batalla, con el fin de conservar las apariencias del patriotismo. En unas semanas calaron perfectamente a Gambetta, descubriendo detrás del tribuno grandilocuente al hombre irresoluto.

Thiers

Su campaña fue trazada y dirigida desde su origen

por los únicos tácticos de alguna importancia que había en Francia, los jesuitas, dueños y señores del clero. Thiers fue el jefe político.

Los hombres del 4 de setiembre habían hecho de él, como es sabido, su embajador. Francia, escasa en diplomáticos desde Talleyrand, no ha tenido otro más fácil de manejar que este hombrecillo. Había ido a Londres, a San Petersburgo, a Viena, a Italia, de la que fue enemigo encarnizado, a buscar, para la Francia vencida, alianzas que se le habían negado. Consiguió que se burlaran de él en todas partes, no obtuvo más que ser recibido por Bismarck, y negoció el armisticio rechazado el 31 de octubre. Cuando llegó a Tours, en los primeros días de noviembre, sabía que la lucha, desde aquel momento, había de ser a vida o muerte. En lugar de abrazarla valerosamente, de poner su experiencia al servicio de la delegación, no tuvo más que un objetivo: enterrar la defensa.

No podía ésta tener un enemigo más temible. La suerte que alcanzó este hombre, sin principios de gobierno, sin visión de progreso, sin valor, no hubiera podido alcanzarla en parte alguna más que entre la burguesía francesa. Pero estuvo siempre en todas partes donde hizo falta un liberal para ametrallar al pueblo, y raras veces se vio un artista más maravilloso en intrigas parlamentarias. Nadie supo, como él, atacar, aislar un gobierno, agrupar los prejuicios, los odios, los intereses, disfrazar su intriga con una careta de patriotismo y de buen sentido. La campaña de 1870-71 será, indudablemente, su obra maestra. Se había resuelto para su gobierno la cuestión de los prusianos, y no se preocupaba de ellos más que si hubiesen vuelto a pasar el Mosela. El enemigo, para él, era el defensor. Cuando nuestros pobres «móviles» se agitaban de un lado para otro con un frío de veinte grados, Thiers triunfaba con sus desastres. Mientras que en Bruselas y en Londres los mamelucos, fieles a las tradiciones de Coblenza, los Cassagnac, los Amigues, trabajaban por desacreditar a Francia, por hacer fracasar sus empréstitos, enviaban a los prisioneros de Alemania insultos contra la República y llamamientos en pro de una res-

tauración imperial, Thiers agrupaba en Burdeos, en contra de la República y de la defensa, a todas las reacciones de provincias.

La prensa conservadora había denigrado desde el primer momento a la delegación. Después de la llegada de Thiers, hizo una guerra descarada contra aquélla, sin cansarse de hostigarla, de acusar, de calumniar. Gambetta es un «loco furioso»: la frase procede de Thiers. Conclusión: la lucha es una locura, la desobediencia, legítima. En el mes de diciembre, esta consigna, repetida por todos los periódicos del partido, se extendió por los campos.

Por primera vez, los terratenientes hallaron oídos en los campesinos. Después de los «móviles», la guerra iba a llevarse a los movilizados; los campos de batalla se aprestaban a recibirlos. Alemania tenía en su poder 260.000 franceses; París, el Loire, el ejército del Este más de 350.000; 30.000 habían muerto, y los hospitales albergaban a millares de heridos. Desde el mes de agosto, Francia había rendido 700.000 hombres, por lo menos. ¿Dónde iban a detenerse las cosas? Este grito fue lanzado en todas las chozas: ¡Es la República la que quiere la guerra! ¡París está en manos de los secesionistas! ¿Qué sabía entonces el campesino francés, y cuántos podían decir dónde se encontraba Alsacia? A él, sobre todo, era a quien apuntaba la burguesía, hostil a la instrucción obligatoria. ¿No consagró esa burguesía todos sus esfuerzos, por espacio de cuarenta años, en transformar en un *coolie* al nieto de los voluntarios del 92?

Un aliento de rebeldía pasó por los «móviles», mandados con excesiva frecuencia por reaccionarios de nota. Unos decían al ejército del Loire: «No queremos batirnos por el señor Gambetta.» Oficiales hubo que se vanagloriaron de no haber expuesto nunca la vida de sus hombres.

A principios de 1871, las provincias estaban totalmente deshechas. A cada paso se reunían consejos generales disueltos. La delegación seguía el avance del enemigo interior, maldecía a Thiers y se guardaba muy mucho de detenerle. Los hombres de vanguardia que

vinieron a decir hasta dónde llegaba el torrente fueron despedidos más que aprisa. Gambetta, cansado, desalentado, vería tristemente cómo se deshacía la defensa. A sus reproches, la gente del Hôtel-de-Ville, respondía enviándole palomas con mensajes declamatorios. En enero, sus despachos llegaban a la invectiva. La capitulación, Vinoy, la entrega del ejército del Este, la convocatoria de una asamblea, fueron el golpe final. Gambetta, fuera de sí, pensó en no autorizar las elecciones, y ante lo inevitable, proclamó inelegibles a los grandes funcionarios y diputados oficiales del Imperio, disolvió los consejos generales, y destituyó algunos magistrados de las comisiones mixtas. Bismarck protestó. La gente del Hôtel-de-Ville se asustó. Jules Simon corrió a Burdeos. Gambetta le recibió con la punta del pie, y ante un grupo de republicanos, le escupió su desprecio por las gentes de la defensa. El jesuita, bajo estas imprecaciones, dobló la espalda, perdió el dominio de su lengua, no pudo responder más que: «¡Tomad mi cabeza!» «¿Qué quiere usted que haga yo con ella? —le gritó Gambetta—, un dije?» Expulsado de la prefectura, el defensor se refugió en casa de Thiers, llamó a los periodistas reaccionarios y les dictó una protesta colectiva. Gambetta tuvo por un momento la idea de hacerlo detener; pero, viendo el callejón sin salida en que iba a meterse, se retiró.

Al sonar el silbato de las elecciones, la decoración tan laboriosamente preparada apareció por entero, dejando ver a los conservadores preparados, en pie, con sus listas en la mano. ¡Qué lejos estaba el mes de octubre, en que en muchos departamentos no se habían atrevido a presentar candidatos! El decreto sobre los inelegibles no alcanzó más que a algunos náufragos. La coalición no tenía ninguna necesidad de los carcamales del Imperio, ya que había formado cuidadosamente un personal de nobles de cola, grandes boyeros y lobos cervales de la industria. El clero, con extraordinaria habilidad, había unido en sus listas a legitimistas y orleanistas, echando los cimientos de la fusión. Los votos se recogieron como si se tratase de un plebiscito. Los republicanos trataron de hablar de una paz honrosa; el

campesino no tuvo oídos más que para la paz a toda costa. Las ciudades apenas se defendieron; a lo sumo, eligieron diputados liberales. Sólo algunos puntos sobrenadaron en el océano de la reacción. La Asamblea albergó, entre 750 miembros, 450 monárquicos de nacimiento. El jefe aparente de la campaña, el rey de los liberales, Thiers, salió elegido en veintitrés departamentos.

La conciliación a todo trance podía hombrearse con Trochu. Uno había desprestigiado a París; la otra, a la República.

CAPÍTULO III

Primeros ataques de la coalición contra París. — Los batallones de la guardia nacional se federan y se incautan de sus cañones. — Los prusianos entran en París.

NI el jefe del Poder ejecutivo, ni la Asamblea Nacional, apoyándose el uno en la otra y fortaleciéndose mutuamente, provocaron en modo alguno la insurrección parisiense.

*Discurso de Dufaure contra la amnistía.
(Mayo del 76.)*

¡Qué dolor! Después de la invasión, la Cámara inencontrable. ¡Haber soñado con una Francia regenerada que con poderoso vuelo se lanzara hacia la luz, y sentirse retroceder medio siglo, bajo el yugo del jesuita, del terrateniente brutal, en plena congregación! Hombres hubo cuyo corazón estalló. Muchos hablaban de expatriarse. Algunos zascandiles decían: «Esta Cámara es cosa de una hora; lo único que se le ha encomendado es la paz o la guerra.» Los que habían seguido la conspiración, al ver a estos devotos de sotanas de color violeta comprendieron que semejantes hombres no dejarían a Francia antes de haberla hecho pasar bajo su rodillo.

El odio a París

Cuando los escapados de París, todavía estremecidos de patriotismo, con los ojos hundidos pero brillantes de fe republicana, llegaron al Gran Teatro de Burdeos donde se reunía la Asamblea, se encontraron delante de cuarenta años de odios hambrientos. Notoriedades de villorrio, castellanos obtusos, mosqueteros de cabeza de chorlito, *dandies* clericales, reducidos, para expresar ideas de 1815, a los terceros papeles de 1849, todo un mundo cuya existencia no sospechaban las ciudades, alineado en orden de batalla contra el París ateo,

contra el París revolucionario que había hecho tres Repúblicas y arrollado tantos dioses. Desde la primera sesión reventó su hiel. Al fondo de la sala, un viejo, solo en su banco, se levantó y pidió la palabra. Bajo su amplia capa, flamea una camisa roja. Es Garibaldi. Ha querido responder al oír su nombre; ha querido decir, en una palabra, que rehúsa el acta con que París le ha honrado. Los aullidos cubren su voz. Sigue de pie, alza su mano reseca que ha tomado una bandera a los prusianos; arrecian las injurias. El castigo cae de las tribunas. «¡Mayoría rural! ¡Vergüenza de Francia!», grita una voz sonora: Gaston Crémieux, de Marsella. Los diputados se vuelven, amenazan. Los bravos y los desafíos siguen cayendo de las tribunas. Al salir de la sesión, la multitud aplaude a Garibaldi. La guardia nacional le presenta armas, a pesar de Thiers, que apostrofa al oficial que la manda. El pueblo vuelve al día siguiente, forma fila delante del teatro y obliga a los diputados reaccionarios a aguantar sus aclamaciones republicanas. Pero ellos conocen su fuerza y atacan desde el momento en que se abre la sesión. Un rural, apuntando a los representantes de París, exclama: «¡Están manchados por la sangre de la guerra civil!» Uno de los elegidos de París grita: «¡Viva la República!» Los rurales responden: «¡Vosotros no sois más que una fracción del país!» Al día siguiente, el teatro fue rodeado de tropas que rechazaron a distancia a los manifestantes.

Al mismo tiempo, los periódicos conservadores unían sus silbidos contra París, y negaban hasta sus sufrimientos. La guardia nacional había huido ante los prusianos; sus únicos hechos de armas eran el 31 de octubre y el 2 de enero; nadie más que ella tenía la culpa de la derrota, ya que hizo fracasar con la sedición los magníficos planes de Trochu y de Ducrot. Estas ideas fructificaban en una provincia que desde hacía mucho tiempo era terreno abonado para ellas. Hasta tal punto llegaba su ignorancia de los sucesos del sitio, que había elegido, y a algunos varias veces, a Trochu, Ducrot, Jules Ferry, Pelletan, Garnier-Pagès y Emma-

nuel Arago, a quienes no había concedido París la limosna del voto.

Correspondía a los representantes de París hablar del sitio, de las responsabilidades, de la significación del voto parisiense, alzar contra la coalición monárquico-clerical la bandera de la Francia republicana. Se callaron, o se limitaron a celebrar reuniones pueriles de las que Delescluze salía lastimado, como cuando abandonó la reunión de los alcaldes. Los Epiménides del 48 respondían con banalidades al estruendo de armas del enemigo; la respuesta de los menos viejos fue que había que ver cómo se presentaban las cosas.

Estas elecciones, estas amenazas, los insultos a Garibaldi, a sus representantes, todos estos golpes sucesivos cayeron sobre un París febril, mal abastecido, al que llegaba mal la harina. (El 13 de febrero, Belleville había recibido solamente 325 sacos, en lugar de 800.) Ésta era, pues, la recompensa de cinco meses de dolor y de tenacidad. Las provincias, a que París había apelado durante todo el sitio y hacia las cuales tendía los brazos, le gritaban: «¡cobarde!», lanzándole de Bismarck al rey. Pues bien, si era preciso, París defendería él solo la República contra aquella Asamblea rural. El peligro inminente, la dura experiencia de las divisiones del sitio, concentraron las voluntades, forjaron de nuevo a la gran ciudad un alma colectiva. La guardia nacional empezó a cerrar filas.

Orígenes del Comité Central

Hacia fines de enero, algunos republicanos y varios intrigantes que corrían tras un mandato, intentaron agrupar a los guardias nacionales con un fin electoral. Celebróse una reunión magna en el Circo de Invierno, bajo la presidencia de un negociante del tercer distrito, Courty. En ella se preparó una lista bastante heterogénea, se decidió celebrar una nueva reunión para acordar lo que había de hacerse en caso de elecciones dobles, y se encargó a un *bureau* que convocase regularmente a todas las compañías.

Esta segunda reunión tuvo lugar el 15 de febrero, en la sala de Wauxhall, en la calle de la Douane. Pero, ¿quién pensaba entonces en elecciones? Un solo pensamiento ocupaba todos los corazones: la unión de todas las fuerzas republicanas parisienses contra los rurales triunfantes. La guardia nacional era tanto como el París viril en su totalidad. La idea clara, simple, esencialmente francesa, de federar los batallones, vivía desde hacía tiempo en el espíritu de todo el mundo. Brotó de la reunión, y se decidió que los batallones se agruparían en torno a un Comité Central.

Se encargó a una comisión que redactase los estatutos. Cada distrito representado en la sala —dieciocho de veinte— nombró inmediatamente un comisario. ¿Quiénes son? ¿Los agitadores del sitio, los socialistas de la Corderie, los escritores de fama? Nada de eso. No hay entre los elegidos ningún hombre que tenga una notoriedad cualquiera. Los comisarios son pequeños burgueses, tenderos, empleados, ajenos a todos los grupitos, incluso a la misma política, en su mayor parte. Se llamaban Génotel, Alavoine, Manet, Frontier, Badois, Morterol, Mayer, Arnold, Piconel, Audoynaud, Soncial, Dacosta, Masson, Pé, Weber, Trouillet, Lagarde, Bouit. Su presidente, Coarty, no es conocido más que por la reunión del Circo; es republicano, pero moderado. La idea de la federación apareció desde el primer día como lo que realmente era: republicana, no sectaria, y, por lo mismo, irresistible. Clément Thomas lo comprendió así, dijo al gobierno que no respondía de la guardia nacional y presentó su dimisión. Se le sustituyó provisionalmente por el firmante de la capitulación, Vinoy.

El 24, en Wauxhall, ante dos mil delegados de compañías y guardias nacionales, la comisión leyó su proyecto de estatutos e instó a los delegados a que procedieran inmediatamente a la elección de un Comité Central.

Ese día, la reunión era tumultuosa, inquieta, nada capacitada para un escrutinio. Cada uno de los ocho últimos días había traído de Burdeos nuevas amenazas: Thiers, el enterrador de la República del 48, nombrado jefe del poder ejecutivo, que tenía por ministros a Du-

faure, a De Larcy, a Pouyer-Quertier, la reacción burguesa, legitimista, imperialista; Jules Favre, Jules Simon, Picard, los que habían entregado París; el salario todavía indispensable hasta que se abriesen los talleres, transformado en limosna,¹ y, sobre todo, la terrible humillación inminente. El armisticio, prorrogado por ocho días, expiraba el 26, y los periódicos anunciaban para el 27 la entrada de los prusianos en París. Desde hacía una semana, una pesadilla velaba en los lechos de toda la ciudad. De ahí que la reunión tratase en seguida las cuestiones más candentes. Un delegado propuso: «La guardia nacional no reconoce por jefes más que a sus elegidos.» Esto equivalía a emanciparla de la plaza Vendôme. Otro: «La guardia nacional protesta contra todo intento de desarme, y declara que se resistirá a ello, incluso por la fuerza de las armas.» Votado por unanimidad. Y ahora, ¿va a sufrir París la visita del prusiano, a dejarle que se pasee por los bulevares, como en 1815? No hay discusión posible. La Asamblea, caldeada, lanza un grito de guerra. Algunas observaciones de prudencia son ahogadas. Sí, ¡se opondrán por las armas a la entrada de los prusianos! Esta proposición será sometida por los delegados a su círculo de compañía. Y, aplazándose hasta el 3 de marzo, la reunión se dirige en masa a la Bastilla, arrastrando consigo a un gran número de «móviles» y de soldados.

París, ansioso de libertad, se apiñaba desde por la mañana en torno a su columna revolucionaria, de igual suerte que había rodeado la estatua de Estrasburgo cuando temía por la patria. Los batallones desfilaban, con tambores y banderas a la cabeza, cubriendo la verja y el pedestal de coronas de siemprevivas. A veces, un delegado subía al zócalo y arengaba al pueblo, que respondía: «¡Viva la República!» Una bandera roja hiende la multitud, se sume en el monumento, vuelve a aparecer en la balaustrada. Un gran clamor la saluda, seguido de un largo silencio. Un hombre, escalando la

1. Para obtener un jornal, era preciso pedirlo por escrito, y probar que no se podía conseguir trabajo. (Jules Simon, *El gobierno de Thiers*.)

cima del Genio. Y, en medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo, se ve, por vez primera desde el 48, la bandera de la Igualdad sombrear esta plaza más roja que ella, teñida por la sangre de mil mártires.

El gobierno hizo tocar alarma en los barrios burgueses; ningún batallón respondió. Al día siguiente continuaron las peregrinaciones de guardias nacionales, de «móviles», de soldados, conducidos por sus furrieles; cuando aparecieron llevando grandes coronas de siemprevivas, los clarines, en pie en las cuatro esquinas del pedestal, dieron el toque de carga. Siguió el ejército. Desfiló un batallón de cazadores de a pie. Mujeres vestidas de negro colgaron una bandera tricolor: «¡A los mártires, las mujeres republicanas!» Banderas y estandartes se enrollaron a la columna, la envolvieron, colgaron de la balaustrada, y, por la noche, la columna revolucionaria, revestida de siemprevivas, de flores y de oriflamas, apareció triunfante y sombría, duelo del pasado, esperanza del porvenir, hito y mayo gigantesco.

Fiebre patriótica

El 26 redoblaron las manifestaciones. Un agente de policía, sorprendido por los soldados cuando les tomaba el número de sus regimientos, fue aprehendido y arrojado al canal, que le arrastró al Sena, hasta donde le siguieron algunos furiosos. Veinticinco batallones desfilaron en esta jornada, preñada de angustia. Los periódicos anunciaban para el día siguiente la entrada del ejército alemán por los Campos Eliseos. El gobierno replegaba sus tropas sobre la orilla izquierda y abandonaba el Palais de l'Industrie. No olvidaba más que los cuatrocientos cañones de la guardia nacional acampados en la plaza Wagram y en Passy. Ya la incuria de los capituladores —Vinoy lo ha escrito— había entregado doce mil fusiles de más a los prusianos. ¿Quién sabe si no iba también a extender sus garras aguileñas hasta estas hermosas piezas de artillería salpicadas con la sangre y la carne de los parisienses, marcadas con la cifra de los batallones? Todo el mundo pensó en ello espontáneamente. Los primeros en partir

fueron los batallones del orden de Passy y de Auteuil. De acuerdo con la municipalidad, arastraron al parque Monceau las piezas del Ranelagh. Los demás batallones de París vinieron a buscar sus cañones al parque Wagram y los condujeron a la ciudad, a Montmartre, a La Villette, a Belleville, a la plaza Vosges, a la calle Basfroi, Barrière d'Italie, etc.

Por la noche, París recobró su fisonomía del sitio. La llamada, el somatén, los clarines, lanzaron millares de hombres armados a la Bastilla, a Château-d'Eau, a la calle Rivoli. Las tropas enviadas por Vinoy para sofocar las manifestaciones de la Bastilla fraternizaban con el pueblo. La prisión de Sainte-Pélagie fue forzada, Brunel puesto en libertad. A las dos de la mañana, cuarenta mil hombres subían por los Campos Eliseos y la avenida de la Grande-Armée al encuentro de los prusianos. Los esperaron hasta el día. Los batallones de Montmartre se engancharon a los cañones, a su paso, y los llevaron hasta dejarlos enfrente de la alcaldía del distrito XVIII y en el bulevar Ornano.

A este impulso caballeresco, respondió Vinoy con una insultante orden del día. 'Este gobierno que injuriaba a París le pedía que, encima, inmolasen a Francia. Thiers había firmado la víspera, con lágrimas en los ojos también, los preliminares de paz, dando a Bismarck, a cambio de Belfort, libre acceso a París.

El 27, por medio de un bando, seco como un acta, Picard anunció que el 1 de marzo treinta mil alemanes ocuparían los Campos Eliseos.

El 28, a las dos, la comisión encargada de redactar los estatutos del Comité Central se reunió en la alcaldía del distrito III. Convocó en la calle Rosiers a los jefes de batallones y a los delegados de los diferentes comités militares que se habían creado espontáneamente en París, como el de Montmartre. La sesión, presidida por Bergeret, de Montmartre, fue terrible. La mayoría no hablaba más que de batallas, exhibía mandatos imperativos, recordaba la reunión de Wauxhall. Casi por unanimidad, se resolvió tomar las armas contra los prusianos. El alcalde, Bonvalet, muy inquieto por sus huéspedes, hizo rodear la alcaldía y,

mitad de grado, mitad a la fuerza, consiguió desembarazarse de ellos.²

Durante toda la jornada se armaron los barrios, se apoderaron de las municiones. Algunas piezas de sitio fueron montadas en sus afustes. Los móviles, olvidando que eran prisioneros de guerra, volvieron a tomar las armas en los sectores. Por la noche invadieron el cuartel de la Pepinière, ocupado por los marinos, y llevaron a éstos en manifestación a la Bastilla.

La catástrofe hubiera sido indudable sin el valor de algunos hombres que se atrevieron a ir contra la corriente. Toda la Corderie —Comité Central de los veinte distritos, Internacional, Federación de las Cámaras Sindicales— observaba con suspicaz reserva aquel embrión de comité compuesto de desconocidos, al que no se había visto en ningún movimiento revolucionario. Al salir de la alcaldía del tercer distrito, algunos de los delegados de batallones, que pertenecían asimismo a los grupos de la Corderie, fueron a ésta a contar la sesión y la resolución desesperada que en ella se había adoptado. Se esforzaron en disuadirles, y se enviaron oradores a Wauxhall, donde se celebraba una gran reunión. Los oradores consiguieron hacerse oír. Muchos ciudadanos hicieron también grandes esfuerzos por llevar a la concurrencia a razones. El 28 por la mañana, los tres grupos de la Corderie publicaron un manifiesto conjurado a los trabajadores a que se abstuvieran. *«Todo ataque —decían— servirá para exponer al pueblo a los golpes de los enemigos de la Revolución, que ahogarán las reivindicaciones en un torrente de sangre. Recordemos las lúgubres jornadas de junio.»*

Esto no era más que una voz, y de poco timbre. Desde las elecciones generales, el comité de los veinte distritos se reducía a una docena de miembros; la Internacional y las cámaras sindicales no contaban. Los ele-

2. Un cura, Vidieu, autor de una *Historia de la Comuna*, pretende haber descubierto el objeto de este movimiento. «Había, evidentemente, una consigna. Al primer disparo acudiría el enemigo, el monte Valérien incendiaría los más bellos barrios de París, las demás fuerzas pondrían fuego a la ciudad y, mientras tanto, se pescaría libremente en río revuelto.»

gidos del Wauxhall, por el contrario, representaban la masa armada. Que un obús partiese de Montmartre contra los prusianos, y se entablaría el horrible combate. Así lo supieron comprender, y el 28 fijaron una proclama, enmarcada en negro, imperativa: *«Ciudadanos, toda agresión equivaldría al derrumbamiento de la República. Se establecerá, alrededor de los barrios que debe ocupar el enemigo, una serie de barricadas, adecuadas para aislar completamente esta parte de la ciudad. La guardia nacional, de acuerdo con el ejército, vigilará para que el enemigo no pueda comunicarse con las zonas atrincheradas de París.»* Seguían veintinueve nombres.³ Estos veintinueve capaces de calmar a la guardia nacional fueron aprendidos, incluso por la burguesía, que no pareció extrañarse de tal poder.

Los prusianos en París

Los prusianos pudieron entrar el día primero de marzo. El París que el pueblo había reconquistado no era ya el París de los nobles y de los grandes burgueses del 30 de marzo de 1815. La bandera negra que colgaba en las casas, las calles desiertas, las tiendas cerradas, las fuentes cegadas, las estatuas de la Concordia veladas, el gas negándose a alumbrar por las noches, hablaban de una ciudad indómita. Así debió de entregarse Moscú al Gran Ejército. Acampados entre el Sena y el Louvre, que tenía las salidas cerradas, y un cordón de barricadas bordeando el barrio Saint-Honoré, los alemanes parecían cogidos en una trampa. Algunas mujeres públicas que se atrevieron a franquear el límite,

3. Alavoine, Bouit, Frontier, Boursier, David-Brisson, Barroud, Gritz, Tessier, Ramel, Badois, Arnold, Piconel, Audouy, Masson, Weber, Lagarde, Laroque, Bergeret, Pouchain, Lavalette, Fleury, Maljournal, Chouteau, Cadaze, Castioni, Dutil, Matté, Ostyn. Sólo diez de la comisión elegida el 15 figuran en esta lista; algunos, como Dacosta, se habían retirado creyendo que se iba demasiado lejos; otros no asistían a la sesión en la que se firmó el cartel. Delegaciones, juntas revolucionarias, habían presentado a los diecinueve restantes, tan desconocidos como los demás. Varios nombres figuraban deformados.

fueron tratadas a latigazos. Un café de los Campos Elíseos que se había abierto para ellos, fue saqueado. Solamente en Saint-Germain se encontró un gran señor que ofreció su techo a los prusianos.

París estaba todavía pálido por la afrenta, cuando una avalancha de nuevas injurias le llegó de Burdeos. La Asamblea no sólo no había encontrado una frase para asistirle en esta crisis dolorosa, sino que todos sus periódicos, con «L'Officiel» a la cabeza, se indignaban de que hubiera pensado siquiera en manifestarse contra los prusianos. En las oficinas se firmaba una proposición para fijar la residencia de la Asamblea fuera de París. El proyecto de ley sobre los vencimientos y los alquileres retrasados se anunciaba, preñado de quiebras. La paz acaba de ser aceptada, votada a marchas forzadas. Alsacia, la mayor parte de Lorena, un millón seiscientos veinte mil franceses arrancados a la patria, cinco mil millones, los fuertes del Este de París ocupados hasta la entrega de los primeros quinientos millones, y los departamentos del Este hasta el pago final; tal era el precio con que Bismarck nos traspasaba la Cámara inencontrable.

Para consolar a París de tantas vergüenzas, Thiers nombraba general de la guardia nacional al evacuador de Orleans, el brutal comandante del ejército del Loire, destituido por Gambetta, el mismo que, en una carta al emperador publicada recientemente, aún se lamentaba de no haber podido venir a París el 2 de diciembre del 51, para aplastar a los parisienses: D'Aurelles de Paladine. Dos senadores bonapartistas, los fusiladores, a la cabeza del París republicano; en París soplaban vientos de golpe de Estado.

El 3 de marzo enviaron sus delegados al Wauxhall doscientos batallones. El proyecto de estatutos redactado por el Comité Central provisional comenzaba por afirmar la República *«como único gobierno de derecho y de justicia, superior al sufragio universal, que es obra suya.»* «Los delegados —decía el artículo— *deberán prevenir todo intento que tenga por fin el derrumbamiento de la República.»* El Comité Central debía estar formado por tres delegados por distrito, elegidos sin distinción

de grado por las compañías, las legiones y el jefe de legión. Estos estatutos fueron aprobados. Mientras llegaban las elecciones regulares, la reunión nombró una comisión ejecutiva. Formaban parte de ella: Varlin, Pindy, Jacques Durand, delegados por sus batallones. Se votó por unanimidad la reelección de todos los grados. Se presentó esta moción: *«El departamento del Sena se constituirá en República independiente, caso de que la Asamblea descapitalizara París.»* Moción mal concebida, mal presentada, que parecía aislar a París del resto de Francia; idea antirrevolucionaria, antipariense, que se volvió cruelmente contra la Comuna. ¿Y quién te alimentará, París, si no es la provincia? ¿Y quién te salvará, hermano de los campos, sino París? Pero París vivía solo desde hacía seis meses; sólo él había querido la lucha hasta el fin; sólo él había protestado contra la Asamblea realista. Y el abandono, los votos de la provincia, la mayoría rural, hicieron creer a unos hombres prestos a morir por la República universal, que podían encerrar la República en París.

CAPÍTULO IV

Los monárquicos abren el fuego contra París. — Se constituye el Comité Central. — Thiers ordena el asalto.

Abrigábamos un gran respeto hacia esta gran ciudad, honor de Francia, que acababa de soportar cinco meses de sitio.

*Discurso de Dufaure contra la amnistía.
(Mayo del 76.)*

La guardia nacional respondió al plebiscito rural con la federación; a las amenazas de los monárquicos, con las manifestaciones de la Bastilla; al proyecto de descapitalización, al bofetón de D'Aurelles, con las resoluciones del 3 de marzo. Lo que no pudieron hacer los peligros del sitio, lo hizo la Asamblea: la unión de la pequeña burguesía con el proletariado. La burguesía media se sublevó; el alejamiento de la Asamblea lastimaba su orgullo, la alarmaba en cuanto a la marcha de sus asuntos. La inmensa mayoría de París vio sin pena cómo se organizaba una defensa parisiense. El 3 de marzo, el ministro del Interior, Picard, denunció al Comité Central como anónimo y llamó a «todos los buenos ciudadanos a ahogar sus culpables manifestaciones». Nadie se conmovió. La acusación, además, era ridícula. El Comité se manifestaba visiblemente, enviaba informes a los periódicos y actuó exclusivamente para salvar a París de una catástrofe. Al día siguiente de ser acusado, respondió: *«El Comité no es anónimo; es la reunión de los mandatarios de unos hombres libres que quieren la solidaridad entre todos los miembros de la guardia nacional. Sus actas han sido siempre firmadas. Rechaza con desprecio las calumnias que le acusan de excitación al pillaje y a la guerra civil. Firmado: Los elegidos de la ciudad en el Wauxhall.»*¹

1. Arnold, J. Bergeret, Bouit, Castioni, Chauvière, Chouteau, Courty, Dutilh, Fleury, Frontier, H. Fortuné, Lacord, Lagarde, Lavalette, Maljournal, Matté, Ostyn, Piconel, Pindy, Prudhomme,

El mismo día, D'Aurelles, recién llegado a París, convocaba a los jefes de batallón. De doscientas sesenta respondieron una treintena. Él venía, según les dijo, a purgar a la guardia nacional de sus malos elementos, y dio una orden del día digna de un gendarme. Por toda respuesta, el Comité, por medio de un pasquín, invitó a todos los ciudadanos a organizar círculos de batallón, consejos de legión, y a que nombrasen sus delegados para el comité definitivo.

Los jefes de la coalición realista vieron perfectamente adónde se iba; tanto más cuanto que la comisión que acompañó a Thiers en sus negociaciones de paz en Versalles les expuso cuadros espantosos de París. La ciudad de la República aumentaba todos los días su arsenal de fusiles, de cañones. Un poco más, y el armamento sería completo, si no se daba rápidamente un golpe.

Lo que no acabaron de ver fue la talla de su enemigo. Creyeron en los cuentos de sus gacetas, en la cobardía de los guardias nacionales, en las fanfarronadas de Ducrot, que juraba en las oficinas de la Asamblea odio eterno a los demagogos, sin los cuales hubiera vencido, a lo que decía. Los capitanes de la reacción se hincharon hasta creer que se tragarían a París.

Toda la reacción contra París

La operación fue llevada a cabo con habilidad, constancia y disciplina clericales. Legitimistas, orleanistas, bonapartistas, divididos en la cuestión del nombre del monarca, aceptaron un compromiso imaginado por Thiers: partes iguales en el poder, lo que se llamó el pacto de Burdeos. Además, tratándose de ir contra París, no podía haber división.

Desde los primeros días de marzo, sus periódicos de provincias anunciaron incendios y saqueos en París. El 4 de marzo no hubo más que un rumor en las oficinas de la Asamblea: acaba de estallar una insurrección,

Varlin, H. Verlet, Viard. Cinco solamente de los electos del 15 de febrero.

las comunicaciones telegráficas están cortadas, el general Vinoy se ha retirado a la orilla izquierda. Thiers, que dejaba propalar estos rumores, destacó a París cuatro diputados alcaldes: Arnaud de l'Ariège, Clemenceau, Tirard y Henri Martin. Los emisarios encontraron a París «absolutamente tranquilo», y se lo dijeron al ministro del Interior. Picard respondió: «Esa tranquilidad no es más que aparente, es preciso obrar»; y el alcalde del cuarto distrito, Vautrain, dijo: «Hay que coger al toro por los cuernos y detener al Comité Central.»

La coalición no dejó pasar un día sin picar al toro. Cayeron sobre París y sus representantes risas, provocaciones, injurias. Algunos, Malon, Ranc, Rochefort, Tridon, se retiraron ante el voto que venía a mutilar a la patria, como lo habían hecho Gambetta y los de Alsacia y Lorena. Se le gritó: ¡Buen viaje! El 8, Hugo es maltratado al defender a Garibaldi. Dimite. Abuchean a Delescluze, que pide que se entable acusación contra los defensores. El 10, cuatrocientos veintisiete rurales se niegan a residir en París. Quieren más: la descapitalización definitiva, Bourges o Fontainebleau. Thiers los halaga. «Jamás Asamblea alguna recibió poderes más extensos —no tenía ni siquiera archivos—. Podrían ustedes hacer, si quisieran, hasta una Constitución.» Obtuvo, con gran trabajo, el traslado a Versalles, más fácil de defender. Esto era llamar a la Comuna, porque París no podía vivir sin gobierno y sin municipalidad.

Fijado así el campo de batalla, se formó un ejército de la desesperación. Los efectos comerciales vencidos, del 13 de agosto al 13 de noviembre del 70, se hicieron exigibles siete meses después, fecha por fecha, con sus intereses. Así, dentro de tres días, el 13 de marzo, era preciso pagar las letras vencidas el 13 de agosto. Decreto imposible, ya que los negocios estaban en suspenso desde hacía siete meses y no había modo de encontrar crédito; el Banco no había vuelto a abrir sus sucursales. Algunos diputados de París visitaron a Dufaure, que había vivido la vida del sitio. Se mostró irreducible; seguía siendo el verdadero Dufaure del 48. Que-

daba en pie la cuestión de los alquileres retrasados, temible para todo París. Millièrre conjuró a la Asamblea a que la resolviese equitativamente. No obtuvo respuesta. Trescientos mil obreros, comerciantes, artesanos, pequeños fabricantes y tenderos, que habían gastado su peculio durante el sitio y no ganaban nada todavía, quedaron a merced del casero y de la quiebra. Del 13 al 17 de marzo, hubo ciento cincuenta mil protestos. Las grandes ciudades industriales reclamaron. Nada.

Cargada así la mina, la Asamblea se aplazó hasta el 20 de marzo, después de haber obligado a Thiers a afirmar que podría deliberar en Versalles «sin miedo a los adoquines del motín». El hombrecillo tenía también su vencimiento.

París no retrocedía ante todas estas amenazas. Picard, con la intención de amedrentarle, llamó a Courty y le dijo «que los miembros del Comité Central se jugaban la cabeza». Courty hizo casi la promesa de devolver los cañones. El Comité lo desautorizó.

Desde el día 6 el Comité residía en la Corderie, absolutamente independiente de los tres simulacros de grupos. Dio pruebas de habilidad política, burló las intrigas de cierto Raoul du Bisson, ex oficial de ejércitos exóticos, cargado de dudosas aventuras, que había presidido la reunión del 24 en Wauxhall y trabajaba por constituir un Comité Central de arriba, con los jefes de batallón. El Comité despachó tres delegados a este grupo, que ofrecía una resistencia muy viva. Un jefe de batallón, Barberet, se mostró particularmente intratable; otro, Faltot, arrastró a la reunión: «¡Yo estoy con el pueblo!» La fusión se llevó definitivamente a cabo el 10, día de asamblea general de delegados. El Comité presentó su informe, exponiendo la historia de la semana, el nombramiento de D'Aurelles, el incidente de Courty: *«Lo que somos, los acontecimientos lo han dicho; los ataques reiterados de una prensa hostil a la democracia nos lo han enseñado, y las amenazas del gobierno han venido a confirmarlo. Somos la barrera inextinguible levantada contra todo intento de derribar la*

República.» Los delegados fueron invitados a apresurar las elecciones del Comité Central. Se redactó en seguida un llamamiento dirigido al ejército.

Desde hacía varios días, el gobierno enviaba a provincias los 220.00 hombres desarmados por la capitulación, «móviles» o desmilitarizables en su mayoría, y los reemplazaba por soldados de los ejércitos del Loire y del Norte. París se inquietaba con estas tropas que los periódicos reaccionarios excitaban contra él. El llamamiento de la reunión decía: *«Soldados, hijos del pueblo, unámonos para salvar a la República. Los reyes y los emperadores nos han hecho demasiado daño.»* Al día siguiente, los soldados defendían este pasquín contra la policía.

La jornada del 11 fue pésima para París. Supo a un mismo tiempo su descapitalización y su ruina. Vinoy suprimía seis periódicos republicanos, cuatro de los cuales, «Le Cri du Peuple», «Le Mot d'Ordre», «Le Père Duchêne» y «Le Vengeur» tiraban doscientos mil ejemplares. El consejo de guerra que juzgaba a los acusados del 31 de octubre condenaba a muerte a varios de ellos, entre otros a Flourens y a Blanqui. Triple detonación que asustaba a todo el mundo, a burgueses, republicanos y revolucionarios. Aquella Asamblea de Burdeos, tan mortífera en París, de un corazón, de un espíritu, de una lengua tan contrarios a París, se mostró como un gobierno de extranjeros. Desaparecieron las últimas vacilaciones. El diputado-alcalde del distrito XVIII, Clemenceau, trabajaba desde hacía varios días para conseguir la entrega de los cañones de Montmartre, y encontró oficiales bastante bien dispuestos a ello. El comité de la calle Rosiers se opuso; era el comité más importante de todos, por su situación, por el número de sus cañones, y trataba en un pie de igualdad con el Comité Central, al que no envió delegados hasta muy tarde. Cuando D'Aurelles expidió los tiros de caballos a Montmartre, los guardias nacionales negaron las piezas y las transportaron a las colinas, donde el comandante Poulizac, que había de morir en las filas del ejército versallés, construía una especie de parapeto. El comité de la calle Rosiers proporcionó los

centinelas, las piezas afluyeron, y llegaron a reunirse ciento setenta.

Se constituye el Comité Central

La Revolución, que no tenía ya periódicos, hablaba ahora por medio de pasquines de todos los colores, de todas las ideas. Flourens y Blanqui, condenados en rebeldía, fijaban protestas en las paredes. Los grupos moderados protestaban también contra los decretos sobre vencimientos. Se organizaban comités en los barrios populares. El del distrito XVIII tenía por jefe al fundidor Duval, hombre de energía fría y dominadora. Todos estos comités anulaban las órdenes de D'Aurelles. Disponían, en realidad, de la guardia nacional.

Vinoy decía, como Vautrain: «Detengamos al Comité Central» y nada parecía más fácil, ya que todos sus miembros inscribían sus señas en los pasquines. El propio Picard respondía: «Yo no tengo policía, deténgalos usted mismo.» Vinoy replicaba: «Eso no es de mi incumbencia.» Se le dio al general Valentin, hombre de mano de hierro. El Comité Central, tranquilamente, se presentó el 15 en la tercera asamblea general de Wauxhall. Se hallaban representados doscientos quince batallones. Garibaldi fue proclamado general en jefe de la guardia nacional. Un orador —Lullier, ex oficial de marina—, arrebató a la asamblea, pues tenía cierta apariencia de instrucción militar, y, cuando no estaba aturdido por el alcohol, algunos momentos de lucidez que despertaban grandes ilusiones. Se hizo nombrar comandante de artillería. A continuación, fueron proclamados los nombres de los elegidos para el Comité Central, unos treinta aproximadamente; varios distritos no habían votado aún. Era el Comité Central regular, el que habría de entrar en el Hôtel-de-Ville. Muchos de los elegidos pertenecían a la anterior comisión. Los demás, de todas las capas del pueblo, conocidos solamente en los consejos de familia o en su batallón. Los hombres de más relieve no intrigaron para obtener sufragios. La Corderie, los mismos blanquistas, no que-

rían admitir que esa Federación, ese Comité, esos desconocidos fuesen una fuerza.

Verdad es que no les guiaba ningún programa concreto. El Comité Central no es la cabeza de columna de un partido, no tiene un ideal que realizar. Sólo ha podido agrupar a tantos batallones una idea sencillísima: defenderse de la monarquía. La guardia nacional se constituye en compañía de seguros contra un golpe de Estado; el Comité Central es el centinela. A eso se reduce todo.

El aire es pesado, nadie sabe a dónde se va. El pequeño grupo de la Internacional convoca ingenuamente a los diputados socialistas, para que le expliquen la situación. Nadie piensa en el ataque. El Comité Central ha declarado, por otra parte, que el pueblo no abrirá jamás el fuego, que solamente se defenderá en caso de agresión.

He aquí el agresor

El agresor llegó el 15: el señor Thiers. Había esperado apoderarse de nuevo insensiblemente de la ciudad con soldados bien escogidos, a los que se había mantenido aislados de los parisienses; pero faltaba tiempo para ello, la fatídica fecha del 20 se echaba encima. Apenas llegó, Thiers fue asaltado, se le acució para que obrase. Los bolsistas andaban en el ajo. Los mismos que habían precipitado la guerra para echar una laña a sus chanchullos, le decían: «No logrará usted hacer operaciones financieras si antes no acaba con estos malvados.»² ¡Acabar con ellos! La siniestra palabra de junio del 48, monstruosa en marzo del 71!

¡Cómo! Ante los ojos de los prusianos, cuando Fran-

2. «Algunos especuladores de Bolsa, creyendo que bastaría con una campaña de seis semanas para devolver el impulso a las especulaciones de que vivían, decían: "Es un mal momento por el que pasar, unos cincuenta mil hombres que habrá que sacrificar, después de lo cual el horizonte se aclarará, y los negocios volverán a marchar."» (*Encuesta sobre el 4 de setiembre: Thiers.*)

cia palpita apenas, cuando sólo el trabajo puede reconstruirla, ¿va a correr el gobierno de esa misma Francia el riesgo de una guerra civil, va a aventurar tantas vidas de trabajadores? ¿Está seguro, por lo menos, de que acabará con ellos? Por espacio de tres días, casi sin armas, los insurgentes de junio del 48 hicieron frente a los mejores generales de África. En el 71, contra este haz de batallones provistos de buenos fusiles, de cañones que ocupaban las alturas, el gobierno no tiene más que a un Vinoy, la división tolerada por los prusianos, tres mil, y los gendarmes, quince mil hombres y harto estropeados. Los siete u ocho mil que han sido traídos del Loire y del Norte, han estado a punto de amotinarse en la primera revista. Mal alimentados, mal abrigados, vagan por los bulevares exteriores. Las parisienses les llevan sopa, mantas, a las barracas donde se hielan.

¿Cómo desarmar a cien mil hombres con esta tropa, de mala muerte? Porque para llevarse los cañones, había que empezar por desarmar a la guardia nacional. Los coaligados se burlaban de los atrincheramientos de Montmartre, de los veinticinco hombres de la calle Rosiers, consideraban cosa de elemental facilidad recobrar los cañones. Éstos se hallaban, en efecto, muy poco guardados, porque cincuenta adoquines por el aire bastaban para detener todo intento de apoderarse de ellos. Que hubiera quien los tocara, y París entero acudiría. No bien hubo llegado a París, recibió Thiers una lección a este respecto. Vautrain había prometido los cañones de la plaza Vosges; los guardias nacionales desclavaron las piezas, y los pequeños burgueses de la calle Tournelles se lanzaron a desempedrar las calles.

Era una insensatez atacar. Thiers no vio nada, ni la desafección de todas las clases sociales, ni la irritación de los barrios. Contemporizar, desarmar a París con concesiones, neutralizar a los rurales con la gran ciudad eran expedientes que estaban muy por encima de su política. Su desprecio al pueblo hizo lo demás. Espoleado por el vencimiento del 20, se lanzó a la aventura, celebró consejo el 17, y, sin consultar a los al-

caldes, como Picard había prometido, sin dar oídos a los jefes de los batallones burgueses, que aquella misma noche afirmaban que no podían contar con sus hombres, ese gobierno, incapaz de detener a los veinticinco miembros del Comité Central, dio orden de requisar los doscientos cincuenta cañones guardados por todo París.

Segunda parte
LA COMUNA

CAPÍTULO V

El 18 de marzo.

«Hicimos, pues, lo que debíamos hacer; nadie provocó la insurrección de París.»

Dufaure (mayo del 76).

La ejecución de la orden fue tan descabellada como la idea.

El 18 de marzo, a las tres de la mañana, las tropas de choque, sin víveres, sin mochilas, se desperdigaron en todas direcciones, por el cerro de Chaumont, por Belleville, por el Temple, por la Bastilla, por el Hôtel-de-Ville, por la plaza Saint-Michel, por el Luxembourg, por el distrito XIII, por los Inválidos. El general Susbelle, que se dirige a Montmartre, manda dos brigadas —seis mil hombres, aproximadamente—. El barrio duerme. La brigada de Paturel ocupa, sin disparar un tiro, el Moulin de la Galette. La brigada de Lecomte se apodera de la torre de Solferino y no encuentra en ella más que un faccioso, a Turpin. Éste cala la bayoneta, los gendarmes lo tienden por tierra, corren al puesto de la calle Rosiers, se apoderan de todos los guardias y los echan a los sótanos de la torre. En las alturas de Chaumont, en Belleville, los cañones son sorprendidos de la misma suerte. El gobierno triunfa en toda la línea; D'Aurelles envía a los periódicos una proclama de vencedor, que se publica en algunas hojas de la tarde.

No faltaban más que caballos y tiempo para hacer la mudanza de esta victoria. Vinoy casi lo había olvidado. Hasta las ocho no empezaron a enganchar algunas piezas de artillería; muchas de ellas estaban desmontadas, faltas de los arzones.

Mientras tanto, los barrios despiertan. Se abren las tiendas matinales. Alrededor de las lecherías, ante las bodegas, se habla en voz baja; las gentes se señalan unos a otros, los soldados, las ametralladoras enfiladas contra las vías populosas; en las paredes, un pasquín todavía húmedo, firmado por Thiers y sus ministros. Hablan del comercio paralizado, de los pedidos sus-

pendidos, del capital aterrado: «*Habitantes de París, en interés vuestro, el gobierno está resuelto a obrar. Que los buenos ciudadanos se separen de los malos, que ayuden a la fuerza pública. Con eso, prestarán un servicio a la propia República*», dicen los señores Pouyer-Quertier, de Larcy, Dufaure y otros republicanos. El final es una frase de diciembre del 51: «*Los culpables serán entregados a la justicia. Es preciso, a toda costa, que renazca el orden, íntegro, inmediato, inalterable...*» Se hablaba de orden, iba a correr la sangre.

Las primeras que se lanzaron fueron las mujeres, lo mismo que en las jornadas de la Revolución. Las del 18 de marzo, curtidas por el sitio —les había correspondido doble ración de miseria—, no esperaron a sus hombres. Rodean las ametralladoras, increpan a los jefes de pieza: «¡Es indigno! ¿Qué hacéis aquí?» Los soldados se callan. A veces, un suboficial dice: «Vamos, buenas mujeres, váyanse de aquí.» La voz no es adusta; las mujeres se quedan. De pronto, suena un toque de atención. Algunos guardias nacionales han descubierto dos tambores en el puesto de la calle Doudeauville y recorren el distrito XVIII. A las ocho, son trescientos, entre guardias y oficiales, los que suben por el bulevar Ornano. Un puesto de soldados del 88.^o sale. La gente les grita: «¡Viva la República!» Los soldados siguen. El puesto de la calle Dejean se les une y, con la culata al aire, soldados y guardias confundidos, trepan por la calle Muller, que conduce a las colinas, guardadas de este lado por los soldados del 88.^o. Estos, al ver a sus camaradas mezclados con los guardias, hacen signo de que se acerquen, que les abrirán paso. El general Lecomte se da cuenta de su movimiento, los hace sustituir por los agentes urbanos, y los lanza a la torre Solferino, añadiendo: «¡Ya arreglaremos cuentas!» Los que les sustituyen apenas tienen tiempo de hacer algunos disparos. Guardias y soldados franquean el parapeto; gran número de otros guardias, con la culata al aire, mujeres y niños, desembocan por el flanco opuesto, por la calle Rosiers. Lecomte, situado, da por tres veces orden de hacer fuego. Sus hombres permanecen con el arma al pie. La multitud se une a ellos,

fraterniza con ellos, detiene a Lecomte y sus oficiales.

Los soldados a quienes Lecomte acaba de encerrar en la torre quieren fusilarle. Los guardias nacionales consiguen arrancárselo de sus manos y con grandes dificultades —la multitud le toma por Vinoy— le llevan, con sus oficiales, al Château-Rouge, cuartel general de los batallones de Montmartre. Allí se le pide que haga evacuar las alturas. Él firma la orden sin vacilar, como lo hizo en el 48 el general Bréa.¹ La orden es llevada a los oficiales y soldados que ocupan todavía la calle Rosiers. Los gendarmes rinden sus fusiles y gritan: «¡Viva la República!» Tres salvas de cañón anuncian a París la toma de las alturas.

A la izquierda de Lecomte, el general Paturel intentó en vano hacer descender por la calle Lepic algunos de los cañones del Moulin de la Galette. La multitud detiene los caballos, corta los tiros, se mezcla con los soldados y, vuelve a conducir los cañones a los cerros. Los soldados que guardan la parte baja de la calle, la plaza Blanche, han alzado al aire las culatas. En la plaza Pigalle, el general Susbielle da orden de cargar sobre la multitud que se apiña en la calle Houdon. Intimidados por los gritos de las mujeres, los cazadores hacen retroceder a sus caballos a reculones, y dan que reír al gentío. Un capitán se lanza, sable en mano, hiere a un guardia y cae acribillado a balazos. Los gendarmes que abren el fuego detrás de las barracas del bulevar son desalojados de éstas. El general Susbielle desaparece. Vinoy, apostado en la plaza Clichy, vuelve grupas. Unos sesenta gendarmes prisioneros son conducidos a la alcaldía de Montmartre.²

En el cerro de Chaumont, en Belleville, en el Luxembourg, el pueblo había detenido también y recobrado sus cañones. En la Bastilla, donde el general Leflô está a punto de ser hecho prisionero, la guardia na-

1. Esta orden, pidiendo a la tropa que desfilara en medio de los guardias nacionales, fue redactada a lápiz por un capitán. Lecomte la transcribió a pluma sin cambiar ni una sola palabra. El consejo de guerra lo negó, para no desprestigiar a este general, que murió oscuramente.

2. Entonces situada en la plaza Abesses.

cional fraterniza con los soldados. Hay en la plaza un momento de gran silencio. Detrás de un ataúd que viene de la estación de Orleans, un viejo, con la cabeza destocada, al que sigue un largo cortejo: Victor Hugo conduce al Père Lachaise el cuerpo de su hijo Charles. Los federales presentan armas y entreabren las barricadas para dejar pasar a la gloria y a la muerte.

La agresión rechazada

A las once, el pueblo ha dominado la agresión en todos los puntos, ha conservado casi todos sus cañones —de los tiros de caballos no se han llevado más que diez—, se han adueñado de millares de fusiles. Los batallones federados están en pie; en los barrios la gente arranca los adoquines.

Desde las seis de la mañana, D'Aurelles de Paladine tocaba inútilmente a rebato en los barrios del centro. Batallones en otro tiempo archirreaccionarios, no enviaban ni veinte hombre a la cita. Todo París, al leer los carteles, había dicho: «Esto es el golpe de Estado.» A mediodía, D'Aurelles y Picard hacen repicar la campana mayor: *«El gobierno os llama a defender vuestros hogares, vuestras familias, vuestras propiedades. Algunos hombres obcecados, que sólo obedecen a unos cuantos jefes ocultos, dirigen contra París cañones que habían sido sustraídos a los prusianos.»* Como esta acusación de indelicadeza respecto de los prusianos no subleva a nadie, el ministerio entero acude en su auxilio: *«Circula el absurdo rumor de que el gobierno prepara un golpe de Estado. Lo que ha querido y quiere es acabar con un Comité insurrecto cuyos miembros no representan más que las doctrinas comunistas y que llevarán a París al saqueo y a Francia a la tumba.»* Estas evocaciones de junio dieron lástima. Los batallones del orden hubieran podido alinear un serio contingente; no acudieron arriba de quinientos a seiscientos hombres.

Thiers y su gobierno se habían refugiado en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Cuando supo la desbandada de las tropas, dio orden de hacerlas replegarse

en dirección al Campo de Marte. Abandonado por los batallones burgueses, habló de evacuar París, de ir a rehacer un ejército a Versalles; antigua idea gironina, propuesta a Carlos X por Marmont, a Luis Felipe, a la Asamblea del 48 que tan bien le había resultado al general austríaco Windischgroetz. Algunos ministros protestaron, querían que se conservasen algunos puntos, el Hôtel-de-Ville, sus cuarteles ocupados por la brigada de Derroja, la Escuela Militar, y que se tomasen posiciones en el Trocadero. El hombrecillo no quiso oír más que a un partido extremo, y decidió que se evacuase toda la ciudad, incluso los fuertes del Sur, devueltos por los prusianos quince días antes. A eso de las tres, los batallones populares del Gros-Cailrou desfilaron por delante del Hôtel-de-Ville, con clarines y tambores a la cabeza. Los ministros se creyeron perdidos.³ Thiers huyó por una escalera secreta y partió para Versalles, tan fuera de sí que, al llegar al puente de Sèvres, dio por escrito, orden de evacuar el monte Valérien.

A la hora en que él huía, los batallones federados no habían intentado nada contra nadie. La agresión de la mañana sorprendió al Comité Central como a todo París. La víspera, por la noche, el Comité se había separado, como de costumbre, dándose cita para el 18, a las once de la noche, detrás de la Bastilla, en la escuela de la calle Basfroi, toda vez que la Corderie, especialmente vigilada por la policía, había dejado de ser lugar seguro. Desde el 15 de marzo, nuevas elecciones habían aportado algunos colegas al Comité Central, que había nombrado otro de Defensa. Al recibir la noticia del ataque, unos volaron hacia la calle Basfroi, otros se dedicaron a poner en pie de guerra a los batallones de sus

3. Thiers, en la Encuesta, dice primero: «Se les dejó desfilar»...; después, veinte líneas más abajo: «Se les rechazó»... El general Lefló no ha ocultado el miedo del Consejo: «El momento me pareció crítico, y dije: *Creo que estamos perdidos; se nos van a llevar...* Y, en efecto, los batallones no tenían más que haber entrado en el Palacio, y hubieran apresado hasta el último de nosotros. Pero los tres batallones pasaron de largo sin decir nada.»

barrios. Hacia las diez, se encontraron reunidos una docena de miembros, asaltados por un sin fin de peticiones, de reclamaciones, abrumados de prisioneros que les llevaban de todas partes. No llegaron informes precisos hasta las dos de la tarde. Varlin se ocupaba de Batignolles; Bergeret, de Montmartre; Duval, del Panteón; Pindy, en el III; Faltot, en la calle Sèvres; Ranvier y Brunel, sin pertenecer al Comité, agitaban a Belleville y al distrito X. Entonces, pudo trazarse algo que se pareciese a un plan para hacer converger los batallones en el Hôtel-de-Ville, y los miembros del Comité Central se dispersaron en todos los sentidos.

Los batallones estaban, desde luego, en pie, pero no se movían. Los barrios revolucionarios, que temían una contraofensiva, que ignoraban la extensión total de la victoria, se atrincheraban rigurosamente, manteniéndose estacionarios. Nadie salía de Montmartre, inmenso hormiguero de guardias que venían a buscar noticias, y de soldados a la desbandada, para los que se hacían colectas, porque no habían probado bocado desde la mañana. Hacia las tres y media, alguien fue a decir al comité de vigilancia establecido en la calle Cignancourt que el general Lecomte se hallaba en gran peligro. Un tropel de soldados rodeaba al Château-Rouge y exigía la ejecución inmediata del general. Los miembros de este comité: Ferré, Bergeret, Jaclard, enviaron inmediatamente al comandante del Château-Rouge orden de velar por el prisionero. Cuando llegó esta orden, acababan de llevárselo.

Ejecución de los generales

Lecomte pedía insistentemente ser conducido a presencia del Comité Central. Los jefes de puesto, que, desconcertados por los gritos, querían eludir toda responsabilidad y no conocían más comité que el de la calle Rosiers, decidieron trasladar a él al general y a sus oficiales. Llegaron a eso de las cuatro, cruzando por entre una multitud terriblemente irritada. Nadie les maltrata, sin embargo. El general queda custodiado en

una reducida habitación del entresuelo; a los oficiales los dejan en el primer piso, donde encuentran a varios de sus camaradas, igualmente prisioneros. Reprodúcense las escenas del Château-Rouge. Los soldados, frenéticos, gritan: «¡Muera!» Los oficiales de la guardia nacional se esfuerzan por contenerlos, atrancan la puerta, les dicen: «¡Esperad al Comité!»

¿A cuál? El Comité Central está en el otro extremo de París. El comité de la calle Rosiers se halla materialmente dispersado: algunos de los miembros están en el Comité de vigilancia de la Chaussée Clignancourt; otros, en la alcaldía, donde el comandante Dardelles, Raoul Rigault y Paschal Grousset discuten con el alcalde Clemenceau, muy descontento de todo lo que ocurre, se consigue poner centinelas y aplacar un poco la cólera general.

A eso de las cuatro y media, un rumor llena la calle, y, como lanzado por una tromba, un hombre de barba blanca es lanzado contra una casa. Es Clément Thomas, el hombre de junio del 48, el que había injuriado a los batallones populares, el que hizo aún más que Ducrot por deshonorar a la guardia nacional. Reconocido, detenido en la calle Martyrs, donde inspeccionaba la barricada, ha subido el cerro en medio de una espantosa grito. ¡Irónico azar de las revoluciones, que deja huir al tiburón y entrega a la rana a la venganza!

Su llegada lo decide todo. No se oye más que un grito: «¡Muera!» Algunos oficiales de la guardia quieren luchar; un capitán garibaldino, un hércules, Herpin-Lacroix, se agarra a las paredes del pasillo. La gente lo maltrata, fuerza la entrada. Clément Thomas es precipitado hacia el jardín que se extiende a espaldas de la casa. Las balas le siguen, cae de bruces a tierra. Aún no ha muerto, y ya los soldados del 88.º hacen saltar las ventanas de la habitación en que está el general Lecomte, arrastran a éste hasta el jardín, donde las balas lo matan. Inmediatamente el furor se aplaca. Aún quedan diez oficiales; nadie los amenaza. Al llegar la noche, son conducidos al Château-Rouge, donde Jaclard los pone en libertad.

En la estación de Orleans, a la misma hora, la multi-

tud detenía a un general con uniforme de gala. La gente creía haber echado mano a D'Aurelles. Era Chanzy. La equivocación podía ser mortal. Algunos oficiales federados, un adjunto del distrito XIV, Léo Meillet, se interponen, lo protegen, le ponen en seguridad en la prisión del sector, donde se encuentra con el general Langourian, también detenido. No había modo de libertar sin grave riesgo a los generales; pero el diputado Turquet, que acompañaba a Chanzy, fue puesto en libertad.

Poco a poco, los batallones federados toman la ofensiva. Brunel rodea el cuartel Prince-Eugène,⁴ ocupado por el 120 de línea, dispuesto a fraternizar. Las puertas se dejaron forzar. El comandante, rodeado de oficiales, quería aún permitirse ciertas ínfulas. Brunel hace encerrar a toda aquella gente. De allí baja por la calle Temple, al Hôtel-de-Ville. Pindy se encaminaba hacia el mismo lugar por la calle Vieille-du-Temple, y Ravier por los muelles.

La imprenta nacional queda tomada a las cinco. A las seis, la multitud asalta las puertas del cuartel Napoléon. Del cuartel parte una descarga que derriba a tres personas. Los soldados gritan desde las ventanas: «¡Viva la República! ¡Son los gendarmes los que han disparado!» Después, abren las puertas y entregan sus fusiles.⁵

A las siete y media, la gente rodea el Hôtel-de-Ville. Los gendarmes que lo ocupan huyen por el subterráneo del cuartel Lobau. Hacia las ocho y media, Jules Ferry y Vabre, totalmente abandonados por sus hombres y por el gobierno, que les ha dejado sin órdenes, se retiran a su vez. Poco después desemboca en la plaza la columna Brunel y toma posesión del Ayuntamiento, negro y desierto. Brunel hace encender el alumbrado de gas e izar la bandera roja en la torre.

No cesan de afluir batallones. Brunel empezó a le-

4. Hoy cuartel de Château-d'Eau. (N. del E.)

5. Vinoy, embustero como la Gaceta, dice en *El Armisticio y la Comuna*: «El general agrupó a sus hombres y, espada en mano, se puso bravamente a la cabeza de sus soldados.»

vantar barricadas en la calle Rivoli, en los muelles, guarneció las cercanías, distribuyó los puestos y organizó numerosas patrullas. Una de ellas, mientras sitiaba la alcaldía del Louvre, donde deliberaban los alcaldes, estuvo a punto de prender a Jules Ferry, que saltó por la ventana.

Gestión de los alcaldes

Los alcaldes y muchos adjuntos se habían reunido ya durante toda la jornada en la alcaldía de la Bolsa. Aturdidos por lo repentino del ataque, esperaban informes e instrucciones. A eso de las cuatro nombraron una delegación que se pusiese al habla con el gobierno. Thiers había desaparecido; Picard no les hizo caso; D'Aurelles se lavó las manos en todo este asunto y dijo que los abogados eran quienes lo habían querido. Por la noche, no había más remedio que encontrar alguna solución. Los batallones federados rodeaban el Hôtel-de-Ville, ocupaban la plaza Vendôme, adonde Varlin, Arnold y Bergeret habían llevado los batallones de Bagnolles y de Montmartre. Vacherot, Vautrain y algunos reaccionarios furibundos hablaban de resistir a todo trance, como si dispusieran de un ejército. Otros, más sensatos, buscaban una salida. Creyeron que podrían arreglarlo todo haciendo nombrar prefecto de policía a Edmond Adam— que se había distinguido contra los sublevados de junio—, y general de la guardia nacional al coronel Langlois, internacionalista en otro tiempo, que había estado al lado del movimiento el 31 de octubre por la mañana y en contra de él por la tarde, diputado gracias a una contusión recibida en Buzenval, burgués empedernido con aires de exaltado. Hacia las siete, Tirard, Méline, Tolain, Hérisson, Vacherot, Peyrat y Millièrre fueron a llevar estas soluciones a Jules Favre. Éste les hizo esperar, se sobresaltó al ver a Millièrre, y les interrumpió a la primera frase: «¿Es cierto que han fusilado a los generales?» En cuanto oyó que así era, exclamó: «¡Con asesinos, no tra-

to!» Vacherot y Vautrin quedaron encantados ante esta firmeza, y así se lo dijeron. Llega una estafeta: Acaba de ser evacuado el Hôtel-de-Ville. Jules Favre despidió a los alcaldes, que se fueron a la alcaldía del Louvre, donde el secretario general de la alcaldía central les pidió que fuesen a ocupar el Hôtel-de-Ville. En esto, llegó la patrulla de federados. Los alcaldes no pudieron hacer más que replegarse hacia la alcaldía de la Bolsa, que se transformó en su cuartel general.

Lo que quedaba del gobierno, Dufaure, Jules Simon, Pothuau, Picard, Leflô, se había reunido secretamente en la calle Abbaticci, donde Jules Favre les dio cuenta de la gestión de los alcaldes. Depusieron a D'Aurailles, mandaron a llamar a Langlois, cuya gesticulación les tranquilizaba, y le nombraron general en jefe de la guardia nacional. Langlois aceptó, fue a media noche a llevar esta buena noticia a la alcaldía de la Bolsa, prometió que el gobierno elevaría a Dorian a la alcaldía central, sorprendería a la Asamblea con una ley municipal y, acompañado de los diputados Lockroy y Courmet, el nuevo Lafayette partió para el Hôtel-de-Ville, diciendo: «¡Voy al martirio!»

La plaza bullía como en pleno día. Por las ventanas del Hôtel-de-Ville se veía circular la vida, pero nada que se pareciese a los pasados tumultos. Los centinelas no dejaban pasar más que a los oficiales o a los miembros del Comité Central. Estos habían ido llegando uno a uno desde las once, y se encontraban reunidos, ansiosos y vacilantes, en número de una veintena, en el mismo salón donde había conferenciado Trochu. Ninguno de ellos había soñado con este poder que caía tan pesadamente sobre sus hombros. Muchos no querían quedarse en el Hôtel-de-Ville y repetían sin cesar: «No tenemos mandato para ser gobierno.» La discusión surgía de nuevo con cada recién llegado. Un joven, Edouard Moreau, puso orden en las ideas. Se convino en que no era posible abandonar el puesto conquistado, pero que no se quedarían allí más que para hacer las elecciones, dos o tres días a lo sumo. De momento, había que hacer frente a los posibles ataques. Allí estaba Lullier, en uno de sus momentos más graves, respon-

diendo de todo, invocando asimismo el voto del Wauxhall. Los del Comité cayeron en la imprudencia de nombrarle comandante de la guardia nacional, mientras que Brunel, que tanto había hecho, era instalado en el Hôtel-de-Ville.

Langlois en el Hôtel-de-Ville

A las dos de la mañana se hace anunciar Langlois. Había enviado su proclama a «L'Officiel». «¿Quién es usted?», preguntan los centinelas. «General de la guardia nacional», responde el bravo coronel. El Comité Central accede a recibirle. «¿Quién le ha nombrado?» «¡La Asamblea! Mi nombre es prenda de concordia.» Pero Edouard Moreau dice: «La guardia nacional quiere nombrar por sí mismo a su jefe; su investidura, recibida de una asamblea que acababa de atacar a París no es, en modo alguno, prenda de concordia.» Langlois jura que no ha aceptado más que para acabar de una vez con el equívoco. «Comprendido —dice el Comité—, pero nosotros pretendemos nombrar nuestros jefes, hacer elecciones municipales, tomar garantías contra los monárquicos. Si está usted con nosotros, sométase a la elección popular.» Langlois y Lockroy sostienen que no hay más que un solo poder legítimo, la Asamblea; que ésta no concederá nada a un Comité que ha nacido de la insurrección. Este alegato en favor de los rurales agota la paciencia de todos. «¿Reconoce usted, sí o no, al Comité Central?» «No», dijo Langlois, y huyó en pos de su proclama.

La noche fue tranquila, de una tranquilidad mortal para la libertad. Vinoy llevaba a Versalles, por las puertas del Sur, regimientos, artillería, bagajes. Los soldados se dejaban arrastrar, insultaban a los gendarmes. El Estado Mayor, fiel a sus tradiciones, había perdido la cabeza, se dejaba olvidados en París tres regimientos, seis baterías, todas las cañoneras que hubiera bastado abandonar a la corriente del río. La me-

nor demostración de los federados hubiera detenido aquel éxodo. Lejos de cerrar las puertas, el nuevo comandante de la guardia nacional, Lullier, dejó libres al ejército todas las salidas y aún se vanaglorió de ello ante el consejo de guerra.

CAPÍTULO VI

El Comité Central convoca a los electores. — Los alcaldes de París y los diputados del Sena se alzan contra aquél.

«Nuestros corazones destrozados, llaman a los vuestros.»

(Los alcaldes y adjuntos de París y los diputados del Sena a la guardia nacional y a todos los ciudadanos.)

París no se enteró de su victoria hasta el 19 por la mañana. ¡Qué cambio de decoración, incluso después de las decoraciones innumerables de estos tres meses de drama! La bandera roja en el Hôtel-de-Ville. Con las brumas de la mañana, el ejército, el gobierno y la Administración se han evaporado. Desde las profundidades de Saint-Antoine, desde la oscura calle Basfroi, el Comité Central se ha proyectado a la cabeza de París, a pleno sol del mundo. Así se desvaneció el Imperio el 4 de setiembre; así recogieron el poder abandonado los diputados de la izquierda.

El honor, la salvación del Comité estuvieron en no tener más que un pensamiento: devolver el poder a París. De haber sido sectario, incubador de secretos, el movimiento hubiera retrocedido al 31 de octubre. Afortunadamente, se componía de recién llegados, sin pasado ni pretensiones políticas, poco preocupados de sistemas, inquietos ante todo por la salvación de la República. En esta altura vertiginosa no les sostuvo más que una idea, pero la idea lógica, parisiense por excelencia: asegurar a París su municipalidad.

Este era, bajo el Imperio, el tema favorito de la izquierda, con el que Jules Ferry y Picard habían ganado a la burguesía parisiense, humillada por su minoría de ochenta años, escandalizada por los chanchullos de Haussmann. Para el pueblo, el Consejo Municipal era la Comuna, la madre de antaño, ayuda de los oprimidos, garantía contra la miseria.

El Comité Central delibera

A las ocho y media, el Comité Central está reunido en sesión. Preside Edouard Moreau, completamente desconocido, pequeño comisionista que tan a menudo fue el pensamiento y el verbo elocuente del Comité. «Yo no era de opinión —dijo— de atacar el Hôtel-de-Ville, pero puesto que nos encontramos en él, tenemos que normalizar rápidamente la situación, decir a París lo que queremos: hacer las elecciones en el más breve plazo, atender los servicios públicos, defender a la ciudad contra una sorpresa.»

Otros: «Hay que atacar Versailles, dispersar la Asamblea y llamar a Francia entera a que se pronuncie.» «No —dijo el autor de la proposición del Wauxhall—; no tenemos atribuciones más que para asegurar los derechos de París. Si las provincias piensan como nosotros, que nos imiten.»

Algunos quieren liquidar la Revolución antes de recurrir a los electores. Otros combaten esta fórmula tan vaga. El Comité decide proceder inmediatamente a las elecciones, y recomienda a Moreau la redacción de un manifiesto. Mientras se firma éste, llega Duval: «Ciudadanos, vienen a decirnos que la mayor parte de los miembros del gobierno está todavía en París; en los distritos primero y segundo se organiza la resistencia; los soldados salen camino de Versailles. Hay que adoptar medidas rápidas; es menester apoderarse de los ministros, dispersar los batallones hostiles, impedir al enemigo que salga.»

En efecto, acababan de dejar París, Jules Favre y Picard, mientras que Jules Simon, Jules Ferry, Dufaure, Lellô y Pothuau habían huido aprovechando la noche. Los ministerios emprendían la mudanza manifiestamente; interminables bandas de militares se escurrían aún por las puertas de la orilla izquierda. El Comité siguió firmando, olvidó tomar esta precaución clásica: cerrar las puertas, y se acantonó en las elecciones. No vio —la vieron muy pocos— a la muerte rondar entre París y Versailles.

El Comité, repartíendose el trabajo, envió delegados que se apoderaron de los ministerios y de los diferentes servicios. Varios de estos delegados fueron elegidos de fuera del Comité, entre los hombres de acción que conocían de los sublevados: Varlin y Jourde fueron a Hacienda; Eudes, a Guerra; Duval y Raoul Rigault a Prefectura de Policía; Bergeret, a la Plaza; a Edouard Moreau se le encomendó la vigilancia de «L'Officiel» y de la Imprenta; a Assi, el gobierno del Hôtel-de-Ville. Como alguien del Comité hablase de un suplemento de sueldo, sus colegas protestaron: «Cuando actúa uno sin freno y sin tener quien fiscalice sus actos —dijo Moreau— es inmoral concederse un sueldo cualquiera. Hasta ahora, hemos vivido con nuestros treinta *sous*, y con ellos seguiremos.» Se constituyó una comisión permanente, y se suspendió a la una el trabajo del Comité.

Fuera se oía un alegre zumbido. Un sol de primavera sonreía a los parisienses. Era, desde hacía ocho meses, el primer día de esperanza. Los curiosos hormigueaban delante de las barricadas del Hôtel-de-Ville, en el cerro de Montmartre, por todos los bulevares. ¿Quién hablaba, pues, de guerra civil? Sólo «L'Officiel», que relataba los acontecimientos a su manera: «*El gobierno había agotado todas las vías de conciliación*» y, haciendo un llamamiento desesperado a la guardia nacional, seguía: «*Un Comité que se da el nombre de Comité Central ha asesinado a sangre fría a los generales Clément Thomas y Lecomte. ¿Quiénes son los miembros de ese Comité? ¿Son comunistas, bonapartistas o prusianos? ¿Queréis asumir la responsabilidad de esos asesinatos?*»

Estas lamentaciones de desertores no impresionaron más que a algunas compañías del centro. Sin embargo, grave síntoma, los jóvenes burgueses de la Escuela Politécnica acudieron a agruparse a la alcaldía del segundo distrito, y se vio pronunciarse contra el Comité Central a los estudiantes de las Escuelas, vanguardia hasta entonces de todas las revoluciones.

Pero ésta es obra de proletarios. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? A las dos, el pueblo rodea los pasquines del

Comité, que acaban de salir de la Imprenta nacional: *«Ciudadanos, el pueblo de París, tranquilo, impasible en su fuerza, ha esperado sin temor y sin provocación a los locos desvergonzados que querían tocar a la República. Que París y Francia juntas pongan las bases para una República aclamada con todas sus consecuencias, el único gobierno que cerrará para siempre la era de las invasiones y de las guerras civiles. Queda convocado el pueblo de París en sus secciones para hacer las elecciones comunales.»* Y la guardia nacional: *«Nos habéis encargado de organizar la defensa de París y de vuestros derechos. En estos momentos ha expirado el plazo de nuestras atribuciones, y os devolvemos vuestro mandato. Preparaos, pues, y haced inmediatamente vuestras elecciones municipales. Nosotros, mientras tanto, conservamos, en nombre del pueblo, el Hôtel-de-Ville.»* Siguen a continuación veinte nombres,¹ que, salvo tres o cuatro —Assi, Varlin, Lullier—, eran conocidos únicamente por los pasquines de los últimos días. Desde la mañana del 10 de agosto de 1792, no había visto París tal advenimiento de hombres oscuros.

Y sin embargo, sus pasquines son respetados, sus batallones circulan libremente, ocupan sin resistencia todos los puestos; a la una, los ministerios de Hacienda y del Interior; a las dos, los de Marina y Guerra, Telégrafos, «L'Officiel», la Prefectura de Policía. Es que la primera nota es justa. ¿Qué decir contra este poder que apenas nacido habla de desaparecer?

En torno a él se apiñan los haces de bayonetas. Veinte mil hombres acampan en la plaza del Hôtel-de-Ville, con el pan en la punta del fusil. Cincuenta bocas de fuego, cañones y ametralladoras, alineadas a lo largo de la fachada, sirven de friso a la Casa del Pueblo. Los

1. Assi, Billioray, Babick, Ferrat, Edouard Moreau, C. Dupont, Varlin, Boursier, Mortier, Gouhier, Lavalette, F. Jourde, Rousseau, C. Lullier, Blanchet, J. Grollard, Barroud, H. Geresme, Fabre, Fougeret; los miembros presentes en la sesión de la mañana y que habían firmado. El Comité decidió más tarde que sus publicaciones llevarían el nombre de todos los miembros, presentes o no.

patios, las escaleras están llenas de guardias que consumen allí mismo su comida. La gran sala del Trono está repleta de oficiales, de guardias, de civiles. Cesa el ruido en la sala de la izquierda, donde está el Estado Mayor. La habitación que da al Sena es la antecámara del Comité. Una cincuentena de hombres escriben en una larga mesa. Aquí, disciplina, silencio. De cuando en cuando, la puerta, custodiada por dos centinelas, deja paso a un miembro del Comité que lleva una orden o hace un llamamiento.

La sesión ha vuelto a empezar. Babick pide que el Comité proteste contra las ejecuciones de Clément Thomas y de Lecomte, a las cuales es completamente ajeno. «Importa —dice— que el Comité ponga a salvo su responsabilidad.» A esto le responden: «Guárdese de desautorizar al pueblo, o tema que él, a su vez, le desautorice.» Rousseau: «El «Journal Officiel» declara que las ejecuciones se han hecho ante nuestra vista. Debemos poner dique a esas calumnias. El pueblo y la burguesía se han dado la mano en esta Revolución. Es preciso que esa unión persista. Necesitáis que todo el mundo tome parte en el escrutinio.» «Bueno, pues abandonad al pueblo por conservar la burguesía; el pueblo se retirará, y ya veréis si se hacen las revoluciones con burgueses.»²

El Comité decide que se inserte en «L'Officiel» una nota que ponga en su lugar la verdad. Moreau propone y lee un manifiesto, que es aprobado.

El Comité discute la fecha y la forma de las elecciones, cuando le anuncian una gran reunión de jefes de batallón, alcaldes y diputados del Sena en la alcaldía del

2. El Comité Central no levantó nunca acta de sus sesiones; pero uno de sus más asiduos miembros ha reconstituido las principales. De estas notas, revisadas por la mayor parte de los colegas de su autor, tomamos los presentes datos. Las informaciones del «Paris Journal» que han nutrido a los historiadores reaccionarios, son incompletas e inexactas, y han sido redactadas tomando como base torpes indiscreciones, frecuentemente fantásticas. Hacen presidir a Assi todas las sesiones y le atribuyen un papel capital, todo porque durante el Imperio dirigió la huelga de Creusot. Ahora bien, el presidente cambiaba en cada sesión, y Assi jamás tuvo influencia en el Comité, como tampoco sobre la Comuna, que lo mandó detener.

tercer distrito. Asegúrase al Comité que los que celebran esa reunión están dispuestos a convocar a los electores.

«Si es así —dice Moreau— hay que entenderse con ellos para normalizar la situación.» Otros, acordándose del sitio, quieren, sencillamente, que un batallón rodee la alcaldía y detenga a los reunidos en ella. Grêlier busca modo de llegar a un acuerdo. Babick: «Si queremos arrastrar con nosotros a Francia, no hay que asustarla. Pensemos qué efecto produciría la detención de los diputados y de los alcaldes, y cuál su adhesión.» Arnold: «Es necesario reunir un número imponente de sufragios. Todo París acudirá a las urnas si los representantes y los alcaldes se unen a nosotros.» «Decid más bien —exclama un exaltado— que no estáis cortados a la medida de vuestro papel; que vuestra única preocupación es la de volveros atrás.» En resumen, se delega en Arnold para que vaya a la alcaldía. Por la mañana, Thiers había encomendado a los alcaldes la administración provisional de París, y varios diputados de la ciudad se habían unido a ellos. Langlois, furioso por su perdido generalato, aullaba contra los «asesinos»; Schoelcher excomulgaba al Hôtel-de-Ville; Henri Brisson declaraba que la Asamblea sabría mantener el orden. El cincelador Tolain se encogía de hombros cuando le hablaban de este Comité de obreros. Algunos, menos amargados, temían la intervención de los prusianos y, tras ella, el Imperio; varios socialistas abnegados, Millièrre, Malon y otros que luego formaron parte de la Comuna, temían que los proletarios fuesen aplastados.

Los diputados y los alcaldes contra el Comité

En la alcaldía del tercer distrito, adonde se habían dirigido muchos jefes de batallones abandonados por sus hombres —hostiles, por tanto, al Comité Central—, fue muy mal recibido Arnold. Los más estrepitosos no querían ni oír hablar siquiera del Comité. Por fin se decidieron a enviar delegados al Hôtel-de-Ville, ya que, quisieranlo o no, allí estaba la fuerza.

El Comité Central, mientras tanto, había convocado elecciones para el miércoles 23 de marzo, decretando la suspensión del estado de sitio, la abolición de los consejos de guerra, la amnistía para todos los crímenes y delitos políticos. A las ocho de la noche celebró una tercera sesión para recibir a los delegados del tercer distrito. Eran éstos los diputados Millièrre, Clemenceau, Tolain, Cournet, Lockroy; los alcaldes Bonvalet y Motu; los adjuntos Malon, Murat, Jaclard y Léo Meillet.

Habló primeramente Clemenceau. El joven alcalde de Montmartre comprendía los complejos sentimientos de sus colegas y los resumió vigorosamente. El Comité Central está en una posición muy falsa, la insurrección se ha producido por un motivo ilegítimo; los cañones pertenecían al Estado. Recuerda sus numerosas gestiones cerca del Comité de la calle Rosiers, deplora que no se hayan seguido sus consejos, y habla de la opinión sublevada por el fusilamiento de los generales. Tirándose a fondo, afirma que el Comité Central no tiene de ningún modo a París en sus manos, que en torno a los alcaldes y diputados se agrupan numerosos batallones. El Comité, sigue diciendo, se pondrá muy pronto en ridículo, y sus decretos serán despreciados. Admite la legitimidad de las reivindicaciones de la capital, lamenta que el gobierno haya desencadenado la cólera popular, pero niega a París el derecho a alzarse en rebeldía contra Francia; París está obligado a reconocer los derechos de la Asamblea. Al Comité no le queda más que un medio de salir del atolladero: ceder el sitio a la reunión de los diputados y de los alcaldes que están decididos a obtener de la Asamblea las satisfacciones reclamadas por París.

Algunas voces del Comité le interrumpieron de vez en cuando. ¿Cómo? ¿Se atreven a hablar de insurrección? ¿Quién desencadenó la guerra civil, quién atacó? ¿Qué hizo la guardia nacional más que responder a una agresión nocturna y recuperar los cañones pagados por ella? ¿Qué hizo el Comité Central más que seguir al pueblo, ocupar un Hôtel-de-Ville abandonado?

Un miembro del Comité: «El Comité Central ha recibido un mandato regular, imperativo. Este mandato

le prohíbe dejar que el Gobierno o la Asamblea toquen a las libertades, a la República. Ahora bien, la Asamblea no ha dejado ni un solo día de poner en tela de juicio a la República. Ha puesto a nuestro frente a un general deshonrado, ha descapitalizado París, ha tratado de arruinar su comercio. Se ha burlado de nuestros dolores; ha negado la abnegación, el valor que París demostró durante el sitio, ha atropellado a nuestros delegados más queridos: Garibaldi, Hugo. La conjura contra la República es evidente. El atentado empezó con la mordaza de la prensa; esperaban rematarlo con el desarme de nuestros batallones. Nos hallábamos ante un caso de legítima defensa. Si hubiéramos bajado la cabeza ante esta nueva afrenta, la República se habría terminado. Venís a hablarnos de la Asamblea, de Francia. El mandato de la Asamblea ha expirado. En cuanto a Francia, no pretendemos dictarle leyes —demasiado hemos gemido bajo las suyas—, pero no queremos tampoco sufrir sus plebiscitos rurales. Ya lo ven ustedes, no se trata de ver cuál de nuestros mandatos es el más regular. Nosotros decimos: la Revolución está hecha, pero no somos usurpadores. Queremos llamar a París para que nombre su representación. ¿Quieren ustedes ayudarnos, hacer que se proceda a las elecciones? Nosotros aceptamos de buena voluntad su concurso.»

Como hablase de Comuna autónoma, de federación de las comunas, Milliére interviene. Éste, perseguido por el Imperio y por la Defensa, frío, mesurado, exclusivo, un hombre de semblante triste, en el que se enciende a veces un resplandor de entusiasmo, tiene en su haber campañas socialistas. «Tened cuidado —dice—; si despleáis esa bandera, el gobierno lanzará a toda Francia contra París, y preveo para el porvenir otras fatales jornadas de junio. La hora de la revolución social aún no ha sonado. Tenéis que renunciar a ella o perecer, arrastrando en vuestra caída a todos los proletarios. El progreso se obtiene con una marcha más lenta. Descended de las alturas en que os colocáis. Victoriosa hoy, vuestra insurrección puede ser vencida mañana. Sacad de ella el mejor partido posible y no vaciléis en

conformaros con poco. Una concesión es un arma que abre camino a otra. Yo os conjuro a que dejéis libre el campo a la reunión de diputados y alcaldes: vuestra confianza no será defraudada.»

Boursier: «Puesto que por primera vez se acaba de hablar de revolución social, declaro que nuestro mandato no llega hasta ahí. (Voces del Comité: ¡Sí! ¡Sí! ¡No! ¡No!) Se ha hablado de federación, de París convertido en ciudad libre. Nuestra misión es más sencilla; se limita a convocar las elecciones. El pueblo decidirá el camino que ha de seguir. En cuanto a ceder el puesto a los alcaldes y diputados, es imposible. Son impopulares y no tienen ninguna autoridad en la Asamblea. Las elecciones se celebrarán con su concurso o sin él. ¿Que quieren ayudarnos? Nosotros les tendemos los brazos. Si no, prescindiremos de ellos, y, si intentan estorbarnos, sabremos reducirlos a la impotencia.»

Los delegados sienten escalofríos. La discusión se torna encrespada. «Pero, en fin —dice Clemenceau—, ¿cuáles son concretamente vuestras pretensiones? ¿Limitáis vuestro mandato a pedir a la Asamblea un Consejo Municipal?»

Muchos del Comité: «¡No! ¡No!» «Queremos —dice Varlin— no sólo que se elija el Consejo Municipal, sino que se implanten libertades municipales serias, la supresión de la prefectura de policía, que se reconozca a la guardia nacional el derecho a nombrar sus jefes y a reorganizarse, la proclamación de la República como gobierno legal, la rebaja pura y simple de los alquileres en suspenso, una ley equitativa sobre los vencimientos, que se prohíba al ejército la estancia en territorio parisiense.»

Malon intenta un último esfuerzo: «Yo comparto, no lo dudéis, todas vuestras aspiraciones, pero la situación es peligrosísima. Es evidente que la Asamblea no querrá oír nada mientras el Comité Central sea dueño de París. En cambio, si París se entrega a sus representantes legales, éstos podrán conseguir el Consejo Municipal por elección, el mismo régimen para la guardia nacional, e incluso que se retire la ley so-

bre vencimientos. En lo que se refiere al ejército, por ejemplo, no hay ninguna esperanza de que obtengamos satisfacción a nuestras demandas.»

«¡Eso es, para llevarnos a un 31 de octubre!» La discusión se prolongó hasta las diez y media, defendiendo el Comité su derecho a hacer las elecciones, y los delegados su pretensión de sustituirla. Por fin, el Comité se avino a enviar a cuatro de sus miembros: Varlin, Moreau, Jourde y Arnold, a la alcaldía del segundo distrito.

Allí encontraron reunido a todo el estado mayor del liberalismo y del radicalismo: diputados, alcaldes y adjuntos, Louis Blanc, Schoelcher, Carnot, Floquet, Tirard, Desmarest, Vautrain, Dubail —unos sesenta, aproximadamente—. La causa del pueblo tenía allí algunos partidarios sinceros, pero profundamente asustados ante lo desconocido. Presidía el alcalde del segundo distrito, Tirard, altivo liberal, uno de los que habían inmovilizado París, poniéndolo en manos de Trochu. Ante la comisión rural, trunció luego, disfrazó esta sesión en la que la burguesía puso al descubierto sus vergonzosas entrañas. He aquí la verdad escueta.

Los delegados: «El Comité Central no pide otra cosa que entenderse con las municipalidades, si éstas quieren hacer las elecciones.»

Schoelcher, Tirard, Peyrat, Louis Blanc, todos los radicales y liberales, a coro: «Las municipalidades no tratarán con el Comité Central. No hay más que un poder regular: la reunión de los alcaldes investidos con la delegación del gobierno.»

Los delegados: «No discutamos eso. El Comité Central existe. Hemos sido nombrados por la guardia nacional. Tenemos en nuestro poder el Hôtel-de-Ville. ¿Queréis hacer las elecciones?»

«Pero ¿cuál es vuestro programa?»

Varlin lo expone. Le atacan por todas partes. Los cuatro tienen que hacer frente a veinte asaltantes. El supremo argumento de los antiguos rebeldes de 1830, del 48 y del 70, es que París no puede convocarse a sí mismo, que debe esperar a que la Asamblea tenga a bien hacerlo.

Los delegados: «El pueblo tiene derecho a convocarse a sí mismo. Es un derecho innegable, del que ha hecho uso varias veces en nuestra historia, en los días de gran peligro. Estamos en uno de esos movimientos, ya que la Asamblea de Versalles corre hacia la monarquía.»

Llueven las recriminaciones: «Estáis frente a una fuerza —dicen los delegados—. Guardaos de desencadenar con vuestra resistencia la guerra civil.» «Vosotros sois quienes queréis la guerra civil», responden los liberales. A media noche, Moreau y Arnold, descorazonados, se retiran. Sus colegas van a seguirles, cuando los adjuntos les suplican que se queden, que agoten todos los medios de conciliación.

«Prometemos —dicen algunos alcaldes y diputados— hacer todos los esfuerzos posibles para conseguir del gobierno las elecciones municipales en breve plazo.» «Muy bien —responden los delegados—; pero nosotros conservamos nuestras posiciones, necesitamos garantías.» Diputados y alcaldes se encarnizan, pretenden que París se entregue en sus manos a discreción. Jourde va a retirarse, algunos adjuntos le retienen. Por un instante, pareció que se entendían; el Comité entregará los servicios administrativos a los alcaldes, que ocuparán una parte del Hôtel-de-Ville; mientras él seguirá residiendo en el mismo Hôtel-de-Ville, conservará la dirección exclusiva de la guardia nacional y velará por la seguridad de la ciudad. No queda ya más que afirmar el acuerdo por medio de un pasquín común, cuando la discusión vuelve a encenderse más violenta, al tratar de la fórmula de acuerdo. Los delegados quieren que se haga constar: «los diputados, alcaldes y adjuntos, de acuerdo con el Comité Central». Estos caballeros, por el contrario, pretenden seguir enmascarados. Tirard, Schoelcher declaman contra los delegados. Hubo un intermedio cómico. Súbitamente, como un cuco que sale de un reloj, Louis Blanc, que hasta entonces había estado metido en sí, se empinó sobre sus pequeños tacones, agitó los brazos, volvió a encontrar sus ínfulas del 16 de marzo del 48 y empezó a vociferar maldiciones: «¡Son ustedes unos insubordinados contra la

Asamblea más libremente elegida! —la frase era de Thiers—. ¡Nosotros, mandatarios regulares, no podemos confesar una transacción con gentes facciosas! Quere-mos evitar la guerra civil, pero no aparecer a los ojos de Francia como cómplices vuestros.» Jourde respon-dió al homúnculo que para que el pueblo de París aceptase la transacción, ellos tenían que dar francamen-te su consentimiento, y, desesperando de conseguir se-mejante cosa, se retiró de la reunión.

De aquella espuma de la burguesía liberal, de an-tiguos proscritos, abogados, escritores revolucionarios, no se alzó ni una voz indignada para exclamar: «Pon-gamos fin a estas crueles disputas. Vosotros, los del Comité Central, que habláis a París, nosotros, a quie-nes escucha la Francia republicana, vamos a señalar, a deslindar el campo preciso de nuestras reivindicacio-nes. Vosotros traéis la fuerza, la materia; nosotros os daremos la experiencia de las realidades inexorables. Presentaremos a la Asamblea una carta práctica, tan respetuosa para con los derechos de la nación como para con los de la ciudad. Y cuando Francia vea a Pa-rís en pie, bien equilibrado de pensamiento y de fuer-za, uniendo a los nombres viejos que Francia busca, los nuevos, vigorosos, seguro escudo contra los monár-quicos y los clericales, su voz sabrá hablar a Versalles, y su aliento sabrá hacer que Versalles se doblegue.»

Pero ¿qué se podía esperar de aquellos castrados que no habían podido reunir el valor suficiente para disputarle París a Trochu? Varlin, que se quedó solo, aguardó el ataque de toda la tropa. Agotado, extenuado —la lucha duró cinco horas— acabó por ceder, con todo género de reservas. Una vez al aire libre, recobró su inteligente serenidad, y, de vuelta en el Hôtel-de-Ville, dijo a sus colegas que ahora veía la trampa, y les aconsejaba que rechazasen la pretensión de los alcaldes y los diputados.

CAPÍTULO VII

El Comité Central se proclama, reorganiza los servi-cios y se adueña de París.

«Yo creía que los insurrectos de París no podrían filmonear su barca.»

(Jules Favre: Encuesta sobre el 18 de marzo.)

No hubo, pues, convenio. De los cuatro delegados, sólo uno había flaqueado un instante, con la fatiga. Por eso, el 20 por la mañana, cuando el alcalde Bon-valet y los dos adjuntos fueron a tomar posesión del Hôtel-de-Ville, los miembros del Comité exclamaron unánimemente: «No hemos llegado a ningún acuer-do.» Bonvalet: «Los diputados van a pedir hoy las franquicias municipales; los alcaldes les apoyan. Sus negociaciones no pueden llegar a buen término como la administración de París no se encomiende a los al-caldes. So pena de matar unos esfuerzos que van a salvaros, debéis hacer honor al compromiso de vues-tros delegados.»

El Comité: «Nuestros delegados no han recibido atribuciones para comprometerlos. No pedimos que se nos salve.»

Uno que entra: «Vengo de la Corderie. El Comité de los veinte distritos y la Internacional conjuran al Comité Central a que permanezca en su puesto has-ta las elecciones.»

Otro: «Si el Comité abandona su puesto, la Revo-lución será desarmada. Seguiremos donde estamos, pero yo protesto contra la intervención de la Corde-rie. Nosotros sólo recibimos órdenes de la guardia nacional. Si la Internacional está hoy a nuestro lado no siempre ha sido así.»

Van a empezar de nuevo los discursos. Bonvalet declara que él a lo que ha venido es a tomar pose-sión del Hôtel-de-Ville, no a discutir, y se retira. Esta rigidez confirma los recelos. El Comité ve acechar de-trás de los alcaldes a la implacable reacción. Esta gente

quieren entregarnos, pensaron los mismos que habían transigido la víspera. De cualquier modo, pedir al comité que devolviese el Hôtel-de-Ville, era pedirle la vida. Para remate, toda salida se había cerrado.

Proclama a la población

Al venir a manos del pueblo por vez primera «L'Officiel», los pasquines habían hablado: «*Las elecciones del Consejo Municipal se celebrarán el miércoles próximo 22 de marzo*», anunciaba el Comité Central. Y en el manifiesto: «*Hijo de la República que escribe en su divisa la magna palabra "Fraternidad" [el Comité Central] perdona a sus detractores, pero quiere persuadir a las gentes honradas que han aceptado la calumnia por ignorancia... El Comité no ha estado oculto, sus miembros han estampado sus nombres en todas las proclamas. No ha sido desconocido, ya que era la libre expresión de los sufragios de doscientos quince batallones. No ha sido provocador de desórdenes, ya que la guardia nacional no ha cometido ningún exceso... Y sin embargo, no le han faltado provocaciones. El gobierno ha calumniado a París y ha amotinado contra él a las provincias, ha querido imponernos un general, ha intentado desarmarnos, ha dicho a París: "Acabas de mostrarte heroico, te tenemos miedo, y, por consiguiente, te arrancamos la corona de capital." ¿Qué ha hecho el Comité Central para responder a estos ataques? Fundar la Federación, predicar la moderación, la generosidad. Uno de los más grandes motivos de cólera que abrigan contra nosotros es la oscuridad de nuestros nombres. Hartos nombres conocidos, demasiado conocidos, ha habido ya, cuya notoriedad nos ha sido fatal. La fama se obtiene a poca costa: bastan para ello algunas frases huera y un poco de corbardía; un reciente pasado lo demuestra. Desde el momento en que, por nuestra parte, vemos que hemos llegado al fin, decimos al pueblo que nos ha estimado lo bastante para escuchar nuestras opiniones, aun cuando a menudo hayan contrariado su impaciencia: "Aquí tienes los poderes que nos has confiado; donde empezaría nuestro in-*

terés personal acaba nuestro deber; haz tu voluntad. Señor nuestro, te has hecho libre. Oscuros hace algunos días, nos volveremos oscuramente a tus filas, demostrando a los gobernantes que es posible bajar con la frente muy alta las escaleras de tu Hôtel-de-Ville, con la seguridad de encontrar al pie de ellas el apretón de tu leal y robusta mano."»

Junto a esta proclama, de una vibración tan nueva, los representantes y los alcaldes fijaron algunas líneas secas y pálidas, en que se comprometían a pedir a la Asamblea que todos los mandos de la guardia nacional fuesen electivos y que se crease un consejo municipal.

En Versalles

En Versalles se encontraron con una ciudad de locos. Los funcionarios llegados de París, aterrorizados, propagaban el terror. Se anunciaban cinco o seis insurrecciones en provincias. La coalición estaba consternada. París, vencedor, el gobierno en fuga; no era esto, ni mucho menos, lo que se había prometido. Y estos conspiradores, lanzados por la mina que ellos mismos habían preparado y encendido, gritaban: «¡Conspiración!», y hablaban de refugiarse en Bourges. Picard había teleografiado a provincias: «El ejército, en número de cuarenta mil hombrse, se ha refugiado en Versalles.» En lugar de tal ejército, no se veían más que hordas —palabras de Jules Simon— que no saludaban a los oficiales y los miraban con expresión amenazadora; los soldados declaraban en plena calle que no se batirían contra sus hermanos de París.¹ Vinoy consiguió a duras penas instalar algunos puestos en las rutas de Chatillon y de Sèvres.

La sesión se abrió en la sala del Teatro, porque esta Asamblea, hecha a base de trucos de ópera, se movía siempre en las tablas. El presidente, Grévy, muy estimado de los reaccionarios —el 4 de septiembre por la noche había intentado reconstituir el Cuerpo Legis-

1. Jules Favre: *Encuesta parlamentaria*.

lativo contra el Hôtel-de-Ville y combatió a la delegación durante toda la guerra civil—, comenzó por fustigar aquella insurrección «que ningún pretexto podría atenuar». Los diputados de París, en lugar de un manifiesto colectivo, presentaron una serie de proposiciones fragmentarias, sin ilación, sin visión de conjunto, sin preámbulo que las explicase, un proyecto de ley convocando en breve plazo a los electores de París, otro que concedía a la guardia nacional la elección de sus jefes. Sólo Milliére se preocupó de los vencimientos, y propuso que se aplazasen por seis meses.

Salvo las exclamaciones, las injurias medio masticadas, no hubo una requisitoria formal contra París. En la sesión de la tarde surgió Trochu. ¡Oh, escena de Shakespeare! Se oyó al hombre negro que había ido empujando lentamente a la gran ciudad hacia las manos de Guillermo, hacer recaer su traición sobre los revolucionarios, acusarles de haber estado diez veces a punto de llevar a los prusianos a París. La asamblea, reconocida, le cubrió de bravos. Un ex procurador imperial, Turquet, detenido una hora la víspera, contó la detención de los generales Chanzy y Langourian. «Espero, dijo el hipócrita, que no serán asesinados.»²

En aquella hora crítica, los conservadores, abandonando por un momento su sueño, compitieron en celebridad para ver de salvarse de la Revolución. Rodeando a Thiers, rehicieron la coalición de 1848-49, tan bien definida por Berryer: «Somos hombres monárquicos que esperamos nuestra hora, pero lo que importa es que nos unamos primero para constituir un vigoroso ejército que resista al socialismo.» Así, apenas habían salido de la escaldadura, Thiers y sus ministros cayeron en la jactancia. ¿Es que, además, no iban a levantarse las provincias como en junio del 49? ¿Es que aquellos proletarios sin educación política, sin administración, sin dinero, sabrían «timonear su barca»?

2. Los dos generales depusieron en la encuesta parlamentaria, haciendo constar la extrema consideración que con ellos se había tenido. Ante la promesa escrita que hizo Chanzy de no servir contra París, el Comité Central les devolvió la libertad.

En 1831, los proletarios, dueños de Lyon durante diez días, no habían sabido administrar la ciudad. ¡Cuánto mayores eran las dificultades, tratándose de París! Todos los poderes nuevos habían recibido la máquina administrativa intacta, dispuesta a funcionar en provecho del vencedor. El Comité Central no encontraba más que engranajes dislocados. A una seña de Versalles, la mayor parte de los funcionarios habían desertado de sus puestos. Arbitrios, inspección de calles, alumbrado, mercados, asistencia pública, telégrafos, todos los aparatos digestivos y respiratorios de esta ciudad de un millón seiscientos mil habitantes tenían que ser reorganizados. Algunos alcaldes se llevaron los sellos, los registros y las cajas de sus alcaldías. La Intendencia militar abandonaba, sin dejar un céntimo, a seis mil enfermos en los hospitales y ambulancias. ¡Ni el servicio de los cementerios respetó el señor Thiers!

¡Pobre hombre, que no supo jamás una palabra de París, de su inagotable corazón, de su maravilloso empuje! De todas partes acudían al Comité Central. Los comités de distrito proporcionaron personal a las alcaldías; la pequeña burguesía prestó el concurso de su experiencia. En un abrir y cerrar de ojos, los principales servicios fueron puestos de nuevo en marcha por hombres dotados de buen sentido y de aplicación. Se demostró que esto valía más que la rutina. Los empleados que se quedaron en sus puestos para desviar los fondos a Versalles no tardaron en ser descubiertos.

París se organiza

El Comité Central venció una dificultad mucho más temible. Trescientas mil personas sin trabajo, sin recursos de ninguna clase, esperaban los treinta sueldos diarios de que se vivía desde hacía siete meses. El 19, los delegados Varlin y Jourde se dirigieron al Ministerio de Hacienda. Las arcas contenían, según el estado de cuentas que se entregó a los delegados, cuatro millones seiscientos mil francos; pero las llaves estaban en Versalles. En vista de las negociaciones entabladas con los

alcaldes, los delegados no quisieron forzar las cerraduras, y pidieron a Rothschild la apertura de un crédito en el Banco; éste les anunció que les adelantaría quinientos mil francos. El Comité Central, abordando la cuestión más francamente, envió al Banco tres delegados. Les respondieron que tenían un millón a disposición de Varlin y Jourde. Los dos delegados fueron recibidos por el gobernador y a las seis de la tarde. «Esperaba su visita —dijo el señor Rouland—. El Banco, al día siguiente de cualquier cambio de régimen, debe acudir en ayuda del poder nuevo. Yo no tengo por qué enjuiciar los acontecimientos. El Banco de Francia no hace política. Ustedes son un gobierno de hecho. El Banco les da, por hoy, un millón. Tengan la bondad, únicamente, de mencionar en su recibo que esta suma ha sido requisada por cuenta de la ciudad.» Los delegados se llevaron un millón en billetes de banco. Falta distribuirlos, pero los empleados del Ministerio de Hacienda habían desaparecido; gracias a algunos abnegados se consiguió repartir bastante rápidamente la suma entre los oficiales-pagadores. A las diez, Varlin y Jourde anunciaban al Comité Central que estaba distribuyéndose el sueldo en todos los distritos.³

El Banco procedió hábilmente; el Comité Central tenía plenamente en sus manos, bien agarrado, a París. Los alcaldes y los diputados no habían conseguido reunir más que trescientos o cuatrocientos hombres. El Comité estaba lo bastante seguro de su fuerza para hacer demoler las barricadas. Todo el mundo se ponía de su lado; la guarnición de Vincennes se ofrecía espontáneamente, con la plaza. Todos estos triunfos llegaban incluso a ser peligrosos, ya que obligaban al Comité a desperdigar sus tropas, para tomar posesión de los fuertes del Sur, que habían sido abandonados. Lullier, encargado de esta misión, mandó ocupar, entre el

3. La izquierda vio en esto una maniobra bonapartista, escribió, dijo en la tribuna: «El director bonapartista del Banco de Francia ha salvado al Comité Central; sin el millón del lunes, el Comité hubiera capitulado.» Dos hechos responden: El 19, el Comité podía tomar de Hacienda 4.600.000 francos, y la Caja municipal contenía 1.200.000; el 21 los arbitrios proporcionaban 500.000.

19 y el 20, los fuertes de Ivry, Bicêtre, Montrouge, Vanves, Issy. El último al que envió la guardia nacional fue la llave de París, y, entonces, de Versailles: el monte Valérien.

Por espacio de treinta y seis horas quedó vacía la inexpugnable fortaleza. El 18 por la noche, después de la orden de evacuación enviada por Thiers, no contaba más que con veinte fusiles y los cazadores de Vincennes internados en la fortaleza por haber tomado parte en la manifestación de la Bastilla. Aquella misma noche, rompieron las cerraduras de las poternas y entraron en París.

Diputados y generales suplicaban a Thiers que volviese a ocupar el monte Valérien. Él se negaba obstinadamente, sosteniendo que el fuerte no tenía ningún valor estratégico. Toda la jornada del 19 fracasaron en este punto. Por fin, Vinoy, hostigado por los diputados, consiguió arrancar a Thiers una orden, el día 20 a la una de la mañana. Envióse una columna, y el 21, a mediodía, un millar de soldados ocupaban la fortaleza mandada por el general Noël, que sin duda había prometido cambiar su método de tiro.⁴ Hasta las ocho de la noche no se presentaron unos batallones de Termes. El gobernador parlamentó, dijo que él no tenía orden alguna de atacar, y despidió a los oficiales. Lullier, al dar al Comité Central cuenta de su misión, indicó los batallones que, a juicio suyo, debían ocupar el monte Valérien.

4. Alude a que el Comité Central encontró en las oficinas de Guerra documentos que probaban que el general Noël hacía disparar los cañones al aire. (N. del T.)

CAPÍTULO VIII

Los alcaldes, los diputados, los periodistas y la Asamblea se lanzan contra París. — La reacción se enfrenta a los federados.

«La idea de presenciar una matanza me llenaba de dolor.»

Jules Favre («Encuesta sobre el 4 de septiembre».)

El 21, la situación se dibujó con toda claridad.

En París, el Comité Central. Con él todos los obreros, todos los hombres generosos y perspicaces de la pequeña burguesía. El Comité había dicho: «No tengo más que un objetivo: las elecciones. Acepto todos los apoyos, pero no abandonaré el Hôtel-de-Ville antes de que esas elecciones se hayan celebrado.»

En Versalles, la Asamblea. Todos los monárquicos, toda la gran burguesía, todos los esclavistas. Todos gritan: «París no es más que un rebelde, el Comité Central un hatajo de bandidos.»

Entre París y Versalles, algunos diputados, alcaldes, adjuntos. Agrupan a los burgueses, a los liberales a la banda de asustados que hace todas las Revoluciones y deja hacer todos los Imperios. Desdeñados por la Asamblea, sospechosos para el pueblo, gritan al Comité Central: «¡Usurpadores!», a la Asamblea: «¡Vais a destruirlo todo!»

La jornada del 21 es memorable. En ella se oyeron todas estas voces.

El Comité Central: *«París no abriga ni la más remota intención de separarse de Francia; lejos de eso, ha padecido por ella al Imperio, al Gobierno de la Defensa Nacional, ha pasado por todas sus traiciones y cobardías. Todo esto no es, evidentemente, como para que la abandone hoy, sino solamente para que le diga en calidad de hermano mayor: sostente tú misma, como yo me he sostenido, oponte a la opresión como yo me he opuesto.»*

Y en «L'Officiel», en el primero de los hermosos artículos en que Moreau, Rogeard y Longuet comentaban la nueva Revolución: «Los proletarios de la capital, en medio de los desfallecimientos y de las traiciones de las clases gobernantes, han comprendido que había llegado para ellos la hora de salvar la situación, tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos. Apenas llegados al poder se han apresurado a convocar los comicios del pueblo de París. No hay en la historia ejemplo de un gobierno provisional que se haya dado más prisa a deponer su mandato. Frente a esta conducta tan desinteresada, se pregunta uno cómo puede encontrarse una prensa bastante injusta para lanzar la calumnia, la injuria y el ultraje sobre estos ciudadanos. Los trabajadores, los que lo producen todo y no disfrutan de nada, ¿habrán de ser eternamente víctimas del ultraje? ¿No les será permitido jamás trabajar por su emancipación sin levantar en contra suya un concierto de maldiciones? La burguesía, su hermana mayor, que realizó su emancipación hace más de tres cuartos de siglo, ¿no comprende que hoy le ha llegado la hora de la emancipación al proletariado? ¿Por qué persiste, pues, en negar al proletariado su parte legítima?»

Era la primera nota socialista de esta revolución, profundamente justa, conmovedora y política. El movimiento, al principio de defensa republicana puramente, cobró después color social puro y simplemente porque los trabajadores lo dirigían.

El mismo día, el Comité suspendía la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad, prorrogaba por un mes los vencimientos, prohibía a los propietarios despedir a sus inquilinos hasta nueva orden. En tres líneas hacía justicia, vencía a Versalles, ganaba a París.

Se hace el cuadro contra París

Frente a este pueblo que se pone en marcha y se define, los representantes y los alcaldes dicen: nada de elecciones, todo va perfectamente. «Nosotros queríamos —dicen en un pasquín— el mantenimiento de la

guardia nacional, y lo tendremos; queríamos que París conquistase su libertad municipal, y la tendremos. Vuestros deseos han sido llevados a la Asamblea, y ella garantiza las elecciones municipales. En espera de estas elecciones, las únicas legales, nosotros declaramos que permaneceremos ajenos a las elecciones anunciadas para mañana, y protestamos contra su ilegalidad.»

Proclama tres veces mentirosa. La Asamblea no había dicho una palabra de la guardia nacional. No había prometido ninguna libertad municipal. Muchas de sus firmas eran supuestas.

Siguió la prensa burguesa. Desde el 19, en las hojas figaristas, en las gacetas liberales, por medio de las cuales Trochu había empujado a París a la capitulación, los plumíferos de todos los regímenes, coaligados, como en junio del 48, contra los trabajadores, no dejaban de despotricar contra la guardia nacional. Fueron ellos quienes propalaron la bárbara leyenda de la ejecución de los liberales, de una multitud despojando los cadáveres y pisoteándolos. Hablaban de las cajas públicas y de las propiedades saqueadas; del oro prusiano que corría a raudales por los suburbios; de los miembros del Comité Central que aniquilaban a sus carceros judiciales. Algunos periódicos republicanos se indignaban asimismo ante la muerte de los generales, olvidando que el 14 de julio el gobernador de la Bastilla y el preboste de los comerciantes fueron muertos por los burgueses en idénticas condiciones. También ellos descubrían el oro que andaba en el movimiento, pero oro bonapartista, y los mejores, convencidos de que la República pertenecía a sus patronos, decían: «¡Esta gentuza nos deshonra!» El Comité Central dejaba decir, y protegía inclusive a los que le insultaban. Habiendo invadido una multitud indignada el día 19 las redacciones de «Le Gaulois» y de «Le Figaro», el Comité Central declaró en «L'Officiel» que haría respetar la libertad de prensa, «esperando que los periódicos tomarían como un deber el respeto a la República, a la verdad y a la justicia». Creciéndose con esta tolerancia, exaltados por la resistencia de los alcaldes y de los diputados, los reaccionarios se conjuraron para la revuelta, y el 21,

mediante una declaración colectiva redactada en casa de un amigo del príncipe Napoleón, invitaron a los electores a considerar como no decretada la convocatoria ilegal del Hôtel-de-Ville.

¡La ilegalidad! Así era como planteaban la cuestión los legitimistas dos veces exaltados al poder sobre las bayonetas, los orleanistas surgidos de las barricadas, los bandidos de diciembre, los proscritos libertados por la insurrección. ¿Cómo? Cuando los grandes que hacen todas las leyes proceden siempre fuera de ellas, ¿cómo ha de proceder el trabajador, contra el cual todas las leyes se hacen?

Estos dos ataques, el de los alcaldes y los diputados y el de los periódicos, dieron nuevos bríos a los fierabrás de la reacción. Desde hacía dos días, la turba de estos franco-fugitivos¹ que durante el sitio infestaron los cafés de Bruselas y las aceras de Hay-market, gesticulaban en los bulevares elegantes pidiendo «orden y trabajo». El 21, hacia la una, en la plaza de la Bolsa, como un centenar de *trabajadores* de estos, con banderas a la cabeza, formaron la procesión del arca santa, desembocaron en el bulevar a los gritos de «¡Viva la Asamblea!», y llegaron a la plaza Vendôme, gritando ante el Estado Mayor: «¡Abajo el Comité!» El comandante de la plaza, Bergeret, trató de convencerles: «¡Enviadnos delegados!» «¡No, no! ¡Nada de delegados! ¡Los asesinaríais!» Los federados, perdiendo la paciencia, hicieron evacuar la plaza. Los bolsistas se dieron cita para el día siguiente ante la nueva Ópera.

La Asamblea versallesa, a la misma hora, hacía su manifestación. Su «Oficial» afirmaba que «se había encontrado la prueba indudable de las estrechas relaciones de los facciosos con los más detestables agentes del Imperio, así como de las intrigas enemigas». Picard leyó una proclama dirigida al pueblo y al ejército, llena

1. *Francs-fileurs*, en el original. Juego de palabras basado en el parangón irónico que sugiere el autor entre los *francs-tireurs*, o francotiradores —tropas que, sin pertenecer al ejército regular, defendieron enérgicamente en Francia, en aquella época, la causa de la libertad—, y los cobardes reaccionarios, que huían. (N. del T.)

de falsedades y de injurias contra París. Millière se permite decir que la proclama contiene frases desacertadas. Le abuchean. Langlois y sus amigos aceptarían la proclama si los demás asambleístas se aviniesen a suscribir el ¡Viva la República! La inmensa mayoría se niega. Clemenceau, Brisson y el propio Louis Blanc conjuran a la Asamblea a que delibere inmediatamente sobre el proyecto de la ley municipal, que ponga el veto a las elecciones que se anuncian para mañana. «Dejadnos tiempo para estudiar la cuestión —responde agriamente Thiers—. París no puede ser gobernado como una ciudad de tres mil almas.» «¡Tiempo! —exclama Clemenceau—; ¡eso es lo que nos falta a todos!» «Entonces —continúa Thiers—, ¿de qué servirían las concesiones? ¿Qué autoridad tenían en París? ¿Quién les escuchaba en el Hôtel-de-Ville? ¿Es que se figuraban que la adopción de un proyecto de ley desarmaría al partido del bandidaje, al partido de los asesinos?» Después, muy hábilmente, en lo que se refería a las provincias, encargó a Jules Favre la solemne orquestación. Durante hora y media, el amargo discípulo de Guadet, retorciendo alrededor de París sus sabios períodos, lo inundó con su baba. Creíase vuelto, sin duda, al 31 de octubre, torturador recuerdo para aquel alma orgullosa, de rencores inextinguibles. Empezó por leer la declaración de la prensa, «valerosamente trazada bajo el cuchillo de los asesinos». Mostró a París «en manos de un puñado de malvados que ponían por encima de los derechos de la Asamblea no se sabe qué ideal sangriento y rapaz». Y halagando a la vez a monárquicos, católicos y republicanos: «lo que se quiere, lo que se está realizando, es un intento de esa funesta doctrina, que en filosofía puede llamarse individualismo y materialismo, y que en política se llama la República colocada por encima del sufragio universal». Ante esta necia logomaquia, la Asamblea gruñe de alegría. «Estos nuevos doctores —continúa— pregonan la pretensión de separar a París de Francia. Mas que no lo olviden los alborotadores: si hemos abandonado a París, ha sido con el propósito de regresar para dar resueltamente la batalla al desorden.» (¡Bravo! ¡Bravo!) Y atizando el pánico de estos rurales

que creían ver desembocar a cada instante los batallones federados, sigue: «Si algunos de vosotros cayerais en manos de esos hombres que han usurpado el poder gracias tan sólo a la violencia, al asesinato y al robo, vuestra suerte sería la misma que han corrido las desventuradas víctimas de su ferocidad.» Por último, jugando sucio, explotando mañosamente una torpe nota de «L'Officiel» sobre la ejecución de los generales, dice: «¡Nada de contemporizaciones! Yo he combatido tres días la exigencia del vencedor que quería desarmar a la guardia nacional. ¡Pido perdón por ello a Dios y a los hombres!» Cada nueva injuria, cada banderilla clavada en la carne de París, arrancaba a la Asamblea rugidos de guerra. El almirante Saisset brincaba ante ciertas frases. Jules Favre, aguijoneado por los aplausos, se alzaba cada vez a mayor altura en la invectiva. París no había recibido una imprecación semejante desde la Gironda, desde Isnard. El propio Langlois, sin poder contenerse, exclamó: «¡Oh, es espantoso, es atroz, oír estas cosas!» Cuando Jules Favre, implacable, impasible, con un poco de espuma en la comisura de los labios, acabó diciendo: «Francia no caerá hasta el sangriento nivel de los miserables que oprimen a la capital», toda la Asamblea, delirante, se puso en pie: «¡Llamemos a las provincias.» Y Saisset: «¡Sí, llamemos a las provincias y marchemos contra París!» Fue inútil que uno de los diputados-alcaldes suplicara a la Asamblea que no se les dejase volver a París con las manos vacías. Aquella gran burguesía que acababa de entregar al prusiano el pudor, la fortuna y el suelo de Francia, temblaba de furor a la sola idea de ceder algo a París.

Al día siguiente de esta horrible sesión, los representantes radicales no pudieron publicar más que un lacrimoso pasquín, invitando a París a que tuviera paciencia. Las elecciones anunciadas para ese día por el Comité Central eran imposibles. El Comité las aplazó para el día siguiente, 23 de marzo, pero advirtió a los periódicos que las incitaciones a la rebelión serían severamente reprimidas.

La manifestación de la plaza Vendôme

Los potentados reaccionarios, caldeados al rojo vivo por los discursos de Jules Favre, se rieron de la advertencia. A mediodía hormigueaban en la plaza de la Ópera. A la una, un millar de gomosos, bolsistas, periodistas, antiguos familiares del Imperio, bajaban por la calle de la Paix al grito de «¡Viva el orden!» Su plan era forzar la plaza Vendôme, con la apariencia de una manifestación pacífica, y expulsar de ella a los federados. Desde allí, dueños de la alcaldía del Louvre, de la mitad del segundo distrito, de Passy, cortarían a París en dos e intimidarían al Hôtel-de-Ville. El almirante Saisset les seguía.

Ante la calle Neuve-Saint-Augustin,² estos pacíficos manifestantes desarman y maltratan a dos guardias nacionales destacados de centinela. Los federados de la plaza Vendôme empuñan sus fusiles y acuden en formación a la altura de la calle Neuve-des-Petits-Champs. No son más que doscientos, toda la guarnición de la plaza. A pesar de la advertencia de la víspera, Bergeret no había tomado ninguna precaución; los dos cañones que apuntan a la calle de la Paix carecen de municiones.

Los reaccionarios tropiezan con las primeras filas y gritan frente a la guardia: «¡Abajo el Comité! ¡Abajo los asesinos!» Agitan una bandera, pañuelos, y algunos echan mano a los fusiles de los federados. Bergeret y Maljournal, del Comité, que acuden a los primeros puestos, instan a los amotinados a que se retiren. Furiosos clamores ahogan su voz: «¡Cobardes! ¡Bandidos!», y se alzan los bastones. Bergeret hace una seña a los tambores. Se repiten diez veces las intimaciones. Por espacio de cinco minutos no se oyen más que los redobles y, en los intervalos, los silbidos. Las segundas filas de la manifestación empujan a las primeras, tratan de abrirse paso por entre los federados, pero, impotentes

2. La calle Neuve-Saint-Augustin y la Neuve-des-Petits-Champs llevan hoy los nombres de calle Saint-Augustin y Petits-Champs, respectivamente. (N. del E.)

para desbordarlos, sacan los revólveres.³ Caen muertos dos guardias, otros siete son heridos.

Los fusiles de los federados disparan instintivamente. Una descarga, gritos, silencio. La calle de la Paix se despeja en cinco segundos. Una decena de cuerpos, revólveres, bastones de estoque, sombreros, cubren la calzada desierta, cegadora de sol. Si los federados hubiesen apuntado, solamente con que hubieran disparado a la altura de un hombre, hubiera habido doscientas víctimas; todos los tiros habrían hecho blanco en aquella masa compacta. El motín mató a uno de los suyos, el vizconde Molinet, que cayó en primera fila, de cara a la plaza, con una bala en el occipucio; sobre su cuerpo se encontró un puñal sujeto a la cintura por una cadenita. Una bala irónica alcanzó en el ano al redactor jefe del «Paris-Journal», el bonapartista de Pène, uno de los más soeces en el insulto de cuantos formaban en el movimiento.

Los fugitivos gritaban: «¡Al asesino!» En los bulevares se cerraron las tiendas; en la plaza de la Bolsa se forman grupos furibundos. A las cuatro aparecen compañías del orden, resueltas, fusil al hombro, y ocupan todo el barrio de la Bolsa.

En Versalles, la Asamblea acababa de rechazar el proyecto de Louis Blanc, y Picard leía otro negando toda justicia a París, cuando llegó la noticia de lo ocurrido. La Asamblea levantó precipitadamente la sesión; los ministros estaban consternados.

Sus silbidos de la víspera no eran más que para asustar a París, galvanizar a los hombres de orden, provocar un golpe de mano. El incidente se había producido; el Comité Central triunfaba. Por primera vez empezaba a creer Thiers que aquellos revoltosos que sabían reprimir un motín podrían ser acaso un gobierno.

Las noticias de la noche fueron más dulces para él. Los hombres de orden acudían a la plaza de la Bolsa.

3. La agresión fue de tal modo evidente, que ninguno de los veintiséis consejos de guerra que registraron hasta los menores recovecos de la Revolución del 18 de marzo se atrevió a sacar a relucir la cuestión de la plaza Vendôme.

Un gran número de oficiales, de regreso de Alemania, acababan de ofrecerse para mandarlos. Las compañías reaccionarias se atrincheran sólidamente en la alcaldía del noveno distrito, vuelven a ocupar la del sexto, desalojan a los federados de la estación Saint-Lazare, guardan todos los puntos de acceso a los barrios ocupados, detienen a la fuerza a los transeúntes. Había otra ciudad dentro de la ciudad. Los alcaldes se constituyeron en sesión permanente en la alcaldía del distrito II. Su resistencia contaba con un ejército.

CAPÍTULO IX

El Comité Central vence todos los obstáculos y obliga a los alcaldes a capitular.

El Comité Central estuvo a la altura de las circunstancias. Sus proclamas, los artículos socialistas de «L'Officiel», el encarnizamiento de los alcaldes y de los diputados, habían atraído a su lado a los grupos revolucionarios hasta entonces al margen. Uniéronse a él, asimismo, algunos hombres como Ranvier y Eudes, más conocidos de la masa. Por orden suya, la plaza Vendôme se protegió con barricadas, se reforzaron los batallones del Hôtel-de-Ville, nutridas patrullas subieron por los bulevares Montmartre e Italiens, conteniendo a los puestos reaccionarios de las calles Vivienne y Drouot. Gracias a estas precauciones, la noche transcurrió tranquila.

Tampoco al día siguiente, 23, que era la fecha señalada, iba a ser posible celebrar las elecciones. El Comité decidió que se celebrarían el domingo 26, y así se lo anunció a París: *«La reacción, sublevada por vuestros alcaldes y vuestros diputados, nos declara la guerra. Debemos aceptar la lucha y quebrantar la resistencia. Ciudadano, París no quiere reinar, pero quiere ser libre; no ambiciona otra dictadura que la del ejemplo, no pretende ni imponer ni abdicar su voluntad; no aspira a lanzar decretos, mas tampoco a soportar plebiscitos; demuestra el movimiento andando, y prepara la libertad de los demás fundando la suya propia. No empuja a nadie violentamente por la vía de la República; se contenta con entrar en ella el primero.»* Siguen las firmas.¹ Al mismo tiempo, el Comité declaraba que de-

1. He aquí los nombres de los que firmaron las proclamas, convocatorias y avisos del Comité Central. Reconstituimos lo mejor posible su verdadera ortografía, frecuentemente alterada, incluso en «L'Officiel» de la Comuna, hasta el punto de dar nombres ficticios. A pesar de las decisiones del Comité, no figuran en las publicaciones oficiales los nombres de todos sus miembros: Audouy, A. Arnaud, G. Arnold, Andignoux, Assi, Avoine (hijo), Babick, Barrou, Bergeret, Billioray, Bouit, Boursier, Blanchet,

nunciaría ante sí a los que insultaban al pueblo, y enviaba a un batallón de Belleville a reconquistar la alcaldía del distrito IV; sus delegados sustituían a los alcaldes y adjuntos de los distritos III, X, XII y XVIII; ocupaba la vía del ferrocarril de Batignolles, anulando así la ocupación de la estación Saint-Lazare, y obraba enérgicamente respecto del Banco.

La reacción contaba con el hambre para hacer capitular al Hôtel-de-Ville. El millón del lunes había sido devorado. El 22, el Banco prometía otro millón y entregaba un anticipo de 300.000 francos. Varlin y Jourde fueron a buscar el dinero; los mandaron a paseo. Escribieron: «Señor gobernador: acosar a París por hambre es el arma de un partido que se dice honrado. El hambre no desarmará a nadie; no hará más que impulsar a las masas a la devastación. Recogemos el guante que se nos ha lanzado.» Y sin dignarse ver a los capitanes de la Bolsa, el Comité envió a dos batallones para que se estacionaran ante el Banco, el cual no tuvo más remedio que entregar la suma.

El Comité no perdonaba medio alguno para tranquilizar a París. Muchos criminales andaban sueltos por las calles. El Comité los denunció a la vigilancia de los guardias nacionales, y escribió sobre las puertas del Hôtel-de-Ville: «Todo individuo sorprendido en flagrante delito de robo será fusilado.» La policía de Picard no había podido acabar con el juego, que, desde el final del sitio, invadía la vía pública. Duval lo consiguió con un simple bando. Los soldados que quedaron en París fueron asimilados a la guardia nacional. El espantajo máximo de los reaccionarios eran los prusianos, cuya próxima intervención anunciaba Jules Favre. El comandante de Compiègne escribió al Comité: «Las tropas alemanas permanecerán pasivas, en tanto que París no

adopte una actitud hostil.» El Comité respondió: «La revolución realizada en París tiene un carácter esencialmente municipal. Nosotros no tenemos categoría para discutir los preliminares de paz.» Y publicó los despachos.² Por este lado, París no tenía nada que temer.

La agitación de los alcaldes

La única agitación procedía de los alcaldes. El 23, autorizados por Thiers, nombraban comandante de la guardia nacional al frenético de la sesión del 21, almirante Saisset, agregando a él a Langlois y Schoelcher, que se esforzaban por atraer gente a la plaza de la Bolsa, donde estaba, según decían, la única caja legal. Acudieron unos cuantos centenares de hombres de mucho orden, a cobrar, no a luchar. Los propios jefes comenzaban a dividirse. Algunos furiosos —Vautrain, Dubail, Denormandie, Degouve-Denuncques, Héligon, antiguo miembro de la Internacional, admitido desde el 4 de setiembre en las cocinas burguesas y furioso del orden como todos los renegados— hablaban de arrasarlo todo. La mayoría inclinábase a una conciliación, sobre todo desde que varios diputados y adjuntos, Millièrre, Malon, Dereure, Jaclard, etc., al separarse de la reunión, habían acusado su perfil reaccionario. A algunos alcaldes se les metió en la cabeza preparar a los rurales con una escena enternecedora.

El 23 fueron a Versalles, en el momento en que la Asamblea, recobrando valor, hacía un llamamiento a las provincias para marchar sobre París. Solemnemente, aparecieron en la tribuna presidencial, cruzadas al pecho las bandas. La izquierda aplaude, grita: «¡Viva la República!» Los alcaldes recalcan más aún su actitud. La derecha y el centro: «¡Orden! ¡Viva Francia!»,

2. A esto es a lo que los *buenos autores* han llamado el pacto con los prusianos, las complacencias con los prusianos. Jules Claretie se indigna de que el Comité Central no lanzase a París contra los alemanes.

Castioni, Chouteau, C. Dupont, Duval, Eudes, Fabre, Ferrat, Fleury, H. Fortuné, Fougeret, Gaudier, Geresme, Gouhier, Grèlier, J. Grollard, Josselin, Jourde, Lavalette, Lisbonne, Lullier, Maljournal, E. Moreau, Mortier, Pindy, Prudhomme, Ranvier, Rousseau, Varlin, Viard. Solamente dos o tres pertenecían a la Internacional.

y amenazan con el puño a los diputados de la izquierda, que responden: «¡Insultáis a París!» Los rurales: «¡Vosotros insultáis a Francia!» Su amigo Grévy se cubre, se levanta la sesión. Por la tarde, un diputado-alcalde, Arnaud de l'Ariège, lee en la tribuna la declaración que sus colegas habían traído, y termina: «Estamos en vísperas de una espantosa guerra civil. No hay más que un medio de evitarla: que la elección del general en jefe de la guardia nacional se señale para el 28; la del Consejo Municipal, para el 3 de abril.» Este deseo fue a enterrarse en las oficinas.

Los alcaldes volvieron a París indignadísimos. París estaba ya muy irritado por un despacho en el que Thiers anunciaba a las provincias que los ex ministros bonapartistas Rouher, Chevreau, Boitelle, detenidos por el pueblo de Boulogne, habían sido protegidos, y que el mariscal Canrobert, cómplice de Bazaine, acababa de llegar a Versalles a ofrecer sus servicios al gobierno. Hubo un súbito viraje en los periódicos de los burgueses republicanos. Aflojaron los ataques contra el Comité Central. Los moderados empezaron a temerlo todo de Versalles.

El Comité Central supo aprovechar esta corriente. Acababa de conocer la proclamación de la Comuna en Lyon, y el 24 habló sin ambages: «*Algunos batallones, extraviados por jefes reaccionarios, han creído que debían entorpecer nuestro movimiento. Alcaldes, diputados, olvidadizos de su mandato, han alentado esa resistencia. Nosotros contamos con vuestro valor para llegar hasta el fin. Se nos objeta que la Asamblea promete, para un plazo que no se determina, la elección comunal y la de nuestros jefes, y que, por tanto, nuestra resistencia no tiene por qué prolongarse. Hemos sido engañados demasiadas veces para no serlo ahora; la mano izquierda recogería lo que hubiera dado la mano derecha. Ved lo que ha hecho ya el gobierno. Acaba de lanzar en la Cámara, por boca de Jules Favre, el más espantoso llamamiento a la guerra civil, a la destrucción de París por las provincias, y vierte sobre nosotros las calumnias más abominables.*»

Después de hablar, el Comité obró, nombró a tres

generales: Brunel, Duval y Eudes. Había encerrado a Lullier, borracho perdido, que, asistido por un estado mayor de intrigantes, Du Bisson, Ganier d'Abin, había dejado salir de París, la víspera, con armas y bagajes, a todo un regimiento acampado en el Luxembourg. Faltó poco para que sirviese al Comité Central el general Cremer, brillante oficial del ejército de los Vosgos, que había llegado al Hôtel-de-Ville para reclamar la libertad del general Chanzy y fue aclamado por la multitud.³

Los generales se anunciaron vigorosamente: «*Ya no es tiempo de parlamentarismos... Es preciso obrar... París quiere ser libre. Todo el que no esté con nosotros está contra nosotros. La gran ciudad no permite que se turbe impunemente el orden público.*»

Advertencia directa al campo de la Bolsa, que se desguarnecía considerablemente. Cada sesión de Versalles traía nuevas deserciones. Las mujeres iban a buscar a sus maridos y les decían: «Estáte en paz.» Los oficiales bonapartistas, que estaban pasando ya de la raya, tenían fastidiada a la gente. El programa de los alcaldes —completa sumisión a Versalles— desalentaba a la burguesía media. El estado mayor de este ejército en desbandada fue estúpidamente alojado en el Grand-Hôtel. Allí residía el trío de chiflados: Saisset, Langlois, Schoelcher, que de la confianza extremada habían pasado a un gran desaliento. Al más chocho de ellos, Saisset, se le ocurrió anunciar que la Asamblea había concedido el reconocimiento completo de las franquicias municipales, la elección de todos los oficiales de la guardia nacional, incluso el general en jefe, la introducción de modificaciones en la ley sobre vencimientos, un proyecto de ley sobre alquileres, favorable a los inquilinos. Este infundio no podía engañar a nadie más que a Versalles.

Había que acabar de una vez. El Comité Central dio

3. Cremer exigía el mando de la guardia nacional. Se le negó. Se vengó de ello injuriando al Comité Central ante la Comisión investigadora, riñó después con Versalles y murió abandonado.

a Brunel encargo de apoderarse de las alcaldías de los distritos primero y segundo. Brunel, con seiscientos hombres de Belleville, dos piezas de artillería y acompañado de dos delegados del Comité, Lisbonne y Protot, se presentó a las tres en la alcaldía del Louvre. Las compañías del orden adoptan una actitud de resistencia; Brunel hace avanzar sus cañones. Le abren paso. Declara a los adjuntos Méline y Edmond Adam que el Comité desea celebrar las elecciones en el plazo más breve. Los adjuntos, intimidados, hacen pedir a la alcaldía del segundo licencia para entrar en tratos. Dubail responde que pueden prometerse las elecciones para el 3 de abril. Brunel exige la fecha del 30; los adjuntos ceden. Los guardias nacionales de los dos campos saludan este acuerdo con entusiasmo, y, mezclados unos con otros, se dirigen a la alcaldía del segundo distrito. A su paso se engalanan las ventanas, les acompañan los aplausos. En la calle Montmartre, algunas compañías de la Bolsa quieren cortarles el paso. La gente grita: ¡está hecha la paz! En la alcaldía del segundo distrito, Dubail, Vautrain, Schoelcher se niegan a ratificar la convención. Pero los miembros de la reunión la aceptan; un inmenso clamor de júbilo saluda la noticia. Los batallones populares, saludados por los batallones burgueses, desfilan por la calle Vivienne y por los bulevares, arrastrando sus cañones en que cabalgan los chicos de la calle, con ramas verdes en las manos.

El Comité Central no podía abandonarse a esta confianza. Había aplazado por dos veces las elecciones, y los batallones federados, en pie desde el 18, estaban realmente extenuados. Ranvier y Arnold fueron por la noche a la alcaldía del segundo distrito a ratificar la fecha del 26. Algunos alcaldes y adjuntos que no perseguían otro fin, como confesaron después, que dar tiempo a que Versalles se armase, alzaron el grito con la acusación de mala fe. «El ciudadano Brunel —les respondió Ranvier— no ha recibido más orden que la de ocupar las alcaldías.» La discusión fue muy viva. Arnold y Ranvier se retiraron a las dos de la mañana, dejando a los más intransigentes que calculasen las pro-

babilidades de una resistencia. El irreprimible Dubail redactó un llamamiento a las armas, lo mandó imprimir, pasó la noche con el fiel Héliçon, transmitiendo órdenes a los jefes de batallones, y mandó meter las ametralladoras en el patio de la alcaldía.

Mientras sus amigos se obstinaban en la resistencia, los rurales creíanse traicionados. Cada vez más nerviosos, privados de sus comodidades, acampaban en los pasillos del Château, abiertos a los vientos y al pánico. Las idas y venidas de los alcaldes les irritaban; la proclama de Saisset les exasperó. Creyeron que Thiers coqueteaba con los revoltosos, que el *pequeño burgués*, como él mismo se llamaba hipócritamente, quería jugar con los monárquicos, con París; que, como él era la palanca, pretendía moverlos a su antojo. Hablaban de nombrar general en jefe a uno de los Orleans, Joinville o D'Aumale. El complot podía estallar en la sesión de la tarde, a la que debía llegar la proposición de los alcaldes. Thiers se adelantó a ellos, les suplicó que aplazasen toda discusión, dijo que una frase desacertada podía hacer correr torrentes de sangre. Grévy escamoteó la sesión en diez minutos; el rumor del complot no pudo ser ahogado.

La agitación quebrantada

El sábado era el último día de la crisis. El Comité o los alcaldes tenían que ser destrozados. El Comité anunció aquella misma mañana: «Hemos ofrecido lealmente a los que nos combatían una mano fraternal, pero el traslado de las ametralladoras de la alcaldía del distrito segundo nos obliga a mantener nuestra resolución. La votación se celebrará el domingo 26 de marzo.» París, que creía la paz definitivamente sellada y que por primera vez en cinco días había dormido tranquilo, se disgustó sobremanera al ver que los alcaldes volvían a las andadas. La idea de las elecciones se había infiltrado en todos los medios; muchos periódicos se unían a ella, incluso los mismos que habían firmado la protesta del 21. Nadie comprendía que se batallase por una

fecha. Una irresistible corriente de fraternidad arrasaba a la ciudad. El grupo de doscientos o trescientos bolsistas que habían permanecido fieles a Dubain, sufría continuas bajas, dejando al almirante Saisset que hiciese llamamiento desde el desierto del Grand-Hôtel. Los alcaldes no tenían ya ejército cuando Ranvier y Arnold volvieron, hacia las diez de la mañana, a recoger su última palabra. Schoelcher, siempre áspero, se mantenía firme. Llegan diputados que traen de Versalles el rumor del nombramiento del duque D'Aumale como teniente general. La mayoría ya no se contuvo y accedió a que se convocase a los electores para el domingo 26. Se redactó un pasquín que habían de firmar parte de los alcaldes y diputados y, por el Comité Central, sus delegados Ranvier y Arnold. El Comité Central quiso firmar en masa y, modificando ligeramente el preámbulo, hizo constar: «*El Comité Central, al que se han unido los diputados de París, los alcaldes y los adjuntos, convoca...*» Con este motivo, algunos alcaldes se levantaron a protestar: «Eso no es lo convenido. Nosotros habíamos dicho: los diputados, los alcaldes, los adjuntos y los miembros del Comité Central.» Y, exponiéndose a reavivar las cenizas, protestaron con una proclama. El Comité, sin embargo, podía decir: «al que se han unido», puesto que él no había cedido absolutamente en nada. Estas humaredas de discordia fueron ahogadas en el abrazo de París. El almirante Saisset licenció a los cuatro hombres que le quedaban. Tirard invitó a los electores a votar. Thiers le había dado la consigna aquella misma mañana: «No prolonguéis una resistencia inútil; estoy reorganizando el ejército. Espero que antes de quince días o tres semanas tendremos suficientes fuerzas para libertar a París.»

Solamente cinco diputados firmaron el pasquín: Lockroy, Floquet, Clemenceau, Tolain, Greppo. El grupo de Louis Blanc ya no salía de Versalles. Aquellas mujerzuelas que se habían pasado la vida cantando a la Revolución, en cuanto la vieron erguirse huyeron espantados, como el pescador árabe ante la aparición del Genio.

Junto a estos mandarines de la tribuna, de la histo-

ria, del periodismo, incapaces de encontrar una palabra, un gesto de vida, nos encontramos con los hijos de la masa, anónimos, rebosantes de voluntad, de savia, de elocuencia. Su proclama de despedida fue digna de su advenimiento: «*No perdáis de vista que los hombres que mejor os servirán, serán los que escojáis de entre vosotros mismos, los que vivan vuestra propia vida, los que sufran vuestros propios dolores. Desconfiad de los ambiciosos tanto como de los recién llegados. Desconfiad igualmente de los charlatanes. Evitad a aquellos a quienes ha favorecido la fortuna porque el favorito de la fortuna es difícil que esté dispuesto a mirar al trabajador como a un hermano. Conceder vuestras preferencias a los que no busquen vuestros sufrimientos. El verdadero mérito es modesto, y a los trabajadores corresponde conocer a sus hombres, y no a éstos presentarse.*»

Podían bajar «con la frente alta por las escaleras del Hôtel-de-Ville», aquellos hombres anónimos que acababan de anclar en puerto la Revolución del 18 de marzo. Nombrados únicamente para defender la República, lanzados a la cabeza de una Revolución sin precedentes, habían sabido resistir a los impacientes, contener a los reaccionarios, restablecer los servicios públicos, alimentar a París, hacer fracasar todas las añagazas, aprovechar todos los errores de Versalles y de los alcaldes; y, acosados por todas partes, bordeando a cada minuto la guerra civil, negociar, obrar en el momento y en el lugar necesario. Habían sabido dar a luz la idea del día, limitar su programa a las reivindicaciones municipales, llevar a la población entera a las urnas. Habían implantado un lenguaje vigoroso, fraternal, desconocido de los poderes burgueses.

Y eran gente desconocida; casi todos ellos hombres de educación deficiente, algunos exaltados. Pero el pueblo pensó con ellos, les envió los alientos de inspiración que hicieron grande a la Comuna del 92 y 93. París fue la hoguera; el Hôtel-de-Ville, la llama. En aquel mismo Hôtel-de-Ville en que unos ilustres burgueses habían ido acumulando traiciones sobre derrotas, unos

recién llegados encontraron la victoria por haber escuchado a París.

Que sus servicios les absuelvan de haber dejado salir al ejército, a los funcionarios, y ocupar de nuevo el monte Valérien. Se dice que hubieran debido marchar el 19 o el 20 sobre Versalles. La Asamblea, al primer grito de alerta, hubiera escapado a Fontainebleau con el ejército, con la administración, con la izquierda, con todo lo que hacía falta para embaucar, y gobernar a las provincias. La ocupación de Versalles no hubiera hecho más que cambiar de sitio al enemigo; no hubiese durado mucho; los batallones populares estaban demasiado mal preparados para dominar al mismo tiempo a París y a esta villa abierta.

En todo caso, el Comité Central dejaba tras de sí una sucesión franca y medios sobrados para desarmar al enemigo.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

N° 44

LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ

N° 44

COMMUNE DE PARIS

Citoyens,

Votre Commune est constituée.

Le vote du 20 mars a sanctionné la Révolution victorieuse.

Un pouvoir lâchement agresseur vous avait pris à la gorge; vous avez, dans votre légitime défense, repoussé de vos murs ce gouvernement qui voulait vous déshonorer en vous imposant un roi.

Aujourd'hui, les criminels que vous n'avez même pas voulu poursuivre abusent de votre magnanimité pour organiser aux portes même de la cité un foyer de conspiration monarchique. Ils invoquent la guerre civile; ils mettent en œuvre toutes les corruptions; ils acceptent toutes les complicités; ils ont osé mendier jusqu'à l'appui de l'étranger.

Nous en appelons de ces menées exécrables au jugement de la France et du monde.

Citoyens,

Vous venez de vous donner des institutions qui défont toutes les tentatives.

Vous êtes maîtres de vos destins. Porte de votre appui, la représentation que vous venez d'établir va réparer les désastres causés par le pouvoir déchu; l'industrie compromise, le travail suspendu, les transactions commerciales paralysées, vont recevoir une impulsion vigoureuse.

Dès aujourd'hui, la décision attendue sur les loyers;

Demain, celle des échéances;

Tous les services publics rétablis et simplifiés;

La garde nationale, désormais seule force armée de la cité, réorganisée sans délai.

Tels seront nos premiers actes.

Les élus du Peuple ne lui demandent, pour assurer le triomphe de la République, que de les soutenir de sa confiance.

Quant à eux, ils feront leur devoir.

Mairie de Paris, le 22 mars 1871.

LA COMMUNE DE PARIS.

CAPÍTULO X

Proclamación de la Comuna.

«Una parte considerable de la población y de la guardia nacional de París solicita el concurso de los departamentos para el restablecimiento del orden.»

Circular de Thiers a los prefectos (27 de marzo del 71).

Esta semana, iniciada con un golpe de fuerza contra París, terminaba con el triunfo de éste. Cada día le había hecho avanzar más en la posesión de su idea. París-Comuna recobraba su papel de capital, volvía a ser el iniciador nacional. Por décima vez desde el 89, los trabajadores volvían a poner a Francia en el camino recto.

La bayoneta prusiana acaba de sacar a luz a nuestro país tal como lo habían dejado ochenta años de dominación burguesa: un Gulliver a merced de unos enanos. Llegaba París, cortaba los millares de hilos que ataban al país al suelo, devolvía la circulación a sus miembros atrofiados, decía: «Que cada fragmento de la nación posea en germen la vida de la nación entera.»

La unidad de la colmena y no la del cuartel. La célula orgánica de la República francesa es el municipio, la comuna.

El Lázaros del Imperio, del sitio, resucitaba. Después de sacudir la nube de su cerebro, de arrancarse las trabas, iba a empezar una nueva existencia, a vivir con su cabeza, con sus pulmones, a tender una mano fraternal a todos los municipios franceses regenerados. Los desesperados del último mes estaban radiantes de entusiasmo. Las gentes se abordaban sin conocerse, hermanados por la misma voluntad, por la misma fe, por el mismo amor.

El domingo 26 de marzo es un verdadero retoñar. París respira como si saliese de las tinieblas o de un gran peligro. En Versalles, las calles presentan un aspecto lúgubre; los gendarmes tienen tomada la esta-

ción, exigen brutalmente los papeles a los viajeros, confiscan los periódicos parisienses, detienen a la gente por la menor palabra de simpatía hacia la Ciudad. En París, la entrada es libre. Las calles hierven de vida, de bullicio los cafés; el mismo golfillo vocea el «Paris-Journal» y «La Commune». Los ataques contra el Hôtel-de-Ville, las protestas de algunos amargados osténtanse junto a los pasquines del Comité Central. El pueblo no está ya encolerizado, porque ya no tiene miedo. La papeleta de voto ha sustituido al fusil. El proyecto de Picard no concedía a París más que sesenta concejales, tres por distrito, cualquiera que fuese el censo de población; los ciento cincuenta mil habitantes del distrito once no tenían una representación numérica mayor que el dieciséis, que contaba con cuarenta y cinco mil habitantes. El Comité Central decretó que habría un concejal por cada veinte mil electores y por fracción de diez mil —noventa en total—. Las elecciones habrían de hacerse ateniéndose a los planos electorales de febrero del 71 y conforme al procedimiento ordinario; pero el Comité había expresado el deseo de que en lo porvenir se considerase el voto nominal como el más adecuado a los principios democráticos. Los suburbios lo comprendieron así, y votaron con papeleta abierta. Los electores del barrio de Saint-Antoine desfilaron por la plaza de la Bastilla en columna, con la papeleta en el sombrero, y fueron a las secciones en el mismo orden.

La adhesión, la convocatoria de los alcaldes hizo votar a los barrios burgueses. Las elecciones pasaban a ser legales, puesto que los apoderados del gobierno habían consentido en ellas. Votaron doscientos veintisiete mil, muchos más, relativamente, que en las elecciones de febrero. Y Thiers telegrafiaba: «Los ciudadanos amigos del orden se han abstenido de acudir a las elecciones.» Escrutinio sincero de un pueblo libre. Ni policía, ni intrigas a la entrada de los colegios. «Las elecciones se harán hoy sin libertad», telegrafiaba, además, Thiers. La libertad fue hasta tal punto absoluta, que muchos de los adversarios del Comité Central salieron elegidos, y otros consiguieron minorías muy nutridas

—Louis Blanc, 5.600 votos; Vautrain, 5.133, etc.—, sin que hubiera una sola protesta.

Los periódicos moderados elogiaban incluso el artículo de «L'Officiel», que exponía la misión de la futura Asamblea comunal: «*Ante todo, tendrá que definir sus poderes, que delimitar sus atribuciones... La primera obra habrá de ser la discusión y redacción de la Carta... Hecho esto, tendrá que ocuparse de los medios de hacer reconocer y garantizar por el poder central este estatuto de la autonomía municipal.*» Esta claridad, esta discreción, la moderación que caracterizaba los actos oficiales, acababan por ganarse la voluntad de los más refractarios. Únicamente Versalles no cejaba en sus imprecaciones. El 27, Thiers decía desde la tribuna: «No, Francia no dejará que triunfen en su seno los miserables que quieren bañarla en sangre.»

«¡Viva la Comuna!»

Al día siguiente, doscientos mil miserables de éstos fueron al Hôtel-de-Ville a instalar en él a los hombres elegidos por ellos. Los batallones, a tambor batiente y con la bandera coronada por el gorro frigio, con una cinta roja en el fusil, engrosado su número por los soldados, artilleros y marinos fieles a París, bajaron por todas las calles hacia la plaza de Grève, como afluentes de un río gigantesco. En medio de la fachada del Hôtel-de-Ville, adosado a la puerta central, se había alzado un gran estrado. El busto de la República, terciada la bandera roja, resplandeciente de rojos haces, domina y protege a la muchedumbre. Inmensas banderolas, en el frontón y en la torre del edificio, restallan enviando su saludo a Francia. Cien batallones alinean delante del Hôtel-de-Ville sus bayonetas, a las que el sol arranca destellos. Los que no han podido entrar en la plaza se extienden hacia los muelles, por la calle Rivoli, por el bulevar Sebastopol. Las banderas apiñadas delante del estrado, rojas, en su mayor parte, algunas tricolores, todas con cintas rojas, simbolizan el advenimiento del pueblo. Mientras los batallones se alinean, estaban los cantos, la música entona la *Marsellesa*, el *Chant du Dé-*

part, los clarines tocan a carga, en el muelle truena un cañón de la Comuna del 92.

Se interrumpe el barullo, la gente escucha. Los miembros del Comité Central y de la Comuna, con una banda roja colgando como un collar sobre el pecho, acaban de aparecer en el estrado. Ranvier: «El Comité Central entrega sus poderes a la Comuna. Ciudadanos, tengo el corazón demasiado henchido de alegría, para poder pronunciar discursos. Permitidme tan sólo que glorifique al pueblo de París por el gran ejemplo que acaba de dar al mundo.» Un miembro del Comité Central, Boursier, hermano del muchacho muerto en la calle Tiquetonne el año 51 («el niño recibió dos balas en la cabeza»), proclama a los concejales electos. Resuenan los tambores. Las músicas, doscientas mil voces entonan de nuevo la *Marsellesa*, no quieren más discurso que ése. Apenas si Ranvier, en un intervalo, puede exclamar: «¡Queda proclamada la Comuna en nombre del pueblo!»

Un solo grito, en el que se funde toda la vida de los doscientos mil pechos, responde: «¡Viva la Comuna!» Los kepis danzan en la punta de las bayonetas, las banderas azotan el aire. En las ventanas, en los tejados, millares de manos agitan pañuelos. Los precipitados disparos de los cañones, las músicas, los clarines, los tambores, se funden en formidable comunión. Los corazones saltan, en los ojos brillan las lágrimas. Nunca, desde la Federación de 1790, se vieron tan fuertemente sacudidas las entrañas de París; los peores hombres de letras, al describir esta escena, experimentan un instante de fe.

El desfile fue hábilmente dirigido por Brunel, que supo hacer entrar los batallones de fuera, que ardían en deseos de aclamar a la Comuna. Ante el busto de la República, las banderas se inclinaban, los oficiales saludaban con el sable, los hombres levantaban sus fusiles. Las últimas filas no acabaron de pasar hasta las siete.

Los agentes de Thiers volvieron consternados: «¡Allí se congregaba lo que se dice todo París!» El Comité Central pudo exclamar con entusiasta gratitud: «Hoy abría París por una página en blanco el libro de la historia,

y escribía en esa página su nombre poderoso... Que los espías de Versalles que rondan en torno a nosotros vayan a decir a sus amos cudles son las vibraciones que salen del pecho de toda una población. Que les lleven la imagen del espectáculo grandioso de un pueblo que recobra su soberanía.»

Este resplandor hubiera iluminado a los ciegos. Doscientos veintisiete mil votantes, doscientos mil hombres que no tenían más que un grito, no eran un Comité oculto, un puñado de facciosos y de bandidos, como se venía diciendo desde hacía diez días. Había allí una fuerza inmensa puesta al servicio de una idea perfectamente definida: la independencia comunal. Fuerza inapreciable en esta hora de anemia universal, hallazgo tan precioso como la brújula librada del naufragio, que salva a los supervivientes.

Hora única en esta historia. La unión de nuestra aurora renace. La misma llama caldea las almas, suelda la pequeña burguesía al proletariado, enternece a la clase media. En estos momentos, puede un pueblo refundirse.

Liberales, si habéis pedido la descentralización de buena fe; republicanos, si habéis comprendido por qué junio engendró a diciembre, si queréis que el pueblo sea dueño de sí mismo, oíd la nueva voz, orientad la vela hacia este viento de renacimiento.

¿Que amenaza el prusiano? ¡Qué importa! ¿No es más grande forjar el arma a la vista del enemigo? Burgueses, ¿no fue ante el enemigo donde vuestro antecesor, Etienne Marcel, quiso rehacer a Francia? Y la Convención, ¿no maniobró bajo el soplo de la tempestad?

¿Mas, qué es lo que responden? ¡Muera!

El rojo sol de las discordias civiles hace caer las máscaras y los afeites. Ahí están, unidos siempre como en 1791, en 1794, en 1848, los monárquicos, los clericales, los liberales, con los puños tendidos contra el pueblo: el mismo ejército con uniformes diferentes. Su descentralización es la feudalidad rural y capitalista; su *selfgovernment*, la explotación del presupuesto por

ellos, como todo el saber político de su estadista no es más que la matanza y el estado de sitio.

¿Qué poder en el mundo, después de tantos desastres, no hubiera incubado, no hubiera administrado avaramente este depósito de fuerzas inesperadas?

Ellos, al ver este París capaz de alumbrar un mundo nuevo, este corazón henchido de la mejor sangre de Francia, no tuvieron más que una idea: sangrar a París.

CAPÍTULO XI

La Comuna en Lyon, en Saint-Etienne, en Le Creusot

«Todas las partes de Francia se han unido y agrupado alrededor de la Asamblea y del Gobierno.»

Circular de Thiers a las provincias el 23 de marzo del 71 por la noche.

¿Qué hacían las provincias?

Vivieron primeramente fiándose de los embusteros boletines redactados por el propio Thiers,¹ privadas de periódicos parisienses. Acudieron luego a las firmas del Comité, y al no ver entre ellas a las gentes de la izquierda ni sus parrafadas democráticas, se dijeron, a su vez: ¿Quiénes son estos desconocidos? Los republicanos burgueses, ignorando la trampa, mañosamente aguijados por la prensa conservadora, fallaron gravemente —como sus padres decían «Pitt y Cobourg» cuando no comprendían los movimientos populares—: «Estos desconocidos no pueden ser más que bonapartistas.» Sólo el pueblo, únicamente él, adivinó por instinto.

Lyon

El primer eco partió de Lyon; repercusión necesaria. Desde el advenimiento de la Asamblea rural, los

1. El 19: «El ejército, en número de 40.000 hombres, se ha concentrado en buen orden en Versalles.» Había 22.000 hombres (cifra dada por Thiers a la Comisión investigadora) en franca desbandada. El 20: «El gobierno no ha querido acometer una acción sangrienta, a pesar de verse provocado.» El 21, el ejército ha subido a 45.000 hombres: «La insurrección es desautorizada por todo el mundo.» El 22: «De todas partes se ofrecen al gobierno batallones de móviles para sostenerle contra la anarquía.» El 27, mientras se realiza el escrutinio: «Una parte considerable de la población y de la guardia nacional de París solicita el concurso de los departamentos para el restablecimiento del orden.» Todos estos boletines oficiales fueron escritos, según escribió Jules Simón, desde el 19 de marzo hasta la toma de París, noche tras noche, de puño y letra de Thiers.

trabajadores sentíanse acechados. Los concejales, débiles y tímidos hasta la reacción algunos de ellos, habían retirado la bandera roja, con el pretexto de que «la orgullosa bandera de la resistencia a todo trance no sobreviviese a la humillación de Francia». Esta grosera treta no había engañado al pueblo que, en la Guillotière, montaba la guardia en torno a su bandera. El nuevo prefecto Valentin, ex oficial vulgarote y brutal, una especie de Clément Thomas, indicaba de sobra a los trabajadores qué clase de República les estaban aderezando.

El 19 de marzo, al conocer las primeras noticias, los republicanos lyoneses se ponen en pie y no ocultan sus simpatías por París. Al día siguiente, Valentin redacta una proclama provocadora, secuestra los periódicos parisienses, se niega a dar cuenta de los partes recibidos. El 21, en el Consejo Municipal, varios se indignan, y uno dice: «Tengamos el valor de ser la Comuna de Lyon.» El 22, a mediodía, ochocientos delegados de la guardia nacional se reúnen en el palacio Saint-Pierre. Un ciudadano que llega de París explica el movimiento. Muchos quieren declararse inmediatamente en contra de Versalles. La reunión acaba enviando al Hôtel-de-Ville a pedir la ampliación de las libertades municipales, al alcalde, jefe de la guardia nacional, que asume, además, las funciones de prefecto.

En el Ayuntamiento, el alcalde Hénon, uno de los Cinco bajo el Imperio, combate toda resistencia respecto de Versalles. El alcalde de la Guillotière, Crestin, pedía que, por lo menos, se protestase. Hénon amenazaba con presentar la dimisión si seguían por ese camino, y proponía que se dirigiesen al prefecto, que en ese mismo momento convocaba a los batallones reaccionarios. Llegan, mientras tanto, los delegados del palacio Saint-Pierre. Hénon los recibe mal. Las diputaciones se suceden, síguense las negativas. Entretanto, los batallones de Brotteaux y de la Guillotière se preparan; a las ocho, una densa multitud llena la plaza Terreaux y grita: «¡Viva la Comuna! ¡Abajo Versalles!» Los batallones reaccionarios no responden al llamamiento del prefecto.

Una parte del Ayuntamiento vuelve a reunirse en sesión a las nueve, mientras la otra, con Hénon, hace frente a los delegados. Ante una respuesta del alcalde, que no admite ya esperanzas, los delegados invaden la sala del Ayuntamiento. La multitud, advertida, irrumpe en el Hôtel-de-Ville. Los delegados se instalan en la mesa del Consejo y nombran alcalde de Lyon a Crestin. Este se niega, hace ver que la dirección del movimiento corresponde a los que han tomado la iniciativa del mismo. Tras un largo tumulto, se nombra una comisión comunal, a la cabeza de la cual están cinco concejales: Crestin, Durand, Bouvatier, Perret y Velay. Los delegados hacen venir a Valentin y le preguntan si está a favor de Versalles. Responde que su proclama no deja lugar a dudas; queda detenido. Es la Comuna; disolución del Ayuntamiento, destitución del prefecto, del general de la guardia nacional, sustituido por Riccieti Garibaldi, indicado para este cargo por su nombre y por sus servicios en el ejército de los Vosgos. Estas resoluciones, anunciadas a la multitud, son aclamadas. La bandera roja vuelve a ondear en el balcón principal.

Desde las primeras horas del día 23, los cinco concejales nombrados la víspera se vuelven atrás, y los insurrectos tienen que presentarse solos en Lyon y en las ciudades vecinas: «*La Comuna —dicen— debe mantener para Lyon el derecho a establecer y percibir sus impuestos, a formar su policía y disponer de su guardia nacional, dueña de todos los puestos y de los fuertes.*» Este programa fue ligeramente desarrollado por los comités de la guardia nacional y de la Alianza Republicana. «*Con la Comuna se aliviarán los impuestos, no se derrochará el dinero público, se implantarán las instituciones sociales ansiadas por los trabajadores. No pocas miserias y sufrimientos serán aliviados hasta que hagamos desaparecer la odiosa plaga social del pauperismo.*» Proclamas insuficientes, sin conclusiones, mudas respecto al peligro que corría la República, acerca de la conspiración clerical, únicas palancas capaces de sublevar a la pequeña burguesía.

La comisión se encontró en seguida aislada. Había podido tomar el fuerte de Charpennes, acumular car-

tuchos, disponer cañones y ametralladoras en torno al Hôtel-de-Ville. Los batallones populares, con excepción de dos o tres, se habían retirado sin dejar un piquete, y la resistencia se iba organizando. El general Crouzat reclutaba en la estación a los soldados, marinos y movilizados diseminados por Lyon. Hénon nombraba general de la guardia nacional a Bouras, antiguo oficial del ejército de los Vosgos; los oficiales de los batallones del orden protestaban contra la Comuna y se ponían a las órdenes del Consejo Municipal constituido en el gabinete del alcalde, a dos pasos de la comisión.

Ésta, en el colmo de la perplejidad, invitó al Consejo a que volviera a ocupar el Salón de sesiones. El Consejo llegó a las cuatro. La comisión le cedió el sitio, ocupando los guardias nacionales la parte reservada al público. De haber habido un poco de vigor en aquella clase media, alguna previsión de los furios conservadores, los concejales republicanos hubieran encabezado el impulso popular. Pero unos constituían esa aristocracia comercial que desprecia a los pobres; otros eran de esos orgullosos que pretenden administrar a los trabajadores, no emanciparlos. Mientras deliberaban sin atinar a resolver nada, los guardias nacionales les lanzaron algunos apóstrofes. Se ofendieron, y levantaron bruscamente la sesión para ir a redactar una proclama con Hénon.

Por la noche, Amouroux y dos delegados del Comité Central de París llegaron al Club de la calle Duguesclin. Fueron llevados al Hôtel-de-Ville, desde cuyo balcón principal arengaron a la multitud. Ésta respondió: «¡Viva París! ¡Viva la Comuna!» El nombre de Riccieti fue también aclamado.

Los delegados, jóvenes sin ninguna experiencia de la política y de las provincias, no podían dar vida a aquel movimiento. El 24 no quedaban en la plaza Terreaux más que algunos grupos de curiosos. Los cuatro grandes periódicos de Lyon «repudiaban enérgicamente toda connivencia con las insurrecciones parisienses, lyonesas o cualesquiera que fuesen». El general Crouzat propagaba el rumor de que los prusianos, acampados en Dijon, amenazaban con ocupar Lyon en veinticuatro horas

si no se restablecía el orden. La comisión, cada vez más desconcertada, se volvió otra vez hacia el Consejo Municipal que residía en la Bolsa, y propuso abandonarle la administración. «¡No, dijo el alcalde, no aceptaremos jamás la Comuna!» Y, como estaban anunciados los guardias móviles de Belfort, el Consejo decidió hacerles un solemne recibimiento.

Las negociaciones habían durado toda la tarde y parte de la noche. Poco a poco, se desguarnecía el Hôtel-de-Ville. A las cuatro de la mañana no quedaban más que dos de los miembros de la comisión; se retiraron, relevando a los centinelas que guardaban al prefecto. Por la mañana, Lyon se encontró con que su Comuna se había desvanecido.

Saint-Etienne

La misma noche en que se extingue en Lyon, el movimiento estalla en Saint-Etienne. Desde el 31 de octubre, en que faltó poco para proclamar oficialmente la Comuna, los socialistas no habían cesado de reclamarla, no obstante la resistencia y las amenazas del Consejo Municipal.

Había dos focos republicanos: el Comité de la Guardia Nacional, empujado por el club revolucionario de la calle de la Vièrge, y la Alianza Republicana, que agrupaba a los republicanos avanzados. El Consejo Municipal estaba formado, con dos o tres excepciones, por esos republicanos que no saben resistir al pueblo más que para hacerse destrozar por la reacción. El Comité y la Alianza coincidían en pedir la renovación del Consejo.

El 18 de marzo entusiasmó a los obreros. El órgano radical, «L'Eclaireur» decía: «Si la Asamblea domina, se acabó la República; si, por otra parte, los delegados de París se separan del Comité Central, es que tienen muy buenas razones para ello.» El pueblo se lanzó de frente. El 23, el Club de la calle de la Vièrge envió sus delegados al Hôtel-de-Ville a pedir la implantación de la Comuna. El alcalde prometió exponer la cuestión a sus

colegas. La Alianza pidió que se uniesen al Consejo cierto número de delegados.

El 24 volvieron las delegaciones. El Consejo anunció que presentaba la dimisión y que seguiría trabajando hasta que fuese sustituido por los electores, a quienes se convocaría en breve plazo. El mismo día, el prefecto interino, Morellet, conjuraba a la población a que no proclamase la Comuna, a que respetase la autoridad de la Asamblea. A las siete de la tarde, una compañía de guardias nacionales revelaba a la guardia a los gritos de «¡Viva la Comuna!». El Comité Central pidió a la Alianza que se le uniese para tomar el Hôtel-de-Ville. La Alianza se negó, dijo que bastaba la promesa del Consejo, que los movimientos de París y de Lyon no eran claros, que era preciso afirmar el orden y la tranquilidad públicos.

Durante estas negociaciones, el Club de la Vierge acusaba de debilidad a sus primeros delegados, decidía enviar otros, y los acompañaba para que no pudiesen flojear. A las diez, dos columnas de cuatrocientos hombres se presentan ante las verjas del Hôtel-de-Ville, cerrado por orden del nuevo prefecto, L'Espée, autócrata de fábrica, que llegaba muy decidido a reducir a los turbulentos. La multitud destroza la verja, hasta que entran los delegados, que piden la Comuna y, mientras tanto, el nombramiento de una comisión popular. El alcalde se niega. Morellet se empeña en demostrar que la Comuna es una invención prusiana. Desesperando de convertir a los delegados, va a avisar a L'Espée —la prefectura está en la alcaldía— y los dos, escurriéndose por el jardín, corren a unirse al general Lavoye, que manda la división.

A media noche, los delegados, que no habían conseguido nada, decidieron que nadie abandonase el Hôtel-de-Ville y fueron a decir a los manifestantes que les avisasen de cualquier novedad que hubiese. Unos fueron a buscar armas, otros penetraron en la sala de los sensatos municipales, donde celebraron una reunión. Los delegados, que acababan de saber el fracaso de Lyon, vacilaban. El pueblo quería que se tocase a llamada. El alcalde se negó. A las siete encontró una salida y

prometió proponer un plebiscito sobre el establecimiento de la Comuna. Un delegado leyó esta declaración al pueblo, que abandonó inmediatamente el Hôtel-de-Ville.

En este mismo momento, L'Espée tuvo la feliz ocurrencia de hacer tocar la llamada que el pueblo reclamaba desde media noche. Reunió a algunos guardias nacionales del orden, entró en el Hôtel-de-Ville, completamente evacuado, y gritó victoria en una proclama. El Consejo Municipal acudió a comunicarle el acuerdo tomado por la mañana; L'Espée se negó a señalar fecha para las elecciones; el general le había prometido el apoyo de la guarnición.

A las once de la mañana, la llamada del prefecto reunió a los batallones populares. Algunos grupos gritan ante el Hôtel-de-Ville: «¡Viva la Comuna!» De l'Espée hace venir a su tropa; doscientos cincuenta soldados de infantería y dos escuadrones de húsares que llegan, haciéndose los remolones. La multitud los rodea, el Consejo Municipal protesta; el prefecto tiene que mandar a los soldados retirarse. No quedan frente a la multitud, en el Hôtel-de-Ville, más que una fila de bomberos y dos compañías, de las que sólo una es del orden.

A eso de mediodía, una delegación exige del Consejo Municipal que cumpla su promesa. Los consejeros presentes —muy pocos— consentirían en que se les uniesen dos delegados por compañía. De l'Espée rechaza toda concesión. A las cuatro, se presenta una delegación del comité de la guardia nacional, muy numerosa. El prefecto no quiere admitirla; habla de atrincherarse, de blindar las verjas. Los bomberos apuntan a tierra sus armas, dejan el paso libre a los que llegan, y De l'Espée se ve obligado a recibir algunos delegados.

Fuera, la multitud se irrita ante estas negociaciones. A las cuatro y media llegan los obreros de la manufactura de armas. De una de las casas de la plaza parte un disparo, y mata a un obrero de las pasamanerías, llamado Lyonnet. Responden cien disparos, redobla el tambor, suenan los clarines, los batallones se lanzan hacia el Hôtel-de-Ville, mientras se registra la casa de donde se cree que ha partido la agresión.

Al ruido de estos disparos, el prefecto rompe la con-

ferencia y emprende de nuevo su fuga de la noche antes. Se equivoca de pasillo; le reconocen y le detienen, lo mismo que al sustituto del procurador de la República, en unión del cual lo llevan a la sala grande y lo sacan al balcón. La multitud le abuchea, convencida de que ha sido él quien ha ordenado disparar contra el pueblo. Un guardia nacional del orden, Ventavon, trata de salir de la alcaldía, la gente le toma por el matador de Lyonnet y lo pasean en las parihuelas que han servido para llevar el cadáver al hospital.

El prefecto y el sustituto se quedan en la sala grande, caldeada como un horno. Se acusa a L'Espée de haber mandado disparar el año antes contra los mineros de Aubin. Protesta; él no ha dirigido esas minas, sino las de Archambault. Se exige de él que proclame la Comuna o que dimita. De l'Espée se resiste, discute. Poco a poco, la multitud, cansada, se retira. A las ocho, sólo quedan en la sala una docena de guardias, y los presos toman algún alimento. El presidente de la comisión que se organiza en una sala vecina, viendo que todo está tranquilo, se retira. A las nueve vuelve la multitud. Renace la cólera. El pueblo le grita al prefecto: «¡La Comuna! ¡La Comuna! ¡Que firme!» De l'Espée se ofrece a firmar, con tal de que se le deje añadir que ha sido obligado a ello. Estaba con el sustituto, en manos de dos exaltados, Victoire y Fillon; este último, antiguo proscrito, cerebro desequilibrado, tan pronto se volvía contra la multitud como contra los prisioneros. A las diez se produce una algarada; Fillon se vuelve, hace dos disparos de revólver, al azar, mata a su amigo Victoire y hiere a un tambor. Instantáneamente, los guardias se echan los fusiles a la cara; Fillon y De l'Espée caen muertos. El sustituto, cubierto por el cuerpo de Fillon, ha escapado a la descarga. Al día siguiente fue puesto en libertad, al igual que Ventavon.

Durante la noche, se constituyó una comisión —formada por oficiales de la guardia nacional y por los oradores del Club de la Vièrge— que hizo ocupar la estación, se apoderó del telégrafo, de los cartuchos, del polvorín, y convocó a los electores para el día 29. «La Comuna —dijo— no es ni el incendio, ni el robo, ni el sa-

queo, como muchos se complacen en repetir, sino la conquista de las libertades y de la independencia que nos habían arrebatado las legislaciones imperial y monárquica; es la verdadera base de la República.» En aquella colmena obrera, al lado de los mineros de la Ricamarie y de Firminy, no se dedicaba ni una sola palabra a la cuestión social. La comisión no supo más que tocar a llamada, que no dio resultado.

Al día siguiente, domingo, la tranquila ciudad leía los pasquines de la Comuna, pegados junto a los llamamientos del general y del procurador. El general pedía al Consejo Municipal que retirase su dimisión; fue a decir a los concejales refugiados en su cuartel: «Mis soldados no quieren batirse, pero yo tengo mil fusiles. Si quieren ustedes servirse de ellos, ¡adelante!» El Consejo no descubrió en sus miembros ninguna aptitud militar, y, al mismo tiempo, como en Lyon, se negó a enviar a nadie al Hôtel-de-Ville, «puesto que no se debe tratar más que con gentes honradas».

El 27, la Alianza y «L'Eclaireur» se separaron por completo. La comisión se dislocó. Por la noche, los pocos fieles que quedaban recibieron a dos jóvenes enviados de Lyon por Amouroux. Hablaron de resistencia, y el Hôtel-de-Ville quedó limpio de defensores. El 28, a las seis de la mañana, no había más que un centenar de hombres cuando el general Lavoye se presentó con los francotiradores de los Vosgos y algunas tropas que habían llegado de Montbrison. Se envió un parlamentario a los guardias nacionales, a los que conjuró a que depusiesen las armas, con el fin de evitar la efusión de sangre. Consintieron en evacuar la alcaldía.

Siguiéronse numerosas detenciones. Los conservadores contaron que entre los matadores del prefecto se habían visto caníbales. Su sucesor, Ducros, el autor de los puentes demasiado cortos del Marne, que fue más tarde el famoso prefecto del Orden moral, declaró en estos términos ante la comisión versallesa: «No se respetó su cadáver; le hicieron saltar la cabeza. Por la noche, cosa espantosa, uno de los hombres que tomó parte en el asesinato y que ha comparecido ante la justicia, fue a un café ofreciendo a los consumidores algunos tro-

zos del cráneo de L'Espée, del que hacía crujir entre sus dientes algunos pedazos.» Ducros precisaba: «Ese hombre había sido detenido, juzgado y absuelto.» Horrible imaginación que han fustigado hasta los radicales de Saint-Etienne, bien poco simpatizantes con la Comuna, en la que «L'Eclairneur» veía un movimiento bonapartista. Los trabajadores se dieron perfecta cuenta de que estaban vencidos, y en el solemne entierro de De l'Espée, se oyeron sordas protestas.

Le Creusot

Igual derrota de los proletarios en Le Creusot, donde, sin embargo, los socialistas administraban la ciudad desde el 4 de septiembre. El alcalde era Dumay, antiguo obrero fabril. El 25 de marzo, ante las noticias de Lyon, se habló de proclamar la Comuna. El 26, los guardias nacionales, al ser revistados gritaron: «¡Viva la Comuna!» y la multitud les acompañó hasta la plaza del Ayuntamiento, ocupada por el coronel de coraceros Gerhardt. Éste da orden de hacer fuego; la infantería se niega. Quiere hacer cargar a la caballería; los guardias calan las bayonetas e invaden la alcaldía. Dumay promulga la destitución de los versalleses y proclama la Comuna. Después, como en todas partes, se quedan cruzados de brazos. El comandante de Le Creusot vuelve al día siguiente con refuerzos, dispersa a la multitud que se estacionaba, curiosa y pasiva, en la plaza, y se apodera del Ayuntamiento.

En cuatro días, todos los focos revolucionarios del Este, Lyon, Saint-Etienne y Le Creusot, caen batidos. Bajemos por el Ródano y corrámonos al Mediodía.

CAPÍTULO XII

La Comuna en Marsella, Toulouse y Narbona.

Desde las elecciones del 8 de febrero, Marsella había vuelto a experimentar la efervescencia de la guerra. El advenimiento de los reaccionarios, el nombramiento de Thiers, la vergonzosa paz hecha de cualquier manera, la monarquía entrevista, los desafíos y las derrotas, todo lo había sentido tan vivamente como París la valerosa ciudad. La noticia del 18 de marzo cayó en un polvorín. Sin embargo, se esperaban informes, cuando el 22 llegó el parte de Rouher-Canrobert.

Inmediatamente se llenaron los clubs, verdaderos focos de la férvida vida marselesa. Los radicales, prudentes y metódicos, dominaban el Club de la Guardia Nacional. Las corrientes populares se manifestaban en el «Eldorado», donde se aplaudía a Gaston Crémieux, hombre de palabra elegante y femenina, con verdaderos aciertos, como lo demostró en Burdeos. Gambetta le debía su elección por Marsella en el 69. Acudió al Club de la Guardia Nacional, denunció a Versalles, dijo que no se podía dejar que pereciese la República, que había que hacer algo. El club, aunque muy indignado ante las noticias, no quiso precipitar los acontecimientos. Las proclamas del Comité Central no anunciaban, decía, una política francamente definida. Firmadas por desconocidos, tal vez fuesen obra bonapartista.

El argumento resultaba ridículo en Marsella, donde era el despacho de Thiers el que provocaba la indignación. ¿Quiénes olían a bonapartismo, aquellos desconocidos sublevados contra Versalles, o Thiers, que protegía a Rouher y a sus ministros y se jactaba de la oferta de Canrobert?

Después de un discurso del sustituto del procurador de la República, Bouchet, Gaston Crémieux volvió sobre su primer impulso y, acompañado de delegados del club, se trasladó al «Eldorado». Leyó, comentó «L'Officiel» de París y, arrastrado por sus propias palabras, acabó di-

ciendo: «El gobierno de Versalles ha levantado su muleta contra lo que llama la insurrección de París; pero la muleta se ha destrozado en sus manos, y de ella ha surgido la Comuna. Juremos que estamos unidos para defender al gobierno de París, único que reconocemos.»

La población se contenía aún. El prefecto la abofeteó con una estúpida provocación. El almirante Cosnier, marino distinguido, perfecta nulidad política, ajeno a aquel medio al que acababa de llegar, fue el instrumento de la reacción. Ésta había chocado ya varias veces, desde el 4 de setiembre, con la guardia nacional —los cívicos— que habían proclamado la Comuna y expulsado a los jesuitas. El padre Tissier, aunque ausente, continuaba dirigiéndola. La moderación de los clubs le pareció cobardía; se creyó bastante fuerte para un golpe estrepitoso.

Por la noche, el almirante celebró consejo con el alcalde Bories, que había arrastrado a las coaliciones clerical-liberales al procurador de la República Guibert, tímido y fluctuante, y al general Espivent de la Villeboisnet, una de esas sangrientas caricaturas que engendran las guerras civiles del Ecuador para abajo. Legitimista obtuso, devoto embrutecido, general de antecámara, antiguo miembro de comisiones mixtas, expulsado de Lille durante la guerra por el pueblo indignado ante su ineptia y sus antecedentes, aportó a la prefectura la consigna de los curas y de los traganíños reaccionarios: una manifestación de la guardia nacional en favor de Versalles. Más hubiera hecho, sin duda, de haber sido toda su guarnición algo más que unos cuantos desechos del ejército del Este y de los artilleros desbandados. El almirante-prefecto, totalmente engañado, aprobó la manifestación y dio orden al alcalde y al coronel de la guardia nacional para que se aprestasen a ella.

El 23 de marzo, a las siete de la mañana, suena el tambor y responden los batallones populares. A las diez, están alineados en Cours du Chapitre, mientras forma en Cours Saint-Louis la artillería de la guardia nacional. A mediodía, francotiradores, guardias nacionales, soldados de todas las armas, se mezclan y agrupan en

Cours Belzunce. Los batallones de la Belle-de-Mai y de Endoume llegan gritando: «¡Viva París!» Los batallones del orden faltan a la cita.

El Consejo Municipal se asusta, desautoriza la manifestación fija una proclama republicana. El Club de la Guardia Nacional se une al Consejo y pide que vuelva a París la Asamblea, que se incapacite para el desempeño de los cargos públicos a todos los cómplices del Imperio.

Los batallones no se mueven de su sitio, gritan: «¡Viva París!» Pasan frente a ellos oradores populares, los arengan. El club, que ve inminente la explosión, envía a Crémieux, Bouchet y Frayssinet a pedir al prefecto que dé orden de romper filas y que dé cuenta de los partes recibidos de París. Los delegados discuten con Cosnier, cuando en la plaza se alza un inmenso clamor. La prefectura está sitiada.

Cansados por un plantón de seis horas, los batallones se habían puesto en conmoción, con sus tambores a la cabeza. Varios millares de hombres desembocan en la Canebière y, bajando por la calle Saint-Ferréol, se presentan ante la prefectura. Los delegados del club parlamentan, suena un disparo. La multitud se arremolina, detiene al prefecto, a sus dos secretarios y al general Ollivier. Gaston Crémieux aparece en un balcón, habla de los derechos de París, recomienda que se mantenga el orden. La multitud aplaude y continúa invadiéndolo todo, busca, quiere armas. Crémieux organiza dos columnas y las envía a las forjas y a los astilleros de Menpenti, que entregaron sus fusiles.

La ciudad, del pueblo

Se forma, en mitad del tumulto, una comisión de seis miembros: Crémieux, Job, Etienne, mozo de cuerda; Maviel, zapatero; Guillard, ajustador, y Allerini. Deliberan en medio de la multitud. Crémieux propone que se ponga en libertad al almirante y a los demás. El pueblo quiere que sigan presos como rehenes. Al almirante lo llevan a una habitación vecina, donde queda

estrechamente custodiado. Le piden que dimita, singular manía de todos estos movimientos populares. Cosnier, completamente desorientado, firma, como un hombre honrado que quiere evitar la efusión de sangre. Meses más tarde, injuriado por los reaccionarios y temiendo que se interpretase la dimisión como una cobardía, se levantó la tapa de los sesos.

La comisión hizo saber que concentraba en sus manos todos los poderes, y, dándose perfecta cuenta de que debía ampliar su base, invitó al Consejo Municipal y al Club de la Guardia Nacional a que le enviasen cada uno tres delegados. El Consejo designó a David Bosc, Desservy y Sidore; el club, a Bouchet, Cartoux y Fulgéras. Al día siguiente publicaron una proclama moderada: «Marsella ha querido evitar la guerra civil provocada por las circulares de Versalles. Marsella apoyará al gobierno republicano regularmente constituido que resida en la capital. La comisión departamental, formada con el concurso de todos los grupos republicanos, velará por la República hasta que una nueva autoridad, emanada de un gobierno regular, que resida en París, venga a relevarla.»

Los nombres del Consejo Municipal y del club tranquilizan a la clase media. Los reaccionarios continúan escondiendo la cabeza. El ejército había evacuado la ciudad durante la noche. Abandonando al prefecto en el hondón a que él mismo lo había arrojado, el cobarde Espivent había ido a ocultarse, al ser invadida la prefectura, en casa de la querida de un comandante de la guardia nacional, al que hizo condecorar más tarde por este servicio de orden moral. A media noche logró escabullirse, reuniéndose con las tropas que, sin que nadie las molestase, llegaron al pueblo de Aubagne, a 17 kilómetros de Marsella.

La ciudad quedaba por entero en manos del pueblo. Este completo triunfo hizo perder la cabeza a los más entusiastas. En esta ciudad del sol no hay matices. El cielo, el campo, los caracteres, tienen colores crudos, de batalla. El 24, los cívicos enarbolaron la bandera roja. La comisión, que se reunía bajo su dependencia, les pareció tibia. Sidore, Desservy, Fulgéras se abste-

nían de acudir a la prefectura. Cartoux había ido a informarse a París. Todo el peso descansaba sobre Bosc y Bouchet, que se esforzaban, con Gaston Crémieux, en encauzar el movimiento, consideraban peligrosa la bandera roja e inútil el conservar rehenes. No tardaron en hacerse sospechosos por esto, y fueron amenazados. El 24 por la noche, Bouchet, desalentado, presentó su dimisión; Gaston Crémieux fue a quejarse al Club de la Guardia Nacional, y Bouchet consintió en volver a su puesto.

Por la ciudad corría el rumor de estos desacuerdos. La comisión anunció el 25 que «la unía al Consejo Municipal la inteligencia más estrecha». El mismo día, el Consejo se declaraba único poder existente, y exhortaba a los guardias nacionales a que saliesen de su apatía. Comenzaba entre la reacción y el pueblo un juego miserable, copiado de los diputados de la izquierda, en los que se apoyaba Dufaure en sus despachos.

Espivent imitaba la táctica de Thiers. Desvalijó a Marsella de todas sus administraciones. Las cajas públicas, los servicios de la plaza habían huido a Aubagne. Mil quinientos garibaldinos del ejército de los Vosgos, que estaban esperando a ser repatriados, soldados que volvían a sus depósitos de África, sin pan, sin dinero, sin hoja de ruta, se hubieran quedado en medio del arroyo de no haber hecho Crémieux y Bouchet que el consejo nombrase un intendente provisional. Gracias a la comisión, los que habían derramado su sangre por Francia recibieron pan y abrigo. Crémieux les dijo en una proclama: «Cuando sea preciso, os acordaréis de la mano fraternal que os hemos tendido.» ¡Apacible entusiasta que veía la revolución en forma de bucólica!

El día 26 se acentuó el aislamiento. Nadie se armaba contra la comisión, pero nadie se unía tampoco a ella. Casi todos los alcaldes del departamento se negaban a hacer pegar en sitios públicos sus proclamas. En Arles fracasó una manifestación en favor de la bandera roja. Los huéspedes de la prefectura no hacían nada por explicar su bandera, y en esta calma chicha, ante Marsella curiosa, colgaba del campanil la bandera, inmóvil y muda como un enigma.

La capital del suroeste veía morir su movimiento. Toulouse se había estremecido ante el golpe del 18 de marzo. En Toulouse —en el barrio Saint-Cyprien— vibra una población obrera inteligente y valerosa. Formaba parte el núcleo de la guardia nacional y desde el día 19 se relevaban en los puestos al grito de «¡Viva París!» Fueron a pedirle al prefecto Duportal, antiguo proscrito del 51, que se pronunciase en pro o en contra de París. «L'Emancipation», que inspiraba Duportal, hacía campaña contra los rurales, y el prefecto había acentuado en una reunión pública la nota republicana. Los clubs le acuciaron, imponiendo a los oficiales de la guardia nacional el juramento de defender la República, pidiendo cartuchos. Thiers, al ver que Duportal seguiría fatalmente la pendiente, nombró en su lugar a Kératry, el antiguo prefecto de policía del 4 de setiembre. Llegó Kératry en la noche del 21 al 22, se enteró de que la guarnición no pasaba de 600 hombres desbandados, que toda la guardia nacional se declararía a favor de Duportal, y se batió en retirada hacia Agen.

El 22, la guardia nacional preparaba una manifestación para apoderarse del arsenal. Duportal y el alcalde acudieron al Capitolio, el Hôtel-de-Ville de Toulouse. El alcalde declaró que la revista no se celebraría! Duportal, que dimitiría antes que pronunciarse. Los generales, asustados ante el empuje del *faubourg*, se refugiaron en el arsenal. El alcalde y la comisión municipal escurrieron el bulto, y Duportal, en su prefectura, parecía tanto más destinado a las simpatías de la guardia nacional. Se esforzó por tranquilizar a los generales, les habló de su firme resolución de mantener el orden en nombre del gobierno de Versalles, único cuya legitimidad reconocía, y supo infundirles el convencimiento suficiente para que escribiesen a Thiers que le mantuviese en su puesto. Kératry, apoyándose en sus declaraciones, le pidió su apoyo para tomar posesión de la prefectura. Duporal le dio cita ante los oficiales de los móviles

y de la guardia nacional, convocados para el siguiente día 24. El otro comprendió y se quedó en Agen.

En esta reunión debían recibirse los alistamientos para Versalles. De sesenta, sólo se ofrecieron cuatro oficiales de los móviles. Los de la guardia asistían en ese mismo momento a una manifestación que no podía ser más diferente, organizada contra Kératry. A la una, dos mil hombres salen de la plaza del Capitolio y se dirigen a la prefectura. Duportal recibe a los oficiales. Lejos de sostener a la Asamblea, están dispuestos, dicen, a ir contra ella. Si Thiers no quiere hacer la paz con París, ellos proclamarán la Comuna. De todos los rincones se alzan gritos de «¡Viva la Comuna! ¡Viva París!» Los oficiales se exaltan, deciden la prisión de Kératry, proclaman la Comuna, obligan a Duportal a ponerse al frente de ella. Él se niega y ofrece solamente consejos. Los oficiales le acusan de desmayar, le deciden a que vaya a la plaza de la prefectura, donde los guardias nacionales le aclaman. La manifestación vuelve al Capitolio.

Apenas han llegado a la sala grande, los directores del cotarro parecen en el colmo de la perplejidad. Ofrecen la presidencia al alcalde, a otros munícipes que hurtan el cuerpo, a Duportal, que sale del apuro redactando un manifiesto, al que se da lectura desde el balcón principal. La Comuna de Toulouse declara querer la República una e indivisible, conjura a los diputados de París a que hagan de intermediarios entre el gobierno y la gran ciudad, y a Thiers a que disuelva la Asamblea. La multitud aclama a esta Comuna, que creía en los diputados de la izquierda y en un Thiers oprimido.

Por la noche, los oficiales de la guardia nacional nombraron una comisión ejecutiva en la que no figuraban los principales directores del movimiento. La comisión se contentó con fijar el manifiesto, no se preocupó de adoptar las menores precauciones, ni siquiera la de tomar la estación. Los generales, con todo, no se atrevían a moverse del arsenal.

El día 26, el primer presidente y el procurador general fueron a unírseles, y lanzaron una proclama para

agrupar en torno suyo la población. La guardia nacional quería responder apoderándose del arsenal, y el barrio Saint-Cyprien se dirigió inmediatamente a la plaza del Capitolio. La comisión ejecutiva prefirió negociar, mandó a decir al arsenal que se disolvería si el gobierno nombraba un prefecto republicano en lugar de Kératry, y abandonó por completo a Duportal, que no había hecho nada por ponerse en cabeza del movimiento. Las negociaciones duraron toda la noche. Los guardias nacionales se volvieron a casa, creyéndolo todo terminado.

Kératry, informado de estos desfallecimientos, llegó el 27 con tres escuadrones de caballería, se dirigió al arsenal, rompió todas las negociaciones y dio la orden de marcha. A la una, el ejército del orden sale con doscientos soldados desparejados. Un destacamento ocupa el puente de Saint-Cyprien para aislar a este barrio de la ciudad; otro se dirige a la prefectura; el tercero, con el general Nansouty, Kératry y los magistrados, marcha contra el Capitolio. Trescientos hombres guarnecen los patios, las ventanas, la terraza. Kératry despliega sus tropas, enfila seis piezas a sesenta metros del edificio, al alcance de los fusiles de los insurgentes. El primer presidente y el procurador general avanzan para parlamentar; Kératry hace algunas intimaciones, que el griterío ahoga. Una sola descarga al aire hubiera dispersado a estos asaltantes, si los dirigentes no hubiesen huido del Capitolio. El arrojo de unos pocos hombres iba a hacer que se entablase la lucha, cuando la Asociación Republicana intervino y persuadió a los guardias nacionales de que debían retirarse. La toma de la prefectura fue menos difícil aún, y aquella misma noche Kératry durmió en el lecho de Duportal. Los miembros de la comisión ejecutiva publicaron al día siguiente un manifiesto que les aseguró la impunidad; uno de ellos se hizo nombrar alcalde por Kératry.

La generosa población obrera de Toulouse, sublevada al grito de «¡Viva París!», fue abandonada de esta suerte por los mismos que la habían insurreccionado. Desastroso fracaso para París, porque el suroeste hubiera seguido a Toulouse.

Narbona

El hombre de cabeza y de acción que faltó en los movimientos del Mediodía se encontró en la insurrección de Narbona. La vieja ciudad, gala por el empuje, romana por la tenacidad, es el verdadero foco de la democracia en el Aude. En ninguna parte, durante la guerra, se protestó más vigorosamente contra las flaquezas de la Delegación. La guardia nacional de Narbona no tenía fusiles cuando la de Carcassona estaba armada desde hacía mucho tiempo. Al recibir la noticia del 18 de marzo, Narbona no vaciló, se puso al lado de París. Para proclamar la Comuna se pensó inmediatamente en Digeon, proscrito del Imperio, hombre de convicciones arraigadas y de carácter seguro. Digeon, tan modesto como resuelto, ofreció la dirección del movimiento a su camarada de destierro, Marcou, conocido jefe de la democracia en el Aude y uno de los más fogosos adversarios de Gambetta durante la guerra. Marcou, astuto abogado, por miedo a comprometerse y temiendo la energía de Digeon en la capital del distrito, le empujó hacia Narbona. Llegó el 23 y pensó primeramente en convertir el Consejo Municipal a la idea de la Comuna. El alcalde, Raynald, se negó a reunir el Consejo, y el pueblo invadió el Hôtel-de-Ville el 24 por la noche, se armó con los fusiles que la municipalidad tenía en su poder, e instaló en la casa consistorial a Digeon y a sus amigos. Digeon salió al balcón, proclamó la Comuna de Narbona unida a la de París y adoptó inmediatamente medidas defensivas.

Al día siguiente, el alcalde trató de reunir la guarnición, y algunas compañías aparecieron ante el Hôtel-de-Ville. El pueblo, sobre todo las mujeres, entusiastas de la Comuna, dignas de sus hermanas parisienses, desarmaron a los soldados. Un capitán y un teniente fueron detenidos como rehenes. El resto de la guarnición fue a encerrarse en el cuartel Saint-Bernard. Raynald, que persistía en animar la resistencia, fue detenido por la multitud el 26. Digeon puso a los tres rehenes a la cabeza de un destacamento de guardias nacionales,

se apoderó de la prefectura, dejó algunos piquetes en la estación y en el telégrafo. Para armarse, forzó el arsenal, donde, a pesar del teniente que mandaba el fuego, los soldados entregaron sus fusiles. Ese mismo día llegaron los delegados de las Comunas vecinas, y Digeon se ocupó de generalizar el movimiento.

Se había dado perfecta cuenta de que las insurrecciones departamentales se derrumbarían inmediatamente si no estaban fuertemente unidas, y quería tender la mano a las sublevaciones de Tolouse y de Marsella. Ya Béziers, Perpiñán y Cette, habían hecho que les prometiera su apoyo. Se disponía a partir para Béziers, cuando, el 28, llegaron dos compañías de turcos, seguidas inmediatamente por otras tropas enviadas de Montpellier, Toulouse y Perpiñán. Digeon tuvo que encerrarse en la defensiva, hizo levantar barricadas, reforzó los puestos, recomendando a los sublevados que esperaran siempre a ser atacados y que apuntasen únicamente a los oficiales.

Hemos de volver sobre esto. París nos reclama. El resto de las agitaciones de provincias no pasaron de ser estremecimientos. El 28, en el momento en que París se absorbe en su júbilo, no hay en toda Francia más que dos Comunas en pie: Marsella y Narbona.

CAPÍTULO XIII

Primeras sesiones de la Comuna. — Deserción de los alcaldes y adjuntos.

«La Revolución está en el pueblo, y no en la celebridad de unos cuantos personajes.»

Saint-Just a la Convención. 31 de mayo de 1794.

Todavía vibraba la plaza, cuando unos sesenta de los concejales elegidos se congregaron en el Hôtel-de-Ville. Muchos de ellos no se habían visto nunca; la mayor parte se conocían, como amigos o como adversarios; liberales humillados por su última derrota, revolucionarios exuberantes con la victoria. El escrutinio había dado dieciséis alcaldes o adjuntos liberales, algunos irreconciliables, y sesenta y seis revolucionarios de todos los matices.¹

1. Ad. Adam, Méline, Rochard, Barré (*Louvre*). — Brelay, Loiseau-Pinson, Tirard, Chéron (*Bourse*). — Charles Murat (*Temple*). — Albert Le Roy, Robinet (*Luxembourg*). — Desmarets, E. Ferry, Nast (*Opéra*). — Marmottan, De Bouteiller (*Passy*).

Goupil (*Luxembourg*). — E. Lefèvre (*Palais-Bourbon*). — A. Ranc, Ulysse Parent (*Opéra*).

Demay, Antoin Arnaud, Pindy, Dupont (*Temple*). — Arthur Arnould, Lefrançais, Clémence, E. Gérardin, Amouroux (*Hôtel-de-Ville*). — Regère, Jourde, Tridon, Blanchet, Ledrot (*Panthéon*). — Beslay, Varlin (*Luxembourg*). — Parizel, Urbain, Brunel (*Palais-Bourbon*). — Raoul Rigault, Vaillant, Arthur Arnould, Jules Alix (*Champs-Élysées*). — Gambon, Félix Pyat, Fortuné Henry, Champy, Babick, Rastoul (*Enclos-Saint-Laurent*). — Mortier, Delescluze, Assi, Protot, Eudes, Avrial, Verdure (*Popincourt*). — Varlin, Geresme, Theisz, Fruneau (*Reuilly*). — Léo Meillet, Duval, Chardon, Léo Frankel (*Gobelins*). — Billioray, Martelet, Decamp (*Observatoire*). — V. Clément, Jules Vallès, Langevin (*Vaugirard*). — Varlin. E. Clément, Ch. Gérardin, Chalain, Malon (*Batignolles*). — Blanqui, Theisz, Dereure, J.-B. Clément, Ferré, Vermorel, Paschal Grousset (*Montmartre*). — Oudet, Puget, Delescluze, Jules Miot, Ostyn, Flourens (*Buttes-Chaumont*). — Bergeret, Ranvier, Flourens, Blanqui (*Ménilmontant*)*.

* Lissagaray escribe: «72 revolucionarios de todos los matices».

Duraba aún el eco del fervor del sitio y de las últimas semanas. Por más que el Comité Central hubiese dicho el día 19: «preparad vuestras elecciones comunales», y aunque «L'Officiel» había trazado algo así como un programa, ningún distrito, salvo dos o tres, había dispuesto sus preparativos. Por propio impulso, los barrios ricos habían elegido muchos alcaldes o adjuntos; los barrios populares, a algunos veteranos de la República: Delescluze, Gambon, Blanqui, detenido el 17 en provincias, Félix Pyat, Jules Miot, Ch. Beslay, uno de los militantes del Imperio y del sitio, Flourens, Tridon, Vermorel, Vallès, Lefrançais, Vaillant, Raoul Rigault, Ferré, Cournet, Paschal Grousset, etc., revueltos con celebridades de mítin. El Comité Central no se había presentado a los electores; a pesar de ello, fueron elegidos algunos de sus miembros: Jourde, Mortier, Assi, Billio-ray, etc.

Veinticinco obreros, de los cuales sólo trece pertenecían a la Internacional, representaban el pensamiento, el esfuerzo, el honor del proletariado parisiense: Malon, Varlin, Duval, Theisz, Avrial, Ranvier, Pindy, Langevin, Amouroux, Frankel, Champy, etc. La inmensa mayoría revolucionaria estaba constituida, por tanto, por pequeños burgueses, empleados, contables, médicos, maestros, hombres de ley, publicistas (hubo hasta doce de éstos). De los inocentes de la política que fueron los del Comité Central, París, por una consecuencia inevitable, pasaba a los socialistas y a los políticos conocidos desde hacía tiempo en sus respectivos círculos. La mayor parte de los concejales elegidos eran sumamente jóvenes; algunos de ellos tenían, a lo sumo, veinticinco años.

ces.» Pero omite a Cournet, cuyo nombre hay que incluir entre los concejales elegidos por Buttes-Chaumont. Por otra parte, no tiene en cuenta que, como Varlin fue elegido por tres distritos a la vez, y Arnould, Theisz, Blanqui, Delescluze y Flourens por dos, hay que borrar siete nombres de la lista de «revolucionarios de todos los matices», que, como se ve, quedan reducidos a sesenta y seis (72 + 1 — 1). [N. del T.]

La primera sesión

El encuentro tuvo lugar a las nueve, en la sala de la antigua comisión municipal del Imperio, que da a la famosa escalera, de doble vuelta, del patio Luis XIV. Fue un encuentro ocasional; el Comité Central no había dejado ninguna orden de recepción.

La presidencia correspondía al «tío» Beslay. Con sus setenta y dos años,² flaco, de estatura más que regular, dotado de una huesuda armazón bretona, hijo de un diputado liberal, elegido en 1830 y en 1848, Beslay había ido pasando, en una marcha ascendente, del liberalismo a la República, y, dueño de industrias prósperas, al socialismo. Con ser uno de los fundadores de la Internacional, se negó a entrar en los consejos de ésta, diciendo a los obreros: «Arreglaos entre vosotros; no deis acogida a los capitalistas ni a los patronos.» Después de la invasión, a los setenta y un años, corre a Metz, se encuentra con un hulano cerca de Saint-Privat, y lo tiende en tierra con su bastón de nudos. Logra volver a París, alienta a la gente a la defensa, firma los pasquines de la Corderie, hostiga a su compatriota Trochu, y se expone a ser detenido. Es un raro superviviente de una burguesía vigorosa; pero aún es más raro como ejemplo del agradecimiento del pueblo, que lo envió al Hôtel-de-Ville.

No es una sesión lo que preside, sino un choque confuso de mociones que corta a veces el rumor de los guardias nacionales acampados en el patio. Paschal Grousset y Mortier piden que sea Blanqui presidente honorario, y hubiera habido una discusión a cuenta de ello, de no haber presentado Lefrançais la siguiente moción previa: «*La Guardia Nacional y el Comité Central han contraído evidentes méritos respecto de París y de la República*», votada por aclamación. Lefrançais, Ranc y Vallès quedan encargados de redactar una proclama,

2. En realidad, Beslay había nacido el 4 de julio de 1795. Por consiguiente, en marzo de 1871 no tenía setenta y dos años, sino que andaba por los setenta y seis. (N. del E.)

de acuerdo —pide J. B. Clément— con el Comité Central, cuyos delegados esperan en una sala vecina. Se encarga a Lefrançais de unirlos a ellos. Se habla de someter a revisión las elecciones, con arreglo a tal o cual ley. Los más entusiastas no sienten necesidad de ninguna ley, proponen el orden del día, declaran que la asamblea es revolucionaria, y sobre todo no quieren que haya sesiones públicas. Danton, en la apertura de la Convención, hizo justicia a una moción idéntica. Pero la de ahora produce extrañeza en la Comuna. Arthur Arnould: «No somos el consejo de ninguna pequeña comuna.» «Somos un consejo de guerra —declara Paschal Grousset—, no tenemos necesidad alguna de dar a conocer nuestras decisiones a nuestros enemigos.» Varios —Jourde, Theisz—: «Hay que ser responsables siempre.» Ranc hace que se aplaze la cuestión hasta el día siguiente. Loiseau-Pinson pide la abolición de la pena de muerte en todos los órdenes de delitos. Vuelve a hablarse de las elecciones; las actas de diputado y de Comuna deben ser incompatibles, dicen Vallès, Jourde, Theisz. En este momento, Tirard, que difícilmente lograba contenerse ante aquella balumba de proposiciones, pide la palabra: «Mi acta —dice— es puramente municipal; puesto que se ha hablado de abolición de leyes y de una Comuna que habrá de ser un consejo de guerra, yo no tengo derecho a seguir aquí por más tiempo. En cuanto a la doble acta, antes de ahora es cuando hubiera debido imponerse la rescisión», y envuelve su dimisión en una ironía: «Os dejo mis votos más sinceros; ojalá triunféis en vuestra tarea.» Esta zumba, su evidente mala fe, irritan a la concurrencia. Lefrançais desestima la dimisión, quiere que se declare nula el acta; los que no pueden contenerse hablan de detención. Al fin, dejan a Tirard en libertad, atendiendo a que había dicho en la tribuna versallesca: «Cuando entra uno en el Hôtel-de-Ville, no está seguro de salir de allí.»

A diferencia de Tirard, Cournet presenta su dimisión como diputado, y Delescluze explica por qué no ha dimitido en Burdeos y hoy, en cambio, está dispuesto a hacerlo. Vuelven a empezar las mociones. Se da

orden de encomendar la custodia de las puertas de Passy y de Auteuil a los guardias nacionales fieles. Lefrançais vuelve a decir que los delegados del Comité Central mandan a preguntar a qué hora podrá venir dicho Comité al día siguiente, para hacer entrega de sus poderes. Por fin, se logra establecer el orden del día para la sesión siguiente.

El viejo reloj de la torre da las doce. Media noche. La Asamblea se pone en pie gritando: «¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!» Ferré, secretario con Raoul Rigault, recoge las notas informes que habrán de constituir el acta de la reunión. Los guardias del patio gritan «¡Viva la Comuna!» al paso de los miembros elegidos para la Asamblea. París se durmió entre las charangas que se iban desvaneciendo; por primera vez desde el 18 de marzo se apagaron las luces del Hôtel-de-Ville y los centinelas no tuvieron que cambiar entre sí santo y seña alguno.

Al día siguiente, Delescluze presentó su dimisión como diputado, y declaró que optaba por la nueva acta que le había conferido París. Rochard, en cambio, siguió el ejemplo de Tirard, y se retiró. Raoul Rigault, recogiendo la proposición de la víspera, pidió la presidencia honoraria para Blanqui. Delescluze se opuso a ello, y Cournet dijo: «Respecto de Blanqui, debemos ocuparnos de hacer algo que sea más eficaz.» Se decidió que la mesa estaría formada por un presidente, dos asesores y dos secretarios, y que se renovaría cada semana. Lefrançais fue elegido presidente. Antes de cederle el sitio, el «tío Beslay», con voz recia, saludó a la Comuna y definió felizmente la joven revolución: *«La liberación de la Comuna de París es la liberación de todas las comunas de la República. Más valientes que vuestros antecesores, habéis salido adelante, y puede contarse con que la República saldrá adelante con vosotros. Nuestros adversarios han dicho que maltratamos a la República. Si lo hemos hecho, es como a la estaca que se clava más profundamente en la tierra. La República del 93 era un soldado que necesitaba centralizar todas las fuerzas de la patria, la República del 71 es un trabajador que necesita, ante todo, libertad para*

hacer que la paz sea fecunda. ¡Paz y trabajo! Ese es nuestro porvenir. Ahí tenéis la seguridad de nuestro desquite y de nuestra regeneración social. La Comuna se ocupará de lo que es local; el departamento, de lo que es regional; el gobierno, de lo que es nacional. Con que no pasemos de ese límite, el país y el gobierno se sentirán felices y orgullosos al aplaudir esta Revolución tan grande, tan sencilla.» Ingenua ilusión de un viejo que, sin embargo, tenía la experiencia de una larga vida política.

La Asamblea se dividió en comisiones encargadas de los diferentes servicios: Comisión Militar, de Hacienda, de Justicia, de Seguridad General, de Trabajo y de Cambio, de Subsistencias, de Relaciones Exteriores, de Servicios Públicos, de Enseñanza. Se nombró una comisión ejecutiva permanente por un mes, compuesta por Lefrançais, Duval, Félix Pyat, Bergeret, Tridon, Eudes, Vaillant. Tres de ellos —Duval, Bergeret y Eudes— pertenecían también a la Comisión Militar.

Se recibe, por fin, a la delegación del Comité Central. «*Ciudadanos —dice Boursier— el Comité Central viene a entregar en vuestras manos sus poderes revolucionarios. Volvemos a las atribuciones concedidas por nuestros estatutos. El Comité Central no puede inmiscuirse en los actos de la Comuna, único poder normal; los hará respetar, y se limitará a reorganizar la guardia nacional.*» Estas explicaciones, dice el acta, son favorablemente acogidas, y el Comité Central se retira a los gritos de «¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!»

En la sesión de la noche, los empleados de consumo vinieron a adherirse a la Comuna. Lefrançais leyó, en nombre de la comisión nombrada la víspera, una proclama que a unos pareció larga, a otros incompleta. Se encargó a otra comisión redactar un nuevo proyecto. Mientras esta comisión trabajaba, Pyat, por matar el tiempo, propuso que se aboliesen las quintas.

El 3 de marzo, Pyat se había escabullido de la Asamblea Nacional sin presentar su dimisión, de igual modo que había desertado del Hôtel-de-Ville el 31 de octubre y de la prisión días después. El 18 de marzo se había estado agazapado, ni más ni menos que el 31 de octu-

bre. Delescluze se unió a la Asamblea desde los primeros días. Félix Pyat esperó la hora del triunfo, y la víspera de las elecciones hizo sonar los címbalos ante el Comité «que hace modesto todo nombre y pequeño todo genio». Elegido por doce mil votos en el distrito X, acudió arrogantemente al Hôtel-de-Ville.

Entre la multitud de dramaturgos, taumaturgos, románticos y visionarios que desde 1830 tiraban de las piernas a la revolución social, le correspondía a él la parte de los llamamientos al regicidio, a la chuanería revolucionaria, cartas, alegorías, brindis, invocaciones, trozos de retórica sobre los acontecimientos del día, toda la hojalatería de la Montaña, refrescada con una capa de barniz humanitario. Durante el Imperio, sus truculentos manifiestos del destierro hicieron las delicias de la policía y de los periódicos bonapartistas; excelente carne sin sustancia lanzada al pueblo, que no podía extraer de ella el menor jugo vital. Esta embriaguez de ilota era, en sus tres cuartas partes, fingida. El desmelenado, el loco de los tablados, resultaba entre bastidores astuto, retorcido, prudentísimo. En el fondo, no era más que un escéptico amargado, sincero solamente en la idolatría de sí mismo. Llegaba a la Comuna con los bolsillos atestados de decretos.

Cuando leyó su proposición, los románticos aplaudieron, y la proposición pasó volando. Por la mañana, sin embargo, se había aplaudido a Beslay, que pedía se reservasen al Estado los servicios nacionales, y el proyecto de proclama que la comisión vino a traer no erigía, ni mucho menos, a la Comuna en Constituyente. Fue votado, sin embargo, y firmado por *La Comuna de París*. Loustalot, en 1789, se quejaba de que la municipalidad de París usurpase el nombre de Comuna, que significa, decía, la universalidad de los ciudadanos. El caso era diferente en 1871, en que la Comuna se había transformado en un nombre de partido. Los elegidos el 18 de marzo tomaron el nombre de miembros de la Comuna que el público les daba, y que era preciso conservar para la claridad de la historia.

El 30 de marzo por la mañana, París supo lo que era su Comuna. «*Hoy —decía la primera proclama—, la espe-*

rada decisión sobre los alquileres, mañana la de los vencimientos, todos los servicios públicos restablecidos y simplificados, la guardia nacional inmediatamente reorganizada: tales serán nuestros primeros actos.» Un decreto establecía una rebaja general, para los plazos comprendidos entre octubre del 70 y julio del 71, de las sumas adeudadas por alquileres. Versalles no ofrecía más que aplazamientos; una verdadera iniquidad. La Comuna libraba de pagar, diciendo con razón que la propiedad debía contribuir con su parte de sacrificios, pero se olvidaba de exceptuar a una multitud de industriales que habían obtenido escandalosas ganancias durante el sitio; se retrocedía ante una investigación.

Comité Central y Comuna

El Comité Central quiso adherirse, por medio de una proclama, a los decretos de la Comuna. Ésta se molestó por ello en la sesión del 30, y Duval pidió que se negase al Comité todo poder político. Llegó, en esto, una delegación del Comité. Era el momento de que la Comuna se afirmase. Única representante de la población, única responsable, absorbía en aquellos momentos todos los poderes y no podía tolerar a su lado a un Comité nostálgico de su antiguo papel. La Comuna había hecho justicia al Comité Central reconociendo con su voto que el Comité había merecido bien de París y de la República; lo había recibido calurosamente la víspera, pero hoy tenía que declarar terminada su misión. En lugar de hablar francamente, lo que hubo fue una serie de recriminaciones.

Un miembro de la Comuna recordó la promesa del Comité de disolverse después de las elecciones. A menos que tendiese a conservar el poder, no se comprendía para qué hacía falta su organización. Los delegados, dirigidos por Arnold, que perteneció luego a la Comuna, se mostraron hábiles.

«Es la Federación —dijeron— la que ha salvado a la República. Todavía no se ha dicho todo. Disolver esta

organización es disgregar vuestra fuerza. El Comité Central no pretende retener ninguna parte de gobierno; es el lazo de unión entre vosotros y la guardia nacional, el brazo de la revolución. Volvemos a ser lo que éramos, el gran consejo de familia de la guardia nacional.»

Esta imagen dio en el blanco. Los delegados no pedían, según decían, más que ver definidos los poderes del Comité. Se les creyó. Pero he aquí que al día siguiente llega a la Comuna esta nota oficial: *«El Comité Central delega en el general Cluseret para el departamento de Guerra, donde reorganizará la guardia nacional bajo la dirección del Comité.»* La Asamblea se sublevó. Mortier y Paschal Grousset piden la supresión del Comité. Se pregunta a Duval si garantiza la seguridad de la Asamblea. Duval se apresura a relevar al gobernador del Hôtel-de-Ville, y nombra a Pindy en lugar de Assi. Arthur Arnould quiere que el Comité Central sea citado para que comparezca. Se encarga a los miembros de la Comuna que han pertenecido a dicho Comité de que le exijan explicaciones. Las presentan en la sesión de la noche. El Comité desautoriza su nombramiento. La Comuna se declara satisfecha, y no zanja nada.

Al día siguiente, el Comité vuelve a la carga. Sus delegados reclaman la intendencia, el derecho a reorganizar la guardia nacional, a nombrar al jefe de estado mayor, una asignación personal. La Comuna los envía a las comisiones ejecutiva y militar, y no se resuelve nada. Por fin, ese mismo día se piensa en las provincias, a las que se mandarán delegados.

Los decretos, las usurpaciones de poder, lo desordenado de las deliberaciones, sirvieron de pretexto a la fracción radical-liberal de la Asamblea. No había sesión en que no se registrasen tres o cuatro dimisiones. Si su acuerdo del 25 hubiera sido sincero, si hubieran sentido alguna inquietud por la suerte de París, los alcaldes y los adjuntos electos hubieran aceptado valerosamente su acta, y tal vez hubiesen arrastrado mayorías. Como los de provincias, desertaron, por más que hubiesen aceptado las candidaturas. Muchos de ellos no ha-

bían estado nunca en el Hôtel-de-Ville. Otros alzaban los brazos y exclamaban, gemebundos: «¿Adónde vamos?» Éste estaba moribundo: «Ya lo veis, no me queda más que un suspiro.» Los que más injuriaban, más tarde buscaban humildes disculpas con muchos «votos bien sinceros», como Méline. Sus dimensiones y las elecciones dobles dejaron veintidós puestos vacantes cuando la Comuna declaró válidos los poderes. Fiel a las mejores tradiciones de la República francesa, admitió al húngaro Léo Frankel, uno de los más inteligentes de la Internacional, que había sido nombrado por el distrito XIII. Seis candidatos no reunían la octava parte de los sufragios exigidos por la ley del 49; no se tuvo en cuenta, ya que sus distritos, compuestos de barrios reaccionarios, se despoblaban por días.

Los ricos, los hombres de orden, dos veces derrotados, en la plaza Vendôme y en el escrutinio, seguían huyendo a Versalles, que alimentaban con nuevas cóleras. La villa reaccionaria había tomado una fisonomía de batalla. Todo anunciaba la próxima lucha. Ya Thiers había desgarrado a París de Francia. La víspera de los vencimientos de abril, el 31 de marzo, el director de Correos, Rampont, faltando a la palabra dada al delegado de la Comuna, Theisz, huía, después de haber desorganizado los servicios. Versalles suprimía la llegada de coches correos y detenía la correspondencia dirigida a París.

El primero de abril, Thiers anunció oficialmente la guerra:

«La Asamblea trabaja en Versalles, donde acaba de organizarse uno de los ejércitos más formidables que nunca ha tenido Francia. Los buenos ciudadanos pueden, pues, tranquilizarse y esperar el fin de una lucha que habrá sido dolorosa, pero corta.» Cínica petulancia de aquel mismo viejo que había dificultado la organización de los ejércitos contra los prusianos. Aquel ejército, «uno de los más formidables», no era aún más que el desordenado tropel del 18 de marzo, reforzado con cinco o seis regimientos, treinta y cinco mil hombres aproximadamente, con tres mil caballos y cinco

mil gendarmes, único cuerpo, este último, que ofrecía alguna consistencia.

París ni siquiera quería creer en este ejército. Los periódicos populares pedían una salida, hablando del viaje a Versalles como de un paseo. El más exaltado era «Le Vengeur», desde el que Félix Pyat, sacudiendo sus cascabeles, exhortaba a la Comuna a «estrechar a Versalles ¡Pobre Versalles! Ya no se acuerda del 5 y del 6 de octubre; las mujeres de la Comuna, sin más, bastaron para apoderarse de su rey». El 2 de abril, este miembro de la comisión ejecutiva, perfectamente situado para saber la verdad, anunciaba a París esta asombrosa noticia: «Ayer hicieron votar, a *sí* o *no*, si quería ir contra París. Los soldados han respondido: ¡*no!*»

CAPÍTULO XIV

Salida del 3 de abril. — Los parisienses son rechazados en todas partes. — Flourens y Duval asesinados. — Los versalleses asesinan a los prisioneros.

Aquel mismo día, domingo, a la una, sin el menor aviso, sin intimación alguna, los versalleses abren el fuego y lanzan obuses sobre París.

Desde hacía algunos días, su caballería cambiaba algunos disparos con los puestos avanzados parisienses de Châtillon y de Puteaux. Los federados ocupaban Courbevoie, que domina la salida, hacia Versailles, y la Asamblea estaba muy intranquila por este motivo. El 2 de abril, a las once de la mañana, tres brigadas versallesas, repartidas en dos columnas, una de las cuales llega por Rueil y la otra por Montretout, se unen en la explanada de Bergères. De seis a setecientos jinetes de la brigada Galliffet apoyan este movimiento. Los federados no tenían en Courbevoie más que quinientos o seiscientos hombres defendidos por un embrión de barricada sobre la ruta de Saint-Germain. Contaban con una excelente guardia montada; aquella misma mañana, habían herido mortalmente al médico-jefe del ejército versallés, Pasquier, que había salido a caballo a un reconocimiento, incidente que calificó Thiers de asesinato de un parlamentario.

A mediodía, los versalleses, después de haber cañoneado el cuartel de Courbevoie y la barricada, intentaban el asalto. A los primeros disparos de los federados escaparon, abandonando en la carretera cañones y oficiales. El general Vinoy se vio obligado a unirse a los fugitivos. Mientras tanto, el 113 de línea daba la vuelta a Courbevoie por la derecha, y la infantería de marina iba por la izquierda, por Puteaux. Muy inferiores en número, temiendo verse aislados de París, los federados evacuaron Courbevoie, y, perseguidos por los obuses, se replegaron sobre la avenida de Neuilly, dejando doce muertos y algunos prisioneros. Los gendarmes tomaron

cinco de ellos y los fusilaron al pie del monte Valérien. Hecha esta expedición, el ejército volvió a sus acantonamientos.

Al ruido del cañón, París quedó suspenso. Nadie creía en un ataque, hasta tal punto vivía la ciudad, desde el 28 de marzo, en una atmósfera de confianza. Era, sin duda, una salva de aniversario; uno equivocación, a lo sumo. Cuando llegaron las noticias, las ambulancias, cuando empezó a circular de un lado a otro la voz de: «¡Vuelve a empezar el sitio!», una misma explosión llegó de todos los barrios. Alzanse de nuevo las barricadas. La muchedumbre lleva cañones a rastras a las fortificaciones de la puerta Maillot y de Ternes. A las tres, cincuenta mil hombres gritan: «¡A Versailles!» Las mujeres quieren ir delante.

La comisión ejecutiva se reunió e hizo fijar una proclama: «*¡Los conspiradores realistas han atacado! ¡Han atacado! ¡Han atacado, no obstante la moderación de nuestra actitud! Nuestro deber es defender a la gran ciudad contra esas culpables agresiones!*» Duval, que tiene a su cargo el mando militar de la prefectura de policía, y Bergeret encargado de la plaza, Eudes, delegado de Guerra, se pronuncian enérgicamente por el ataque. El empuje, dicen, es irresistible, único. ¿Qué puede Versailles contra cien mil hombres? Hay que hacer una salida. Tridon, Vaillant, Lefrançais, Félix Pyat resisten; sobre todo Félix Pyat, apeado de sus fanfarronadas de por la mañana. No se sale así como así, dice, a la ventura, sin cañones, sin oficialidad, sin jefes; pide que se señalen las posiciones. Duval, que desde el 19 no podía contener sus deseos de salir, le apostrofa violentamente: «Entonces, ¿por qué, desde hace tres días, no hace usted más que gritar: ¡A Versailles!» El más enérgico en pronunciarse contra la salida es Lefrançais. Por fin, los cuatro miembros civiles, es decir, la mayoría, deciden que los generales presentarán un estado detallado de sus fuerzas, indicando hombres, artillería, municiones y transportes. A las siete, la comisión agrega Cluseret a Eudes, creyendo poner con ello a un militar serio en el departamento de Guerra.

A pesar de la mayoría de la comisión, los generales

salieron. No habían recibido ninguna prohibición formal. Félix Pyat había acabado, incluso, por decir: «Después de todo, si ustedes creen que están en condiciones...» Vieron a Flourens —dispuesto siempre a los golpes de mano—, a otros colegas tan arriesgados como él, y, por propia resolución, seguros de ser seguidos por la guardia nacional, circularon a los jefes de legión la orden de formar las columnas. Los batallones de la orilla derecha debían concentrarse en las plazas Vendôme y Wagram; los de la orilla izquierda, en la plaza de Italia y en el Campo de Marte.

Estos movimientos, sin oficiales de estado mayor que los guiase, fueron pésimamente llevados a cabo. Muchos hombres, a quienes se hizo ir por espacio de varias horas de plaza en plaza, se fatigaron. Por la noche quedaban todavía veinte mil hombres en la orilla derecha, y unos diecisiete mil en la orilla izquierda.

Desde las diez a las doce y media de la noche, la Comuna estuvo reunida en sesión. Se decidió primeramente aplazar la publicación de las actas pedida con insistencia desde el 28 de marzo y votada por fin la víspera. Félix Pyat anunció que habían quedado resueltas las diferencias con el Comité Central, habló del nombramiento de Cluseret para Guerra, explicó la emboscada de Neuilly, y presentó un decreto acusando a Thiers, Favre, etc., a quienes habían de ser secuestrados todos los bienes, y, siempre oportuno, pidió que se aboliese el presupuesto de cultos. Lo mismo le hubiera costado haber hecho decretar la disolución del ejército versallés. Algunos hombres sensatos pidieron el aplazamiento. Pyat exigió que se declarase la urgencia; la consiguió, se llevó el decreto. Se pidió que, a lo menos, no apareciese aún en «L'Officiel». Como Pyat insistía, se ordenó su inmediata publicación. Se nombró a Léo Meillet encargado de impedir el acceso a las inmediaciones de la sala, invadidas por reporteros y espías. Protot hizo votar que la Comuna adoptaría las familias de los ciudadanos que habían sucumbido o sucumbiesen en la lucha contra Versailles. De la salida, de los preparativos militares, que ensordecían a París, nadie abrió la boca, nadie les disputó el campo a los generales.

La salida del 3 de abril

Su plan, que comunicaron a Cluseret, consistía en hacer una intensa demostración contra Rueil, mientras dos columnas se deslizaban hacia Versalles por Meudon y la meseta de Châtillon. Bergeret, secundado por Flourens, debía operar por la derecha; Eudes y Duval mandarían las columnas del centro y de la izquierda. Idea simple y de fácil ejecución con oficiales experimentados y sólidas cabezas de columna. Pero muchos batallones estaban sin jefes desde el 18 de marzo; los guardias nacionales, faltos de oficialidad; los generales improvisados que asumían la responsabilidad de dirigir a cuarenta mil hombres carecían del menor conocimiento militar, no habían llevado nunca a ningún batallón al fuego. No se cuidaron de tomar las disposiciones más elementales, no reunieron artillería, ni furgones, ni ambulancias, se olvidaron de trazar una orden del día, dejaron varias horas sin víveres a los hombres, en medio de una bruma que los calaba hasta los huesos. Cada federado siguió al jefe que quiso. Muchos no tenían cartuchos, creyendo, por lo que decían los periódicos, que se trataba de un simple paseo militar. La comisión ejecutiva había hecho público, a eso de las seis, este despacho de la plaza: *«Bergeret está en Neuilly. Llegan soldados de línea y todos declaran que, salvo los oficiales superiores, nadie quiere batirse.»*

El 3 de abril, a las tres de la mañana, la columna de Bergeret, formada por unos seis mil hombres, y sin más que ocho bocas de fuego, queda concentrada en el puente de Neuilly. Hubo que dejar a la tropa —que no había tomado nada desde la víspera— tiempo para que se repusiera. Bergeret llegó de madrugada en carretela, lo que provocó murmuraciones; las tropas toman el camino de Rueil. Los batallones van por secciones en línea, por medio de la calle, sin llevar gastadores, y escalan alegremente la meseta de Bergères, cuando un obús, primero, y luego otro, caen en las filas. Han disparado del monte Valérien.

Un espantoso pánico dispersa los batallones; estallan

mil gritos clamando traición. Toda la guardia nacional creía que el monte Valérien estaba ocupado por la Comuna. Algunos, en el Hôtel-de-Ville, en el Comité Central, en la Plaza, sabían que lo cierto era lo contrario, y lo ocultaban neciamente, viviendo con la esperanza de que la fortaleza no dispararía. Verdad es que no tenía más que dos o tres piezas mal montadas, a cuyo radio de acción era posible sustraerse de una carrera. Pero los guardias, sorprendidos en su confianza, creyéndose traicionados, huían por todas partes. Un obús parte en dos a Prodhomme, hermano del jefe de estado mayor, teniente del ejército regular, que se había pasado a la Comuna. La mayoría de los federados se dispersan por los campos y vuelven a París. Únicamente el regimiento 91 y algunos restos, mil doscientos hombres, en pequeños grupos, llegan hasta Rueil. Poco después, llega Flourens por el camino de Asnières, trayendo apenas un millar de hombres; los demás se han desperdigado en París o por el camino. Flourens sigue, a pesar de todo, hasta Rueil.

Los versalleses, sorprendidos por esta salida, no formaron sus filas hasta muy tarde, a las diez. Entonces enviaron en dirección a Bougival diez mil hombres. Las baterías emplazadas en el ribazo de la Jonchère cañonearon Rueil. Dos brigadas de caballería por la derecha, la de Galliffet por la izquierda, operan sobre las alas. La vanguardia parisiense —un puñado de hombres— opuso resistencia para dar a sus camaradas de Rueil tiempo a batirse en retirada. Ésta comenzó a eso de la una, hacia Neuilly, cuya cabeza de puente se fortificó. Unos cuantos valientes que se habían quedado rezagados, luchando en Rueil, se las vieron y desearon para llegar al puente de Asnières, perseguidos por la caballería, que hizo prisioneros a algunos de ellos.

Muerte de Flourens

Flourens fue sorprendido en Rueil. Desde el 18 de marzo, aquel hombre exuberante se había vuelto taciturno, como si advirtiese la sombra que le acechaba.

Después de la desbandada se negó a volver a París, apeóse del caballo y echó a andar tristemente por la orilla del Sena, sin responder a Cipriani, su antiguo camarada de Creta, joven y valiente italiano dispuesto a defender todas las causas nobles, que le suplicaba no se expusiese. Rendido y desalentado, Flourens se tendió en la hierba y se quedó dormido. Cipriani descubrió una casita vecina, cerca del puente de Chatou, alquiló una habitación, adonde le siguió Flourens, que se quitó el sable, el revólver, el kepis, y se dejó caer en la cama. Un individuo enviado para practicar un reconocimiento los denunció, y una cuarentena de gendarmes sitiaron la casa. Cipriani, descubierto el primero, quiere defenderse, y caen todos sobre él. A Flourens, reconocido por un parte que le encuentran encima, lo llevan a la orilla del Sena donde se mantiene en pie, con la cabeza descubierta y cruzado de brazos. Un capitán de gendarmería, Desmarests, acude a caballo y ruge: «¡Usted es Flourens, el que ha disparado contra mis gendarmes!», y levantándose en los estribos, le hiende el cráneo de un sablazo tan furioso «que le hizo dos charreteras», dijo un gendarme chusco. Cipriani, vivo aún, es echado con el muerto en un volquete de estiércol y ambos trasladados de esta suerte a Versalles, donde las amigas de los oficiales acuden a olisquear el cadáver. Así acabó su carrera aquel buen caballero andante, amado de la Revolución.

En la extrema izquierda, Duval había pasado la noche del día 2 con seis o siete mil hombres, en la meseta de Châtillon. El 3, hacia las siete de la mañana, formó una columna de gente escogida, avanzó hasta Petit-Bicêtre, dispersó las vanguardias del general Du Barail y envió un oficial a reconocer Villecoubly, que domina el camino. El oficial anuncia que los caminos están libres, y los federados avanzan sin temor, cuando, cerca del caserío, estalla el fuego de fusilería. Los hombres se despliegan en guerrilla. Duval, en medio del camino, al descubierto, les da ejemplo. El tiroteo dura varias horas de un lado y de otro. Unos pocos obuses bastarían para desalojar al enemigo; Duval no tiene artillería. Le faltan los cartuchos; envía a buscar más a Châtillon.

Los federados que ocupan el reducto, confundidos en un desorden inexplicable, se creen ya envueltos por el enemigo. Los emisarios de Duval suplican, amenazan, no logran obtener refuerzos ni municiones. Un oficial ordena la retirada. Duval, abandonado, es asaltado por la brigada Derroja y por toda la división de Pellé, 8.000 hombres. Se retira con sus valientes a la meseta de Châtillon.

En el centro el esfuerzo no fue más afortunado. Diez mil hombres dejaron el Campo de Marte a las tres de la mañana, con Ranvier y Avrial. El general Eudes, por todo orden de batalla, había dicho que siguieran adelante. A las seis, el regimiento 61 ataca Moulineaux, defendido por los gendarmes. Se ven obligados a retirarse a Meudon, inexpugnablemente ocupado por una brigada versallesa atrincherada en las villas y provista de ametralladoras. Los federados no tienen más que ocho piezas, mientras París las posee a centenares, y cada pieza no dispone más que de ocho tiros. A las nueve, hartos de disparar contra los muros, se repliegan sobre Moulineaux. Ranvier corrió a buscar cañones y los instaló en el fuerte de Issy. Con ello se impidió que los versalleses tomasen la ofensiva.

Las tropas de la Comuna habían sido derrotadas en todos los puntos, y los partes cantaban victoria. Distráida por unos estados mayores que ni siquiera sabían el nombre de los generales, la comisión ejecutiva anunciaba la unión de Flourens y Duval en Courbevoie. Félix Pyat, nuevamente belicoso, gritaba en «Le Vengeur»: «¡A Versalles, si no queremos subir en globo! ¡A Versalles, si no queremos volver al palomar! ¡A Versalles, si no queremos ser reducidos a pan de centeno! ¡A Versalles, si etc.» A pesar de los fugitivos de por la mañana, el empuje popular no disminuía. Un batallón de trescientas mujeres subía, con banderas a la cabeza, por los Campos Elíseos, pidiendo que las dejaran salir contra el enemigo. Los periódicos comunales de la noche anunciaban la llegada de Flourens a Versalles. ¡Ya lo creo que había llegado a Versalles, el desventurado!

Poco más es lo que se sabe en la Comuna, reunida desde las diez de la noche. Félix Pyat pide que se sus-

tituya en la Comisión ejecutiva a Eudes, Duval y Bergeret, retenidos fuera de París; habrá que sustituir también a Lefrançais, que presenta su dimisión, indignado ante lo descabellado de la salida. Se le insta a que se quede, se niega, se queja de haber sido engañado, exige que se publique su dimisión en «L'Officiel». Viard llega de Châtillon, donde la situación, según él, es buena. No es esa la opinión de Arthur Arnould, que trae de Guerra noticias absolutamente contrarias. Pascal Grousset y Dumay piensan lo mismo que Arnould. Otros delegados de Issy, de Meudon, de Neuilly, cuentan relatos tranquilizadores. Se habla de otra cosa, y Pascal Grousset pide que se haga saber a las potencias el advenimiento de la Comuna, en contra del parecer de J. B. Clément, que niega que la Comuna tenga necesidad de afirmarse ante las realezas. A la una de la mañana, la Asamblea se separa sin adoptar más resoluciones, mientras Duval se agota en esfuerzos desesperados por retener a sus hombres junto a sí.

Muerte de Duval

Como Flourens, tampoco él puede avenirse a regresar a París. A diferencia de Flourens, el taciturno Duval se había transformado, desde el 18 de marzo, en hombre de gran facundia, casi locuaz. Rodeado solamente de un puñado de hombres, no cesó de repetir toda la noche: «¡No retrocederé!»

El día 4, a las cinco de la mañana, la meseta y los pueblos vecinos están rodeados por la brigada Derroja y la división Pellé. «Rendíos y salvaréis la vida», les manda decir el general Pellé. Los federados se rinden. Inmediatamente, los versalleses se apoderan de los soldados que combatieron en las filas federadas y los fusilan. Los demás prisioneros, entre dos filas de cazadores, salen en dirección de Versalles. Sus oficiales, con la cabeza descubierta, arrancados los galones, marchan a la cabeza del convoy.

En Petit-Bicêtre, la columna encuentra a Vinoy. Éste ordena que se fusile a los oficiales. El jefe de la escolta

recuerda la promesa del general Pellé. Entonces, Vinoy pregunta: «¿Hay algún jefe?» «¡Yo!», dice Duval, saliendo de las filas. Se adelanta otro: «Yo soy el jefe de estado mayor de Duval.» El comandante de los voluntarios de Montrouge viene a ponerse junto a ellos. «¡Sois unos canallas!», dice Vinoy, y, volviéndose hacia sus oficiales, exclama: «¡Que los fusilen!» Duval y sus camaradas no se dignan responder; bajan a un foso, se colocan de espaldas a una tapia, se estrechan la mano y gritan: «¡Viva la Comuna!» Y por ella mueren. Un jinete le arranca las botas a Duval y las pasea como un trofeo; un redactor de «Le Figaro» se apodera del cuello postizo ensangrentado.¹

El ejército del orden, reanudando la horrible tradición de junio del 48, asesina a los prisioneros. Comenzó el día 2. El 3, en Chatou, el general Gallifet hizo fusilar a tres federados sorprendidos en un albergue donde estaban comiendo, y dispuso la publicación de este feroz bando: «La guerra ha sido declarada por los bandidos de París... Me han asesinado a mis soldados... Declaro a estos asesinos una guerra sin cuartel... He tenido que hacer un escarmiento.»

El general que llamaba bandidos a los combatientes parisienses y a tres asesinatos un escarmiento, no era otro que el ganapán de la guerra de Méjico, transformado en general de brigada después de una carga en Sedan, que él no había mandado. Nada más edificante, en esta guerra civil, que los portaestandartes de la gente honrada.

Su banda, sin que faltase ni un solo hombre, acudió a la avenida de París para recibir a los prisioneros de Châtillon. La emigración parisiense, funcionarios, elegantes, mujeres de mundo y mujeres públicas, los chacales y las hienas, acudieron a maltratar a los cautivos con los puños, con bastones, sombrillas, arrancando kapis, mantas, gritando: «¡A la guillotina! ¡Asesinos!» Entre los asesinos iba Elisée Reclus, hecho prisionero con Duval. Para dar tiempo a que se desfagara el furor, la

1. Vinoy notifica: «Los insurrectos arrojan las armas y se rinden a discreción; el llamado Duval perece en la refriega.»

escolta hizo alto varias veces antes de conducir a los prisioneros al cuartel de gendarmes. En seguida, fueron encerrados en los cobertizos de Satoy, y de allí enviados a Brest en vagones de ganado.

Picard quiso asociar a esta operación a todas las gentes honradas de Francia. «Jamás —telegrafió este Falstaff granujiento— la baja demagogia había ofrecido a las miradas afligidas de la gente honrada rostros más innobles.»

Ya la víspera, después de los asesinatos del monte Valérien y de Chatou, había escrito Thiers a sus prefectos: «El efecto moral es excelente.» Cuando el ruso decía «el orden reina en Varsovia», y Faily «el fusil nuevo modelo ha hecho maravillas», hablaban, al menos, de extranjeros y no de compatriotas. De sobra se sabía; no fue la burguesía francesa, sino una hija del pueblo, quien pronunció estas hermosas palabras: «Nunca he visto correr sangre francesa sin que se me pusieran los pelos de punta.»

CAPÍTULO XV

La Comuna vencida en Marsella y en Narbona.

El mismo sol que vio el mal paso de París, ilumina la derrota del pueblo en Marsella.

La parálitica comisión seguía dormitando. El 26, Espivent tocó a rebato, declaró el estado de sitio en todo el departamento, lanzó una proclama a lo Thiers. El Consejo Municipal se echó a temblar y retiró los delegados de la prefectura, Gaston Crémieux fue a decir a la alcaldía que la comisión estaba dispuesta a desaparecer ante el Consejo. El Consejo pidió que se le dejara reflexionar.

Transcurría la noche. La comisión se daba cuenta de que entraba en el vacío. Boucher propuso telegrafiar a Versalles que la comisión entregaba sus poderes en manos de un prefecto republicano. ¡Pobre desenlace de un gran movimiento! Ya se sabía a qué atenerse en cuanto a los prefectos republicanos de Thiers. La comisión, desalentada, dejaba redactar el telegrama, cuando se vio entrar a Landeck, Amouroux y May, enviados, según dijeron, por París.

Los más ardientes de la comisión se exaltaron ante el nombre del París victorioso. Por el contrario, el Consejo Municipal decidió sostener su resolución y dio parte de ella, por la noche, al Club de la Guardia Nacional, que le imitó. A la una y media de la mañana, los delegados del club informaron a la comisión que sus poderes habían cesado. La burguesía liberal retrocedía, los radicales esquivaban el bulto; sólo quedaba el pueblo para hacer frente a la reacción.

Es ésta la segunda fase del movimiento. El más exaltado de los tres delegados, Landeck, pasó a ser la autoridad de la comisión. Los republicanos, que conocían sus ineptias desde el proceso aquel de la Internacional, sospechaban que bajo el bravucón se ocultaba un bonapartista. En realidad, no era más que un cómico de la legua, que no dudaba de nada porque lo ignoraba todo.

La situación, con semejante saltimbanqui a la cabeza, se hacía trágica. Gaston Crémieux, que no acertaba a dar con una solución, se mantenía firme en la de la víspera. El 28 escribió al Consejo que la comisión estaba dispuesta a retirarse dejándole la responsabilidad de los acontecimientos, e instó a sus colegas a que pusiesen en libertad a los rehenes. No consiguió más que hacerse sospechoso de moderantismo, y al llegar la noche, harto de estas disputas, abandonó la prefectura. Su salida dejaba completamente en descubierto a la comisión. Ésta logró dar con su escondite, apeló a su abnegación, y volvió a llevarle a la prefectura, a que reanudase su singular papel de jefe cautivo y responsable.

El Consejo Municipal no contestó a la carta de Crémieux. El 29, la comisión renovó su proposición. El Consejo siguió callado. Por la noche, cuatrocientos delegados de la guardia nacional, reunidos en el museo, decidieron federar los batallones y nombraron una comisión encargada de llevar a cabo las negociaciones entre el Hôtel-de-Ville y la prefectura. Estos delegados no representaban más que el elemento revolucionario de los batallones, y el Hôtel-de-Ville se hundía cada vez más en el miedo.

Se entabló una guerra de proclamas entre ambos poderes. El 30, el consejo respondió a la deliberación del museo con una proclama de los jefes de los batallones reaccionarios. La comisión respondió con un manifiesto en que pedía la autonomía de la Comuna, la abolición de las prefecturas. En vista de esto, el Consejo declaró al secretario general del prefecto representante legal del gobierno, y le invitó a que volviera a hacerse cargo de su puesto. El secretario se hizo el sordo y se refugió en la fragata *Couronne*, anclada en el puerto nuevo. Muchos consejeros llevaron también su gorro de dormir a bordo, precaución harto gratuita, toda vez que los reaccionarios más notorios iban de un lado para otro sin que nadie les molestase. La energía de la comisión se reducía a una serie de gestos. No detuvo más que a dos o tres funcionarios: al procurador, al sustituto, por un momento al director de la aduana, y al hijo del alcalde. El general Ollivier fue puesto en libertad en cuanto se

supo que se había negado a formar parte de las comisiones mixtas del 51. Tuvieron incluso la candidez de dejar, a dos pasos de la prefectura, un puesto de cazadores olvidado por Espivent. La huida del Consejo pareció más vergonzosa. La ciudad siguió en su actitud tranquila, socarrona. Como el aviso *Renard* se presentase a exhibir sus cañones en la Cannebière, la multitud le hizo objeto de tal pita, que largó las amarras y volvió a reunirse con la fragata.

La comisión concluyó de todo esto que no se atreverían a atacarla, y no adoptó ninguna medida defensiva. Hubiera podido armar a Notre-Dame-de-la-Garde, que domina la ciudad, y alistar un gran número de garibaldinos. Varios oficiales de la última campaña se ofrecían a organizarlo todo. La comisión se lo agradeció, dijo que las tropas no vendrían y que, en todo caso, confraternizarían. Se contentó con enarbolar la bandera negra, con dirigir una proclama a los soldados y acumular en la prefectura armas y cañones sin proyectiles de calibre adecuado. Landeck quería distinguirse. Declaró dimitido a Espivent y nombró en su lugar a un antiguo brigadier de caballería, Pélistier. «Hasta que entre en funciones Pélistier —decía la orden— las tropas seguirán a las órdenes del general Espivent.» Divertida farsa fechada el 1 de abril. Ante el consejo de guerra, Pélistier tuvo una frase afortunada. Cuando le preguntaron de qué ejército y de qué era general, contestó: «General de la situación.» Jamás tuvo otra tropa. El 24, los obreros reanudaron el trabajo, ya que a la guardia nacional, salvo los guardianes de la prefectura, no se le paga. Difícilmente se encontraba gente bastante para guarnecer los puestos. La prefectura, a media noche, no tenía ni cien defensores.

Un golpe de mano era cosa fácil. Algunos ricos burgueses quisieron intentarlo. Se hallaron hombres para ello y quedaron convenidas las maniobras. A media noche se apoderarían de la comisión y ocuparían la prefectura; Espivent, mientras tanto, marcharía sobre la ciudad de modo que llegase a ella al amanecer. Se envió un oficial a Aubagne. El general se negó, pretextando la necesidad de obrar con prudencia; los que le rodea-

ban descubrieron el verdadero motivo de su negativa: «Hemos salido de Marsella como unos cobardes; queremos volver dando un golpe sensacional.»

El golpe sensacional parecía difícil, con el ejército de Aubagne, de seis a siete mil hombres, sin oficialidad y sin disciplina. Sólo un regimiento, el 6.º de Cazadores, presentaba un aspecto regular; pero Espivent contaba con los marinos de *La Couronne*, con los guardias nacionales del orden, en constante relación con él y, sobre todo, con la incuria de la comisión.

Esta trató de reforzarse agregándose algunos delegados de la guardia nacional. Votaron la disolución del Consejo Municipal, y la comisión convocó a los electores para el 3 de abril. Esta medida, tomada el 24, tal vez lo hubiera pacificado todo; adoptada el 2 de abril, llegaba en vísperas de la catástrofe.

La catástrofe

El 3, al recibir noticias de Versalles, Espivent hizo advertir a los jefes de los batallones reaccionarios para que estuvieran preparados. Por la noche, a las once, algunos oficiales garibaldinos vinieron a decir a la prefectura que las tropas de Aubagne se ponían en marcha. El comisario comenzó su estribillo. «Que vengan, estamos dispuestos a recibirlas.» A la una y media se decidió a tocar llamada. Hacia las cuatro, llegaron a la prefectura cuatrocientos hombres aproximadamente. Un centenar de franco-tiradores se acostó en la estación, donde la comisión no había sabido montar un cañón siquiera.

A las cinco de la mañana del día 4, algunas compañías reaccionarias aparecían en la plaza del Palacio de Justicia y en el paseo Bonaparte. Los marinos de *La Couronne* se alinean ante la Bolsa; suenan en la estación los primeros disparos.

Espivent se presenta por tres puntos: la estación, la plaza Castellane y la Plaine. Los franco-tiradores, a pesar de que se defienden bien, se ven obligados a batirse en retirada. Los versalleses fusilan al comisario

de la estación, ante los ojos de su propio hijo, un muchacho de dieciséis años, que se arroja a los pies del oficial ofreciendo su vida a cambio de la de su padre. El segundo comisario, Funel, pudo escapar con un brazo roto. Las columnas de la Plaine y de la Esplanade situán avanzadillas a trescientos metros de la prefectura.

La comisión, que sigue en la luna, envía una embajada a Espivent. Gaston Crémieux y Pélissier parten, seguidos de una multitud de hombres y de niños que gritan: «¡Viva París!» En las avanzadas de la plaza Castellane, donde se halla el estado mayor, el jefe del 6.º de Cazadores, Villeneuve, se adelanta hacia los delegados. «¿Cuáles son vuestras intenciones?», dice Crémieux. «Venimos a restablecer el orden.» «¡Cómo!, ¿os atrevéis a disparar contra el pueblo?», exclama Crémieux, y comienza una arenga. El versallés amenaza con hacer que avancen sus cazadores. Los delegados, entonces, piden ser llevados a presencia de Espivent. Éste habla de detenerlos, les da cinco minutos para evacuar la prefectura. Gaston Crémieux, a su regreso, halla a los cazadores enzarzados con la multitud, que trata de desarmarlos. Una nueva avalancha de pueblo, precedida de una bandera negra, llega y embiste contra los soldados. Un oficial alemán que ha entrado en calidad de aficionado al servicio de Espivent, detiene a Pélissier. Los jefes versalleses, viendo a sus hombres muy quebrantados, ordenan la retirada.

La multitud aplaudió creyendo que se rebelaban. Ya dos cuerpos de infantería se habían negado a avanzar. La plaza de la prefectura se llena de grupos confiados. A eso de las diez, los cazadores desembocan por las calles Rome y Armény. La gente grita, les rodea. Muchos alzan al aire los fusiles. Un oficial logra, con todo, hacerse dueño de su compañía, que ataca a la bayoneta; el oficial cae con la cabeza atravesada de un balazo. Sus hombres, irritados por esta muerte, cargan contra los guardias nacionales hasta la prefectura, adonde los siguen y donde son hechos prisioneros. Las ventanas de la prefectura vomitan una lluvia de balas. Los cazadores y los guardias nacionales del orden disparan desde el pasco Bonaparte y desde las casas vecinas. De la de

los Hermanos de San Juan de Dios sale un fuego granado.

Dos horas hacía ya que duraba el tiroteo, sin que los federados recibiesen refuerzo alguno. Inexpugnables en la prefectura, sólido edificio cuadrado, no por ello dejaban de estar vencidos, ya que no tenían víveres ni muchas municiones. Para reducirlos, no había más que esperar, arma al brazo, a que hubiesen agotado sus cartuchos. Pero el general del Sagrado Corazón no quería un triunfo a medias. Era ésta su primera campaña, necesitaba sangre y, sobre todo, ruido. A las once hizo bombardear la prefectura desde lo alto de Notre-Dame-de-la-Garde, distante quinientos metros de aquélla. El fuerte Saint-Nicolas abrió también el fuego. Menos atinados que los de Sainte-Vierge, sus obuses derrumbaron las casas aristocráticas del paseo Bonaparte y mataron a uno de los guardias del orden que disparaba a espaldas de los soldados. A las tres, la prefectura izaba bandera de parlamento. Espivent seguía disparando. Le enviaron un parlamentario. Espivent pretendía que se rindiesen a discreción. A las cinco, habían hecho blanco en el edificio trescientos obuses, hiriendo a muchos federados. Poco a poco, como los defensores no recibían socorro, abandonaron la plaza. De la prefectura no disparaban desde hacía largo rato, y Espivent seguía bombardeándola. A las siete y media, los marinos de *La Couronne* y de *La Magnanime* se lanzaron valerosamente contra la prefectura desierta. «Fue tomada por asalto —dijo Thiers a los baúsanos de la Asamblea—. ¿Saben ustedes cómo? ¡Con hachas de abordaje!» (*Sensación.*)

Encontraron a los rehenes sanos y salvos, ni más ni menos que a los cazadores apresados por la mañana. La represión jesuítica fue atroz. La gente de orden tenían al azar y arrastraban sus víctimas a la lampistería de la estación. Allí, un oficial revisaba a los prisioneros, hacía señas de que avanzase a uno cualquiera, y le levantaba la tapa de los sesos. En los días siguientes, se oyó hablar de ejecuciones sumarísimas en los cuarteles, en los fuertes y en las cárceles. El número exacto de muertos, por parte del pueblo, se desconocía. Pasó de ciento cincuenta; muchos heridos se

ocultaron. Los versalleses tuvieron treinta muertos y cincuenta heridos. Más de novecientas personas fueron encerradas en las prisiones del castillo de If y del fuerte Saint-Nicolas. Gaston Crémieux fue detenido en casa del portero del cementerio israelita. Se descubrió voluntariamente a los que le buscaban, fiado en su buena fe y creyendo en los jueces. El bravo Etienne fue detenido. Landeck se había eclipsado.

El día 5, Espivent hizo una entrada triunfal, aclamado por la embriaguez de los reaccionarios. De las segundas filas de la multitud partieron gritos y silbidos contra los asesinos. En la plaza de Saint-Ferréol alguien disparó contra un capitán, y la multitud apedreó las ventanas de una casa desde donde habían aplaudido a los marinos.

Dos días después de la lucha, el Consejo Municipal, de vuelta ya de *La Couronne*, volvía a sentirse valiente para ensañarse con los vencidos.

La guardia nacional fue desarmada. Espivent peregrinó al grito de «¡Viva Jesús! ¡Viva el Sagrado Corazón!» El Club de la Guardia Nacional fue clausurado, y los radicales, injuriados, perseguidos, supieron una vez más lo que cuesta desertar de la causa del pueblo.

Narbona vencida

Narbona se hallaba ya dominada. El 30 de marzo, el prefecto y el procurador habían publicado una proclama en la que hablaban del puñado de facciosos, decían que ellos eran la verdadera República, y telegrafiaban a todas partes el fracaso del movimiento en provincias. «¿Es razón esa —había declarado Digeon en un pasquín— para humillar ante la fuerza la bandera roja, tinta en la sangre de nuestros mártires? ¡Que consientan otros en vivir eternamente oprimidos!» Y alzó barricadas en las calles que conducían al Hôtel-de-Ville. Las mujeres, las primeras una vez más, desempedrarón las calles y amontonaron muebles. Las autoridades, que temían una seria resistencia, delegaron a Marcou para que se pudiese al habla con su amigo Digeon. El Bruto de Car-

casona fue al Hôtel-de-Ville acompañado de dos republicanos de Limoux y ofreció, en nombre del procurador general, una amnistía completa para todos los que evacuaran el edificio, y a Digeon veinticuatro horas para ganar la frontera. Digeon reunió a su consejo; todos se negaron a huir. Marcou dio cuenta de ello a la autoridad militar. El general Zentz fue enviado a Narbona.

A las tres de la mañana, un destacamento de turcos tanteó la barricada de la calle Pont. Los federados que querían confraternizar, les dejan libre el paso. Una descarga los recibe, mata a dos hombres y hiere a tres. El 31, a las siete, Zentz anuncia que va a empezar el bombardeo. Digeon le escribe: «Tengo derecho a responder a una amenaza salvaje de una manera análoga. Le prevengo que si bombardea usted la ciudad, fusilaré a las tres personas que tengo en mi poder.» Zentz detiene al portador de la carta y hace distribuir aguar-diente a los turcos. Estos árabes llegaban a Narbona como a una razzia y habían saqueado ya tres cafés. El procurador general envía otros dos parlamentarios. Mantiene en pie la promesa de amnistía hecha la víspera para todos los que evacúen el Hôtel-de-Ville antes de que empiece el fuego; la ejecución de los rehenes será castigada con la muerte de todos los ocupantes del Hôtel-de-Ville. Digeon escribe estas condiciones al dictado de uno de los parlamentarios, se las lee a los federados y deja a todos en libertad para retirarse. En este momento, se presenta el procurador general con los turcos ante la terraza del jardín. Acude Digeon. El procurador arenga a la multitud y habla de clemencia. Digeon protesta; acaban de prometerles la amnistía. El procurador corta la discusión con un redoble de tambores, va a repetir las intimaciones legales ante la fachada del Hôtel-de-Ville, y reclama los rehenes, que le entregan unos soldados tránsfugas.

Estas negociaciones habían debilitado considerablemente la defensa. El Hôtel-de-Ville no podía hacer frente a un bombardeo que hubiera destruido la ciudad. Digeon manda evacuar el edificio y se encierra él solo en el gabinete del alcalde, resuelto a vender cara

su vida. La multitud acude y, a pesar de su resistencia, se lo lleva. El Hôtel-de-Ville estaba vacío cuando llegaron los turcos. Hurgaron en todos los rincones; se vio a algunos de sus oficiales pavonearse con objetos robados.

A pesar de las promesas formales en contra, dictáronse numerosas órdenes de detención. Digeon se negó a huir, y escribió al procurador general que podía mandarle detener.

Limoges

La nefasta jornada del 4 de abril tuvo un breve fulgor de esperanza en Limoges. La capital revolucionaria del centro no podía asistir cruzada de brazos a los esfuerzos de París. El 23 de marzo, la Sociedad Popular, que centralizaba las actividades democráticas, dio un voto de gracias al ejército de París por su conducta del 18 de marzo. Cuando Versalles pidió voluntarios, la Sociedad exigió del Consejo Municipal que evitase esta excitación a la guerra civil. Poco después de proclamada la Comuna en París, las sociedades obreras enviaron a aquélla un delegado para que se informase de los principios de la Comuna, recogiese su programa y pidiese, en fin, a la Comuna un comisario. La comisión ejecutiva respondió que lo que le pedían era imposible de momento, que ya se vería de conseguirlo más tarde. La Sociedad Popular, reducida a sí misma, instó al Consejo Municipal a que pasase revista a la guardia nacional, segura de que de ella saldría una manifestación contra Versalles. El Consejo, compuesto, con pocas excepciones, de hombres tímidos, aplazaba las cosas, dando largas a estas peticiones, cuando un despacho triunfal de Versalles anunció la derrota del 3 de abril. El 4, los obreros de Limoges se amotinan. Iba a partir para Versalles un destacamento de 500 soldados. Los obreros le siguen, arengan a los soldados, les instan a que se unan al pueblo. Los soldados, así acosados, confraternizan y entregan sus armas, muchas de las cuales son escondidas en la Sociedad Popular.

El coronel de coraceros, Billet, que recorre la ciudad acompañado de sus ordenanzas, es rodeado y obligado a gritar: «¡Viva la República!» A las cinco, la guardia nacional forma, en armas, en la plaza del Ayuntamiento. Sus oficiales se reúnen en éste; un consejero propone que se proclame la Comuna. El alcalde se resiste a ello; por todas partes se alza el mismo clamor, y el capitán Coissac se encarga de ir a la estación a detener los trenes de tropas. Los demás oficiales consultan con las compañías. Éstas no tienen más que un grito: «¡Viva París! ¡Abajo Versalles!» Los batallones se agitan, desfilan ante el Hôtel-de-Ville precedidos de dos consejeros municipales que van a pedir al general la liberación de los militares detenidos ese día. El general da orden de que sean puestos en libertad y manda decir en secreto al coronel Billet que se prepare a luchar contra la insurrección. Desde la plaza Tourny, los guardias nacionales se dirigen a la prefectura, la ocupan a pesar de la resistencia de los conservadores, y empiezan a levantar algunas barricadas. Un puñado de soldados que llegaba por la calle Prisons, en unión de varios ciudadanos, suplican a los oficiales que no den comienzo a la guerra civil. Los oficiales vacilan y se retiran. El coronel Billet, a la cabeza de unos cincuenta coraceros, desemboca en la plaza Église Saint-Michel y ordena a sus hombres que desenvainen los sables. Hacen fuego con sus revólveres. Los guardias nacionales responden; el coronel cae herido de muerte. Su caballo vuelve grupas y, seguido por los demás, se lleva al jinete hasta la plaza Saint-Pierre. Los guardias nacionales quedan dueños del campo de batalla. Pero, faltos de organización, se desperdigaron durante la noche y abandonaron la prefectura. Al día siguiente, la compañía que ocupaba la estación, abandonada, se retiró. Comenzaron las detenciones. Muchos tuvieron que esconderse.

Las revueltas de las ciudades se extinguían así, una tras otra, como los cráteres laterales de un volcán agotado. Los revolucionarios de provincias se habían mostrado en todas partes completamente desorganizados, impotentes para empuñar el poder. Vencedores en todas partes en el primer choque, los trabajadores no

habían sabido hacer otra cosa que gritar: «¡Viva París!» Por lo menos, demostraban su corazón y su arrogancia, y que ochenta años de dominación burguesa no habían podido transformarlos en un pueblo de mendigos.

CAPÍTULO XVI

Los grandes recursos de la Comuna. — Las debilidades de su Consejo. — El Comité Central. — Decreto sobre los rehenes. — La Banca.

Al cabo de setenta días de armisticio, París reanuda él solo la lucha por Francia. Ya no es únicamente el territorio lo que se disputa, sino las bases mismas de la nación. Vencedor, su triunfo no será estéril como los de los campos de batalla; razas renovadas continuarán la obra del edificio social comenzada por él. Si resulta vencido, las libertades se extinguirán; la burguesía trenzará de hierro sus látigos, una generación bajará a la tumba.

París, tan bueno, tan fraternal, no tiembla ante esta lucha entre franceses. La idea cubre a los batallones con sus amplias alas. Van con la frente levantada, con los ojos brillantes, con un gesto de orgullo. Si el burgués se niega a luchar y dice: «Tengo familia», el trabajador responde: «Pues yo combato por mis hijos.»

Por tercera vez desde el 18 de marzo, la ciudad no tiene más que un aliento. Los despachos oficiales, los periodistas a sueldo sentados ante la mesa en Versalles, describen a París como el pandemonium de todos los malvados de Europa. Las mujeres honradas no se atreven a aventurarse por las calles; un millón quinientas mil personas oprimidas por veinte mil malvados, hacían votos ardientes por el triunfo de Versalles. La verdad es que el viajero que se arriesgase a recorrer París se encontraba con que las calles y los bulevares estaban tranquilos y llevaban su existencia ordinaria. Estos saqueadores no habían saqueado más que la guillotina, solemnemente quemada ante la alcaldía del distrito XI. De todos los barrios se alzaba el mismo murmullo de execración contra los asesinatos de prisioneros y las innobles escenas de Versalles. Y cualquiera que llegase indignado contra París, al ver aquella tranquilidad, aquella unión de los corazones, aquellos heri-

dos que gritaban: «¡Viva la Comuna!», aquellos batallones entusiastas, aquel monte Valérien escupiendo muerte, aquellos hombres viviendo como hermanos, sentía sus ojos húmedos, un estremecimiento recorría su piel y contraía en pocas horas la enfermedad parisiense.

Era una fiebre de fe, de abnegación, de esperanza, sobre todo. ¿Qué rebelión estuvo armada de esta suerte? No se trata ya, como en junio del 48, de unos desesperados, reducidos a cargar sus fusiles, detrás de un montón de piedras, con postas o con pedruscos. La Comuna del 71, mucho mejor armada que la del 93, cuenta con más de sesenta mil hombres aguerridos, millares de fusiles, mil doscientos cañones, cinco fuertes, un cerco de fortificación cubierto por Montmartre, Belleville, el Panteón, municiones para varios años, millones de francos si quiere. ¿Qué le falta para vencer? Un poco de instinto revolucionario. No hay nadie en el Hôtel-de-Ville que no se vanaglorie de poseer ese instinto.

El día 4, el Comité Central, envalentonado por la derrota, reclama la administración de la urbe y el derecho de reorganizar la guardia nacional. La Comuna se lamenta de su obstinación en aferrarse al poder y, unos instantes después, acepta que el Comité se encargue de la administración. Más aún, ruega a Bergeret, que acaba de llegar, que informe detalladamente respecto a la situación militar. Bergeret hace fríamente su elogio, pone la derrota a cuenta de los «retrasos enojosos», y «se retira», saludado por los aplausos unánimes de la Asamblea». Así se expresa el acta, inédita hasta hoy, como las de las dieciséis primeras sesiones.¹

La Comuna no sólo no amonesta a los autores de la salida, sino que «les deja en plena libertad para dirigir las operaciones militares, tan lejos de disgustarles como de debilitar su autoridad». Y sin embargo, su

1. Las actas oficiales de la Comuna fueron salvadas del Hôtel-de-Ville el martes 23 de mayo, por un amigo del secretario Amouroux, hecho prisionero la víspera. El autor ha vuelto a encontrarlas recientemente en el museo Carnavalet. Con ellas, puede rectificar muchas cosas y llenar ciertas lagunas.

incuria, su incapacidad habían sido mortales. La Comuna comprendió indudablemente que la responsable era ella y que, para ser justa, hubiera tenido que acusarse también a sí misma.

Creyó arreglarlo todo ratificando la elección de Cluseret como delegado de Guerra. Desde el 19 de marzo, Cluseret había acosado al Comité Central, buscando un generalato, ofreciendo planes de batalla contra los alcaldes. Despedido, se había aferrado a la comisión ejecutiva, que, a pesar de Lefrançais, unió a Cluseret a los generales, en la noche del 2 de abril. En aquel momento sonaba el toque de llamada para la funesta salida. Cluseret vio a los generales, los dejó que se comprometieran, y al día siguiente denunció su «chiquillada». ¡A este publicista militar, sin más prenda que la condecoración ganada en las barricadas de junio, le encargaban de defender la Revolución los socialistas del 71! Como Trochu, traía su plan, y de igual suerte que se lo había prometido a los lyoneses, prometió a la Comuna poner en pie de guerra, en veinte o veinticinco días, un ejército capaz de tomar la ofensiva.

Esta elección no disgustó demasiado al Comité Central. Habíase instalado éste en la calle del Entrepôt, detrás de la Aduana, cerca de su cuna, y el 3 respondía al ataque de Versalles con una proclama:

«Trabajadores, no os engaños, ha llegado la gran lucha. El parasitismo y el trabajo, la explotación y la producción se hallan en pugna. Si estáis hartos de vegetar en la ignorancia y de consumiros en la miseria, si queréis que vuestros hijos sean hombres que obtengan el fruto de su trabajo, y no que pertenezcan a la especie de los animales amaestrados para el taller y el combate; si no queréis que vuestras hijas, a las que no podéis educar y vigilar a vuestro gusto, sean instrumentos de placer en brazos de la aristocracia del dinero; si queréis, en fin, el reinado de la Justicia, sed inteligentes, ¡en pie!»

El Comité Central declaraba en otro pasquín que no apetecía ningún poder político; el poder, en tiempos de revolución, va por sí mismo a aquel que la define. El Hôtel-de-Ville no había sabido explicar aún qué era la

Comuna, y todo su bagaje político consistía en dos decretos lanzados al viento. El Comité Central, en cambio, no había cesado de indicar con toda claridad el carácter de esta lucha que había pasado a ser social, y, desgarrando la decoración política, ponía al desnudo, detrás de este conflicto en torno a las libertades municipales, la cuestión del proletariado.

La Comuna podía aprovechar en esta nueva lección, apuntar, a ser preciso, al manifiesto, y luego, apoyándose en las protestas del Comité, obligar a éste a disolverse y distribuir sus miembros entre los diferentes servicios. Pero se contentó con decir pestes del Comité.

Decreto sobre los rehenes

Y, sin embargo, si alguna vez se creyó enérgica la Comuna, fue precisamente ese día. El salvajismo versallés, el asesinato de los prisioneros, de Flourens y de Duval, habían exasperado a los más ecuanímes. Allí estaban, tres días antes, llenos de vida, aquellos bravos compañeros que eran a la par amigos y hermanos. Su sitio vacío parecía clamar venganza. Pues bien, ya que Versalles hacía esa guerra salvaje, se respondería a ella ojo por ojo, diente por diente. Por otra parte, si la Comuna no hacía algo, el pueblo, según se aseguraba, se vengaría de un modo más terrible. El día 4, Vaillant pidió que, para responder a los asesinatos de Versalles, la Comuna se acordase de que tenía rehenes y devolviese un golpe por otro. El 5, Delescluze presentó un proyecto, y se decretó por unanimidad que todo reo de complicidad con Versalles sería juzgado en un plazo de cuarenta y ocho horas y, si se le reconocía culpable, sería retenido como rehén. La ejecución por Versalles de los defensores de la Comuna iría seguida de la de los rehenes en número triple, decía el decreto; en número igual o doble, decía la proclama.

Estas variaciones delataban la turbación de los espíritus. Los periódicos burgueses gritaron contra semejante abominación, y Thiers, el que fusilaba sin sentencia, denunció la ferocidad de la Comuna. En el fondo,

todo este mundo se reía para sus adentros. Los reaccionarios más destacados habían huido hacía tiempo. No quedaban en París más que los peces chicos y algunos rezagados, que Versalles sabría sacrificar, si era necesario. «¡Los rehenes! ¡Los rehenes! ¡Tanto peor para ellos!» Así decía el dulce Barthélemy Saint-Hilaire a todo el que le hablaba de una posible jornada en las prisiones. La Comuna, en su ciega indignación, no veía los verdaderos rehenes que saltaban a la vista: la Banca, el Registro y los Dominios, la Caja de depósitos y consignaciones, etc. Con ello, tenían en su poder las glándulas genitales de Versalles; podían reírse de su experiencia, de sus cañones. Sin exponer un solo hombre, la Comuna no tenía más que decirle: «Transige, o mueres.»

Pero los elegidos el 26 no eran quiénes para esa osadía. El Comité Central había cometido el error garrafal de dejar marcharse al ejército versallés; la Comuna cometió otra torpeza, cien veces más grave. Todas las insurrecciones serias han empezado por apoderarse del nervio del enemigo: la caja. La Comuna ha sido la única que se negó a hacerlo. Abolió el presupuesto del clero, que estaba en Versalles, y se quedó en éxtasis ante la caja de la gran burguesía, que tenía al alcance de la mano.

La Comuna y la Banca

Escena de alta comicidad, si fuera lícito reírse de una negligencia que tanta sangre ha hecho correr. Desde el 19 de marzo, los mangoneadores de la Banca esperaban todas las mañanas la incautación de su caja. No había manera de pensar en trasladarla a Versalles, a menos de disponer de cien furgones y de un cuerpo de ejército. El 23, Rouland, gobernador del Banco, no esperó a más y desapareció. Le sustituyó el subgobernador, De Ploeuc. Ya en la primera entrevista con los delegados del Hôtel-de-Ville, se dio cuenta de su timidez, batalló, pareció reflexionar, soltó el dinero escudo a escudo. Lo cómico del caso es que regateaba a

París el dinero del mismísimo París, un saldo acreedor de nueve millones cuatrocientos mil francos, depositado en el Banco. De esta manera maniobró hasta el 28 de marzo. El Banco atesoraba: 77 millones en numerario; 166 millones en billetes de zanco;² en cartera, 899 millones; valores en garantía, 120 millones; en lingotes, 11 millones; alhajas en depósito, 7 millones; títulos depositados, 900 millones; o sea, en total, 2.180 millones. Ochocientos millones en billetes, que no esperaban más que el sello del cajero, sello bien fácil de poner. La Comuna tenía, pues, cerca de 3.000 millones en su mano; de ellos, 1.000 millones líquidos; de sobra para comprar mil veces a todos los Galliffets y altos funcionarios de Versalles. Como rehenes, los 90.000 depósitos en títulos y los 2.000 millones en circulación, cuya prenda se encontraba en la calle Vrillière.

El 30 de marzo, Beslay, delegado por la Comuna, se presentó ante el tabernáculo. Había querido retirarse después de su discurso de apertura, encontrándose demasiado viejo para servir de algo en una lucha como ésta; pero permaneció en su puesto, a instancias de todos sus colegas. De Ploeuc, para recibirle, había puesto en pie de guerra sus cuatrocientos empleados, armados de fusiles sin cartuchos. Beslay, que le conocía mucho, le pidió que atendiese a las necesidades que significaban los sueldos. De Ploeuc habló de defenderse. «Pero, bueno —dijo Beslay—, si para evitar la efusión de sangre, la Comuna nombra un gobernador... —¿Un gobernador? ¡Jamás! —dijo De Ploeuc—. Un delegado, y si ese delegado fuera usted, podríamos entendernos.» Y pasando al tono patético: «¡Vamos, señor Beslay, ayúdeme a salvar esto; se trata de la fortuna de su país, de la fortuna de Francia!»

Beslay, conmovidísimo, fue aquella misma noche a la Comuna a repetir el argumento, tanto más cuanto que se creía ducho en cuestiones de hacienda: «El Ban-

co de Francia es la fortuna del país; sin él no hay industria, no hay comercio. Si lo violáis, todos sus billetes darán en quiebra.» Estas necesidades circularon por el Hôtel-de-Ville. Los proudhonianos del Consejo, olvidando que su maestro había puesto la supresión del Banco al frente de su programa revolucionario, apoyaban al «tío» Beslay. La fortaleza capitalista no tenía en Versalles defensores más encarnizados. Si, en todo caso, se hubiera dicho: «¡Ocupemos, por lo menos, el Banco!» La Comuna no tuvo ni siquiera ese arranque, y se contentó con comisionar a Beslay. De Ploeuc le recibió con los brazos abiertos, le instaló en el despacho más próximo al suyo, le convenció, inclusive, de que durmiese en el Banco, y desde ese momento, respiró.

La Comuna se reveló desde la primera semana débil para con los autores de la salida; poco enérgica en sus decretos respecto al Comité Central y al Banco, en la elección de su delegado de Guerra, sin plan militar, discutiendo a tontas y a locas. Los irreconciliables que se quedaron después de la fuga de los liberales comprendieron adónde iba a parar todo aquello. Y como no tenían ganas de ser mártires, dimitieron.

2. Beslay, en su libro *Mes Souvenirs*, publicado en 1873, dice: «La caja era de algo más de cuarenta millones.» No quiso, sin duda, hablar más que del numerario que le habían enseñado. De Ploeuc dice en su declaración: «243 millones». (*Encuesta sobre el 18 de marzo.*)

CAPÍTULO XVII

Los primeros combates de Neuilly y de Asnières. — Organización y derrota de los conciliadores.

La derrota del 3 de abril abatió a los tímidos y exaltó a los fervientes. Irguiéronse batallones inertes hasta entonces. No se descuidó el armamento de los fuertes. Salvo Issy y Vanves, en pésimo estado, los demás se hallaban intactos. París oyó a las hermosas piezas de artillería del 7 —tan desdeñadas por Trochu, que no había querido recibir más que cuarenta de ellas— tirar con toda su alma, con tal precisión, que el día 4 por la tarde evacuaban los versalleses la meseta de Châtillon. Se guarnecieron las trincheras que protegían los fuertes. Moulineaux, Clamart, Val-Fleury ardieron. Por la derecha, los federados volvieron a ocupar Courbevoie, y el puente de Neuilly fue defendido con barricadas.

Desde allí amenazaban a Versailles. Vinoy recibió orden de apoderarse de Neuilly. El día 6 por la mañana, el monte Valérien, recientemente armado con piezas del 24, abrió el fuego contra Courbevoie. Al cabo de seis horas de bombardeo, los federados desalojaron la encrucijada y tomaron posiciones detrás de la gran barricada del puente de Neuilly. Los versalleses la cañonearon; pero resistió, protegida por el cañón de la puerta Maillot.

Esta puerta Maillot, que se hizo legendaria, no tenía más que algunas piezas, que disparaban al descubierto, bajo el fuego que llovía del monte Valérien. Por espacio de cuarenta y ocho días, la Comuna encontró hombres para defender la avanzada indefendible. Los curiosos acudían a mirarlos, resguardándose detrás de los macizos del Arco de Triunfo; los chicuelos jugaban en la avenida de la Grande-Armée, esperando apenas la explosión para correr detrás de los cascos de obús.

La intrepidez parisiense salió a luz bien pronto, con

las primeras escaramuzas. Hasta los periódicos burgueses se dolían de que tanto valor no hubiera sido lanzado contra los prusianos. En las horas de pánico del día 3 había habido varios actos heroicos. La Comuna, para hacer a sus defensores funerales dignos de ellos, llamó al pueblo. El día 6, a las dos, una enorme multitud acudió al hospicio Beaujon, donde estaban expuestos los muertos con la cara descubierta. Madres, esposas, retorcidas sobre los cadáveres, lanzaban gritos de furor y juramentos de venganza. Tres catafalcos, cada uno de los cuales contenía treinta y cinco ataúdes envueltos en negros crespones, empavesados de banderas rojas, arrastrados por ocho caballos, rodaron lentamente hacia los grandes bulevares, anunciados por los clarines y por los *Vengeurs de París*. Delescluze y cinco miembros de la Comuna, con escarapelas rojas, descubiertos, presidían el duelo. Tras ellos iban los parientes de las víctimas, las viudas de hoy, sostenidas por las de mañana. Millares y millares, con siemprevivas en la solapa, silenciosos, marchaban al paso de los tambores orlados de crespones. De cuando en cuando, se oía alguna música con sordina, a modo de expresión involuntaria de un dolor demasiado contenido. En los grandes bulevares, había doscientos mil rostros lívidos, y cien mil volvían los ojos a los cruces de las calles. Muchas mujeres sollozaban; hubo algunas que se desmayaron. Pocas veces esta vía sacra de la Revolución, lecho de tantos dolores y de tantas fiestas, ha presenciado semejante llamarada de corazones. Delescluze exclamó: «¡Qué pueblo más admirable! ¡Y todavía dirán que somos un puñado de facciosos!» En Père-Lachaise, el mismo Delescluze se adelantó hacia la fosa común. Las crueles pruebas de la prisión de Vincennes habían quebrantado su frágil envoltura. Encorvado, lleno de arrugas, afónico, sostenido únicamente por su fe indomable, el moribundo saludó a los muertos: *«No voy a dirigiros largos discursos; demasiado caros nos han costado... Justicia para las familias de las víctimas... Justicia para la gran ciudad que, después de cinco meses de sitio, traicionada por su gobierno, tiene todavía en sus manos el porvenir de la humanidad... No llore-*

mos a nuestros hermanos caídos heroicamente; lejos de eso, juremos continuar su obra y salvar la Libertad, la Comuna, la República.»

A la mañana siguiente, los versalleses cañonearon la barricada de la avenida de Neuilly. Los vecinos de la misma, a quienes no tuvieron la humanidad de avisar, se vieron obligados a refugiarse en los sótanos. Hacia las cuatro y media cesó el fuego de los versalleses, y los federados gozaban descanso, cuando los soldados se lanzaron en masa sobre el puente. Los federados trataron de detenerlos; mataron a dos generales —uno de ellos, Beson, culpable, en la marcha sobre Sedan, de la sorpresa de Beaumont-l'Argonne—, e hirieron a un tercero. Los soldados, mucho más numerosos, consiguieron llegar hasta el antiguo parque de Neuilly.

Dombrowski

La pérdida de esta posición era tanto más sensible cuanto que Bergeret, en carta dirigida a «L'Officiel», había respondido de Neuilly. La comisión ejecutiva sustituyó a Bergeret por Dombrowski, un polaco al que había reclamado Garibaldi para su ejército de los Vosgos. El galoneado estado mayor de Bergeret protestó, y sus chillerías hicieron que fuese detenido su jefe, puesto ya en ridículo de sobra por el parte del día 3. La guardia nacional mostró alguna desconfianza hacia Dombrowski, y envió una delegación a la Comuna. Vaillant y Delescluze defendieron a Dombrowski, al cual tuvo que presentar en París la comisión ejecutiva. Inexactamente informada, hizo surgir en torno a él una leyenda, que el mismo Dombrowski no tardó en dejar chiquita.

El día 7, los federados de Neuilly vieron a un hombre joven, de escasa estatura, vestido con un modesto uniforme, que inspeccionaba las avanzadas, moviéndose con paso tranquilo bajo un fuego de fusilería. En lugar de la furia francesa, hecha de ostentación y de ardor, el valor frío, inconsciente casi, del eslavo. Al cabo de breves horas, el nuevo jefe había conquistado a su gente. No tardó en revelarse el jefe. El día 9, por la no-

che, con dos batallones de Montmartre, Dombrowski, acompañado por Vermorel, sorprendió a los versalleses en Asnières, los expulsó de allí, se apoderó de sus piezas y, desde la línea férrea, utilizando los vagones blindados, cañoneó de flanco Courbevoie y el puente de Neuilly. Su hermano se apoderó del castillo de Bécon, que domina el camino de Asnières a Courbevoie. Y cuando Vinoy, en la noche del 12, quiso recuperar esta posición, sus hombres, rechazados, huyeron hasta Courbevoie.

París no supo nada de este triunfo; tan rudimentario era el servicio del estado mayor general. Este brillante ataque se debía a un hombre, de igual suerte que la defensa de los fuertes surgía espontáneamente de la guardia nacional. Aún no había ninguna dirección. El que quería hacer avanzadas las hacía; el que quería cañones, refuerzos, corría a pedirlos a donde podía, a la Plaza, al Hôtel-de-Ville, al Comité Central, al generalísimo Cluseret.

Este había empezado por cometer un error, al llamar a filas exclusivamente a los solteros de diecisiete a treinta y cinco años, con lo que privaba a la Comuna de sus más enérgicos defensores, los hombres que peinaban canas, los primeros y los últimos en el fuego en todas las insurrecciones. A los tres días, hubo que dejar sin efecto el bando. El 5, en su informe a la Comuna, este estratega anunciaba que el ataque de Versalles disimulaba un movimiento para ocupar los fuertes de la orilla derecha, que se hallaban en aquel entonces en poder de los prusianos. Lamentaba, como Trochu, los cañoneos de los últimos días, que derrochaban, decía, las municiones, cuando París estaba repleto de pólvora y de obuses, cuando la ciudad contaba con tropas jóvenes a las que apoya y anima la artillería, cuando los versalleses de Châtillon, incesantemente perseguidos por nuestro fuego, se veían forzados a retirarse todas las noches, cuando sólo un continuo cañoneo podía conservar Neuilly.

No hacía mucho más la Comuna en pro de la defensa. Decretaba el servicio obligatorio y el desarme de aquellos que se mostrasen refractarios; ahora bien, las

requisas, hechas a ciegas, sin policía, no podían dar ni un hombre ni cien fusiles más. La Comuna votaba para las viudas de los guardias nacionales muertos ante el enemigo, fuesen o no casadas, pensiones vitalicias de 600 francos; para los parientes de los muertos por línea ascendente, pensiones proporcionales de 100 a 800 francos; a sus hijos, una renta de 365 francos, hasta los dieciocho años, y adoptaba a los huérfanos; excelentes medidas que liberaban el espíritu de los combatientes, pero que presuponían un París victorioso. ¿No valía más, como se hizo con las viudas de Duval y de Dombrowski, otorgar inmediatamente una indemnización a los que tuvieran derecho a ella? Los titulares de rentas no percibieron, en realidad, más que algunos míseros anticipos.

Estas decisiones incompletas o irreflexivas revelaban una gran falta de estudio. Pero aún pudieron entrever algo peor los que frecuentaban el Hôtel-de-Ville. ¡Qué pocos eran los concejales elegidos que daban muestras de percatarse de su enorme responsabilidad! ¡Cuántos había que se abstendían de concurrir a las sesiones! El 30 de marzo, el 4 y 5 de abril, pasadas ciertas horas, ya no hay quórum; el 9 se acuerda por votación retirar las dietas a los que falten. La mayor parte de los asistentes llegan sin preparación alguna, dispuestos a votar guiándose por la primera impresión. El Hôtel-de-Ville se parece a una Corderie parlamentaria; se olvidan los acuerdos de la víspera. El 5 de abril se vota, a pesar de la decisión del 29 de marzo, que el presidente será nombrado en cada sesión; el 11, a pesar del acuerdo del 2, que las actas se publicarán en «L'Officiel». Las cuestiones se resuelven a medias. La Comuna instituye consejos de guerra, un tribunal marcial, y deja al Comité Central el cuidado de decidir cuáles hayan de ser el procedimiento y las penas. Organiza la mitad del servicio médico, y Cluseret la otra mitad. Suprime el título de general, y el delegado se lo confiere a los comandantes superiores. El 14, en su sesión del día, la Comuna juzga al mismo Bergeret que había sido salutado el 4 de abril «con aplausos unánimes», acusado ahora de «haber conducido a los federados bajo el fue-

go del monte Valérien, de haber puesto en ridículo las operaciones militares, de haber desplegado un fausto peligroso y haber excitado a las tropas a la insubordinación». En su sesión de la noche, la Comuna discute el proyecto de demolición de la columna de Vendôme presentado por Félix Pyat y votado a pesar de Avrial, Malon, Theisz, Langevin, J. B. Clément, que quieren suprimir los considerandos, y permanece sorda a los llamamientos desesperados de Dombrowski.

Este apenas cuenta con 2.500 hombres para defender a Neuilly, Asnières, la península de Gennevilliers, y los de Versalles acumulan contra él sus mejores tropas. Del 14 al 17 cañonearon el castillo de Bécon, y el 17 por la mañana lo atacaron con una brigada. Los 250 federados que ocupaban el castillo se defendieron durante seis horas, y los supervivientes se replegaron hacia Asnières, donde entró con ellos el pánico. Acudieron Dombrowski, Okolowitz y algunos hombres sensatos, que consiguieron restablecer un tanto el orden y fortificaron la cabeza del puente. Dombrowski pedía refuerzos; de Guerra le enviaron sólo algunas compañías. Al día siguiente, los puestos avanzados eran sorprendidos por nutridos destacamentos, y el cañón de Courbevoie asolaba Asnières. Después de reñida lucha, a eso de la una, varios batallones, muy castigados, abandonaron la parte sur del pueblo. En la parte norte seguía desarrollándose un combate encarnizado. Dombrowski, a pesar de enviar despacho tras despacho, no recibió más que 300 hombres. A las cinco de la tarde, los de Versalles recibieron grandes refuerzos; los federados, agotados, temiendo que les cortasen la retirada, se lanzaron sobre el puente de barcas, que cruzaron en el mayor desorden.

Los conciliadores

Los periódicos reaccionarios comentaron ruidosamente esta retirada. París entero se alarmó. Lo rudo del combate abrió los ojos hasta a los más optimistas. Hasta entonces, muchos que habían caído en una equivocación funesta, formaron grupos de conciliación. El 4 de

abril, algunos industriales y comerciantes fundaron la Unión Nacional de Cámaras Sindicales, con este programa: «Sostenimiento y liberación de la República, reconocimiento de las franquicias municipales de París.» En el barrio de las escuelas, de los profesores, médicos, abogados, ingenieros, estudiantes, se pidió en un manifiesto la República democrática y laica, la Comuna autónoma, la federación de las Comunas. Un grupo análogo publicó una carta dirigida a Thiers: *«Usted cree que se trata de un posible motín; se halla en presencia de unas convicciones concretas y generalizadas. La inmensa mayoría de París quiere la República como un derecho superior, fuera de toda discusión. París ha visto en toda la conducta de la Asamblea el designio premeditado de restablecer la monarquía.»* Algunos dignatarios francmasones enviaron el mismo llamamiento a Versalles y a la Comuna: *«¡Contened la efusión de esta preciosa sangre!»*

Por último, cierto número de alcaldes y adjuntos que sólo habían capitulado a última hora ante el Comité Central, constituyeron la Liga de Unión Republicana de los Derechos de París. Pedían el reconocimiento de la República, el derecho de París a gobernarse a sí mismo, que la custodia de la ciudad se encomendara exclusivamente a la guardia nacional; todo lo que pedía la Comuna, todo lo que ellos mismos habían combatido del 18 al 25 de marzo. Algunos diputados de París que tuvieron la conciencia de enviar su dimisión, Clemenceau, Lockroy, Floquet, se unieron a ellos.

Se formaron otros grupos, todos los cuales estaban de acuerdo en dos puntos: consolidación de la República, reconocimiento de los derechos de París. Casi todos los periódicos comunales reproducían este programa; los periódicos radicales lo aceptaban. Los diputados de París, que residían decididamente en Versalles, fueron los últimos que hablaron. Para injuriar a París. Con el tono lacrimoso y jesuítico con que ocultaba la sequedad de su corazón, Louis Blanc escribía el día 8, en nombre de sus colegas: *«Ni un solo miembro de la mayoría ha puesto aún en tela de juicio los principios republicanos. En cuanto a los que están en la insurrección, a*

esos les decimos que hubieran debido estremecerse ante el solo pensamiento de agravar, de prolongar el azote de la ocupación extranjera, añadiendo a él la calamidad de las discordias civiles.»

Todo lo cual repitió Thiers, palabra por palabra, a los primeros conciliadores que fueron a verle, los delegados de la Unión Sindical: «Que la insurrección sea la primera en dejar las armas; la Asamblea no puede hacerlo. —¡Pero, París quiere la República! —La República existe; y juro por mi honor que mientras yo esté en el poder no sucumbirá. —París quiere franquicias municipales. —La Cámara prepara una ley concediéndolas a todos los municipios. París las tendrá ni más ni menos que ellos». Los delegados leyeron un proyecto de transacción que hablaba de amnistía general, de suspensión del empleo de las armas. Thiers les dejó leer, no rechazó formalmente ningún artículo, y los delegados se volvieron a París convencidos de que habían dado con una base de arreglo.

Apenas habían salido, cuando Thiers corría a la Asamblea. Ésta acababa de reconocer a todos los municipios el derecho a elegir su alcalde. Thiers subió a la tribuna, pidió que ese derecho fuese limitado a las ciudades menores de veinticinco mil almas. Se le gritó: «¡Está votado!» Thiers insistió, sostuvo que en una República debe armarse tanto más el poder, «cuanto que en ella es más difícil mantener el orden», amenazó con dimitir, y obligó a la Asamblea a rectificar el acuerdo votado.

El 10, la Liga de los Derechos de París hizo sonar la trompeta: «*Que el gobierno renuncie a perseguir los hechos consumados el 18 de marzo... Que se proceda a la reelección general de la Comuna... Si el gobierno de Versalles permaneciese sordo a estas legítimas reivindicaciones, sépalo bien: París entero se alzaría para defenderlas.*» Al día siguiente, sus delegados fueron a Versalles. Thiers repitió su estribillo: «Que París deponga las armas», y no quiso oír hablar de armisticio, de amnistía. «Se perdonará —dijo— a todos aquellos que dejen las armas, excepto a los asesinos de Clément Thomas y de Lecomte.» Equivalía reservarse la elección

de víctimas, volver a colocarse en el 18 de marzo, con la victoria por añadidura. El mismo día dijo a los delegados de las logias masónicas: «Dirigios a la Comuna; lo que hay que pedir es la sumisión de los sublevados, no la dimisión del poder legal.» Para facilitar la sumisión, el periódico oficial de Versalles comparaba a París con la llanura de Marathón, recientemente infestada por una banda de «bandidos y asesinos». El 13, un diputado, Brunet, preguntó al gobierno si quería hacer las paces con París. La Asamblea lo aplazó para dentro de un mes.

La Liga, vapuleada de esta suerte, fue el 14 de abril al Hôtel-de-Ville. La Comuna, ajena a todas estas negociaciones, les dejaba entera libertad y sólo había prohibido una reunión anunciada en la Bolsa por unos Tirard mal disfrazados. Se limitó a oponer a la Liga su declaración del 10: «Habéis dicho que si Versalles permanecía sordo, todo París se alzaría. Versalles se ha hecho el sordo: alzaos.» Para que París juzgase, la Comuna publicó lealmente en «L'Officiel» el informe de los conciliadores.

CAPÍTULO XVIII

El manifiesto de la Comuna. — Las elecciones complementarias del 16 de abril hacen que surja una minoría. — Primeras disputas. — Gérmenes de derrota.

Por segunda vez quedaba trazada con toda claridad la línea. Si el Hôtel-de-Ville no había definido apenas lo que era la Comuna, la batalla, el bombardeo, los furores versalleses, los fracasos de los conciliadores, la presentaban claramente a los ojos de todo París como lo que era: un campo de rebeldes. Las elecciones complementarias del 16 de abril —la muerte, las actas dobles y las dimisiones, habían dejado treinta y un puestos vacantes— revelaron los efectivos de los rebeldes. Las ilusiones del 26 de marzo se habían desvanecido; ahora, la gente votaba bajo los obuses. Los periódicos de la Comuna, los delegados de las cámaras sindicales, llamaron a los electores a las urnas; no acudieron arriba de 61.000. Los distritos de los dimisionarios dieron 16.000 en lugar de 51.000 votantes.

Era, más que nunca, hora de hablar a Francia. El 6 de abril, la comisión ejecutiva, en una proclama dirigida a la provincia, protestó contra las calumnias versallesas, diciendo que París combatía por Francia entera. Pero no formulaba ningún programa. Las protestas republicanas de Thiers, la hostilidad de la izquierda, los estériles decretos del Consejo, desconcertaban completamente a las provincias. Era preciso orientar a éstas con la mayor rapidez posible. El día 19, Jules Vallès, en nombre de la comisión encargada de redactar un programa, presentó su trabajo, o mejor dicho, el trabajo de otro. Triste y característico síntoma: de los cinco miembros de la comisión, sólo Delescluze aportó algunos párrafos —¡y aún así! La parte técnica fue obra de un periodista, Pierre Denis, proudhoniano, discutidor hasta dejar chicos a los héroes de Pascal.

El manifiesto de la Comuna

Denis había recogido y formulado como ley, en «Cri du peuple», la salida de París, ciudad libre, que había surgido con las primeras cóleras de Wauxhall. París se transformaba en ciudad hanseática, se coronaba con todas las libertades, y desde lo alto de sus fortalezas decía a las comunas de Francia encadenadas: «¡Imitadme si podéis! Nada he de hacer por vosotras, como no sea con el ejemplo!» Este hermoso proyecto volvió locos a varios miembros de la Comuna, y de esa locura quedaron huellas de sobra en la declaración.

«¿Qué pide París? —decía ésta—. El reconocimiento y la consolidación de la República. La autonomía absoluta de la Comuna, extendida a todas las localidades de Francia. Los derechos inherentes a la Comuna son: el voto del presupuesto comunal; el señalamiento y reparto del impuesto; la dirección de los servicios locales; la organización de su magistratura, de su política interior y de la enseñanza; la administración de los bienes comunales; la garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y de trabajo; la organización de la defensa urbana y de la guardia nacional; que la Comuna se encargue exclusivamente de asegurar y vigilar el libre y justo ejercicio del derecho de reunión y de prensa. Nada más quiere París... a condición de que vuelva a encontrar en la gran administración central, delegación de las comunas federadas, la realización y la práctica de los mismos principios.»

¿Cuáles serían los poderes de esta delegación central, cuáles las obligaciones recíprocas de las comunas? La declaración no lo decía. Según este texto, cada localidad tendría derecho a su autonomía. ¿Qué esperar entonces de las autonomías de la Baja Bretaña, de las nueve décimas de las comunas de Francia —más de la mitad de ellas no tenían ni seiscientos habitantes— cuando la declaración parisense violaba los derechos más elementales, encomendaba a la Comuna la incumbencia de vigilar el justo ejercicio del derecho de reu-

nión y de prensa, y se olvidaba de mencionar el derecho de asociación?

Débil, desorganizada, amarrada por mil ataduras, la población de los campos no podía ser libertada por nadie más que por las ciudades, y éstas, a su vez, en modo alguno podían pasarse sin París. De sobra lo probaba el hecho de que hubiesen abortado todas las insurrecciones de provincias. Cuando la declaración decía: «*La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el Imperio, por la monarquía y el parlamentarismo, no es más que la centralización despótica, ininteligente*», etc., descubría el cáncer que devoraba a Francia; pero cuando añadía: «*la unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales*», daba muestras de no saber ni una palabra de lo que se refería a las provincias. «Esto es la oración fúnebre del jacobinismo, pronunciada por uno de sus jefes», exclamó Rastoul. Era más que eso: era la oración fúnebre de los débiles.

La declaración continuaba, en estilo de proclama, muy justa cuando decía: «*París trabaja y sufre por toda Francia, cuya generación intelectual, moral, administrativa y económica prepara con sus combates y sacrificios. La Revolución comunal, comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una nueva era*»; pero sin exponer nada concretamente. ¿Por qué no recoger la fórmula del 29 de marzo? «*A la Comuna lo que es comunal; a la Nación lo que es nacional*.» ¿Por qué no definir la Comuna futura, tan amplia como fuese posible, para la vida política, suficientemente limitada para que los ciudadanos pudiesen combinar fácilmente su acción social, la Comuna de quince a veinte mil almas, la Comuna-cantón, y exponer claramente sus derechos y los de la colectividad? Tal como era, este programa oscuro, incompleto, peligroso en más de un respecto, no podía, a pesar de las ideas fraternales, dar a las provincias lo que necesitaban.

En cuanto al resto del mundo, no decía nada. Esta revolución, hecha al grito de la República universal, parecía como si no reparase en la inmensa familia obre-

CAPÍTULO XXIV

Las conspiraciones contra la Comuna.

La Comuna había hecho nacer toda una industria de tejedores de tramas tenebrosas, agentes que hacían comercio de entregar puertas, corredores de conspiraciones. Vulgares tramposos, Cadoudals del arroyo, a quienes una sombra de policía hubiera dispersado, no contaron con más fuerza que la debilidad de la prefectura y la negligencia de las delegaciones. Publicaron mucho, declararon copiosamente unos contra otros, y, gracias a informes particulares —gracias, también, al destierro, que es un gran descubridor—, podemos penetrar sus mañas.

Desde el 1 de abril explotaron a todos los ministerios de Versalles ofreciendo entregar las puertas o apoderarse de los miembros de la Comuna. Poco a poco se les fue clasificando. El coronel de estado mayor Corbin se encargó de organizar a los guardias nacionales del orden que quedaban en París. El comandante de un batallón reaccionario, Charpentier, antiguo oficial instructor de Saint-Cyr, se ofreció, se hizo admitir, y presentó a algunos compadres, Durouchoux, negociante de vinos, Demay, Gallimard. Se les dieron instrucciones para que reclutasen batallones clandestinos, que ocuparían los puntos estratégicos del interior el día en que el ataque general atrajese a todos los federados a las fortificaciones. Un teniente de navío, Domalain, coronel de la legión bretona, ofrecía en ese momento sorprender Montmartre, el Hôtel-de-Ville, la plaza Vendôme, la Intendencia, con algunos millares de voluntarios que pretendía tener en su mano. Se fusionó con Charpentier.

Estos guerreros tenebrosos se agitaron mucho, agruparon una cantidad asombrosa de gente alrededor de los *bocks* oficiales, y anunciaron en seguida que contaban con 6.000 hombres y 150 artilleros provistos de herramientas para clavar cañones. Todos estos bravos

sólo aguardaban una señal; pero hacía falta dinero para saciar su celo, y Charpentier y Domalain, por mediación de Durouchoux, le sacaban al Tesoro centenares de miles de francos.

A fines de abril tuvieron un temible competidor, Le Mère de Beaufond, antiguo oficial de marina y gobernador interino de Cayena. En lugar de reclutar burgueses, idea que tachaba de ridícula, proponía paralizar la resistencia valiéndose de agentes hábiles que provocarían defecciones y desorganizarían los servicios. Su plan, absolutamente conforme con las ideas de Thiers, fue bien acogido, y Beaufond recibió encargo de llevarlo a cabo. Agregó a sí dos hombres resueltos, Laroque, empleado en el Banco, y Lasnier, antiguo oficial de la legión Schoelcher.

El gobierno tenía, además, otros sabuesos: Aronsohn, coronel de un cuerpo franco durante la guerra, degradado por sus hombres, y que había negociado con el Comité Central la liberación de Chanzy; Franzini, más tarde entregado por el gobierno de Inglaterra, en virtud de extradición, como estafador; Barral de Montaud, que se presentó sin rodeos a la comisión de Guerra y se hizo nombrar, por su aplomo, jefe de la 7.^a legión; el abate Cellini, pater de no se sabe qué flota, asistido de varios curas y patrocinado por Jules Simon. Por último, los conspiradores por resentimiento, los grandes generales desdeñados por la Revolución: Lullier, Du Bisson, Ganier d'Abin. Estos honrados republicanos no podían tolerar que la Comuna perdiese a la República. Si aceptaban dinero de Versalles era únicamente por salvar a París y al partido republicano de los hombres del Hôtel-de-Ville. Ellos querían derribar a la Comuna, pero hacer traición... ¡Oh, no, eso no!

Un tal Brière de Saint-Lagier redactaba informes de conjunto, y el secretario de Thiers, Troncin-Dumersan, condenado tres años más tarde por estafa, iba y venía de París a Versalles, llevaba la paga, vigilaba los hilos de estas conspiraciones, desconocidas frecuentemente unas de otras.

De aquí los continuos roces. Los conspiradores se denunciaban mutuamente. Brière de Saint-Lagier escri-

bía: *«Ruego al Sr. Ministro del Interior que haga vigilar al Sr. Le Mère de Beaufond. Tengo vehementes sospechas de que es un bonapartista. El dinero que ha recibido ha servido, en gran parte, para pagar sus deudas.»* Otro informe, en cambio, decía: *«Los señores Domalain, Charpentier y Brière de Saint-Lagier me son sospechosos. Van frecuentemente a casa de Peters y, en lugar de ocuparse de la gran causa de la liberación, imitan a Pantagruel. Pasan por ser orleanistas.»*

El más activo de todos, De Beaufond, consiguió crearse relaciones en el estado mayor del coronel Henry Prodhomme, en la escuela militar mandada por Vinot, en Guerra, donde el jefe de artillería, Guyet, se dedicaba a hacer chanchullos a cuenta de las municiones. Sus agentes Lasnier y Laroque manejaban a un tal Muley que, sorprendiendo el apoyo del Comité Central, se había hecho nombrar jefe de la 17.^a legión, a la que inmovilizaba en parte. Un oficial de artillería puesto a su disposición por el ministerio, el capitán Piguier, trazaba el plano de las barricadas, y uno de los suyos, Basset, escribía el 8 de mayo: *«No hay explosivos dispuestos; el ejército podrá entrar al son de charangas. Hay un espantoso desorden en los diferentes servicios.»* Tan pronto hacían creer a los ex oficiales de la guardia nacional que el Comité Central o la Comuna los habían condenado a muerte y les distribuían en regimientos, como les extraían mañosamente informaciones. Varios de ellos ocupaban puestos oficiales. Ante el tribunal prebostal a que fue conducido, Ulysse Parent, antiguo miembro de la Comuna, presencié esta escena: *«Dos o tres acusados sobre los cuales pesaban graves cargos —uno había sido comisario de policía; otro, director de un depósito de municiones en el barrio de Reuilly—, después de escuchar tranquilamente el informe formulado en contra suya, sacaron no menos tranquilamente un papel de su bolsillo y se lo entregaron a los oficiales, deslizándoles algunas palabras al oído, retirándose en libertad inmediatamente después.»*

La imprudencia de algunos empleados de la Comuna favorecía la labor de los espías. Oficiales de estado mayor, jefes de servicio, por darse importancia, se ex-

presaban en voz alta en los cafés de los bulevares, llenos de espías varones y hembras. Cournet, que sustituyó a Rigault en la prefectura, aunque con más fachenda, no hacía mucho más que Rigault por la seguridad general. Lullier, detenido dos veces, evadiéndose siempre, hablaba a todo el mundo de barrer la Comuna. Troncin-Dumersan, conocido desde hacía veinte años como instrumento policíaco del ministerio del Interior, pasaba revista a su gente en los bulevares. Los contratistas encargados de fortificar a Montmartre encontraban todos los días nuevos pretextos para aplazar la apertura de los trabajos. La iglesia de Bréa seguía intacta. El subencargado de la demolición del monumento expiatorio supo prolongar el asunto hasta la entrada de las tropas. Sólo la casualidad descubrió el complot de los brazaletes, y fue la fidelidad de Dombrowski la que descubrió los manejos de Vaysset.

El espía Vaysset

Este agente de negocios había ido a Versalles a proponer al ministro una operación de aprovisionamiento. Despedido, sacó de su cartera otro negocio y ofreció al almirante Saisset, tan chillado siempre, comprar a Dombrowski, a quien no había visto en su vida. Montó su empresa como una sociedad comercial, reunió asociados, 20.000 francos para gastos, y se puso al habla con un edecán de Dombrowski, Hutzinger. Vaysset le dijo que Versalles daría un millón a Dombrowski, si el general consentía en entregar las puertas que mandaba. Dombrowski dio inmediatamente cuenta del caso al Comité de Salud Pública, y le propuso que se dejara entrar a uno o dos cuerpos de ejército de Versalles, a los que se aplastaría con batallones de federados convenientemente apostados. El Comité no quiso correr esta aventura, pero ordenó a Dombrowski que siguiese adelante las negociaciones. Hutzinger acompañó a Vaysset a Versalles, vio a Saisset, que se ofreció como rehén, en garantía de la ejecución de las promesas hechas a Dombrowski. El almirante debía dirigirse en secreto,

cierta noche, a la plaza Vendôme, y el Comité de Salud Pública, previamente advertido, se disponía a detenerles, cuando Barthélemy Saint-Hilaire le hizo desistir de esta nueva torpeza. La prefectura de policía, que, ignorando la diplomacia del Comité, seguía de cerca a Vaysset, estuvo a punto de detenerle, y el 10 detuvo a su mujer y a su asociado Guttin. Vaysset, que se había retirado a Saint-Denis, continuó sus negociaciones con Hutzinger.¹

El fracaso de esta conspiración hizo desistir a Thiers de la esperanza de una sorpresa, su manía de los primeros días de mayo. Basándose en la palabra de un portero que se comprometía a hacer abrir la puerta Dauphine por su amigo Laporte, jefe de la 16.^a legión, Thiers proyectó una expedición, a pesar de la repugnancia de Mac-Mahon y de los oficiales que estaban por el asalto. «Valía más apoderarse a viva fuerza de la ciudad —decía el apostólico de Mun— capitán de coraceros, amigo de los buenos trabajadores; el derecho se manifiesta de una manera indiscutible.» El derecho a la matanza; y bien lo probó. A las órdenes del general Thiers, el ejército activo y una parte de la reserva fueron puestos en pie la noche del 3 de mayo, y el presidente fue a acostarse a Sèvres. A media noche, las tropas estaban apiñadas en el Bois de Boulogne, delante del lago inferior, con la vista fija en las puertas. Éstas debían ser franqueadas por una compañía reaccionaria que se había formado en Passy a las órdenes de Wéry, teniente del 38, provisto de poderes por su antiguo comandante Lavigne. Lo que ocurrió fue que

1. Después de la muerte de su jefe, la sociedad Vaysset reclamó a Barthélemy Saint-Hilaire unos 39.000 francos. El almirante Saisset apoyó la reclamación, y fue entregada una cantidad de 15.000 francos. La sociedad insistió para que le pagasen el resto con los fondos tomados a los federados; trató incluso de hacer un chantaje al almirante, que acabó por mandarla a paseo. Perdida toda esperanza, la sociedad publicó en 1873, con el nombre de la viuda de Vaysset, un folleto lleno de falsedades, para justificar su reclamación, folleto adoptado por los figaristas contra todos los hechos y documentos. Hutzinger protestó, comenzó incluso un folleto de refutación, después se hizo confidente y, descubierto, abandonó Londres, Bruselas.

los conspiradores no se habían dignado avisar a Lavigne. Como la compañía no había recibido órdenes de su jefe superior, temió que se tratase de una trampa y se negó a llevar a cabo el servicio. El puesto federado no fue relevado. Al amanecer, después de haberse atenido durante varias horas, las tropas volvieron a sus acantonamientos. Dos días después, Laporte fue detenido; pero encontró modo de hacer que le pusieran en libertad.

Beaufond se encargó de llevar adelante el asunto, y prometió también la entrega de las puertas de Auteuil y Dauphine para la noche del 12 al 13. Thiers se dejó atrapar otra vez, y envió todo un material de escalos. Varios destacamentos fueron dirigidos hacia el Point-du-Jour, y el ejército se mantuvo dispuesto a seguirlos. A última hora fracasaron las profundas combinaciones de los conspiradores y, lo mismo que el día 3, el ejército se volvió sin laureles. De esta intentona tuvo conocimiento el Comité de Salud Pública, que nada había sabido de la primera.

Lasnier fue detenido al día siguiente. El Comité acababa de echar mano a los brazaletes tricolores que los guardias nacionales del orden debían ostentar a la entrada del ejército. La señora Legros, que los fabricaba, se descuidaba en el pago de sus obreras. Una de éstas, creyendo trabajar por cuenta de la Comuna, fue a reclamar su salario al Hôtel-de-Ville. Los registros realizados en casa de la Legros pusieron sobre la pista de Beaufond y de sus cómplices. Beaufond y Laroque se escondieron. Troncin-Dumersan volvió a Versailles, Charpentier quedó dueño del terreno. Corbin le daba prisa para que organizase a sus hombres en decenas, en centenas, y le trazaba un plan para apoderarse del Hôtel-de-Ville en cuanto entrasen las tropas. Charpentier, imperturbable, le hablaba todos los días de nuevas conquistas, hablaba de 20.000 reclutas, pedía dinamita para hacer saltar las casas, y absorbía pantagruélicamente las considerables sumas que le transmitía Durouchoux.

Además de estas grandes agencias oficiales, había una nebulosa de traidorzuelos. Ante los consejos de guerra se vanaglorió de no haber servido a la Comuna más

que para traicionarla una multitud de individuos, oficiales superiores, jefes de servicios particulares. Alegaban que los servicios prestados no era para ellos más que un medio de defensa.

Todos los conspiradores reunidos, en suma, no pudieron entregar una puerta, pero ayudaron a desorganizar los servicios. Uno de ellos, el comandante Jerriait, pareció incluso que reclamase para sí el honor de la explosión de la avenida Rapp. Es preciso, sin embargo, leer con reservas los informes de toda esa gente, abultados a menudo con sucesos imaginarios para justificar el empleo de los centenares de miles de francos y de las cruces que se embolsaron.

CAPÍTULO XXV

La política de Thiers con las provincias. — La traición de la izquierda.

«Con el cañón y la política es como hemos tomado París.»

Thiers. Encuesta sobre el 18 de marzo.

«Un gran discurso del presidente del Consejo ha sido aplaudido por la extrema izquierda.»

Dufaure al procurador general de Aix.

¿Quién es el máximo conspirador contra París? La izquierda versallesa.

¿Qué le queda a Thiers el 19 de marzo para gobernar a Francia?

No cuenta con ejército, ni con cañones, ni con grandes ciudades. Éstas tienen fusiles, sus obreros se agitan. Si la pequeña burguesía que hace aceptar a las provincias las revoluciones de la capital llega a haber seguido el movimiento, imita a su hermana de París, Thiers no hubiera podido oponerle un verdadero regimiento. Verdad es que Bismarck se había ofrecido a sustituirle, pero eso hubiera sido el final de todo. Para subsistir, para contener a las provincias, para impedir que no dejen salir los cañones que han de reducir París, ¿cuáles son los únicos recursos del jefe de la burguesía? Una palabra y un puñado de hombres. La palabra: República; los hombres: los jefes tradicionales del partido republicano.

Si los toscos rurales ladran al simple nombre de República y se niegan a insertarlo en sus proclamas, Thiers, mucho más astuto, se llena la boca con ella y, falseando los votos de la Asamblea,¹ la da como consig-

1. El 23, Picard telegrafía al procurador general de Aix: «La República ha sido afirmada de nuevo en una proclama de la Asamblea.» La proclama que la Asamblea se negó a terminar con el grito de: «¡Viva la República!»

na. A las primeras sublevaciones, todos estos funcionarios de provincias reciben la misma fórmula: «Nosotros defendemos a la República contra los facciosos.»

Esto ya era algo. Pero los votos rurales, el pasado de Thiers, se daban de cachetes con estas protestas republicanas, y tampoco los antiguos héroes de la Defensa ofrecían una garantía suficiente. Thiers se daba cuenta de ello, e invocó a los puros de entre los puros, a los galoneados, que el destierro nos había devuelto. Su prestigio se hallaba intacto aún a los ojos de los demócratas de provincias. Thiers los cogió en los pasillos, les dijo que tenían en sus manos la suerte de la República, halagó su vanidad senil, los conquistó tan bien que hizo de ellos un escudo y pudo telegrafiar que habían aplaudido los horribles discursos del 21 de marzo. Cuando los republicanos de la pequeña burguesía provinciana vieron al famoso Louis Blanc, al intrépido Schoelcher y a los más célebres veteranos radicales insultar al Comité Central, como no recibían de París programas ni emisarios capaces de construir una argumentación, se hicieron a un lado, como ya hemos visto, y dejaron que se extinguiese la llama encendida por los obreros.

Movimientos en provincias

El cañón del día 3 los despertó un tanto. El 5, el Consejo Municipal de Lille, compuesto de notabilidades republicanas, habló de conciliación, pidió a Thiers que afirmase la República. Otro tanto hizo el de Lyon. Saint-Ouen envió delegados a Versalles. Troyes declaró que estaba «en alma y vida con los heroicos ciudadanos que combatían por sus convicciones republicanas». Mâcon instó al Gobierno y a la Asamblea para que pusieran fin a la lucha reconociendo las instituciones republicanas. Drôme, Var, Vaucluse, Ardèche, Loire, Savoie, Hérault, Gers, Pyrénées-Orientales, veinte departamentos hicieron parecidas peticiones. Los trabajadores de Rouen declararon que se adherían a la Comuna; los obreros del Havre, rechazados por los republicanos

burgueses, constituyeron un grupo que simpatizaba con París. El 16, en Grenoble, seiscientos hombres, mujeres y niños, fueron a la estación a impedir la salida de tropas y municiones para Versalles. El 18, en Nîmes, una manifestación, con la bandera roja en cabeza, recorrió la ciudad gritando: «¡Viva la Comuna! ¡Viva París! ¡Abajo Versalles!» El 16, el 17 y el 18, en Burdeos, fueron encarcelados algunos agentes de policía, golpeados varios oficiales, apedreado el cuartel de infantería, y se gritó: «¡Viva París! ¡Muera los traidores!» El movimiento se extendió a las clases agrícolas. En Sancoín (Cher), en La Charité-sur-Loire, en Pouilly (Nièvre) pasaron la bandera roja guardias nacionales armados. Siguió Cosne el 18, Fleury-sur-Loire el 19. La bandera roja flotó permanentemente en Ariège; en Foix detuvieron los cañones; en Varilhes se trató de hacer descarrilar los vagones de municiones; en Périgueux, los obreros de la estación se incautaron de las ametralladoras.

El día 15 se presentaron a Thiers cinco delegados del Consejo Municipal de Lyon. Protestó aquél de su devoción a la República, juró que la Asamblea no se transformaría en Constituyente. Si tomaba sus funcionarios fuera de las filas republicanas, era para contentar a todos los partidos, en interés de la propia República. La defendía contra los hombres del Hôtel-de-Ville, sus peores enemigos, decía. Los delegados podían cerciorarse de ello en el mismo París; él estaba dispuesto a concederles salvoconductos. Además, si Lyon se permitía moverse, allí estaban 30.000 hombres dispuestos a reducirlo a la obediencia. Gran mentira que confesó cuatro años más tarde en Burdeos. Las demás diputaciones hubieron de oír el mismo discurso, pronunciado con expresión bonachona, con una abundancia de familiaridad que ganaba a los provincianos.

Traición de la izquierda

Desde la presidencia pasaban a ver a las lumbreras de la extrema izquierda, Louis Blanc, Schoelcher, Edmond Adam y otros célebres demócratas que estampi-

llaban la palabra de Thiers. Estos doctores estaban dispuestos a admitir que la causa de París era justa en principio, pero la declaraban mal enfocada, comprometida en un combate criminal. Como les faltaba el valor necesario para decir con el Proudhon del 48: «hay que matar al hijo para salvar a la madre», deshonoraban al hijo. Louis Blanc, que toda su vida había aullado contra la sociedad —del modo más inocente, por lo demás—, estaba ahora de uñas contra los comunistas que le habían condenado a muerte, según aseguraba. Decía a los delegados: «¿Con quién se puede tratar en París? La gente que allí se disputan el poder son unos fanáticos, imbéciles o malvados, sin hablar de las intrigas bonapartistas o prusianas.» Y toda su gente se engallaba: «¿Es que no estaríamos nosotros en París, si París estuviese en lo justo?» La mayor parte de los delegados de provincias, abogados, doctores, negociantes, educados en el respeto a las glorias, oían hablar a los jóvenes como pontífices, se volvían a sus casas, y, lo mismo que la izquierda les había predicado a ellos, predicaban que era preciso seguirla para salvar a la República. Muy pocos llegaban hasta París. Testigos de las divisiones del Hôtel-de-Ville, recibidos por hombres que no eran capaces de formular sus ideas, amenazados por Félix Pyat en «Le Vengeur», por otros en la Comuna, se volvían convencidos de que no se sacaría nada en limpio de aquel desorden. Cuando volvían a pasar por Versalles, los diputados de la izquierda triunfaban: «¿Eh? ¿Qué os decíamos nosotros?» Hasta Martin-Bernard, el antiguo mártir y ferviente de Barbès, daba a sus electores la coza del asno.

Muchos, en París, no podían creer en una traición tan completa por parte de la izquierda, y seguían conjurándola: «¿Qué hacen ustedes en Versalles, cuando Versalles bombardea a París? —decía una proclama de fines de abril—. ¿Qué pueden hacer ahí en medio de sus colegas que asesinan a sus electores? Si persisten en permanecer en medio de los enemigos de París, por lo menos no se hagan cómplices suyos con el silencio. ¡Cómo! ¿Dejan ustedes a Thiers que escriba a los departamentos: LOS INSURRECTOS DESALOJAN LAS PRINCIPALES

CASAS DE PARÍS PARA PONER A LA VENTA EL MOBILIARIO, y no suben ustedes a la tribuna para protestar? ¡Cómo! ¿Toda la prensa bonapartista y rural puede inundar los departamentos de artículos infames en los que se afirma que en París se mata, se viola, se roba, y ustedes se callan? ¡Cómo! ¿Thiers puede afirmar que sus gendarmes no asesinan a los prisioneros, ustedes no pueden ignorar esas atroces ejecuciones, y se callan? Suban a la tribuna, digan la verdad a los departamentos, esa verdad que los enemigos de la Comuna les ocultan con tanto cuidado. ¡Nuestros enemigos son los suyos!»

Inútil llamamiento, que la cobardía de la izquierda supo desviar. Louis Blanc tartufió: «¡Oh, guerra civil! ¡Lucha espantosa! ¡Ruge el cañón; ¡Se mata, se muere, y los que en la Asamblea darían gustosamente su vida por ver resuelto de una manera pacífica este problema sangriento, están condenados al suplicio de no poder realizar un acto, lanzar un grito, decir una palabra!» Desde el nacimiento de las Asambleas francesas no se dio un banco de izquierda tan ignominioso. Los golpes, los insultos con que se abrumaba a los prisioneros no lograron arrancar una protesta a aquellos diputados parisienses. Sólo uno, Tolain, pidió explicaciones acerca del asesinato de la Belle-Épine.

Sus calumnias pudieron ahogar la acción, pero no las angustias de las provincias. Los obreros de Francia estaban de todo corazón con París. Los empleados de las estaciones arengaban a su paso a los soldados, les conjuraban a que no hiciesen uso de sus armas; los carteles oficiales eran arrancados. Los centros enviaban sus proclamas a centenares. Todos los periódicos republicanos predicaban la conciliación. La agitación se hacía crónica. Thiers lanzó a Dufaure, el Chapelier de la burguesía moderna, uno de los más odiosos ejecutores de sus bajas acciones. El 23 de abril pidió a sus procuradores que persiguiesen a los escritores que defendiesen a la Comuna, «esa dictadura usurpada por extranjeros y criminales que señala su reinado con el robo con violencia, nocturnidad y a mano armada en casa de los particulares», que no hiciesen caso «de los conciliadores que suplicaban a la Asamblea que tendiese su noble

mano a la mano ensangrentada de sus enemigos». Versalles esperaba así sembrar el terror en el momento en que iban a celebrarse las elecciones municipales, que tuvieron lugar el 30 de abril, en virtud de la nueva ley.

Las elecciones fueron republicanas. Las provincias que se habían alzado contra París en junio del 48 y en las elecciones del 49, no querían más que combatir a la Asamblea del 71. En Rochefort, un gran número de boletines decía: «¡Viva la Comuna!» En Thiers, el pueblo ocupó el ayuntamiento, enarboló la bandera roja y se apoderó de los telégrafos. Hubo algaradas en Souppes, Nemours, Château-Landon, en el distrito de Fontainebleau. En Villeneuve-sur-Yonne, en Dordives los comunistas plantaron ante la alcaldía un árbol de la libertad con la bandera roja. En Montargis pegaron carteles con el llamamiento de la Comuna a los campos, y obligaron a un abogado que había querido destruir el cartel a pedir perdón de rodillas. En Coulommiers, la gente formó una manifestación a los gritos de: «¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!»

Insurrección en Lyon

Lyon se sublevó. La bandera tricolor reinaba allí desde el 24 de marzo, salvo en la Guillotière, donde el pueblo mantenía la suya. El Consejo Municipal, de vuelta de París, había pedido el reconocimiento de los derechos de París, la elección de una Constituyente, y nombró a Bourras, oficial de franco-tiradores, comandante de la guardia nacional. Mientras multiplicaba proclamas y gestiones cerca de Thiers, la guardia nacional lyonesa volvía a agitarse. Presentaba un programa al Consejo Municipal, que éste se negaba a aceptar oficialmente. El fracaso de los delegados enviados a Versalles aumentó la irritación. Al anuncio de las elecciones comunales, el elemento revolucionario sostuvo que la ley municipal era nula, ya que la Asamblea no tenía los derechos de una Constituyente. Dos delegados de París instaron a Hénon a que aplazase las elecciones. Uno de los actores de la refriega del 28 de setiembre, Gaspard Blanc, vol-

vió a aparecer en escena. La izquierda, con su rebusca del bonapartista, triunfó con la presencia de este personaje, que no era más que un atolondrado y que sólo en el destierro vistió la librea imperial. El 27, en Brotheaux, en una magna reunión pública, se decidió la abstención, y el 29, en la Guillotière, oponerse al voto.

El 30, a las seis de la mañana, suena el toque de llamada en la Guillotière. Los guardias nacionales se apoderan de la urna y ponen vigilantes a la entrada de la sala. En los muros se lee esta proclama: «*La ciudad lyonesa no puede consentir por más tiempo que se asesine a su hermana, la heroica ciudad de París. Los revolucionarios lyoneses, de acuerdo todos, han nombrado una comisión provisional. Sus miembros están resueltos, antes que verse arrebatada la victoria, a hacer no más que un montón de ruinas de una ciudad suficientemente cobarde para dejar que se asesine a París y a la República.*» La plaza de la alcaldía se llenó de una multitud exaltada. El alcalde Crestin y su adjunto, que querían intervenir, no fueron escuchados; una comisión revolucionaria se instala en la alcaldía.

Bourras envía a los comandantes de la Guillotière orden de que reúnan sus batallones. Se alinean, hacia las dos, en el paseo de Brosses. Un gran número de guardias reprueba esta formación; ninguno quiere ser soldado de Versalles. La multitud los rodea y acaban por romper filas. Un centenar de ellos, conducidos por su capitán, van a la alcaldía a enarbolar su guión rojo. Van a buscar al alcalde, a quien la comisión quiere unir al movimiento. El alcalde se niega, como se negó el 22 de marzo. De pronto retumba el cañón.

Hénon y el Consejo Municipal hubieran querido que se contemporizase, como el mes pasado. El prefecto Valentin y Crouzat pensaban en d'Espivent. A las cinco desemboca por el puente de la Guillotière el 38 de línea. La multitud se mete por las filas de los soldados, conjura a éstos a que no disparen. Los oficiales se ven obligados a volver a sus hombres a los cuarteles. Mientras tanto, la Guillotière se fortifica. Una gran barricada que va desde los almacenes Nouveau-Monde hasta el ángulo de la alcaldía cierra la Grande-Rue;

otra se alza a la entrada de la calle Trois-Rois y una tercera al nivel de la calle Chabrol.

A las seis y media sale de su cuartel el 38, encuadrado esta vez por un batallón de cazadores. A la cabeza marchan Valentin, Crouzat y el procurador de la República, Andrieux, encarcelado durante el Imperio por sus discursos descabellados, libertado por el pueblo el 4 de setiembre, y que había entrado en la magistratura gracias al favor de Gambetta. Intima a rendirse a sus antiguos camaradas; le responden varios disparos, y es herido el prefecto. La caballería despeja el paseo de Brosses y la plaza del ayuntamiento; dos piezas de cañón abren fuego contra el edificio. Vuelan hechas astillas las puertas; los ocupantes abandonan el edificio. La tropa entra en él, después de matar a los centinelas, que quisieron montar guardia hasta el último momento. Se dice que varios sublevados, sorprendidos dentro, fueron muertos a tiros de revólver por un oficial versallés.

Continúa la lucha en las calles vecinas durante parte de la noche. Los soldados, engañados por la oscuridad, dieron muerte a varios de sus mismos hombres. Las pérdidas de los comunistas fueron muy escasas. A las tres de la mañana cesó todo.

En la Croix-Rousse, algunos ciudadanos habían invadido la alcaldía y roto las urnas; el fracaso de la Guillotière puso fin a su resistencia.

Los versalleses aprovecharon la victoria para desarmar a los batallones de la Guillotière; pero la población no quiso unirse a los vencedores. Durante la jornada fueron elegidos algunos monárquicos. Se vieron obligados a someterse a un segundo escrutinio, ya que todo el mundo consideraba nulas las elecciones del 30. Ninguno de ellos fue reelegido. La agitación en favor de París continuó.

Se intenta celebrar un Congreso

Estos consejos republicanos recién elegidos podían hacer fuerza a Versailles. La prensa avanzada les alen-

taba. «La Tribune» de Burdeos propuso un congreso de todas las ciudades de Francia para acabar con la guerra civil, asegurar las franquicias municipales y consolidar la República. El Consejo Municipal de Lyon tenía un programa idéntico, e invitó a todas las municipalidades a enviar delegados a Lyon. El 4 de mayo, los delegados de los consejos de las principales ciudades del Hérault se reunieron en Montpellier. La «Liberté de l'Hérault», en un caluroso llamamiento reproducido por cincuenta periódicos, convocó a un congreso a la prensa departamental. Una acción común iba a sustituir a la agitación incoherente de las últimas semanas. Si las provincias llegaban a percatarse de su fuerza, del momento, de sus necesidades, si conseguían encontrar un grupo de hombres que estuviese a la altura de la situación, Versailles, aprisionado entre París y los departamentos, tendría que capitular ante la Francia republicana. Thiers advirtió el peligro, y dando una prueba de audacia prohibió enérgicamente los congresos. «El gobierno traicionaría a la Asamblea, a Francia, a la civilización —dijo «L'Officiel» del 8 de mayo— si dejase constituirse junto al poder regular salido del sufragio universal los organismos del comunismo y de la rebelión.» Picard, en la tribuna, hablando de los instigadores del Congreso, dijo: «Jamás hubo tentativa más criminal que la suya. El derecho no existe fuera de la Asamblea.» Los procuradores generales, los prefectos, recibieron orden de impedir todas las reuniones y de detener a los consejeros municipales que se dirigiesen a Burdeos. Varios miembros de la Liga de los Derechos de París fueron detenidos en Tours, en Biarritz. No hacía falta más para asustar a los radicales.

Los organizadores del congreso de Burdeos se replegaron. Los de Lyon escribieron a Versailles que ellos no pretendían otra cosa que convocar una especie de asamblea de notables. Thiers, que había conseguido su objeto, no se dignó perseguirlos, permitió a los delegados de dieciséis departamentos que expusieran su sentimiento por lo ocurrido y declarasen seriamente que hacían responsable de ello a «aquel de los combatientes que rechazase sus condiciones».

La pequeña burguesía pierde la partida

Así, la pequeña burguesía de provincias perdió una ocasión rarísima de recuperar su gran papel de 1792. Del 19 de marzo al 5 de abril abandonó a los trabajadores, en lugar de secundar su esfuerzo, de salvar y continuar con ellos la Revolución. Cuando quiso hablar, estaba sola, servía de juguete e irrisión a sus enemigos.

El 10 de mayo, Thiers dominaba por completo la situación. Echando mano de todo, de la corrupción, del patriotismo, mentiroso en sus telegramas, haciendo mentir a los periódicos, bonachón o altanero, según las diputaciones, lanzando tan pronto a sus gendarmes como a sus diputados de la izquierda, había llegado a descartar todos los intentos de conciliación. Acababa de ser firmado en Francfurt el tratado de paz, y, libre por este lado, desembarazado de las provincias, se quedó a solas con París.

Ya era tiempo. Cinco semanas de sitio habían agotado la paciencia de los rurales. Renacían las sospechas de los primeros días, acusaban al pequeño burgués de prolongar las cosas por favorecer a París. Justamente la Unión de Sindicatos acababa de publicar el informe de una nueva entrevista en la que Thiers parecía haberse mostrado más débil. Un diputado de la derecha se lanza a la tribuna y acusa a Thiers de diferir la entrada. Él responde, ceñudo: «Cuando nuestro ejército abre trincheras a 600 metros de París, eso no significa que no queramos entrar.» Al día siguiente, la derecha vuelve a la carga. ¿Es cierto que Thiers ha dicho al alcalde de Burdeos que «si los insurgentes querían interrumpir las hostilidades, se dejarían las puertas abiertas durante una semana a todos, excepto a los asesinos de los generales?» ¿Es que el gobierno pretendería sustraer algunos parisienses a los garfios de la Asamblea? Thiers lloriquea: «Escogen ustedes el día en que se me declara proscrito y en que ha sido demolida mi casa. Eso es una indignidad. Estoy obligado a ordenar actos terribles, los ordeno... Necesito un voto de confianza.» Acosado, opone su ceño a los gruñidos de

la derecha. «Digo que hay entre ustedes imprudentes que tienen demasiada impaciencia. Necesitamos ocho días más. Al cabo de esos ocho días ya no habrá peligro y la tarea será proporcionada a su valor y a la capacidad de esos impacientes.»

Impotencia del segundo Comité de Salud Pública. — Son evacuados el fuerte de Vanves y el pueblo de Issy. — El manifiesto de la minoría. — La explosión de la Avenida Rapp. — Cae derribada la columna Vendôme.

El 10, al advenimiento del nuevo Comité de Salud Pública, la situación militar de la Comuna no había cambiado desde Saint-Ouen a Neuilly, donde se disparaba sin tregua; pero donde se agravaba era a partir de La Muette. La batería de Montretout, la de Meudon, el monte Valérien, cubrían Passy de obuses y abrían hondas brechas en las fortificaciones. Las trincheras de los versalleses se extendían desde Boulogne hasta el Sena. Sus tiradores rodeaban de cerca el pueblo de Issy y ocupaban las trincheras entre este fuerte y el de Vanves, que trataban de dejar aislado de Montrouge. La incuria de la defensa seguía siendo la misma. Las fortificaciones, desde La Muette hasta la puerta de Vanves, estaban armadas apenas; las cañoneras eran casi las únicas que sostenían el fuego de Meudon, de Clamart, del Val-Fleury.

El primer acto del nuevo Comité fue ordenar la demolición de la casa de Thiers, sugerida por Arthur Arnould. Esta ligereza valió al bombardeador un palacete, cuya construcción votó al día siguiente la Asamblea rural. En seguida, el Comité lanzó su proclama: *La traición se había deslizado...*

Delescluze redactó otra, por su parte. Se arrastraba, jadeaba, podía decir perfectamente: «Si sólo hubiese atendido a mis fuerzas, hubiera declinado esta función. La situación es grave... pero cuando considero el sublime porvenir que ha de abrirse para nuestros hijos, aun cuando no nos fuese dado recoger lo que hemos sembrado seguiría saludando con entusiasmo la revolución del 18 de marzo.»

Al entrar en el ministerio se encontró con el Comité

Central, que también elaboraba una proclama: «El Comité Central declara que tiene el deber de no dejar sucumbir esta revolución del 18 de marzo, que él ha hecho tan bella... Quebrantará implacablemente todas las resistencias... Pretende poner fin a los desacuerdos, vencer las malas voluntades, hacer cesar las rivalidades, la ignorancia y la incapacidad.» Esto era hablar más alto que la Comuna y jactarse más allá de lo que hubiera sido justo.

Pérdida del fuerte de Vanves

La primera noche hubo que reparar un desastre. El fuerte de Vanves, sobre el que se concentraban todos los fuegos dirigidos antes contra el de Issy, había llegado a ser punto menos que indefendible, y su comandante lo había evacuado. Wroblewski tomó el mando de manos de La Cécilia, enfermo, y en la noche del 10 al 11 acudió a la cabeza de los batallones 187 y 105, de aquella 11.ª legión que hasta el último día dio tropas sin tasa a la defensa. A las cuatro de la mañana, Wroblewski apareció ante la explanada en que se hallaban los versalleses, cargó a la bayoneta, los puso en fuga, hizo algunos prisioneros, y volvió a poner el fuerte en nuestras manos. Una vez más, los bravos federados mostraron de lo que eran capaces cuando estaban bien mandados.

Durante el día, los versalleses llenaron de obuses y de granadas de picrato de potasa el convento de Oiseaux y el pueblo de Issy, cuya calle mayor no era más que un montón de escombros. Durante la noche del 12 al 13, sorprendieron el liceo de Vanves; el 15 atacaron el seminario de Issy. Desde hacía cinco días, Brunel se esforzaba por poner un poco de orden en la defensa de este pueblo. Rossel había enviado a buscar a este esforzado miembro de la Comuna, a quien los celos de las camarillas tenían alejado, y le había dicho: «La situación de Issy es poco menos que desesperada; ¿quiere usted encargarse de aquello?» Brunel se consagró a Issy, levantó barricadas, pidió artillería (no había más

que cuatro piezas en el pueblo), y nuevos batallones para reemplazar a los 2.000 hombres que llevaban allí cuarenta y un días. No le enviaron más que doscientos o trescientos hombres. Esto es lo que el general Appert llama la brigada Brunel, constituida por 7.882 hombres. Brunel fortificó el seminario, donde los federados, acosados por los obuses, no pudieron sostenerse. Organizó una segunda línea en las últimas casas del pueblo, y por la noche se dirigió al departamento de Guerra, donde Delescluze le había citado para un consejo de guerra.

El primero que se celebró desde el 3 de abril. Dombrowski, Wroblewski, La Cécilia, se encontraron allí. Dombrowski, entusiasta aún, hablaba de hacer una leva de cien mil hombres. Wroblewski, más práctico, proponía trasladar a las trincheras del sur el esfuerzo inútilmente gastado en Neuilly. Se habló mucho, sin llegar a ninguna conclusión. Ya se había levantado la sesión, cuando llegó Brunel; fue a ver a Delescluze al Hôtel-de-Ville, y volvió a tomar el camino de Issy. En la puerta de Versailles distinguió, fuera de las fortificaciones, a sus batallones que, sordos a la voz de sus jefes, habían evacuado el pueblo y pretendían volverse. Brunel, que no quería dejarles pasar, trató de salir por la puerta de Vanves, donde se negaron a franquearle el paso. Volvió a Guerra, expuso la situación, vio también al Comité Central, pidió hombres, anduvo toda la noche de un lado para otro en busca de gente, y a las cuatro de la mañana partió con ciento cincuenta federados. El pueblo estaba en manos de los versalleses. Los oficiales de Issy fueron denunciados a los tribunales militares. Brunel declaró, y se quejó vivamente de la desidia que había paralizado la defensa. Por toda respuesta fue detenido.

Lo que decía Brunel no era más que la verdad. El desorden de Guerra hacía que la resistencia fuese quimérica. Delescluze no había aportado más que su abnegación. Hombre débil de carácter, a pesar de su rigidez aparente, se hallaba a merced del estado mayor, dirigido ahora por Henry Prodhomme, que sobrevivió a todos sus jefes. El Comité Central, fortalecido por las divisiones de la Comuna, se imponía en todas partes,

publicaba órdenes, ordenaba gastos sin someterse a la fiscalización de la comisión militar. Los miembros de ésta, hombres inteligentes, pero de la minoría, se quejaron al Comité de Salud Pública, que los sustituyó por unos cuantos románticos. La disputa siguió, a pesar de todo, y tan violenta, que se extendió por las legiones el rumor de una ruptura entre el Hôtel-de-Ville y el Comité Central.

Los versalleses seguían avanzando. En la noche del 13 al 14, el fuerte de Vanves, que no disparaba más que escasas andanadas, volvió a enmudecer y no hubo manera de reanudar el fuego. La guarnición copada por todas partes, se retiró por las canteras de Montrouge. Los versalleses ocuparon lo que quedaba del fuerte. Una vez más, hubo ovación en Versalles.

El 16, París no tenía ya ni un solo defensor desde la orilla izquierda hasta el Petit-Vanves, donde estaban acampados unos 2.000 federados al mando de La Cécilia y de Lisbonne. Intentaron el regreso al pueblo de Issy, regreso que fue rechazado. El enemigo pudo continuar adelantando sus fortificaciones y armar los dos bastiones del fuerte de Issy que miraban a la ciudad. Su fuego, dificultado un momento por las fortificaciones, conquistó una marcada superioridad y se unió al de las baterías que barrían el distrito XVI. Este desgraciado distrito era enfilado de frente, de flanco, en diagonal, por cerca de cien bocas de fuego. Entonces se empezó a pensar un poco en la defensa interior. Delescluze extendió los poderes de tres generales hasta los barrios de la ciudad que confinaban con sus mandos, licenció el batallón de barricadistas, que ya no era de ninguna utilidad, y encomendó sus trabajos a los ingenieros militares. La mayor parte de estas órdenes fueron letra muerta o se cruzaron con otras. Cuando el delegado ofrecía 3,50 francos a los cavadores, el Comité de Salud Pública, en la misma columna de «L'Officiel», ofrecía 3,75.

El Comité de Salud Pública colaboraba en la defensa con un decreto que obligaba a los parisienses a proveerse de una carta cívica, cuya exhibición podía ser solicitada por cualquier guardia nacional, decreto tan

irrealizable e irrealizado como el concerniente a los refractarios. El Hôtel-de-Ville no inspiraba terror a nadie. Detrás de todas aquellas voces se echaba de ver la impotencia. Habiendo sitiado algunos batallones el Banco para hacer una requisa, Beslay se metió por medio, y los terribles dictadores del Comité desautorizaron a su agente. El público sonreía. Un último golpe, y se habría acabado la autoridad de la Comuna. El golpe se lo dio la minoría.

Manifiesto de la minoría

La verdad es que a ésta la trataban muy mal. Ya cuando se habló de sustituir a Delescluze, la mayoría había elegido, frente a Varlin, a un hombre absolutamente indigno, Billioray; después había eliminado de Intendencia a Varlin; a Vermorel, de Seguridad; a Longuet, de «L'Officiel». Irritada y sobremanera preocupada, al mismo tiempo, por el creciente desorden, quiso salvar su responsabilidad, y lo hizo en un manifiesto que fue llevado a la sesión del 15. La mayoría, avisada, no fue, con excepción de cuatro o cinco de sus miembros. La minoría hizo que constase esa ausencia, y, en lugar de esperar a la reunión siguiente, envió su declaración a los periódicos: «*La Comuna —decía— ha abdicado su poder en manos de una dictadura a la que ha dado el nombre de Comité de Salud Pública. La mayoría, con la adopción de esa medida, se ha declarado irresponsable. La minoría afirma, por el contrario, que acepta todas las responsabilidades del movimiento revolucionario. En cuanto a nosotros, reclamamos el derecho a ser los únicos que respondamos de nuestros actos, sin atrincherarnos detrás de una dictadura suprema. Nos retiramos a nuestros distritos.*»

Error grave e inexcusable. La minoría no tenía derecho a gritar «dictadura» después de haber votado en pro del segundo Comité de Salud Pública. La publicación de las votaciones la dejaba suficientemente a cubierto ante sus electores. Más digno hubiera sido desautorizar públicamente los actos del Comité y proponer

por su parte algo mejor. Lo lógico, puesto que, según ella misma decía, «la cuestión de la guerra estaba por encima de todas las demás», hubiera sido no destronar moralmente la defensa, desertando del Hôtel-de-Ville. Si los distritos habían enviado sus mandatarios al Hôtel-de-Ville, no era para que esos mandatarios se volvieran enfurruñados a sus distritos.

Sus electores, a los que varios de ellos reunieron, les invitaron a que se reintegraran a sus puestos; pero el golpe estaba dado; los periódicos versalleses lanzaron gritos de júbilo. Los que acababan de protestar comprendieron la torpeza que habían cometido, y quince de ellos se presentaron a la sesión del 17. El llamamiento nominal dio 70 miembros, cosa que nunca se había visto. Se discutió primeramente una proposición presentada por un traidor. Barral de Montaut, jefe de estado mayor de la 7.^a legión, acababa de hacer publicar que los versalleses de Vanves habían fusilado a una enfermera de las ambulancias de la Comuna. Un miembro de la mayoría, impulsado por Montaut, pidió que se fusilase, como represalia, a cinco rehenes en el interior de París, y a otros cinco en las avanzadas. La Comuna, ante esto, se refirió a su decreto del 7 de abril. Acababa de salir de esta moción, cuando Paschal Grousset interpela a los miembros de la minoría, demuestra lo fútil de las razones invocadas en su manifiesto, y acaba calificándolos de girondinos. «¡Girondinos! —responde Frankel—. ¡Girondinos vosotros, que os acostáis y os levantáis con el *Montitor* del 93! ¡De otro modo, de sobra sabríais la diferencia que hay entre ser girondinos y socialistas!» La discusión se envenena. Vallès, que había firmado el manifiesto, exclama: «Yo he declarado que hay que entenderse con la mayoría, pero también hay que respetar a la minoría, que es una fuerza», y pide que todas esas fuerzas se vuelvan contra el enemigo. Miot responde con un severo gruñido. Uno de la mayoría habla de conciliación; Félix Pyat, buscando atizar la cólera de unos y otros, pide que se dé lectura al manifiesto. En vano dice Vaillant, lleno de sentido común y de espíritu de justicia: «Cuando nuestros colegas vuelven con nosotros, desautorizan su

mismo programa; no hay que volver a ponérselo ante los ojos para empujarlos a que perseveren en su error.» A pesar de sus esfuerzos, se echa abajo una orden del día conciliadora, y triunfa la de Miot, redactada en términos ofensivos para la minoría.

Explosión de la fábrica de cartuchos Rapp

Una explosión interrumpe la querella. Billioray entra precipitadamente en la sala y anuncia que acaba de volar la fábrica de cartuchos de la avenida Rapp.

Todo el barrio de Grenelle está alborotado. Un haz de llamas, de plomo fundido, de restos humanos, de vigas ardiendo que han volado, desde el Campo de Marte hasta una altura enorme, ha sembrado de proyectiles los alrededores. Cuatro casas se derrumban; más de cuarenta personas están mutiladas. La catástrofe hubiera sido más terrible aún, de no haber acudido los bomberos de la Comuna a arrancar de entre las llamas algunos furgones llenos de cartuchos y varios barriles de pólvora. Una multitud enloquecida llega y cree en un crimen. Quedan detenidos algunos individuos; llevan a un artillero a la Escuela Militar.

¿Dónde está el culpable? Nadie lo ha dicho. Ni la Comuna ni su procurador instruyen este asunto: como el de Moulin-Saquet, quedó en la oscuridad. El Comité de Salud Pública, sin embargo, anunció en una proclama que tenía en su poder a cuatro culpables, y Delescluze declaró que intervenía en el asunto el tribunal militar. Una seria investigación hubiera puesto en claro el crimen, de seguro. Las obreras, que salían de ordinario a las siete de la tarde, fueron despedidas ese día a las seis. Se vio a Charpentier pedir dinamita al coronel Corbin. Podía ser muy útil a los conspiradores sembrar a la vez el pánico en Guerra, en la Escuela Militar, en el parque de artillería y en las barracas del Campo de Marte, que seguían alojando a algunos federados. París creyó firmemente en un complot. Los reaccionarios dijeron: «Esto es la venganza por lo de la columna Vendôme.»

Esta había caído la víspera, con gran ceremonia, justificando a los treinta años la profecía de Henri Heine: «Ya una vez la tormenta arrancó de la cima de la columna Vendôme al hombre de hierro erguido sobre su fuste, y en caso de que los socialistas llegasen al gobierno podía ocurrirle el mismo accidente por segunda vez, o bien el ansia de igualdad radical sería capaz de derribar toda la columna, con el fin de que ese símbolo de gloria fuese por entero descuajado de la tierra.»

El ingeniero encargado de la demolición se comprometió «en nombre del club positivista de París», en un contrato lleno de prolijas explicaciones, a ejecutar «el 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón, el fallo pronunciado por la historia y publicado por la Comuna de París contra Napoleón I». Pero a cada paso le sobornaban a sus obreros, y la operación se retrasó hasta el 16. Ese día, a las dos, la multitud llenaba las calles vecinas, muy inquieta porque se habían predicho toda clase de catástrofes. El ingeniero, en su contrato, se decía en condiciones «de evitar todo peligro». Serró la columna horizontalmente, un poco más arriba del pedestal. Un corte oblicuo debía facilitar la caída hacia atrás sobre un vasto lecho de leña, de arena y de estiércol, amontonado en el eje de la calle de la Paix.

Un cable amarrado a la cima de la columna se enrolla en el cabrestante fijado a la entrada de la calle. La plaza está llena de guardias nacionales; las ventanas y los tejados, de curiosos. En ausencia de Jules Simon y de Ferry, partidarios en otro tiempo del derrumbe, Glais-Bizoin, el ex delegado de Tours, felicita al nuevo delegado de policía Ferré, que acaba de reemplazar a Courmet, y le confiesa que su ardiente deseo, desde hace cuarenta años, era ver demolido el monumento expiatorio. Las bandas tocan la *Marsellesa*. El cabrestante gira, la polea se rompe; resulta herido un hombre. Circulan rumores de traición. Se instala inmediatamente una nueva polea. A las cinco aparece un oficial en la balaustrada, agita largo rato una bandera tricolor y la fija en la reja. A las cinco y media, el cabrestante gira de nuevo. Unos minutos después, César oscila y su

brazo, cargado de victorias, azota en vano el cielo. La columna se inclina, se quiebra de golpe en el aire, y se abate en zig-zags contra el suelo que gime. La cabeza de Bonaparte rueda, y el brazo homicida yace separado del tronco. Brota de millares de pechos una aclamación, como surgida de un pueblo libertado. La gente se abalanza sobre los restos, y la bandera roja, saludada con entusiastas clamores, es plantada en el pedestal.

El pueblo quería repartirse los fragmentos de la columna. La Casa de la Moneda se opuso a ello alegando la necesidad de calderilla. Uno de los primeros actos de la burguesía victoriosa fue volver a levantar aquel bastón enorme, símbolo de su soberanía. Para volver a poner al amo en su pedestal se necesitó un andamiaje de 30.000 cadáveres. ¡Como las madres del Imperio, cuántas de las de nuestros días no han podido contemplar ese bronce sin llorar!

CAPÍTULO XXVII

París en vísperas de la muerte. — Versailles.

Al París de la Comuna no le quedan más que tres días de vida. Grabemos en la historia su luminosa fisonomía.

El que ha respirado tu vida, que es fiebre para los otros, el que ha palpitado en tus bulevares y llorado en tus suburbios, el que ha cantado en las auroras de tus revoluciones y algunas semanas después ha lavado de pólvora sus manos detrás de las barricadas; el que puede oír bajo tus piedras la voz de los mártires de la idea y saludar tus calles con una fecha humana; aquel para quien cada una de tus arterias es un nervio, aún no te hace justicia, gran París de la rebelión, si no te ha visto desde fuera. Los filisteos extranjeros dicen con una mueca desdeñosa: «¡Miren ese loco!» Pero acechan a su proletario que ha dejado en suspenso su martillo y está mirando; tiemblan, no sea que tu gesto le enseñe a ese proletario cómo tendrá que hacer saltar el resorte de su soberanía. La atracción del París rebelde fue tan poderosa que hubo quien vino desde América para contemplar este espectáculo desconocido en la historia: la mayor ciudad del continente europeo en manos de los proletarios. Los pusilánimes se sintieron atraídos.

Los primeros días de mayo nos llegó un amigo de los tímidos de las tímidas provincias. Los suyos le escoltaron a la salida, con lágrimas en los ojos, como si bajase a los infiernos. Nos dijo: «¿Qué hay de cierto? — ¡Venga usted a registrar todos los rincones de la caverna!»

Paseo a través de París

Salgamos por la Bastilla. Los vendedores de periódicos, atronando los oídos, vocean el «Mot d'ordre», de Rochefort; el «Père Duchesne», «Le Cri du Peuple!»,

de Jules Vallès; «Le Vengeur», de Félix Pyat; «La Commune!», «Le Tribun du Peuple!», «L'Affranchi!», «L'Avant-Garde!», «Le Pilon des mouchards!». «L'Officiel se ve poco solicitado; lo ahogan los miembros de la Comuna con su competencia; uno de ellos, Vésinier, llega incluso a publicar en el «Paris libre» una sesión secreta; «Le Cri du Peuple» tira cien mil ejemplares. Es el primero que se levanta; alza su clamor con el gallo. Si tenemos algo de Vallès esta mañana, buena suerte; pero Vallès cede con demasiada frecuencia la palabra a Pierre Denis, que nos automatiza a todo trance. No compréis más que una vez el «Père Duchesne», aunque tire sesenta mil ejemplares. No tiene nada del de Hébert, que no fue ningún señorón. Tomad en «Le Vengeur el artículo de Félix Pyat como una linda muestra de embriaguez literaria. «La Commune» es el periódico doctrinario en el que escribe algunas veces Millière, en el que Georges Duchesne zarandea a los jóvenes y a los viejos del Hôtel-de-Ville con una severidad que exigiría otro carácter.

Ahí tenéis, en los quioscos, las caricaturas: Thiers, Picard y Jules Favre en figura de las tres Gracias enlazando su ventripotencia. Ese pez de escamas verde-azules que arregla un lecho con corona imperial es el marqués de Galliffet. «L'Avenir», monitor de la *Liga*; «Le Siècle», muy hostil desde la detención de Chaudey; «La Vérité», del yanqui Portalis, se apilan, melancólicos e intactos. Una treintena de periódicos versalleses ha sido suprimida por la prefectura de policía; no por eso están muertos: un vendedor nada recatado nos los ofrece.

Buscad, a ver si dais con una incitación a la matanza, al pillaje, con una línea cruel en estos periódicos comunales, calcados por la batalla, y comparadlos ahora con las hojas versallesas que piden fusilamientos en masa para cuando las tropas hayan vencido a París.

Sigamos esos féretros que suben por la calle de la Roquette. Entremos con ellos en el Père-Lachaise. Todos los que mueren por París son enterrados en la gran familia, y la Comuna reclama el honor de pagar sus funerales. Su bandera roja flamea en los ángulos del coche mortuario seguido por los camaradas del ba-

tallón, a los cuales se unen siempre algunos transeúntes. Una mujer acompaña al cuerpo de su marido. Un miembro de la Comuna va también detrás del coche. Al borde de la tumba habla, no de lamentos, sino de esperanza, de venganza. La viuda estrecha a sus hijos contra sí y les dice: «¡Acordaos y gritad conmigo: viva la República, viva la Comuna!» «Es la mujer del teniente Châtelle», nos dice uno de los presentes.

Volviendo sobre nuestros pasos, pasamos por junto a la alcaldía del XI, cubierta de negro, de duelo por el plebiscito imperial de que el pueblo de París es inocente y de que resulta ser víctima. La plaza de la Bastilla está jubilosa, animada por la feria del pan de especias. París no quiere cederle nada al cañón; incluso ha prorrogado por una semana esta feria. Los columpios se balancean, los torniquetes rechinan, los vendedores pregonan sus chucherías, los acróbatas lucen sus habilidades y prometen la mitad de los ingresos para los heridos. Un guardia que vuelve de las trincheras contempla, apoyado en su fusil, el panorama del sitio, la entrada de Garibaldi en Dijon.

Bajemos por los grandes bulevares. En el circo Napoleón se apiñan cinco mil personas desde la pista hasta el remate. Un sinfín de banderolas invitan a los paisanos a agruparse por departamentos. La reunión ha sido organizada por algunos negociantes que proponen a los ciudadanos de los departamentos el envío de delegados a sus respectivos diputados; creen que se les podrá atraer, que será posible conquistar la paz con explicaciones. Un ciudadano pide la palabra, sube al tablado. La multitud aplaude a Millière: «¡La paz! Todos la buscamos. Pero ¿quién ha comenzado la guerra, quién se ha negado a toda reconciliación? ¿Quién atacó a París el 18 de marzo? — Thiers. ¿Quién le atacó el 2 de abril? — Thiers. ¿Quién ha hablado de conciliación, quién ha multiplicado las tentativas de paz? — París. ¿Quién las ha rechazado siempre? — Thiers. ¡La Conciliación!, ha dicho Dufaure; pero la insurrección es menos criminal... ¡Y lo que no han podido hacer ni los francmasones, ni las Ligas, ni las proclamas, ni los consejeros municipales de provincia, lo esperáis de una de-

legación elegida entre los parisienses! ¡Pues bien, sin saberlo, estáis debilitando la defensa! ¡No, no más diputaciones! ¡correspondencias activas con las provincias!, ¡ahí está la salvación!» —«¿Conque ése es el energúmeno de Milliére con que nos espantan en provincias?, exclamó mi amigo—. Sí, y estos millares de hombres de todas condiciones que buscan la paz en común, que se escuchan, que se responden con cortesía, éstos son el pueblo demente, “el puñado de bandidos que tienen en su poder la capital”».

En el cuartel Prince-Eugène están los mil quinientos soldados que se quedaron en París el 18 de marzo y que la Comuna alberga sin obtener de ellos ningún servicio, porque estos holgazanes no querían estar, según decían, ni con París ni con Versalles. En el bulevar Magenta se ven los numerosos esqueletos de la iglesia Saint-Laurent, alineados en el mismo orden en que fueron hallados, sin rastros de ataúd ni de mortaja. ¿Es que no están formalmente prohibidos los entierros en las iglesias? Algunas, sin embargo, especialmente Notre-Dame-des-Victoires, abundan en esqueletos. ¿No tiene la Comuna el deber de poner en claro estas ilegalidades, que tal vez sean crímenes?

En los bulevares, desde el de la Bonne-Nouvelle hasta la Ópera, el mismo París vaga por los almacenes, o toma asiento en las terrazas de los cafés. Los carruajes son raros; el segundo sitio ha reducido mucho el aprovisionamiento de caballos. Por la calle 4-Septembre llegamos a la Bolsa, coronada por la bandera roja, y a la Biblioteca nacional, en la que no faltan lectores. Cruzando por el Palais Royal llegamos al Museo del Louvre. Las salas, con todos los lienzos que dejó la administración del 4 de setiembre, están abiertas al público. Jules Favre y sus periódicos no dejan de decir, a pesar de ello, que la Comuna vende al extranjero las colecciones nacionales.

Bajamos por la calle Rivoli. En la calle Castiglione, una enorme barricada disfraza la entrada de la plaza Vendôme. La desembocadura de la Concordia está cerrada por el reducto de Saint-Florentin, que va desde el ministerio de Marina a las Tullerías, ocho metros de

espesor, con tres troneras bastante mal dirigidas. Un amplio foso que descubre el sistema arterial de la vía subterránea separa la plaza del reducto. Algunos obreros le hacen su última *toilette* y cubren de césped los parapetos. Muchos curiosos miran y más de una cara se ensombrece. Un pasadizo hábilmente dispuesto lleva a la plaza de la Concordia. La estatua de Estrasburgo destaca su arrogante aspecto sobre las banderas rojas. Estos comunistas, a quienes se ha osado acusar de que para ellos no existía Francia, han sustituido piadosamente las muertas coronas del primer sitio con frescas flores de primavera.

La zona de fuego

Ahora entramos en la zona de combate. La avenida de los Campos Elíseos presenta su larga línea desierta, que cortan con surcos siniestros los obuses del monte Valérien y de Courbevoie. Llegan hasta el Palais de l'Industrie, donde los empleados de la Comuna, dirigidos por Cavalier, el famoso *Pipe-en-Bois*, un hombre de talento, protegen valerosamente sus riquezas. A lo lejos, el Arco de Triunfo perfila su poderoso volumen. Los aficionados de los primeros días han desaparecido de esta plaza de l'Etoile, que ha llegado a ser casi tan mortífera como las fortificaciones. Los obuses rebotan en la fachada, mutilan los bajorrelieves que Jules Simon había hecho blindar contra los prusianos. Los cascos de metralla extienden en torno a sí su mortal rociada. El arco principal está cegado, para detener los proyectiles que enfilan la avenida. Detrás de esta barricada se montan aparejos para instalar cañones sobre la plataforma que domina las avenidas convergentes.

Por el barrio Saint-Honoré bordeamos los Campos Elíseos. En el rectángulo comprendido entre la avenida de la Grande-Armée, la de Ternes, las fortificaciones y la avenida Wagram, no hay una sola casa intacta. Ya lo ven ustedes, *Thiers no bombardea París, como no dejarán de decir las gentes de la Comuna*. Un trozo de cartel cuelga de un muro medio derrumbado, el discurso de Thiers contra el rey Bomba, que un grupo

de conciliadores ha tenido el acierto de reproducir. «Ustedes saben, señores —decía a los burgueses de 1848—, lo que ocurre en Palermo. Se han estremecido ustedes de horror al saber que una gran ciudad ha sido bombardeada por espacio de cuarenta y ocho horas. ¿Y por quién? ¿Por un enemigo extranjero que ejercía los derechos de la guerra? No, señores. Por su propio gobierno. ¿Y por qué? Porque esa infortunada ciudad reclamaba unos derechos. ¡Pues bien, por la petición de esos derechos ha habido cuarenta y ocho horas de bombardeo!» ¡Dichoso Palermo! París es bombardeado desde hace cuarenta días «por su propio gobierno».

Tenemos alguna probabilidad de llegar al bulevar Pereire, rasando con el lazo izquierdo de la avenida de Ternes. Desde allí hasta la puerta Maillot, todo el mundo tiene la misma edad. Acechando un minuto de calma, llegamos a la puerta, o, mejor dicho, al montón de escombros que indica su lugar. La estación ya no existe, el túnel está cegado, las fortificaciones se deslizan hasta los fosos. Salamandras humanas se agitan entre estos escombros. Delante de la puerta, casi al descubierto, hay tres piezas que manda el capitán La Marseillaise; a la derecha, el capitán Rochat con cinco piezas; a la izquierda, el capitán Martin con cuatro. Monteret mantiene esta avanzada, desde hace cinco semanas, bajo un huracán de obuses. El monte Valérien, Courbevoie y Bécon han lanzado más de ocho mil. Diez hombres bastan para el servicio de estas doce piezas, desnudos hasta la cintura, con el torso y los brazos negros de pólvora; Craon, muerto en su puesto, manejaba él solo dos piezas del 7; con un disparador en cada mano, hacía partir al mismo tiempo los dos tiros. El único que sobrevivió del primer equipo, el marinero Bonaventure, vio volar hechos pedazos a sus camaradas. Y sin embargo se mantienen firmes y estas piezas desmontadas frecuentemente se renuevan. Los versalleses han querido muchas veces intentar sorpresas y pueden seguir intentándolo. Monteret vigila día y noche; puede, sin jactancia, escribir al Comité de Salud Pública que mientras él esté allí, los versalleses no entrarán por la puerta Maillot.

Cada paso hacia La Muette es un desafío a la muerte. Sobre la fortificación, cerca de la puerta de La Muette, un oficial agita su kepis hacia el Bois de Boulogne; las balas silban en torno de él. Es Dombrowski, que se divierte burlándose de los versalleses de las trincheras. El general nos conduce al castillo de La Muette, uno de sus cuarteles generales. Todas las habitaciones están acibilladas por los obuses. Allí sigue firme el general, sin embargo, y hace que sigan firmes los suyos. Se ha calculado que sus ayudas de campo vivían, por término medio, ocho días. En este momento acude el vigía del mirador, que acaba de ser atravesado por un obús. «¡Siga usted allí! —le dice Dombrowski—; si no ha de morir usted, allí nada tiene que temer.» Su arrojo es puro fatalismo. No recibe ningún refuerzo, a pesar de sus despachos a Guerra; cree perdida la partida, y así lo dice frecuentemente. Éste es mi único reproche; no esperéis que justifique a la Comuna por haber aceptado el concurso de unos demócratas extranjeros. ¿Es que no era ésta la revolución de todos los proletarios? ¿Es que los franceses no han abierto sus filas en todas las guerras a los grandes corazones de todas las naciones que quisieron combatir con ellos?

Dombrowski nos acompaña, a través de Passy, hasta el Sena, y apunta con un ademán triste a las fortificaciones abandonadas casi. Los obuses trituran o siegan los pasos a nivel de ferrocarril. El gran viaducto se cae a pedazos por varios sitios. Las locomotoras blindadas han sido destrozadas y derribadas. La batería versallesa de la isla Billancourt dispara al ras de nuestras cañoneras, echa a pique en este momento una de ellas, *L'Estoc*. Una gasolinera recoge a la tripulación y remonta el Sena bajo el fuego que la persigue hasta el puente de Iéna.

Una atmósfera tibia, un sol de vida, un silencio de paz envuelven este río, este naufragio, estos obuses que vuelan en medio de la soledad. La muerte parece más cruel al ser lanzada en esta plenitud de la naturaleza. Vamos a saludar a los heridos de Passy. Ya sabe usted que Thiers ha hecho disparar contra las ambulancias de la Comuna. A las protestas de la Sociedad Interna-

cional de Socorros a los Heridos, respondió: «Como la Comuna no se ha adherido a la convención de Ginebra, el gobierno de Versalles no tiene por qué acatar para con ella esa convención.» La Comuna se ha adherido a la convención; ha hecho más, ha respetado las leyes de humanidad en presencia de los actos más salvajes. Thiers sigue haciendo rematar heridos. Véalos. Precisamente un miembro de la Comuna, Lefrançais, está visitando la ambulancia del doctor Demarquay; al interrogar sobre el estado de los heridos: «Yo no comparto sus ideas —le responde el doctor—, y no puedo desear el triunfo de su causa; pero jamás he visto heridos que conserven más calma y sangre fría durante las operaciones.» La mayor parte de los heridos pregunta ansiosamente cuándo podrán reanudar sus servicios. Un joven de dieciocho años al que han amputado la mano derecha, levanta la otra y exclama: «¡Todavía me quedá ésta para servir a la Comuna!» A un oficial herido de muerte le dicen que la Comuna acaba de hacer llegar su sueldo a su mujer y a sus hijos. «Yo no tenía derecho a eso», responde. Ahí tiene usted, amigo mío, los brutos alcoholizados que, según Versalles, forman el ejército de la Comuna.

Volvemos por el Campo de Marte. Sus vastos barrocos están bastante mal defendidos. Haría falta otra oficialidad, otra disciplina para sujetar a los batallones.

Ante la Escuela, cien bocas de fuego permanecen inertes, enmohecidas, a mil quinientos metros de las fortificaciones, a dos pasos de la comisión de Guerra. Dejemos a la derecha este semillero de discordias, y entremos en el Cuerpo Legislativo, transformado en taller. Mil quinientas mujeres cosen los sacos terreros que han de tapar las brechas. Una mujer alta y guape-tona, Marta, distribuye el trabajo, ceñida la banda roja con franjas de plata que le han regalado sus camaradas. Alegres canciones hacen más corta la tarea. Todas las tardes se entrega su paga a las obreras, que reciben la totalidad de su trabajo, ocho céntimos por saco; el empresario anterior apenas si les dejaba dos céntimos para ellas.

Subamos por los muelles soñolientos, sumidos en su

calma inalterable. La Academia de Ciencias sigue celebrando sus sesiones de los lunes. No son los obreros los que han dicho: «La República no tiene necesidad de sabios.» Delaunay preside. Elie de Beaumont revisa la correspondencia y lee una nota de su colega J. Bertrand, que ha huido a Saint-Germain; este matemático estéril no está por las audacias creadoras, por no haber podido encontrar nunca un teorema natural. Mañana encontraremos el resumen de la sesión en «L'Officiel» de la Comuna.

No abandonemos la orilla izquierda sin visitar la prisión militar. Pregunte usted a los prisioneros versalleses si han encontrado en París una amenaza, una injuria, si no se les trata como a camaradas, si no están sometidos al mismo régimen que todos, si no se les devuelve la libertad cuando quieren ayudar a sus hermanos de París.

París de noche

Estamos ante la noche de la gran ciudad. Se abren los teatros. El Lyrique da una gran representación musical a beneficio de los heridos, y la Opéra-Comique prepara otra. La Ópera, que Michot, el gran cantante, no ha abandonado, anuncia para el lunes 22 una solemnidad excepcional en la que Raoul Pugno cantará el himno de Gossec. Los artistas de la Gaîté, abandonados por su director, dirigen por sí mismos su teatro. El Gymnase, el Châtelet, el Théâtre-Français, el Ambigu-Comique, los Délassements se llenan todas las noches. Vamos a los espectáculos que París no ha visto desde 1793.

Se abren diez iglesias, y la revolución sube al púlpito. En el viejo Gravilliers, Saint-Nicolas-des-Champs se llena de un potente murmullo. Algunos faroles de gas temblequean en el hormiguero de la multitud, y allá lejos, sumido en la sombra de los arcos, Cristo aparece condecorado con la banda comunalista. El único foco luminoso, la mesa que está frente al púlpito, está asimismo tapizada de rojo. El órgano y la multitud rugen

la *Marsellesa*. El pensamiento del orador, caldeado por este ambiente fantástico, se dispara en invocaciones que el eco repite como una amenaza. Trata del suceso del día, de los medios de defensa. Los miembros de la Comuna se ven tratados bastante mal. Los deseos de la reunión serán llevados mañana al Hôtel-de-Ville. Algunas veces, las mujeres piden la palabra; tienen en Batignolles un club especial del que se alzan frases de guerra y de paz. Si salen pocas ideas precisas de estas reuniones enfebrecidas, ¡cuántos, en cambio, encuentran en ellas provisión de brío y de valor!

Las nueve: podemos llegar al concierto de las Tullerías. A la entrada, algunas ciudadanas acompañadas de comisarios hacen una colecta para las viudas y los huérfanos de la Comuna. Por primera vez, mujeres honestamente vestidas están sentadas en las banquetas del patio. Tres orquestas tocan en las galerías. El corazón de la fiesta está en la sala de los Mariscales. En este sitio en que diez meses antes se pavoneaban Bonaparte y su banda, la señorita Agar declama los *Castigos*, el *Idolo*, a pesar de los periódicos versalleses que la insultan. Mozart, Meyerbeer, las grandes obras de arte han expulsado a las obscenidades musicales del Imperio. Por la gran ventana del centro cae al jardín la armonía. Linternas, jubilosos farolillos constelan el césped, danzan en los árboles, colorean los surtidores. El pueblo ríe en los macizos. Los Campos Elíseos, negros, parecen protestar contra estos amos populares, a los que nunca han reconocido. También Versalles protesta con resplandores de obús que iluminan con un pálido reflejo el Arco de Triunfo, que encorva su masa sombría sobre la gran guerra civil. A las once oímos un rumor por la parte de la capilla: acaban de detener a Schoelcher. Ha abandonado un momento Versalles para ver las fiestas de este París, que él está ayudando a entregar a Versalles. Lo llevan a la prefectura, donde Raoul Rigault le devuelve la libertad burlándose de él.

Los bulevares se llenan con la multitud que sale de los teatros. En el café Peters —el Americano— una afluencia escandalosa de mujeres y de oficiales de es-

tado mayor con botas blandas de vueltas rojas, con sables vírgenes. Un destacamento de guardias nacionales llega y se los lleva. Los seguimos hasta el Hôtel-de-Ville, donde Ranvier, que está de guardia, los recibe. El proceso no es largo; las mujeres a Saint-Lazare; los oficiales a las trincheras, con palas y picos.

La una: París duerme con su aliento regular. Ahí tiene usted, amigo mío, el París de los bandidos. Lo ha visto usted pensar, llorar, combatir, trabajar; entusiasmado, fraternal, severo con el vicio. Sus calles, libres durante el día, ¿son menos seguras en el silencio de la noche? Desde que París se encarga por sí mismo de su policía, los criminales han disminuido.¹ ¿Dónde ve usted el libertinaje vencedor? Estos obreros que podían nadar en millones, viven con una paga ridícula en comparación de sus salarios ordinarios. A merced suya están los ricos hoteles de los que les bombardean. ¿Dónde están los saqueadores?

¿Reconoce usted a este París siete veces ametrallado desde 1789, más sufrido hoy que Alsacia y Lorena a que ha defendido, este París de incapitulares, siempre en pie para la salvación de Francia? ¿Dónde está su programa, dice usted? Búsquelo usted ante sí, no en ese Hôtel-de-Ville que tartamudea. Estas fortificaciones humeantes, estas explosiones de heroísmo, estas mujeres, estos hombres de todas las profesiones, confundidos, todos los obreros de la tierra aplaudiendo nuestra lucha, todas las burguesías coaligadas contra nosotros, ¿no expresan el pensamiento común, no dicen claramente que aquí se lucha por la República y por el advenimiento de una sociedad social? Vuélvase en seguida a su provincia para hablar de este París. Dígaless a las provincias republicanas: «Esos proletarios parisienses combaten por vosotros, que seréis los perseguidos de mañana. Si sucumben, quedaréis por espacio de largos años enterrados bajo sus funerales.»

1. Claude, jefe de seguridad durante el Imperio. (*Encuesta sobre el 18 de marzo.*)

A mil leguas de aquí, Versalles, la amenaza constante. Ciudad de destinos inmutables, llena siempre de odio a París. Anteayer, el rey; ayer, Guillermo; Thiers hoy. Y, desde 1789, siempre la misma sentencia, la de Breteuil: «¡Si es necesario quemar París, se quemará a París!» La primera idea de incendiar a París se le ocurrió a la aristocracia francesa.

Las regias avenidas están erizadas de cañones. Agazapados en el patio de honor, los dogos de bronce guardan el palacio, la Asamblea, el antro. Para pasar hay que ostentar galones, ser diputado o confidente; nadie entra en Versalles, nadie puede permanecer allí como no esté incluido en la lista.

El estado mayor rural piafa en los Depósitos: pura sangre de la derecha, caballería ligera, orleanistas, ensotados. También hormigueaban allí los desplumados funcionarios del Imperio, diplomáticos a lo Gramont, prefectos, chambelanes, domésticos, fugitivos del 4 de setiembre. Para salir de esta situación «no hay más que el rey», dicen unos; «no hay más que el emperador», dicen otros. Reunidos por la tormenta en esta arca de Noé, los antiguos proscritos y los antiguos proscriptores se espían, llenos de odio, a ver quién se engulle la victoria.

Los bonapartistas tienen de su parte al ejército, pero no cuentan con el gobierno, y éste lo es todo en estos momentos en que los rurales reinan en la Asamblea. Esta tiene una necrópolis por vestíbulo: la Cámara de los aparecidos, la galería de las tumbas, bolsín de diputados, funcionarios, oficiales, mercaderes, porque trae buena suerte alimentar y equipar a estos ciento treinta mil hombres, sin contar los grandes trabajos de reparación de carreteras, puentes, edificios públicos. Preocupados por sus departamentos, los prefectos escuchan a los grupos, siguen a los misteriosos conspiradores que anuncian a fecha fija la entrada en París. Esos que miran de arriba abajo a los derechistas son

los honorables de la izquierda, que sirven de diversión en las sesiones.

Tolain pide explicaciones, desde la tribuna, sobre los asesinatos de la Belle-Épine. El que fue pilar de la Internacional se ha quedado en Versalles para representar al verdadero pueblo, al bueno, porque él no está contaminado de las «lupercales populacheras» de París.

«¡Basta, basta! —le gritan a este hombre demasiado puro—; todo el mundo sabe que nuestros bravos oficiales no son unos asesinos.» El ministro responde parlamentariamente: «El honorable Tolain...» Se alza un toletole al oír lo de *honorable*, y Grévy zanja el incidente: «No hace falta desmentir una calumnia abominable.» Todo el mundo vuelve a sentarse, lo mismo que Tolain, indignado por la pifia.²

La Asamblea, cuando no ruge, se arrodilla; los sermones alternan con los gritos de muerte. Gavardie pide los tribunales, a falta de la hoguera, para quien niegue la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. Si se tarda en votar, el general Du Temple llama a sus colegas al orden: «¡Que estamos haciendo esperar a Dios!»

Fuera de este teatro y de los convoyes de prisioneros, a cuenta de los que surgen no pocas escaramuzas en la Asamblea, la vida es monótona para los rurales. A los más encopetados de ellos les queda el recurso de los grandes cabarets de Saint-Germain, cuya terraza de fresca verdura se ha transformado en un Longchamp de mujeres de mundo, de artistas, de actrices y también de las prostitutas y de los periodistas que han trasladado su industria a Seinet-Oise. No hay ni un solo gacetillero que no haya sido, como Louis Blanc, condenado a muerte por el Comité Central, por la Comuna o por alguno de los consejos de guerra, cuyo presidente indica; ni uno que no tenga detalles auténticos de

2. Nadie se indignó más que Tolain en 1876 contra Jules Favre, que declaraba que no dependía de nadie más que de su conciencia. En abril de 1896, este ex trabajador, transformado en senador bien cebado, escribía a sus electores, que le convocaban para que diese cuentas de su gestión, que él no tenía «otra regla de conducta que su conciencia».

las sesiones del Hôtel-de-Ville, de los asesinatos, robos, pillajes y fusilamientos de París. Según los monárquicos, la Comuna está inspirada por Hugelmann, bonapartista notorio; el Comité Central, presidido por el general Fleury, y las barricadas son construidas bajo la dirección de los generales prusianos.³ Es Gambetta, dicen los bonapartistas, quien, por mediación de su amigo Ranc, inspira a esos comunistas, cuya infame obstinación ha elevado a 5.000 millones las exigencias de Bismarck, y que se atreven a pedir que se juzgue a Bazaine. Los rurales se lo tragan todo; Schoelcher es un fenómeno por haber salido de ese infierno que describe el «Journal Officiel» como «un lugar pestífero del que todos tratan de huir. Los desgraciados que no pueden escapar, se ven reducidos a invocar el apoyo de las potencias neutrales... como en esos países de Oriente donde se necesitan capitulaciones para preservar a los europeos de las atrocidades de los indígenas». ¡Eso es!, chirría un poetastro que ha abandonado a su madre, a su hermana y a su querida por puro miedo, y ahora mezcla su flauta al concierto rural. El bajo es un rumiante de la Normal, que lanza catilinarias. El gordo Francisque Sarcey escribe vulgaridades, lo ve todo rojo, y hace su papel de Breteuil: «Aunque haya que ahogar en sangre esta insurrección, aunque haya que enterrarla bajo las ruinas de la ciudad en llamas, no hay transacción posible. Si la guillotina llega a ser suprimida, habrá que conservarla para los que levantan barricadas.»⁴ Los comunistas le reconcilian con los prusianos, «buena gente a la que se ha calumniado» y cuyo «¡jaá» da gusto oír cuando sala uno de «esa jaula de monos y de tigres». «No sería posible imaginar —dice “Le Drapeau tricolore”— todo lo que había en ese *ja*. Parecía decir: Sí, pobre francés, aquí estamos, no temas nada; ya no volverán a meterte en la cárcel, tendrás derecho a ir adonde te dé la gana; ya no te verás reducido a leer las bobadas de Jules Vallès o las sangrientas bufonadas del vodevillista Rochefort; aquí estás en tierra libre, *ja*,

en tierra amiga, *ja*, bajo la protección de las bayonetas bávaras, *ja*... No pude menos, a mi vez, de repetir este *ja*, tratando de tomarle la entonación. El alemán se quitó la pipa de la boca y exclamó: “¡Ah, los franceses, siempre *alegres!* *Ja, ja.*” Y los dos nos echamos a reír, el uno frente al otro.»

A Versalles, este Sarcey le parece oportunísimo. Muchas cosas más ha de aplaudir aún Versalles. El 16 de mayo, día de oraciones, «Le Figaro» publica un verdadero programa de matanza: «Se pide formalmente que todos los miembros de la Comuna, del Comité Central y otras instituciones de la misma naturaleza; que todos los periodistas que han pactado cobardemente con la matanza triunfante; que todos los polacos ambiguos; que todos los válaeos fantásticos que por espacio de dos meses han reinado sobre la más bella y noble ciudad del mundo, sean conducidos, en compañía de sus edecanes, coroneles y demás granujas de la misma calaña, después de un juicio sumarísimo, desde la prisión en que se les haya encerrado, al Campo de Marte, donde serán pasados por las armas ante el pueblo reunido.»

París leyó todo esto, y le dio no poco que reír. Estos versalleses le hacen el efecto de unos posesos del baile de San Vito. París se burla de ellos. Jamás creará que esos *seine-et-oisillons*, como él los llama, puedan ser unos buitres espantosos.

3. «Le Soir».

4. «Le Drapeau tricolore», revista semanal.

EDICIONES DE BOLSILLO
(Títulos programados)

1. *Historia de Cronopios y de famas*. JULIO CORTÁZAR. E.D.H.A.S.A.
2. *Teoría de las ideologías*. EUGENIO TRÍAS. EDICIONES PENINSULA.
3. *Los cachorros*. M. VARGAS LLOSA. EDITORIAL LUMEN.
4. *Arte y sociedad*. HERBERT READ. EDICIONES PENINSULA.
5. *Justine*. LAWRENCE DURRELL. E.D.H.A.S.A.
6. *Exilados*. JAMES JOYCE. BARRAL EDITORES.
7. *Historia social del movimiento obrero europeo*. WOLFGANG ABENDROTH. EDITORIAL ESTELA.
8. *Realismo y utopía en la Revolución Francesa*. BABEUF. EDICIONES PENINSULA.
9. *Guerra del tiempo*. ALEJO CARPENTIER. BARRAL EDITORES.
10. *Sigmund Freud*. JONES. EDITORIAL ANAGRAMA.
11. *Parábolas para una pedagogía popular*. C. FREINET. EDITORIAL ESTELA.
12. *Las palmeras salvajes*. WILLIAM FAULKNER. E.D.H.A.S.A.
13. *De los espartaquistas al nazismo: la república de Weimar*. CLAUDE KLEIN. EDICIONES PENINSULA.
14. *Autopista*. JAUME PERICH. EDITORIAL ESTELA.
15. *Una teoría científica de la cultura*. BRONISLAW MALINOWSKI. E.D.H.A.S.A.
16. *La arquitectura modernista*. ORIOL BOHIGAS. EDITORIAL LUMEN.
17. *La canción de Rachel*. MIGUEL BARNET. EDITORIAL ESTELA.
18. *Otras voces otros ámbitos*. TRUMAN CAPOTE. E.D.H.A.S.A.
19. *Diccionario para ociosos*. JOAN FUSTER. EDICIONES PENINSULA.
20. *Versión celeste*. JUAN LARREA. BARRAL EDITORES.
21. *Tener y no tener*. ERNEST HEMINGWAY. E.D.H.A.S.A.
22. *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*. PIERRE DEYON. EDICIONES PENINSULA.
23. *Poetas ingleses metafísicos*. MAURICE y BLANCA MOLHO. BARRAL EDITORES.
24. *Contra la medicina liberal*. COMITÉS D'ACTION SANTÉ. EDITORIAL ESTELA.

25. *Sobre literatura rusa*. A. M. RIPELLINO. BARRAL EDITORES.
26. *Los vagabundos eficaces*. P. DELIGNY. EDITORIAL ESTELA.
27. *Ferdinand*. LOUIS ZUKOFSKY. BARRAL EDITORES.
28. *Historia del Primero de Mayo*. MAURICE DOMMANGET. EDITORIAL ESTELA.
29. *Las cabezas trocadas*. THOMAS MANN. E.D.H.A.S.A.
30. *Vida y obra de Sigmund Freud II*. HERNEST JONES. EDITORIAL ANAGRAMA.
31. *Los piratas*. GILLES LAPOUGE. EDITORIAL ESTELA.
32. *Besos de Madre*. FRIEDMAN. EDITORIAL LUMEN.
33. *Los ídolos*. MANUEL MUJICA LAINEZ. E.D.H.A.S.A.
34. *Los que nunca opinan*. FRANCISCO CANDEL. EDITORIAL ESTELA.
35. *La luna se ha puesto*. JOHN STEINBECK. E.D.H.A.S.A.
36. *Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación*. CARLOS CASTILLA DEL PINO. EDICIONES PENÍNSULA.
37. *Me gustar estar aquí*. KINGSLEY AMIS. EDITORIAL LUMEN.
38. *Balthazar*. LAWRENCE DURRELL. E.D.H.A.S.A.
39. *Psicoanálisis y política*. HERBERT MARCUSE. EDICIONES PENÍNSULA.
40. *La arquitectura modernista*. ORIOL BOHIGAS. EDITORIAL LUMEN.
41. *La celosía*. ALAIN ROBBE GRILLET. BARRAL EDITORES.
42. *Entre el autoritarismo y la explotación. Una candela bajo el viento*. A. I. SOLZHENITSYN. EDICIONES PENÍNSULA.
43. *La nueva ley sindical*. JUAN N. GARCÍA NIETO, SANTIAGO MARIMÓN y ALBERT BUSQUETS. EDITORIAL ESTELA.
44. *La contrarrevolución en África*. J. ZIEGLER. EDITORIAL LUMEN.
45. *Los chuetas mallorquines*. BALASAR PORCEL. BARRAL EDITORES.
46. *Hª de la Comuna, 1.ª volumen*. H. LISSAGARAY. EDITORIAL ESTELA.
47. *Hª de la Comuna, 2.ª volumen*. H. LISSAGARAY. EDITORIAL ESTELA.
48. *Cómo se vende a un presidente*. JOE MC. GUINNIS. EDICIONES PENÍNSULA.
49. *El señor de Bembibre*. ENRIQUE GIL y CARRASCO. BARRAL EDITORES.
50. *Vida y obra de Sigmund Freud III*. ERNEST JONES. EDITORIAL ANAGRAMA.

51. *La incomunicación*. CARLOS CASTILLA DEL PINO. EDICIONES PENÍNSULA.
52. *El siglo de las luces*. ALEJO CARPENTIER. BARRAL EDITORES.
53. *Iniciación al arte español de la postguerra*. VICENTE AGUILERA CERNI. EDICIONES PENÍNSULA.
54. *Mountolive «El cuarteto de Alejandría»*. LAWRENCE DURRELL. E.D.H.A.S.A.
55. *Treinta años de teatro de la derecha*. JOSÉ MONLEÓN. TUSQUETS EDITOR.
56. *Ensayos literarios I*. MARCEL PROUST. E.D.H.A.S.A.
57. *Ensayos literarios II*. MARCEL PROUST. E.D.H.A.S.A.
58. *La casa de Matriona: Todo sea por la causa*. A. I. SOLZHENITZIN. EDICIONES PENÍNSULA.
59. *Lectura de Marx por Althusser*. ALBERTO ROIES. EDITORIAL ESTELA.
60. *El muchacho de la torre vigia*. ANA M.ª MATUTE. EDITORIAL LUMEN.
61. *La casa de citas*. ALAIN ROBBE GRILLET. BARRAL EDITORES.
62. *Crítica del marxismo liberal*. CESARE CASAS. EDICIONES PENÍNSULA.
63. *La estética musical del 700 a nuestros días*. ENRICO FUBINI. BARRAL EDITORES.
64. *Las clases sociales en la sociedad capitalista avanzada*. N. BIRBAUM, M. FOTIA, M. KOLINSKY, H. WOLPE, R. STAVENHAGEN. EDICIONES PENÍNSULA.
65. *Seis estudios de psicología*. JEAN PIAGET. BARRAL EDITORES.
66. *China revolución en la literatura*. JOACHIN SCHICKEL. BARRAL EDITORES.
67. *Teoría de la novela*. GEORGES VON LUCKACS. EDHASA.
68. *Los jefes*. MARIO VARGAS LLOSA. BARRAL EDITORES.
69. *Contrapunto*. ALDOUS HUXLEY. EDHASA.
70. *Ideólogos e ideologías de la nueva izquierda*. BERNARD OELGART. EDITORIAL ANAGRAMA.
71. *Imágenes-Imágenes*. ROGES CAILLOIS. EDHASA.
72. *Las confesiones no católicas de España*. ROBERT SALADRIGAS. EDICIONES PENÍNSULA.
73. *Sociología*. SALVADOR GINER. EDICIONES PENÍNSULA.
74. *Conversaciones 1913-1952*. ANDRÉ BRETÓN. BARRAL EDITORES.
75. *El modo de producción asiático*. GIANNI SOFRI. EDICIONES PENÍNSULA.
76. *Poesía y revolución*. VLADIMIR MAIAKOVSKY. EDICIONES PENÍNSULA.

77. *Enseñanzas de la edad, poesía 1945-1970.* JOSÉ M.^a VALVERDE. BARRAL EDITORES.
78. *Sobre la teoría de las ciencias y la política.* MAX WEBER. EDICIONES PENÍNSULA.
79. *Opiniones de un payaso.* HEINRICH BÖLL. BARRAL EDITORES.
80. *El marxismo después de Marx.* PIERRE SOUYRI. EDICIONES PENÍNSULA.
81. *Historia del cine, Tomo I.* ROMAN GUBERN. EDITORIAL LUMEN.
82. *Historia del cine, Tomo II.* ROMAN GUBERN. EDITORIAL LUMEN.
83. *Cuatro cuartetos.* T. S. ELIOT. BARRAL EDITORES.
85. *Cien poemas de amor.* AMARU. BARRAL EDITORES.
86. *El libro del cielo y del infierno.* JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES. EDHASA.
88. *La muerte en la familia.* JAMES AGEE. EDHASA.
90. *W. Benjamin, B. Brecht, H. Broch, R. Luxemburgo.* HANNAH ARENDT. EDITORIAL ANAGRAMA.
91. *Clea.* LAWRENCE DURRELL. EDHASA.

ra que la observaba ansiosamente. El Hôtel-de-Ville de 1871 se quedaba a la zaga de la Comuna de 1793.

Se trataba simplemente de un proyecto que sin duda iba a ser estudiado a fondo. La Comuna lo votó en su reunión de la noche, sin discutirlo apenas. Esta asamblea, que concedió cuatro días a la cuestión de los vencimientos comerciales, interminables horas a la del Monte de Piedad, no fue capaz de someter a una discusión solemne una declaración que había de ser su programa, caso de que triunfase, y su testamento si sucumbía.

Elecciones complementarias del 16 de abril

Surgieron, en cambio, los casuistas. La Comuna, por mayoría absoluta, había declarado válidas seis de las elecciones del 26 de marzo. El informador de las elecciones del 16 de abril proponía ratificar igualmente todas aquellas que hubiesen reunido mayoría absoluta. Los escrupulosos se indignaron: «Eso sería —dijeron— la mayor zancadilla que gobierno alguno haya echado nunca al sufragio universal.» Sin embargo, no era cosa de convocar a cada paso a los electores. Tres distritos de los más abnegados, especialmente el XIII, cuyos mejores elementos estaban en la línea de fuego, no habían dado ningún resultado. Un nuevo escrutinio no hubiera hecho más que acusar con mayor evidencia el aislamiento de la Comuna.

La discusión fue muy enconada; había quienes mostraban su frenesí por la legalidad, en aquel Hôtel-de-Ville fuera de la ley. París debía estrangularse con sus principios salvadores. Ya, en nombre de la santa autonomía que prohíbe intervenir en la autonomía del vecino, la comisión ejecutiva se había negado a armar comunas que estaban bajo la dependencia de París y que pedían que se les dejara ir contra Versalles. El mismo Thiers no podía hacer nada mejor para aislar a París.

Por veintiséis votos contra trece se aprobaron las conclusiones del informe. Sólo se confirmaron veinte

elecciones,¹ decisión completamente falta de lógica. Había que confirmar la elección de todos o de ninguno, ya que hubo quien fue admitido con menos de 1.100 votos, mientras que otros quedaron fuera con 2.500. Cuatro eran periodistas, seis obreros. Once, enviados por las reuniones públicas, fueron a reforzar el partido de los románticos. Dos de los ratificados en la elección se negaron a aceptar el fallo por no haber obtenido la octava parte de los votos. Briosne y el autor de los admirables *Propos de Labienus*, Rogeard, que se dejó engañar por un falso escrúpulo de legalidad. Fue la única flaqueza de este corazón generoso, que consagraba a la Comuna una elocuencia brillante y pura. Su dimisión privó al Consejo de un hombre lleno de buen sentido, y desenmascaró una vez más al apocalíptico Félix Pyat.

El primero de abril, viendo venir el nublado, Félix Pyat, a quien los golpes inspiraban el mismo horror que a Panurgo, había enviado su dimisión de miembro de la comisión ejecutiva, declarando que su presencia era indispensable en Marsella. Como los cazadores de Galliffet hacían peligrosa la salida, se resignó a quedarse, pero adoptando dos máscaras, una para el Hôtel-de-Ville y otra para el público. En la Comuna, en sesión secreta, impulsaba a los demás a las medidas violentas; en su periódico oficiaba de pontifical, sacudía sus grises cabellos, decía: «¡A las urnas, y no a Versalles!» También aquí tenía dos caras. Si pedía la supresión de los periódicos, firmaba «Le Vengeur»; para murmurar, firmaba «Félix Pyat». Vino la derrota de Asnières. Se apoderó de él el miedo, y buscó otra vez una salida. La dimisión de Rogeard se la abrió. Al abrigo de este nombre sin reproche, Félix Pyat deslizó su dimisión. «La Comuna ha violado la ley —escribía—; yo no quiero ser cómplice.» Para cerrarse a toda réplica, comprometió la dignidad de la Comuna. «Si persiste —dijo— me veré

1. Vésinier, Cluseret, Pillot, Andrieu (*Louvre*); Pothier, Serraillier, J. Durand, Johannard (*Bourse*); Courbet, Rogeard (*Luxembourg*); Sicard (*Palais-Bourbon*); Briosne (*Opéra*); Philippe, Lonclas (*Reuilly*); Longuet (*Passy*); A. Dupont (*Batignolles*); Cluseret, Arnold (*Montmartre*); Menotti Garibaldi (*Buttes-Chaumont*); Viard, Trinquet (*Ménilmontant*).

obligado, sintiéndolo mucho, a dimitir *antes de la victoria*.»

Esta treta asqueó a todo el mundo. Precisamente acababa «Le Vengeur» de censurar la supresión de tres periódicos reaccionarios, supresión que había pedido innumerables veces Félix Pyat en las sesiones secretas. Vermorel denunció esta doblez. Un miembro: «Aquí se ha dicho que las dimisiones serían consideradas como traiciones.» Otro: «No se debe abandonar el puesto cuando es un puesto de peligro y de honor.» Un tercero pide formalmente la detención de Félix Pyat. «Siento —dijo otro— que no se haya comprendido que es a quienes nos han nombrado a los que hay que presentar la dimisión.» Y Delescluze: «Nadie debe retirarse por un rencor personal o porque el ideal perseguido no esté de acuerdo con el proyecto. ¿Es que se figuran ustedes que todo el mundo aprueba lo que se hace aquí? Pues bien, hay miembros que se han quedado y que permanecerán hasta el fin, a pesar de las injurias que se nos prodigan. En cuanto a mí, estoy decidido a permanecer en mi puesto, y si no vemos la victoria, no seremos los últimos en morir despedazados en las fortificaciones o en las escaleras del Hôtel-de-Ville.»

Ruidosos aplausos acogieron estas palabras viriles. Ninguna abnegación era más meritoria. Encanecido en la defensa de las ideas de centralización, Delescluze no podía ver sin sufrir que alguien las atacase. Nada tan noble como aquel viejo, sediento de justicia, que al final de su vida estudiaba las cuestiones sociales; aquel hombre que se consagraba al pueblo sin hacer frases y a pesar de todo. Hubo un momento en que, abrumado por la enfermedad, contristado por las sesiones, habló de retirarse. Bastó con decirle que su retirada infligiría un gran perjuicio a la causa del pueblo para que se quedase a esperar, no la victoria —sabía, tan bien como Pyat, que eso era imposible—, sino la muerte que siembra el porvenir.

Félix Pyat, que no se atrevía a morder a Delescluze, se revolvió contra Vermorel, le trató de confidente y, como Vermorel era miembro de la comisión de segu-

ridad, le acusó en «Le Vengeur» de revelar sus notas a la prefectura de policía. Este bicho calificó a Vermorel de gusano. Bajo el refinado literario latía la verdulera. En el 48, en la Constituyente, llamaba a Proudhon cochino; en la Comuna trató de basura a Tridon. Fue el único miembro de esta asamblea —en la que había obreros de profesiones rudas— que lanzara semejantes inmundicias en la discusión.

Vermorel respondió en «Le Cri du Peuple», y no le costó demasiado trabajo vencerle. Por tres veces le intimaron sus electores a que permaneciese en su puesto: «Es usted un soldado y debe continuar en la brecha. Sólo nosotros tenemos derecho a destituirle.» Acosado por sus mandatarios, amenazado con la detención en el Consejo, tuvo que volver, haciendo remilgos, al Hôtel-de-Ville.

Versalles triunfaba al descubrirse todas estas cominerías. El público conoció por vez primera las interioridades de la Comuna, sus minúsculos cotarros formados por amistades y antipatías puramente personales. El que perteneciese a tal grupo era sostenido a pesar de todo, cualesquiera que fuesen sus yerros. Para ser admitido al servicio de la Comuna, había que pertenecer a tal o cual camarilla. Se ofrecieron muchas abnegaciones sinceras por parte de los demócratas probados, de los empleados y hasta de algunos oficiales republicanos desertores de Versalles. Todos ellos fueron recibidos y mirados de arriba abajo por algunos ineptos que habían nacido la víspera y cuya abnegación no habría de sobrevivir a la entrada de las tropas. Y sin embargo, la insuficiencia de personal y de orientación se hacía cada vez más evidente. «Desde hace un mes —dijo Vermorel en la sesión del 20— estamos adormilados; no tenemos organización.» «Se ha admitido a Cluseret —decía Delescluze— exclusivamente porque no teníamos otro soldado.» La comisión ejecutiva no sabía mandar; el Comité Central no quería subordinarse. El Gobierno, la Administración, la Defensa, iban a la ventura, como la salida del 3 de abril.

CLUB RÉPUBLICAIN

Démocratique et Socialiste

Du XIII^e Arrondissement

RÈGLEMENTS ET STATUTS

ARTICLE PREMIER. Il est fondé à Paris un Club qui prend le nom de : *Club démocratique socialiste du XIII^e arrondissement.*

ART. 2. Le nombre des membres du Club est illimité.

But du Club.

ART. 3. Le Club démocratique socialiste du XIII^e arrondissement a pour but d'étudier tous les problèmes politiques et sociaux relatifs à l'affranchissement du travail et à l'émancipation des travailleurs, d'en poursuivre la solution par les moyens révolutionnaires, et d'user de son influence pour provoquer l'insurrection du travail contre toutes tentatives de restauration monarchique ou tous actes d'un gouvernement quelconque qui pourraient arrêter ou différer l'avènement de la République démocratique et sociale.

CAPÍTULO XIX

Las parisienses. — Suspensión de hostilidades para la evacuación de Neuilly. — El ejército de Versalles y el de París.

La intensa hoguera de París ocultaba todavía estos flacos. Quien no haya sido abrasado por ella no acertará a describirla. Los periódicos comunistas, a pesar de su romanticismo, resultaban fríos al lado de ella, como resultaba bien poca cosa la escenografía. En las calles, en los bulevares silenciosos, un batallón de cien hombres que va al fuego o vuelve de él, alguna mujer que le sigue, un transeúnte que aplaude; tal es el drama de esta Revolución, sencillo y gigantesco como una tragedia de Esquilo.

El comandante, en camisa, cubierto de polvo, con los galones chamuscados. Los hombres, todos ellos canosos o de rubios cabellos, los viejos de junio y los párvulos de la idea. No pocas veces va el hijo al lado del padre.

Las comunistas

Esta mujer que saluda o acompaña a la tropa es la valerosa y auténtica parisiense. La inmunda andrógina nacida de los fangos imperiales ha seguido a su clientela a Versalles o explota la mina prusiana de Saint-Denis. La que tiene ahora por suya la calle es la mujer fuerte, abnegada, trágica, que sabe morir de la misma manera que ama, la mujer que tiene por alma ese puro y generoso filón que desde el 89 corre vivaz por las profundidades populares. La compañera de trabajo quiere también asociarse en la muerte. «Si la nación francesa se compusiera solamente de mujeres, ¡qué terrible nación sería!», escribía el corresponsal del «Times». El 24 de marzo, un federado dijo a los batallones burgueses del primer distrito esta frase, que hizo que abatieran sus

armas: «Creedme, no os podréis sostener; vuestras mujeres están llorando y las nuestras no lloran.»

Esta mujer no detiene a su hombre; ¹ lejos de eso, lo empuja a la batalla, le lleva la ropa y la comida a la trinchera como antes al taller. Muchas no quieren volver ya a la ciudad, y empuñan el fusil. El 4 de abril, en la meseta de Châtillon, son ellas las que sostienen el fuego. Las cantineras van vestidas sencillamente, de trabajadoras. El 3 de abril, en Meudon, la del 66.º, la ciudadana Lachaise, se estuvo todo el día en el campo de batalla cuidando a los heridos casi sola, sin médico.

A la vuelta tocan a rebato, llamando a todas las abnegaciones, las centralizan en un comité en la alcaldía del distrito X, fijan proclamas conmovedoras: *«Es preciso vencer o morir. Los que dicen: ¿qué importa el triunfo de la causa si he de perder a quienes quiero?, deben saber que el único medio de salvar a los que le son queridos es lanzarse a la lucha.»* Se ofrecen a la Comuna, piden armas, puestos de combate, se indignan contra los cobardes. *«Me sangra el corazón —escribe una— al ver que sólo están combatiendo estrictamente aquellos que quieren hacerlo. No es de ningún modo, ciudadano delegado, una denuncia lo que trato de hacerle. Lejos de mi semejante idea; pero mi corazón de ciudadana teme que la debilidad de los miembros de la Comuna haga abortar nuestros proyectos para el porvenir.»*

André Léo, con pluma elocuente, explica lo que era la Comuna, instaba al delegado de Guerra a que utilizase *«la santa fiebre que abrasa el corazón de las mujeres»*. Una joven rusa de elevada cuna, instruida, rica, que se hacía llamar Dimitrieff, fue la Théroigne ² de

1. Eran de una fe sublime, en su ingenuidad. Oímos en un ómnibus a dos mujeres que volvían de las trincheras de ver a sus maridos. Una lloraba, la otra decía: «No te apures, nuestros hombres volverán. Además, la Comuna ha prometido cuidarse de nosotras y de nuestros hijos. Pero no, es imposible que mueran defendiendo una causa tan buena. Y mira, yo prefiero ver al mío muerto antes que en manos de esos versalleses.»

2. Heroína que se distinguió por su arrojo en las jornadas francesas del 92.

esta revolución. Asimilada íntegramente al pueblo en su actitud y en el fondo de su corazón es esta Louise Michel, maestra del distrito XVII. Dulce y paciente con los pequeños, que la adoraban, la madre se transformaba en leona por la causa del pueblo. Organizó un cuerpo de camilleras que cuidaba a los heridos bajo la metralla. También iban a los hospitales a disputar sus queridos camaradas a las ásperas religiosas, y los ojos de los agonizantes se reanimaban al murmullo de aquellas suaves voces que hablaban de República y de esperanza.

En esta pugna de abnegación, los niños competían con los hombres y con las mujeres. Los versalleses, al vencer, apresaron a 660 criaturas, y otras muchas perecieron en los combates callejeros. Seguían a los batallones hasta las trincheras, iban con ellos a los fuertes, se ponían al pie de los cañones. Algunos de los que servían a los de la puerta Maillot eran muchachos de trece o catorce años. En campo raso, hacían locuras de valor.

Esta llamarada parisiense irradiaba más allá del cerco de la ciudad. Las municipalidades de Sceaux y de Saint-Denis se reunían en Vincennes para protestar contra el bombardeo, exigir las franquicias municipales y la instauración de la República. El ardor de París llegaba a las provincias.

Éstas empezaban a creer a París inexpugnable, a pesar de los partes de Thiers. El 3 de abril: «Esta jornada es decisiva para la suerte de la insurrección»; el 4: «los insurrectos han sufrido hoy un fracaso decisivo»; el 7: «esta jornada es decisiva»; el 11: «se preparan contra los insurrectos medios irresistibles»; el 12 «los insurrectos huyen a todo correr, se espera el momento decisivo»; el 15: «intentaremos, con una prueba decisiva, poner fin a esta guerra civil»; el 17: «persistimos en evitar las pequeñas acciones, hasta que llegue la acción decisiva». A pesar de tantos éxitos decisivos y de tantos medios irresistibles, el ejército versallés se enfriaba invariablemente al llegar a las avanzadas parisenses. Sus únicas victorias decisivas eran las que conseguía contra las casas de las afueras.

Las cercanías de la puerta Maillot, la avenida de la Grande-Armée, Ternes, se alumbraban con incendios continuos. Asnières y Levallois se llenaban de ruinas. Los habitantes de Neuilly vegetaban, hambrientos, en sus sótanos. Los versalleses lanzaban, solamente sobre estos puntos, mil quinientos obuses diarios, y Thiers escribía a sus prefectos: «Si se dejan oír algunos cañonazos, la culpa no es del gobierno, sino de algunos insurrectos que quieren hacer creer que luchan cuando apenas se atreven a dejarse ver.»

Suspensión de hostilidades

La Comuna atendía a los bombardeados de París; pero nada podía hacer por los de Neuilly, cogidos entre dos fuegos. De toda la prensa se alzó un llamamiento a la piedad, pidiendo un armisticio para la evacuación de Neuilly. Los francmasones, la Liga de los Derechos de París, intervinieron. Con mucho trabajo —los generales no querían el armisticio— los delegados de la Liga obtuvieron una suspensión de hostilidades por ocho horas. La Comuna encargó a cinco de sus miembros que recibiesen a los bombardeados, y las municipalidades les prepararon asilo. Salieron con socorros los comités de mujeres.

El 25, a las nueve de la mañana, enmudeció el cañón desde la puerta Maillot hasta Asnières. Una inmensa muchedumbre de parisienses fue a visitar las ruinas de la avenida, la puerta Maillot, convertida en un montón de tierra, de granito, de cascos de obús, y se detuvo ante los artilleros, apoyados en las piezas ya legendarias. Muchos llegaron hasta Neuilly. El pueblecito, tan coquetón en otro tiempo, sólo ofrecía ya a los hermosos rayos del sol sus casas desmoronadas. En los límites convenidos, dos filas, una de soldados de línea, otra de federados, a veinte metros de distancia. Los versalleses, escogidos entre los más seguros, estaban guardados por oficiales de caras patibularias. Cuando los parisienses se aproximaban bonachonamente a los soldados, los oficiales alzaban el grito. Cuando un

soldado respondió cortésmente a dos señoras, un oficial le arrancó el fusil y calando la bayoneta contra las parisienses dijo: «¡Así es como hay que hablar!» Algunas personas que cruzaron, de una y otra parte, las líneas, fueron hechas prisioneras. Pudo aguantarse hasta cinco horas sin lucha. Cada parisiense, a la vuelta, llevó su saco de tierra a las fortificaciones de la puerta Maillot. Dombrowski hizo fusilar a uno de los miserales que se habían aprovechado de la situación para entregarse al pillaje.

Por la noche volvieron a romper el fuego los versalleses. No había cesado contra los fuertes del Sur, donde el enemigo puso al descubierto nuevas baterías, primera parte del plan de Thiers.

El ejército de Versalles

El 6, Versalles entregó el mando de un ejército francés al mismo Mac-Mahon que nunca dio cuentas del ejército precipitado por él en Sedan. Las tropas versallesas, reunidas acá y allá, contaban al principio con 46.000 hombres, en su mayor parte residuos de depósitos, incapaces de una acción seria. El llamamiento a los voluntarios de París y de provincias no había dado más que dos cuerpos: los voluntarios del Sena, con 350 hombres; los de Sena y Oise, con unos 200; algo así como unas guerrillas de antiguos oficiales o suboficiales de franco-tiradores y móviles, cuyo uniforme recordaba mucho al de la guardia nacional. Para tener alguna fuerza, Thiers envió a Jules Favre para que volviese a llorarle lástima a Bismarck. El prusiano devolvió 60.000 prisioneros y autorizó a su cofrade a aumentar hasta 130.000 hombres el número de soldados de París que, según los preliminares de paz, no debía exceder de 40.000. El 25 de abril, el ejército versallés comprendía cinco cuerpos, dos de ellos, Donai y Clinchant, formados con libertados de Alemania, y una reserva mandada por Vinoy; en total, 110.000 hombres. Este ejército llegó a contar con 130.000 combatientes y alimentar a 170.000. Thiers dio muestras de evidente

habilidad al poner en pie un ejército así contra París. Los soldados fueron bien alimentados, bien vestidos, severamente alejados de todo contacto con el exterior. Se restableció la disciplina. Con todo, no era un ejército de ataque, y los hombres flaqueaban ante una resistencia sostenida. A pesar de las arrogancias oficiales, los generales no contaban realmente más que con la artillería, a la que debían los éxitos de Courbevoie y de Asnières. Sólo el cañón podía abatir a París.

Este se hallaba literalmente rodeado de bayonetas, como en los tiempos del primer sitio, aunque esta vez fuesen la mitad francesas, la mitad extranjeras. El ejército alemán, dispuesto en semicírculo desde el Marne hasta Saint-Denis, ocupaba los fuertes del Este —salvo el de Vincennes, desmantelado— y del Norte; el ejército versallés, por su parte cerraba el círculo desde Saint-Denis hasta Villeneuve-Saint-Georges, dueño solamente del monte Valérien. Los federados tenían los cinco fuertes de Ivry, Bicêtre, Montrouge, Vanves e Issy, las trincheras, las vanguardias que las unían, y los pueblos de Neuilly, Asnières y Saint-Ouen.

El punto vulnerable del cerco, al sudoeste, era el saliente del Point-du-Jour. El fuerte de Issy lo guardaba. Suficientemente defendido a la derecha por el parque, por el castillo de Issy y, por una trinchera que lo unía al Sena, barrido por los artilleros federados, este fuerte estaba dominado de frente y a la izquierda por las alturas de Bellevue, Meudon y Châtillon. Thiers las armó con piezas de gran calibre traídas de Toulon, Cherbourg, Douai, Lyon y Besançon —293 bocas de sitio— y su efecto fue tal, que desde los primeros días crujó el fuerte de Issy. El general Cissey, encargado de llevar adelante estas operaciones, comenzó inmediatamente a preparar los golpes finales.

Acabar con el fuerte de Issy y con el de Vanves que lo sostenía, forzar en seguida el Point-du-Jour, desde donde podía desplegarse hasta París un ejército; tal era el plan de Thiers.

Las operaciones de Saint-Ouen a Neuilly no tenían otro objeto que el de entretener las fuerzas parisienses en Courbevoie.

El ejército parisiense

¿Qué fuerzas y qué plan oponía a esto la Comuna?

Los efectivos hablaban de 96.000 soldados y unos 4.000 oficiales en la guardia nacional activa; en la reserva, 100.000 soldados y 3.500 oficiales. Cifras muy aproximativas, ya que las listas eran erróneas, frecuentemente ficticias, sobre todo desde la administración de Mayer, jefe del estado mayor. Treinta y seis cuerpos francos pretendían reunir entre todos 3.450 hombres. Hechas todas las deducciones, se podían obtener 60.000 combatientes, si se sabía hacer bien las cosas. Pero la debilidad del departamento del Ministerio de la Guerra dejaba fuera de su fiscalización a los menos arrojados o a los que podían pasar sin sueldo. En realidad, de Saint-Ouen a Ivry no fue posible oponer al ejército de Versalles más que una cortina de 15.000 a 16.000 federados.

La caballería existía exclusivamente en el papel: quinientos caballos, a lo sumo, para arrastrar los cañones o los furgones y proporcionar cabalgaduras a los oficiales y estafetas. El servicio de ingenieros era rudimentario, a pesar de que no faltaban magníficos bandos. De las 1.200 bocas de fuego que París poseía, sólo 200 utilizó el departamento de la Guerra. No había más que 500 artilleros, a pesar de que los estados anunciaban 2.500.

Dombrowski ocupaba el puente de Asnières, Levallois y Neuilly, con cuatro o cinco mil hombres a lo sumo.³ Para cubrir tenían: en Clichy y Asnières, una treintena de bocas de fuego y dos vagones blindados,

3. Estas cifras han sido cuidadosamente compulsadas; *de visu*, primero, durante la lucha; después, por los comandantes de ejército, oficiales superiores y funcionarios de la Comuna. El general Apert ha trazado cuadros puramente fantásticos. Ha creado brigadas imaginarias, ha construido efectivos de ejército en condiciones de tomar las armas, como si todos los batallones designados hubieran realmente salido; ha hecho dobles empleos continuos. Llega así a asignar más de 20.000 hombres a Dombrowski, y hasta 50.000 a los tres comandantes. Su informe está lleno de errores de nombres y de distribuciones, ignora hasta el apellido de algunos comandantes generales.

que desde el 15 de abril hasta el 22 de mayo, aun después de la entrada de las tropas, no cesaron de recorrer la vía; en Levallois, una docena de piezas. Le apoyaban las fortificaciones del Norte, y la valerosa puerta Maillot le cubría por la parte de Neuilly.

En la orilla izquierda, de Issy a Ivry, en los fuertes, en los pueblos, en las trincheras, había de diez a once mil federados. El fuerte de Issy contenía un promedio de seiscientos hombres y cincuenta piezas de siete y de doce, dos tercios de ellas inactivas. Los bastiones 72 y 73 le aliviaban un poco, secundados por cuatro locomotoras blindadas, detenidas, por haberse estropeado, en el viaducto del Point-du-Jour. Por abajo, las cañoneras, armadas de nuevo, disparaban sobre Breteuil, Sèvres, Brimborion, y osaban llegar hasta Châtillon y cañonear Meudon al descubierto. Algunos centenares de tiradores ocupaban el parque y el castillo de Issy, Moulineaux, el Val y las trincheras que unían el fuerte de Issy con el de Vanves. Este último, dominado como Issy, sostenía valientemente su esfuerzo con una guarnición de quinientos hombres y una veintena de cañones. Los bastiones de circunvalación le secundaban muy mal.

El fuerte de Montrouge, con trescientos cincuenta hombres y diez o quince bocas de fuego, no tenía otro papel que el de apoyar los disparos de Vanves. El de Bicêtre, provisto de quinientos hombres y de veinte bocas de fuego, disparaba a bulto. Tres considerables reductos le hacían la descubierta: Hautes-Bruyères, con quinientos hombres y veinte piezas; el Moulin-Saquet, con setecientos hombres y unas cuarenta piezas; Villejuif, con trescientos hombres y algunos morteros. En la extrema izquierda, el fuerte de Ivry y sus dependencias tenían quinientos hombres y una cuarentena de piezas. Los pueblos intermedios, Gentilly, Cachan, Arcueil, estaban ocupados por dos mil o dos mil quinientos federados.

El mando nominal de los fuertes del Sur, confiado primero a Eudes, asistido de un ex coronel de ingenieros en el ejército del Loira, La Cécilia, pasó, el 20 de abril, al alsaciano Wetzel, oficial del mismo ejército.

Desde su cuartel general de Issy debía vigilar las trincheras de este pueblo y de Vanves, y la defensa de los fuertes. En realidad, los comandantes de los fuertes, que cambiaban frecuentemente, obraban siempre a su antojo.

El mando de Ivry a Arcueil fue asignado a mediados de abril a Wroblevski, uno de los mejores oficiales de la insurrección polaca del 63, joven, con buenos estudios militares, bravo, metódico, sagaz, que sabía sacar partido de todo y de todos, excelente jefe para unas tropas bisoñas.

Falta de plan

Todos estos generales no recibieron más que una orden: ¡defendeos! No hubo plan general alguno. Jamás existió un consejo general de defensa. Los soldados se vieron a menudo abandonados a sí mismos, sin cuidado ni vigilancia. Poco o ningún relevo. Todo el esfuerzo pesaba siempre sobre los mismos. Algunos batallones se pasaban veinte, treinta días en las trincheras, desprovistos de lo necesario; otros permanecían continuamente de reserva. Si algunos intrépidos se endurecían en el fuego hasta el punto de no querer volver a la ciudad, otros se desalentaban, venían a enseñar sus ropas piojosas, pedían descanso; los jefes se veían obligados a retenerlos, pues no tenían con quién reemplazarlos.

Esta negligencia acabó rápidamente con la disciplina. Los valientes no querían relevar más que a los que eran como ellos; los demás esquivaban el servicio. Los oficiales hacían lo mismo; unos dejaban su puesto para ir al fuego del vecino, otros lo abandonaban. El tribunal marcial que presidía Rossel quiso imponer castigos. Se quejaron a la Comuna de su severidad. Longuet dijo que Rossel «no tenía espíritu político». La Comuna casó sus órdenes, conmutó por tres meses de arresto una condena de muerte. Rossel se retiró y fue sustituido por Gois.

Puesto que se retrocedía ante la disciplina de la

guerra, había que cambiar de táctica. No se hizo más que acusar a Cluseret. En la sesión del 23, Avrial lo llevó al banquillo, le acosó a preguntas sobre el número de hombres, de cañones, de que disponía la Comuna. Cluseret se engalló: «No le van bien los aires de dictador», le dijo brutalmente Delescluze, que reprobó a Cluseret que hubiese abandonado a Dombrowski en Asnières con 1.200 hombres, y dejó oír la palabra *traición*. «¡Soy un hombre deshonorado!», exclama Cluseret, y quiere abandonar la sala. Los demás se oponen a ello. Cluseret se disculpa largo y tendido sin convencer a nadie, ya que al día siguiente un miembro de la Comuna pidió que fuera detenido por haber favorecido a los subcomités.

Estos subcomités son retoños del Comité Central, que brotaron por todas partes. El 1.º de abril, la Comuna preguntó qué significaba el Comité de la calle de Aligre, que estaba dando órdenes; el 6, decide que esos subcomités sean disueltos; el 9, Theisz denuncia que persisten, que acaba de ser instalado por el Comité Central el del distrito XVIII. El 26, los subcomités se extralimitan hasta tal punto, que la Comuna vota de nuevo su disolución, y Vermorel dice: «Es preciso saber quién tiene el poder, si la Comuna o el Comité Central.» Quiere que se acabe con esto; pero no se acaba. El 26, la comisión militar, reconociendo que las órdenes y decretos son letra muerta, encarga a las municipalidades, al Comité Central, a los jefes de legión, que reorganicen la guardia nacional. Ninguno de estos mecanismos funciona seriamente, lo que hace que algunos miembros de la Comuna y varios generales empiecen a soñar con una dictadura militar.

Antes de fines de abril, la ofensiva prometida por Cluseret aparece imposible para cualquier observador experimentado. Hombres activos, abnegados, se agotan en luchas enervantes contra las oficinas, los comités, los subcomités, contra los mil rodajes pretenciosos de las administraciones rivales, y pierden todo un día para hacer que les entreguen un cañón. En las fortificaciones, algunos artilleros acribillan las líneas de Versalles, y, sin pedir más que pan y hierro, no aban-

donan sus piezas como no sea arrebatados por los obuses. Los fuertes, con sus casamatas derrumbadas, con sus troneras hechas polvo, responden al chaparrón de las alturas. Los esforzados tiradores, a la descubierta, van a sorprender a los soldados de línea en sus agujeros. Estas abnegaciones, estos heroísmos, se pierden en el vacío. Dijérase la caldera de una máquina cuyo vapor se escapa por cien agujeros.

CAPÍTULO XX

Los servicios públicos: Hacienda, Guerra, Policía, Relaciones Exteriores, Justicia, Enseñanza, Trabajo y Cambio.

El 20 de abril, la Comuna había decidido sustituir la comisión ejecutiva por los delegados de las nueve comisiones que se repartían los servicios públicos. Estas comisiones fueron renovadas el mismo día. Habían estado bastante abandonadas. ¿Cómo atender al mismo tiempo a las sesiones diarias del Hôtel-de-Ville, a su comisión, a su alcaldía? Porque la Comuna había sobrecargado a sus miembros con la administración de su distrito. Así, todo el trabajo pesaba sobre los delegados. La mayor parte de los electos del 20 presidían, desde su origen, esas mismas comisiones. Continuaron, como hasta entonces, actuando poco menos que solos. Echemos una ojeada sobre sus trabajos antes de volver a hundirnos en la batalla.

Había dos delegaciones que no exigían más que buena voluntad: la de subsistencias y la de servicios públicos o municipales. El aprovisionamiento se hacía por la zona neutra en que Thiers, que se esforzaba en asediar por hambre a París, no podía impedir que se presentasen los productos; como la mayor parte de los equipos se habían quedado en sus puestos, los servicios municipales no se resintieron demasiado. Cuatro delegaciones, Hacienda, Guerra, Seguridad General y Relaciones Exteriores, requerían aptitudes especiales. Otras tres debían recoger la filosofía de esta Revolución: Enseñanza, Justicia y Trabajo, y Cambio. Todos los delegados, menos uno, Léo Frankel, obrero joyero, eran hombres cultos de la pequeña burguesía.

Comisión de Hacienda

La comisión de Hacienda era Jourde, el joven contable que se había revelado el día 18 de marzo como

hombre de rara pericia. Muy agudo y entusiasta, dotado de extraordinaria facilidad de palabra, conquistó la amistad de su colega Varlin. El primer problema de cada mañana era alimentar a trescientas o trescientas cincuenta mil personas. De los 600.000 obreros al servicio de patronos, o que trabajan en sus casas, que había en París en 1870-71, sólo tenían ocupación unos 114.000, aproximadamente, de los cuales 62.500 eran mujeres.¹ Además, había que alimentar al personal de los diferentes servicios. Versalles, como ya hemos visto, no había dejado en las cajas más que 4.658.000 francos, y Jourde quería conservar intactos los 214 millones de títulos hallados en el Ministerio de Hacienda. Verdad es que allí estaba el opulento Banco de Francia; pero los hombres de la Comuna se habían impuesto la prohibición de tocarlo. La Delegación se veía reducida, para hacer vivir y defender a París, a los ingresos de las administraciones: telégrafos, correos, consumos, contribuciones directas, aduanas, mercados, tabacos, registro y timbre, caja municipal, ferrocarriles. El Banco de Francia devolvió poco a poco los 9.400.000 francos que pertenecían a la ciudad y adelantó, autorizado a ello por Thiers,² 7.290.000 francos suyos. Del 20 de marzo al 30 de abril, la Comuna recaudó así 26 millones. En el mismo período, la Comisión de Guerra tomó más de 20 millones de esa suma. Intendencia recibió 1.813.000 francos; el conjunto de las municipalidades, 1.446.000; el Interior, 103.000; Marina, 29.000; Justicia, 5.500; Comercio, 50.000; Enseñanza, 1.000; Relaciones Exteriores, 112.000; bomberos, 100.000; la Biblioteca nacional, 80.000; la comisión de barricadas, 44.500; la imprenta nacional, 100.000; la asociación de sastres y zapateros, 24.662. Estas proporciones siguieron siendo las mismas, sobre poco más o menos, desde el 1 de mayo hasta la caída de la Comu-

1. Audiganne, «Revue des Deux Mondes», 15 de mayo de 1871.

2. El Banco reclamó más tarde sus millones al señor Thiers, que remitió la reclamación al Consejo de Estado. Este consideró que el Banco podía estar satisfecho por no haber tenido pérdidas mayores, y declaró al Estado irresponsable, como pudo comprobar la comisión de presupuestos. (Jules Simon, *Le Gouvernement de M. Thiers*.)

na. Los gastos de este segundo período ascienden a unos 20 millones. La cifra total de los gastos del Comité Central y de la Comuna, en nueve semanas, sube a poco más de 46.300.000, de los cuales, 16.696.000 fueron proporcionados por el Banco y el resto por los servicios; los consumos contribuyeron con una docena de millones. Jules Simon escribe: «Nunca, en ningún régimen, hubo tal despilfarro de dinero.» Mientras la Comuna obtenía lo estrictamente indispensable para no morir, el Banco de Francia aceptaba 257.630.000 francos en efectos girados a cuenta de él por Versalles para combatir a la capital.

Estos servicios eran atendidos por obreros o por el proletariado de los empleados. Bastó en todas partes con la cuarta parte de los empleados ordinarios. El director de Correos, Theisz, un cincelador, encontró el servicio desorganizado, las oficinas de barrio cerradas, los sellos habían sido escondidos o se los habían llevado; el material, coches, etc., se había perdido; la caja había sido saqueada. Carteles fijados en las salas y en los patios ordenaban a los empleados que se dirigieran a Versalles, bajo pena de ser despedidos. Theisz procedió rápida y enérgicamente. Cuando los empleados subalternos llegaron, como de costumbre, para salir a su trabajo, les arengó, discutió con ellos, hizo cerrar las puertas. Poco a poco se unieron a él. Le ayudaron algunos empleados socialistas. Los primeros empleados recibieron la dirección de los servicios. Se abrieron las oficinas de barrio, y en espacio de cuarenta y ocho horas se reorganizó la recogida y distribución de cartas para París. Agentes expertos fueron a echar a los buzones de Saint-Denis y de diez leguas a la redonda las cartas para provincias. Para la introducción de cartas en París se dejó amplio margen a la iniciativa privada, que se encargó de organizar agencias. Se instituyó un Consejo superior que aumentó los sueldos de los carteros, guardas de oficina y cargadores, redujo el número de supernumerarios y decidió que las aptitudes de los trabajadores serían verificadas en lo sucesivo por medio de pruebas y de examen.

La Casa de la Moneda fabricó los sellos de correos, dirigida por Camélinat, montador en bronce. Al igual

que en el edificio de Correos, la dirección y los principales empleados de la Casa de la Moneda habían parlamentado primeramente, desapareciendo luego. Camélinat, ayudado por algunos amigos, hizo proseguir los trabajos, y, aportando cada uno su experiencia profesional, se introdujeron mejoras en el material, y nuevos métodos. Se acuñó la plata enviada por el Hôtel-de-Ville,³ por la Legión de Honor y por diferentes administraciones, así como algunos objetos del culto. El Banco, que ocultaba sus lingotes, tuvo que proporcionarlos por valor de 1.100.000 francos, convirtiéndose inmediatamente esta plata en monedas de cinco francos. Se fabricó un troquel nuevo que iba a funcionar cuando entraron los versalleses.

La Beneficencia pública dependía también de la Hacienda. Un hombre de gran mérito, Treilhard, antiguo proscrito del 51, reorganizó esta administración, bárbaramente deshecha. Los médicos, los agentes del servicio, habían abandonado los hospicios. El director y el ecónomo de los Petits-Ménages de Issy habían huido, reduciendo a la mendicidad a sus asilados. Los empleados hacían esperar a nuestros heridos a la puerta de los hospitales; los médicos, las monjas, pretendían hacerles sonrojar de sus gloriosas heridas. Treilhard lo puso todo en orden. Por segunda vez desde 1792, enfermos y enfermas encontraron amigos en sus administradores y bendijeron a la Comuna, que los trataba como una madre. Este hombre de corazón y de cabeza, asesinado por los versalleses el 24 de mayo en el patio de la Escuela Politécnica, dejó un informe muy estudiado sobre la supresión de las oficinas de beneficencia, que encadenan al pobre al gobierno y al clero. Proponía sustituirlas con una oficina de asistencia en cada distrito, bajo la dirección de un comité comunal.

El Telégrafo, el Registro y los Dominios, hábilmente dirigidos por el honrado Fontaine; los servicios de con-

tribuciones, de nuevo y por completo puestos en pie por Faillet y Combault, la Imprenta Nacional, que Debock y Alavoine reorganizaron y administraron con gran pericia, así como los demás servicios agregados a la Hacienda, reservados de ordinario a la alta burguesía, fueron manejados con habilidad y economía —nunca se llegó al sueldo máximo, que era de 6.000 francos— por hombres que no pertenecían a la carrera administrativa, y no fue éste, a los ojos de la burguesía versallesa, uno de sus menores crímenes.

Comisión de Guerra

Comparado con el servicio de la Hacienda, el de Guerra era un cuarto a oscuras, en que todo el mundo se daba de trompicones. Los oficiales, los guardias, llenaban las oficinas del ministerio reclamando municiones, viveres, quejándose de que no los relevaban. De allí los mandaban a la Plaza, gobernada primero por el coronel Henry Prodhomme, después por Dombrowski. En el piso superior, el Comité Central, instalado por Cluseret, se agitaba en sesiones difusas, amonestaba al delegado, se entretenía en crear una insignia, recibía a los descontentos, pedía datos al estado mayor general, pretendía dar su opinión sobre las operaciones militares. Por su parte, el Comité de Artillería, nacido del 18 de marzo, disputaba los cañones al servicio de Guerra. Éste tenía los del Campo de Marte, y el Comité los de Montmartre. No hubo nunca manera de crear un parque central, ni siquiera de saber el número exacto de bocas de fuego. Ascendía éste a más de 1.100 cañones, obuses, morteros y ametralladoras. Algunas piezas de largo alcance quedaron, hasta el último momento, tendidas a lo largo de las fortificaciones, mientras los fuertes no tenían, para responder a los cañones monstruos de la marina, más que piezas del 7 y del 12. Frecuentemente, las municiones que se enviaban no eran del calibre que se había pedido.

El servicio de armamento no pudo proporcionar fusiles de aguja a todos los hombres en campaña, y los

3. «Los federados que ocuparon el Hôtel-de-Ville emplearon las cucharas y tenedores de hierro, no los de plata. La plata entregada a la Comuna fue exactamente fundida en la Casa de la Moneda; no se extravió ni una pieza.» (*Informe enviado el 9 de marzo de 1887.*)

versalleses, después de la victoria, encontraron 285.000, aparte de 190.000 «de tabaquera», y 14.000 carabinas Enfield. Añádase a esto el desorden. «He visto cuentas espantosas en lo que se refiere al material de artillería, dice Avrial el 6 de mayo; desde el 18 de marzo se han entregado a los oficiales millares de revólveres de a cincuenta francos, armas, espadas de un precio excesivo. Yo había instalado un hombre de mi confianza, el Comité Central ha enviado un delegado con fajín, que puso a mi hombre en la puerta.» Inmediatamente la Comuna decreta que los funcionarios civiles y militares culpables de concusión, pasen inmediatamente a presencia del consejo de guerra. El día 8, Johannard arremete violentamente contra los oficiales de estado mayor creados por el Comité Central: «¡Chiquillos, hombres de todas clases, que no reparan en venir a nuestros almacenes a escoger las armas que más les gustan!»

La Comuna se había quejado de la Intendencia desde el principio. «Es un verdadero caos», vuelven a decir el 24 de abril; Delescluze señala lo mal equipados que van los hombres: no tienen ni pantalones, ni zapatos, ni mantas. El día 28 arrecian las quejas. Los hermanos May, intendentes, son destituidos, y la Comuna los fustiga en una nota publicada en «L'Officiel». El 8 de mayo, Varlin dice que, por falta de fiscalización, varios batallones han recibido más de una vez ropas, al paso que otros no las reciben nunca.

Igualmente grande era el desorden en la dirección de las barricadas que debían formar un segundo y un tercer reducto. Su dirección estaba encomendada a un chiflado que ordenaba trabajos sin método y en contra de los planes de sus superiores.

Los otros servicios andaban lo mismo, sin principios firmes, sin límites debidamente trazados; los piñones engranaban en falso. En este concierto sin director que llevase la batuta, cada músico tocaba lo que le parecía, mezclando su tocata a la del vecino. Una mano firme hubiera impuesto en seguida la armonía. El Comité Central, a pesar de sus pretensiones de regentar la Comuna, de la que decía: «Es nuestra hija, tenemos que impedir que se descarríe», era fácil de reducir. Se había

renovado en gran parte por medio de elecciones muy discutidas; sólo doce miembros del antiguo Comité figuraban en el segundo, para el que no fue reelegido Edouard Moreau. Hubo que dar un rodeo para hacerle entrar. Lo único que daba importancia al Comité actual eran los celos de la Comuna. El Comité de Artillería, acaparado por un grupo de buscavidas, hubiera cedido al primer intento; la Intendencia y los demás servicios dependían de la energía del delegado.

El general-fantasma, tendido en su canapé, dictaba órdenes circulares, melancólicas unas veces, doctorales otras, y se daba media vuelta. Contó a los periódicos ingleses que, gracias a sus cuidados, el 30 de abril había 41.500 soldados dotados de oficialidad, equipados, armados, y que quince días después habría 103.000; todo ello se había venido abajo en cuanto fue detenido, ya que los guardias nacionales no tenían confianza en nadie más que en él. Este charlatanismo revela al hombre. La verdad es que todo lo que hacía era revolver papelotes. Si alguien iba a sacudirle: «¿Qué está usted haciendo? ¡Hay peligro en tal parte!», él respondía: «He tomado todas las precauciones. No hay más que esperar a que tengan tiempo de dar fruto mis combinaciones.» Un buen día hacía detener a un miembro del Comité Central, y éste se trasladaba, ofendido, a la calle Entrepôt. Ocho días después, el general corría detrás del Comité, reinstalándolo en el Ministerio. Vanidoso hasta decir que el enemigo le estimaba en un millón, enseñaba supuestas cartas de Tottleben, en que éste le ofrecía planes de defensa. Y aun hizo más, como fue solicitar el 15 de abril una entrevista con el estado mayor alemán; la consiguió, y según él, le llenó de elogios el conde de Hastfeld, secretario del conde de Bismarck.

No pocas esperanzas se volvían hacia su jefe de estado mayor, Rossel, joven radical de veintiocho años, reconcentrado, puritano, que estaba pasando la fiebre revolucionaria. Capitán de Artillería en el ejército de Bazaine, había intentado resistir y escapó de los prusianos. Gambetta le nombró coronel de ingenieros en el campo de Nevers, donde no daba una, cuando llegó el 18 de marzo. Se deslumbró, vio en París el porvenir

de Francia y también el suyo, dimitió y acudió a enrolarse a toda prisa. Algunos amigos le colocaron en la 17.^a legión; mostróse agrio, impopular luego, y fue detenido el 3 de abril. Dos miembros de la Comuna, Mallon y Ch. Gérardin, consiguieron su libertad y se lo presentaron a Cluseret, que lo aceptó como jefe de su estado mayor. Rossel creyó que el Comité Central constituía una fuerza auténtica, le pidió parecer, buscó a los hombres que él creía populares. Su frialdad, su vocabulario técnico, la precisión de su palabra, su máscara de gran hombre entusiasmaron a la gente de las oficinas; los que le estudiaron de cerca observaron su mirada furtiva, signo irrecusable de un alma inquieta. Poco a poco, el joven oficial revolucionario se puso de moda, y su actitud consular no disgustó al público, desalentado por el apoltronamiento de Cluseret.

Nada, sin embargo, justificaba este encaprichamiento. Jefe del estado mayor general desde el 5 de abril, Rossel dejaba que los servicios siguieran en la ociosidad. El único de ellos que estaba casi organizado, el Control de Información General, procedía de Moreau, que todas las mañanas llevaba al Departamento de Guerra y a la Comuna informes detallados, a veces muy pintorescos, sobre las operaciones militares y el estado moral de París.

Seguridad y policía

Ésa era, sobre poco más o menos, toda la policía de la Comuna. La Seguridad General, que hubiera debido iluminar los menores rincones, no proyectaba más que una luz caprichosa.

El Comité Central agregó a Duval, delegado civil en la prefectura de policía, al joven Raoul Rigault, que pasaba equivocadamente por un sabueso de marca. Rigault, dirigido con el debido rigor, hubiera podido ser un buen subalterno, y, en efecto, mientras vivió Duval, no cometió dislates. La Comuna cometió la equivocación de dejarle al frente de un servicio en que la menor maniobra en falso era tan peligrosa como en las

avanzadas. Sus amigos, tan atolondrados como él, con excepción de unos pocos, Ferré, Regnard, Levraud, etc., desempeñaron como unos chiquillos las funciones más delicadas. La Comisión de Seguridad, que hubiera debido vigilar a Rigault, no hizo más que seguirle. También en este terreno vivían todos como camaradas, disculpándose unos a otros todas las ligerezas.

El primero de abril, Ranc y Vermorel interpelan a Rigault, que inserta en «L'Officiel» decretos de su cosecha. El 4, Lefrançais le reprocha que no haya notificado a la Comuna la detención de uno de sus miembros, Assi; el 5, Delescluze señala las intromisiones de Seguridad General, y Lefrançais pide que se sustituya a Rigault. Pero los hombres del Hôtel-de-Ville no tenían nada de inflexibles. Muchos de ellos habían combatido y conspirado juntos bajo el Imperio, veían la revolución en sus amigos. Rigault se contentó con encogerse de hombros, con su gesto de golfillo.

Muy pronto se vio a las ratas danzar en torno a la prefectura. Los periódicos suprimidos por la mañana eran voceados tranquilamente por la noche; los conspiradores pasaban por todos los servicios sin alarmar los oídos de Rigault ni de los suyos. Nunca descubrieron nada; siempre tenían que ser otros los que descubriesen las cosas en lugar de ellos. Llevaban a cabo las detenciones como si se tratase de paseos militares, de día, con gran lujo de guardias nacionales. Después del decreto sobre los rehenes, no encontraron más que a algunos eclesiásticos: el arzobispo galicano Darboy, muy bonapartista; su vicario Lagarde; el cura de la Madeleine, Deguerry, una especie de Morny con sotana; el abate Allard, el obispo Surat, un puñado de jesuitas y de curas, entre ellos el de Saint-Eustache, al que Beslay mandó poner en libertad. En la Comuna, no todo el mundo aprobaba estas razzias de sotanas. Vermorel, Arthur Arnold no consideraban rehenes serios a los curas que no se metían en política. «Los parientes, los auxiliares de los miembros de la Asamblea Nacional: esos son, dijo Vermorel, los verdaderos rehenes. Nuestro objeto no es derramar la sangre de Versalles y de los rehenes, sino impedir que se derrame la nuestra.»

Raoul Rigault respondió con esta otra frase, más seria que él: «Los curas son los más poderosos agentes de la propaganda.» Fueron, en efecto, los más fuertes agitadores contra la Comuna, los más encarnizados en la represión.

La ligereza de las detenciones preocupó a algunos miembros de la Comuna. Ostyn, Clément, Theisz no quieren que se siga ese sistema de detenciones a la ventura. «En lugar de policía, lo que tenemos es una vergüenza», escribía Malon; mejor hubiera dicho una fantasmagoría. Los verdaderos criminales se aprovecharon de ello. Los guardias nacionales habían sacado a luz los misterios del convento de Picpus, habían descubierto a tres desgraciadas encerradas en jaulas con rejas, instrumentos extraños, coseletes de hierro, cinturones, potros de tortura, cascos que olían a Inquisición, un tratado sobre el aborto, dos cráneos cubiertos todavía de pelo. Una de las prisioneras, la única que conservaba la razón, contó que vivía desde hacía diez años en aquella jaula. La hermana que hacía funciones de superiora, un marimacho descomunal y de pelo en pecho, respondió a las preguntas de Rigault en tono bonachón. «¿Por qué han encerrado ustedes a estas mujeres?» «Por servir a sus familias; estaban locas. Ustedes, señores, que son hijos de familia, comprenderán que, a veces, es muy cómodo de ocultar la locura de los parientes.» «Pero ¿no conocían ustedes la ley?» «No, señor comisario; nosotras obedecíamos a nuestros superiores.» «¿De quién son estos libros?» «No sé nada.» De esta manera se hicieron las tontas y engañaron a los necios. Algunos vecinos del décimo distrito descubrieron en los sótanos de la iglesia de Saint-Laurent esqueletos femeninos. La prefectura no hizo más que un simulacro de investigación, que no condujo a nada.

La idea de humanidad se cernía por encima de todas estas faltas; tan fundamentalmente sana era esta revolución popular. No se encuentran en la Seguridad de la Comuna esas frases sanguinolentas, tan familiares, en tiempos de la Convención, a los miembros del Comité de Seguridad General. David: «Inundémoslo todo de rojo!»; Vadier: «Cortemos cabezas; estas confiscacio-

nes son indispensables.» El jefe de la Seguridad de la Comuna del 71 tiene frases dignas de Châlier y de Châumette: «*La Comuna ha enviado pan a noventa y dos mujeres de los que nos matan. Para las viudas no hay bandera. La República tiene pan para todas las miserias y besos para todos los huérfanos.*» Acosada a denuncias, la Seguridad declara que no tendrá en cuenta para nada las que sean anónimas. «El hombre —decía «L'Officiel»— que no se atreve a firmar una denuncia, sirve a un rencor personal y no al interés público.» El respeto a los prisioneros fue absoluto. El 9 de abril, la Comuna rechazó sin discusión la proposición de Blanchet de devolver a los rehenes los malos tratos infligidos en Versalles a los prisioneros federados.

Tentativa de canje de rehenes

Los rehenes más preciosos tenían absoluta libertad para hacerse llevar de fuera alimento, ropas, libros, periódicos, para recibir las visitas de los amigos, e incluso las de los corresponsales de los periódicos extranjeros. Incluso se le ofreció a Thiers el canjeo del arzobispo, de Deguerry, de Bonjean y Lagarde por Blanqui. He aquí el hecho:

Uno de los hombres más destacados de la prefectura, Levraud, había pedido al arzobispo que interviniese acudiendo a Thiers para detener las ejecuciones de los prisioneros. Darboy escribió una carta patética y aprovechó la ocasión para hablar de los rehenes. Thiers no contestó. Un antiguo amigo de Blanqui, Flotte, fue a proponer al presidente un canje, y le dijo que el arzobispo podía correr peligro. Thiers hizo una mueca muy significativa. Flotte reanudó las negociaciones en lugar de Darboy, que designó a Deguerry para ir a Versalles. La prefectura, que no quería desprenderse de un rehén como aquel, lo sustituyó por Lagarde, su vicario general. El arzobispo le dio instrucciones, y el 12 de abril Flotte condujo a Lagarde a la estación y le hizo jurar que volvería si su misión fracasaba. Lagarde juró. «Aunque haya de ser fusilado, volveré. ¿Cree usted que

puedo abrigar por un momento la idea de dejar solo aquí a monseñor?» En el momento en que el tren iba a arrancar, Flotte insistió de nuevo: «No se vaya, si no tiene intención de volver.» El cura volvió a jurar. Partió, y entregó a Thiers una carta, en la que el arzobispo solicitaba el canje. Thiers, fingiendo ignorar esta circunstancia, respondió a la que acababa de publicar un periódico de la Comuna. Su respuesta es una obra maestra de hipocresía y de falsedad: *«Los hechos sobre que me llama usted la atención son absolutamente falsos y estoy verdaderamente sorprendido de que un prelado tan ilustrado como usted, monseñor... Nuestros soldados no han fusilado nunca prisioneros, ni han intentado rematar a los heridos. Que en el calor del combate hayan usado sus armas contra los hombres que asesinan a sus generales, es posible; pero, una vez terminado el combate, recobran la generosidad del carácter nacional. Rechazo, pues, monseñor, la calumnia que le han contado, y afirmo que nuestros soldados no han fusilado nunca a los prisioneros.»* El 17, Flotte recibió una carta en la que Lagarde le anunciaba que su presencia seguía siendo indispensable en Versalles. Flotte fue a quejarse al arzobispo, que no quiso creer en un abandono. «Es imposible —dijo— que Lagarde se quede en Versalles. Volverá. Me lo ha jurado a mí mismo.» Y entregó a Flotte un billete para el vicario general. Lagarde respondió que Thiers le retenía. El 23, Darboy escribió otra vez a su vicario general: *«Al recibo de esta carta, el señor Lagarde se servirá tomar inmediatamente el camino de París y volver a Mazas. Este retraso nos compromete gravemente y puede tener los más desagradables resultados.»* Lagarde no contestó. Thiers había rechazado el canje, resguardándose tras la Comisión de los Quince. Su pretexto fue que Blanqui serviría de cabeza a la insurrección; su verdadera finalidad era empujar a la ejecución de los rehenes. La muerte del galicano Darboy era doblemente provechosa, ya que dejaba una sucesión ambicionada por los ultramontanos y creaba un mártir.

El vicario general Lagarde, considerando inútil imitar a Régulo, se quedó modestamente en Versalles. La

Comuna no castigó al arzobispo por esta falta de palabra, y unos días después libertó a su hermana. Jamás, ni en los días de desesperanza, se olvidaron los privilegios de las mujeres. Las culpables hermanas de Picpus y las demás religiosas, conducidas a Saint-Lazare, fueron encerradas en un departamento aparte.

La prefectura y la delegación de Justicia afirmaron, además, su humanidad mejorando el régimen de las cárceles, cuyo personal, con excepción de los directores, fue conservado en sus puestos. La Comuna, que se esforzaba por garantizar la libertad individual, decretó el 14 de abril que toda detención sería notificada inmediatamente al delegado de Justicia y que no se llevaría a cabo ningún registro sin una orden legal. Como algunos guardias nacionales, mal informados, habían detenido a individuos reputados como sospechosos, la Comuna declaró en «L'Officiel» que todo acto arbitrario iría seguido de la destitución de su autor y de la inmediata persecución del mismo. Un batallón que buscaba armas en la Compañía del gas se creyó autorizado a incautarse de la caja. La Comuna hizo devolver inmediatamente el contenido de la caja y levantar los sellos. El comisario de policía que detuvo a Gustave Chaudey, acusado de haber mandado disparar el 22 de enero —detención desdichada, ya que Chaudey defendía en «Le Siècle» la causa de París— se había apoderado del dinero del preso; la Comuna destituyó al comisario e insertó la destitución en «L'Officiel». Para descubrir los abusos de autoridad ordenó el 23 que se abriese una información sobre el estado de los detenidos y los motivos de su detención, y reconoció a todos sus miembros el derecho de visitar a los presos.

En vista de todo esto, Rigault presentó su dimisión, que fue aceptada. Delescluze había tenido que reprenderle en varias ocasiones. Sus extravagancias llenaban de regocijo a los periódicos de Versalles. Acusaba a su infantil policía de tener aterrorizado a París, presentaban como asesinos a los miembros de la Comuna que se negaban a poner el visto bueno a las condenas del tribunal marcial, decían que estaban en libertad los

presos de derecho común⁴ mientras se encarcelaba al falsificador bonapartista Taillefer, libertado el 4 de septiembre. Esta burguesía, que había agachado la cabeza ante las treinta mil detenciones del Imperio, que aplaudía las cincuenta mil detenciones de mayo y los millares de registros que siguieron a aquéllas, chilló durante años enteros con el pretexto de los cuarenta o cincuenta registros y de las mil trescientas o mil cuatrocientas detenciones realizadas durante la Comuna. No pasarán de esta cifra en dos meses de lucha; y aun así, las dos terceras partes de los detenidos, refractarios o revoltosos callejeros, no estuvieron encarcelados, arriba de unos días, y algunos solamente horas. Las provincias, alimentadas exclusivamente por la prensa versallesa, creían en sus invenciones, que Thiers, por otra parte, amplificaba telegrafando a los prefectos: «Los sublevados desalojan las casas principales para poner en venta el mobiliario.»

Relaciones exteriores

Abrir los ojos a las provincias, provocar su intervención, tal era el papel de la delegación de Relaciones Exteriores que, con su nombre pretencioso, seguía en importancia a la de Guerra. Ya en los comienzos de la Comuna, las provincias habían solicitado de ella el envío de delegados. El 6 de abril, Mégy, Amouroux, Cautlet de Tayac, fueron enviados de nuevo a Marsella. El 7, Gambon, detenido un instante en Córcega, hizo una sombría relación. En la Comuna escuchaban a este viejo republicano, que en tiempos del Imperio había tenido el valor de rechazar el pago del impuesto. «Francia dormita, la instauración de la Comuna estaba asegurada en Lyon, en Marsella y en otros sitios, si se hubiese sabido proceder revolucionariamente.» Pidió que se enviaran delegados a todas partes. Desde el 4 de

4. Solamente se libertó a condenados militares, un individuo condenado por robo de madera durante el sitio, algunos inculpados; en total, veinte personas.

abril —más adelante se verá— los departamentos volvían a agitarse. A no ser en Marsella, la guardia nacional conservaba fusiles. En el Centro, en el Este, en el Oeste, en el Sur, podían hacerse vigorosas operaciones de distracción, alterar los servicios en algunas estaciones, detener los refuerzos, la artillería dirigida a Versalles.

La delegación se contentó con enviar unos pocos emisarios, faltos de todo conocimiento del lugar a que se les mandaba, y sin autoridad. Es más: la delegación fue explotada por algunos traidores que se embolsaron su dinero y entregaron sus instrucciones a Versalles. En vano se ofrecieron conocidos republicanos que estaban al corriente de las costumbres de provincias. En la delegación de Relaciones Exteriores, como en otras, había que empezar por caer bien. Por último, para sublevar a toda Francia, se arriesgaron por junto cien mil francos.

La delegación no expidió más que un número bastante limitado de documentos: un resumen elocuente y auténtico de la revolución parisiense; dos manifiestos a los campesinos, uno de Madame André Léo, sencillo, caluroso, muy al alcance del campo. «*Hermano, te engañan. Nuestros intereses son idénticos. Lo que yo pido es lo mismo que pides tú; la emancipación que yo reclamo es la tuya. Lo que París quiere, en resumidas cuentas, es la tierra para los campesinos y la herramienta para los obreros.*» Estas buenas semillas eran llevadas por globos libres, que dejaban caer de trecho en trecho los impresos. ¿Cuántos se perdieron, cuántos cayeron fuera del surco?

Esta delegación, creada únicamente para el exterior, se olvidó del resto del mundo, o poco menos. En toda Europa, la clase obrera sorbía ávidamente las noticias de París, luchaba de todo corazón al lado de la gran ciudad, transformada en su capital, multiplicaba los mítines, las manifestaciones, las proclamas. Sus periódicos, pobres en su mayor parte, luchaban valerosamente contra las calumnias de la prensa burguesa. El deber de la delegación consistía en alimentar a estos preciosos auxiliares. Apenas hizo nada. Algunos periódicos

extranjeros se llenaron de deudas, hasta perecer, por sostener a aquella Comuna de París que dejaba caer, faltos de pan, a sus defensores.

La delegación cometió otro error. Según las cláusulas del convenio militar, el ejército alemán debía evacuar los fuertes del Este de París una vez que el Estado entregase 500 millones. A la Comuna le interesaba saber si había sido hecha esa entrega, en cuyo caso París quedaba completamente sitiado por Versalles. El delegado cometió la torpeza —verdad es que autorizado por la Comuna— de escribir al general Fabrice, jefe de las fuerzas alemanas, el cual se apresuró a pasar la carta a Jules Favre, que la leyó en la Asamblea versallesa con los adecuados comentarios. La delegación se cegaba ante la idea de que la Comuna podría pagar esos 500 millones, haciéndose así dueña de los fuertes del Este. El alemán se reía de esta pretensión de suplantar al Estado, y no regateaba a Versalles sus buenos oficios. Los federados, que volvieron a armar el fuerte de Vincennes, sitiado de cerca por los prusianos, recibieron de los alemanes la petición de que la Comuna desmantelase inmediatamente dicho fuerte. La delegación se sintió herida por no haber recibido la petición; surgió un incidente lamentable, y el parlamentario alemán pudo visitar el fuerte. Rossel se quejó de esto en la sesión del 5 de mayo. Estas negociaciones, estos movimientos inútiles, permitieron a los calumniadores decir que la Comuna negociaba con el extranjero.

Esta delegación, llevada en tales términos, no podía pesar nada contra las astutas mañas de Thiers. Cuando aquélla, el quince de mayo, llamó a las provincias a las armas y les ofreció, para que deliberasen, el Palacio del Luxembourg, las provincias estaban ya, desde hacía tiempo, atenazadas. Verdad es que dieron muestras de un gran celo en proteger a los extranjeros, y que enviaron a la Casa de la Moneda la plata del Ministerio, «que esos señores se apropiaron», como no dejó de decir Jules Favre. El trabajo útil se redujo a muy poca cosa.

He aquí las delegaciones vitales. Puesto que la Co-

muna se ha transformado, por la fuerza de las cosas, en el campeón revolucionario, puesto que se arroga derechos nacionales, que proclame los derechos del siglo, y, si sucumbe, ¡dejará una bandera sobre su tumba! Le hubiera bastado con formular claramente las reivindicaciones acumuladas desde el estancamiento de la Revolución Francesa.

La Justicia

Al delegado de Justicia le hubiera bastado con resumir las reformas exigidas desde hacía tanto tiempo por todos los demócratas. Correspondía a una revolución proletaria poner de manifiesto el espíritu aristocrático de nuestro sistema judicial; las doctrinas despóticas y atrasadas del Código napoleónico; que el pueblo soberano no se juzgaba nunca a sí mismo, sino que era juzgado por una casta emanada de otra autoridad que la suya; la superposición absurda de jueces y tribunales; la institución notarial y sus abusos, el cuerpo de procuradores, los cuarenta mil notarios, abogados, alguaciles, escribanos, procuradores, que se llevaban todos los años varios cientos de millones de la Hacienda pública; trazar las grandes líneas de un tribunal en que el pueblo, reintegrado a sus derechos, sentenciaría por medio del jurado en todas las causas civiles, comerciales y correccionales, así como en las criminales, tribunal único inapelable, como no fuese para los vicios de procedimiento. El delegado se limitó a nombrar notarios, procuradores, alguaciles dotados de sueldo fijo, nombramientos inútiles en tales tiempos de brega, y que tenían el inconveniente de consagrar el principio de esos oficios. Apenas si traslucieron algunas buenas intenciones. El juramento profesional fue abolido; se decretó que en los autos de detención se indicasen los motivos de la misma y los testigos que habían de ser escuchados; los papeles, valores y efectos de los detenidos tenían que ser depositados en la caja de depósitos y consignaciones. Una disposición oficial ordenaba a los directores de los manicomios que enviasen en el término de cuatro días una estadística nominal y explicativa

de sus enfermos. Si la Comuna hubiera puesto en claro lo que ocurría en esos cubiles, la humanidad le debería gratitud no pequeña.

A falta de saber revolucionario, la delegación podía mostrar cierto instinto, sacar a luz las jaulas de Picpus, los esqueletos de Saint-Laurent. No parecía que se ocupase de ellos, y la reacción se burló de tales supuestos descubrimientos. La delegación dejó incluso escapar la ocasión de unir, por lo menos durante un día, toda la Francia republicana a la Comuna. El autor de la expedición a Méjico, Jecker, había ido a hacerse prender a la prefectura, donde pidió ingenuamente un pasaporte. Bravo, muy audaz, había vivido siempre en la impunidad, ya que en las legalidades burguesas no existe ningún castigo para esos crímenes. Nada tan sencillo como instruirle proceso. Jecker, que se decía engañado por el Imperio, pedía que le dejaran hacer revelaciones. En audiencia pública, ante doce jurados escogidos al azar, ante el mundo entero, podía reconstruir la expedición a Méjico, descubrir las intrigas del clero, volver del revés los bolsillos de los ladrones, demostrar cómo la emperatriz, Miramon, Almonte, Morny, habían preparado el golpe, por qué causa y por qué hombres había perdido Francia treinta mil soldados y más de 1.000 millones. La expiación podía realizarse a pleno sol, en la plaza de la Concordia, ante las Tullerías, cuyas paredes habían sido cómplices. Los poetas, raramente fusilados, hubieran gemido acaso; la víctima innumerable hubiera aplaudido diciendo: «Sólo la revolución hace justicia.» Pero los que podían interrogar a Jecker no se dignaron hacerlo.

La Enseñanza

La delegación de Enseñanza estaba obligada a escribir una de las más bellas páginas de la Comuna. Después de tantos años de estudios y de experimentaciones, esta cuestión debía surgir, armada de pies a cabeza, de un cerebro verdaderamente revolucionario. La delegación no ha dejado nada que pueda servir como

testimonio de su actuación ante el porvenir. El delegado, sin embargo, era un hombre de los más cultos. Se contentó con suprimir los crucifijos de las escuelas y hacer un llamamiento a todos los que habían estudiado las cuestiones de la enseñanza. Se encargó a una comisión que organizase la enseñanza primaria y profesional; todo lo que esta comisión hizo fue anunciar para el 6 de mayo la apertura de una escuela. Se nombró otra comisión para la enseñanza de las mujeres, el día de la entrada de los versalleses.

El papel administrativo de esta delegación se redujo a unas cuantas órdenes poco realizables y algunos nombramientos. Dos hombres abnegados y de talento, Elisée Reclus y Benjamin Gastineau, quedaron encargados de reorganizar la Biblioteca Nacional. Prohibieron los préstamos de libros, poniendo fin al escándalo de los privilegiados que se hacían una biblioteca a cuenta de las colecciones públicas. La Federación de Artistas, que tenía por presidente a Courbet, nombrado miembro de la Comuna el 16 de abril, y que contaba entre sus miembros al escultor Dalou, se ocupó de volver a abrir y vigilar los museos.

Nada más se sabía de esta revolución, en materia de enseñanza, a no ser por las circulares de las municipalidades. Varias de ellas habían vuelto a abrir las escuelas abandonadas por los congregacionistas y por los maestros de las ciudades, o expulsado a los frailes que habían quedado. La del distrito XX vistió y alimentó a los niños, poniendo con ello los cimientos de las cajas de las escuelas, tan prósperas más tarde. La delegación del IV decía: «Enseñar al niño a amar a sus semejantes, inspirarle el amor a la justicia, enseñarle que debe instruirse para bien de todos, son los principios de moral sobre los que descansará la educación comunal en lo sucesivo.» «Los maestros de las escuelas y salas de asilo —prescribía la delegación del XVII— emplearán exclusivamente el método experimental y científico, que parte siempre de la exposición de hechos físicos, morales, intelectuales.» Faltaba mucho aún para llegar a un programa completo.

Entonces, ¿quién va a hablar por el pueblo? La delegación de Trabajo y Cambio. Compuesta exclusivamente de socialistas revolucionarios, se propuso como objeto «el estudio de todas las reformas que puedan introducirse, ya en los servicios públicos de la Comuna, ya en las relaciones de los trabajadores, hombres y mujeres, con sus patronos; la revisión del Código de Comercio y de las tarifas aduaneras; la transformación de todos los impuestos directos e indirectos; el establecimiento de una estadística del trabajo». Pedía a los ciudadanos los elementos de todos los decretos que propondría a la Comuna.

El delegado, Léo Frankel, se hizo asistir por una comisión de iniciativas compuesta de trabajadores. Abrieron en todos los distritos registros de informes para las ofertas y las demandas de trabajo. A petición de muchos obreros panaderos, la delegación hizo suprimir el trabajo nocturno, medida de higiene tanto como de moral. Preparó un proyecto de liquidación del Monte de Piedad, un decreto concerniente a las retenciones sobre los salarios, y apoyó el decreto relativo a los talleres cerrados por sus propietarios.

El proyecto entrega gratuitamente sus prendas a las víctimas de la guerra y a los necesitados. Los que se negaran a invocar este último título, debían recibir su prenda a cambio de una promesa de reembolso dentro de un plazo de cinco años. El informe decía al final: *«Queda bien sentado que a la liquidación del Monte de Piedad debe suceder una organización social que dé a los trabajadores garantías reales de auxilio y apoyo en caso de falta de trabajo. La implantación de la Comuna exige nuevas instituciones reparadoras, que pongan al trabajador al abrigo de la explotación del capital.»*

El decreto que abolía las retenciones sobre los salarios ponía fin a una de las más escandalosas iniquidades del régimen capitalista, ya que estas multas eran infligidas frecuentemente, con el más fútil pretexto, por el propio patrón, quien de este modo era juez y parte.

El decreto relativo a los talleres abandonados de-

volvía a la masa desposeída la propiedad de su trabajo. Una comisión investigadora, nombrada por las cámaras sindicales, debía hacer la estadística y el inventario de los talleres abandonados que habían de volver a manos de los trabajadores. Así, «los expropiadores se transformaban en expropiados». El siglo xx verá esta revolución. Cada progreso del maquinismo nos acerca a ella. Cuanto más se concentra la explotación en pocas manos, más se apiña y disciplina el ejército del trabajo; muy pronto, la clase de los productores, consciente y unida, no encontrará ante sí más que un puñado de privilegiados, como la joven Francia del 89. El revolucionario socialista más encarnizado es el monopolizador.

Es indudable que el decreto contenía ciertas lagunas y requería serias explicaciones, sobre todo en cuanto al artículo de las asociaciones cooperativas a quienes debían entregarse los talleres. No era tampoco, como el otro, aplicable en estos momentos de lucha, y necesitaba multitud de decretos complementarios; pero, por lo menos, daba una idea de las reivindicaciones obreras, y aunque no tuviese en su haber más que la creación de la comisión de Trabajo y Cambio, la revolución del 18 de marzo hubiera hecho más por el trabajador que todas las asambleas burguesas hasta entonces reunidas a partir del 5 de mayo de 1789.

La delegación del Trabajo quiso examinar lo que ocurría en los mercados de Intendencia. Demostró que las rebajas pesaban sobre la mano de obra y no sobre los beneficios de los contratistas, que venden a cualquier precio, seguros de desquitarse siempre a expensas del trabajador. «¡Y la Comuna es bastante ciega para prestarse a tales maniobras!, decía el informe. ¡Y, en estos momentos, el trabajador se hace matar por no sufrir más esa explotación!» El delegado pidió que los cuadernos de cargas indicasen el precio de la mano de obra, que los mercados fuesen confiados preferentemente a las corporaciones obreras, y que los precios fuesen señalados arbitrariamente de acuerdo con la Intendencia, la Cámara sindical de la corporación y el delegado del Trabajo.

Para vigilar la gestión financiera de todas las delegaciones, la Comuna instituyó en el mes de mayo una comisión superior de contabilidad encargada de fiscalizar sus cuentas. Decretó también, como hemos visto, que los funcionarios o abastecedores culpables de concusión, depredación o robo, fuesen llevados ante un consejo de guerra.

En resumen, salvo la del Trabajo, donde se trató de hacer algo, las demás delegaciones no cumplieron con su cometido. Todas pecaron de lo mismo. Tuvieron en sus manos por espacio de dos meses los archivos de la burguesía desde el 89. El Tribunal de Cuentas contenía los misterios de las trampas oficiales; el Consejo de Estado, las deliberaciones secretas del despotismo; el ministerio de Justicia, el servilismo y los crímenes de los magistrados; el Hôtel-de-Ville, los expedientes de la Revolución Francesa, los del 1815, 1830, 1848 y 1851, por explorar aún; la prefectura de policía, los secretos más vergonzosos de todos los poderes sociales; todas las diplomacias temían ver abrirse las carpetas de Negocios Extranjeros. Podía presentarse a los ojos del pueblo la historia íntima de la Revolución, del Directorio, del Primer Imperio, de la Monarquía de julio, de 1848, de Napoleón III. Bastaba con dar al viento todos los documentos, dejando al porvenir el cuidado de hacer la selección. No se publicaron más que dos o tres cuadernos. Los delegados durmieron al lado de estos tesoros sin que, por las trazas, sospecharan su existencia.

Los Louis Blanc y compinches, viendo a aquellos abogados, a aquellos doctores, a aquellos publicistas, que permitían que Jecker se mantuviese mudo, que el Tribunal de Cuentas siguiera clausurado, los papeles del Imperio intactos, no quisieron creer que todo ello fuese obra de la ignorancia, y lanzaron la acusación de bonapartismo. Acusación estúpida, desmentida por mil pruebas. Es preciso, en honor de los delegados, decir toda la verdad. Y la verdad es que ninguno de aquellos hombres conocía el mecanismo político y administrativo de la burguesía, de la que casi todos ellos habían salido.

CAPÍTULO XXI

Los francmasones se unen a la Comuna. — Primera evacuación del fuerte de Issy. — Creación del Comité de Salud Pública.

Thiers conocía a fondo todas estas impotencias. Preocupadísimo, a fines de marzo se tranquilizó en seguida acerca de esta insurrección, temerosa del Banco, ignorante de sus recursos, y cuyo Consejo se evaporaba en palabras. Pero conocía la debilidad de sus tropas, los cambiazos fulminantes de la gran ciudad, y temía anticipar torpemente la suerte. Ponía, por otra parte, cierta coquetería en jugar a soldados ante los prusianos, instalaba baterías, dirigía la construcción de trincheras, decía a Mac-Mahon, que gruñía al obedecer al falderillo: «Conozco estas fortificaciones, soy yo quien las ha hecho.» Para calmar a los intransigentes de la Asamblea, que le instaban a dar el asalto, recibió, mirándolos por encima del hombro, a los conciliadores que multiplicaban sus gestiones y sus desdichadas combinaciones.

Todo el mundo echaba su cuarto a espadas en este asunto, desde el bueno y visionario de Considérant, hasta el acróbata de Gérardin, hasta el edecán de Saisset, Schoelcher, que había sustituido su plan de batalla del 24 de marzo por un plan de conciliación. La gente se reía mucho a cuenta de estas conversaciones. Desde la tregua de Neuilly y el «París entero se alzaría», la Liga de los Derechos de París seguía sin ganar terreno. La denodada conducta de los francmasones dejó a los ligueros muy en segundo término.

El 21 de abril, al pedir el armisticio, los francmasones se habían quejado de la ley municipal votada recientemente por la Asamblea. «¿Cómo? —les dijo Thiers—, ¡pero si es la más liberal que hemos tenido desde hace ochenta años! — Perdon, ¿y nuestras instituciones comunales de 1791? — ¡Ah!, ¿quieren ustedes volver a las locuras de nuestros padres? — Entonces, ¿está usted

resuelto a sacrificar a París? — Quedarán agujereadas algunas casas, algunas personas muertas, pero se hará respetar la ley.» Los francmasones habían dado a conocer a París, por medio de carteles, esta horrible respuesta.

La ferocidad del soldado, por bestial que fuese, no era más cruel. Estos infelices creían firmemente que los federados eran ladrones libertados por la Comuna, o prusianos, y que torturaban a sus prisioneros. Algunos de ellos se negaron durante algún tiempo a tomar ningún alimento, por miedo a que los envenenasen. Los oficiales, bonapartistas en su mayoría, propalaban tales infundios; algunos llegaban incluso a creerlos.¹ Llegaban de Alemania en un estado de extraordinaria sobreexcitación contra París; decían públicamente: «No concederemos cuartel a esos canallas.» Daban ejemplo con las ejecuciones sumarísimas. El 25 de abril, en la Belle-Épine, cerca de Villejuif, cuatro guardias nacionales, sorprendidos por unos cazadores a caballo e intimidados a rendirse, entregaron las armas. Ya se los llevaban los soldados, cuando se presentó un oficial y, sin decir palabra, descargó su revólver contra los prisioneros. Dos de ellos quedaron sin vida; los demás, dejados por muertos, se arrastraron hasta la trinchera vecina, donde uno de ellos expiró y el cuarto fue transportado a la ambulancia.

El 26, Léo Meillet da cuenta del asesinato a la Comuna. La venganza agita a los más moderados. «Hay que tomar represalias y fusilar a los prisioneros que tenemos en nuestras manos.» Varios: «¡Al arzobispo de

1. El 12 de mayo, en la barricada del Petit-Vanves, un oficial de ingenieros de la división Lacrosette, 2.º cuerpo, el capitán Rozhem, fue hecho prisionero. Conducido ante el comandante de trinchera, dijo: «¡Sé lo que me espera! ¡Fusílenme!» El comandante se encogió de hombros y le llevó el preso a Delescluze: «Capitán —dijo el delegado—, prométame no combatir contra la Comuna, y le dejo libre.» El oficial lo prometió, y profundamente conmovido, pidió permiso a Delescluze para estrecharle la mano. Desde la apertura de las hostilidades hasta el 23 de mayo, los federados no fusilaron un solo prisionero, oficial ni soldado. Los rigores de la guerra no se aplicaron más que a tres espías, y eso después de ser juzgados.

París!» Tridon: «Cuando se presenta una cuestión viril, andáis todos a porfía a ver quién le echa tierra... En cambio, os pasáis las horas discutiendo nimiedades filosóficas; hoy ya no podéis tomar represalias.» Blanchet quiere que se fusile al amanecer a los gendarmes y a los confidentes encarcelados. Antoine Arnaud: «Que se ejecute públicamente a doce gendarmes.» Tridon: «¿Por qué se han de tomar doce hombres a cambio de cuatro? No tenéis derecho a hacer eso.» Ostyn se opuso a las ejecuciones: «La Comuna debe vivir por sus actos.» Vaillant: «Donde hay que hacer sangre es en la propiedad.» Avrial y Jourde: «Que se proceda legalmente.» Arthur Arnould: «Que se castigue a Thiers demoliendo su casa.» Más perspicaz, el generoso Gambon se levantó: «Si la gente de Versalles fusila a nuestros prisioneros, que la Comuna declare ante Francia, ante el mundo entero, que ella respetará a todos los prisioneros que haga, que los oficiales que obligan a los hombres a atacar serán también respetados hasta cierto punto.» Terminó pidiendo que se nombrase una comisión investigadora. Ésta comprobó la realidad del crimen. La discusión recae sobre cuestiones personales, y llega a ser tan viva, que la Asamblea decide no publicar el acta de la sesión. El anuncio de una delegación de francmasones impone un poco de calma.

Los francmasones

Los dirigía Ranvier. Los francmasones se habían reunido por la tarde en el teatro del Châtelet. Uno de ellos propuso ir a plantar las banderas masónicas a las fortificaciones, la concurrencia respondió con una ovación. Algunos que eran de parecer contrario no pudieron hacer nada contra este entusiasmo, y se decidió salir inmediatamente, con la bandera a la cabeza, a llevar al Hôtel-de-Ville la magna resolución. La Comuna recibió a los delegados en el patio de honor. «Si al principio —dijo el orador Thirifocq— los francmasones no han querido actuar, es que querían adquirir la prueba de que Versalles no estaba dispuesto a nin-

guna conciliación. Hoy están resueltos a plantar sus banderas en las fortificaciones. Si una sola bala los toca, los francmasones marcharán con ímpetu unánime contra el enemigo común.» Aplausos. La gente se abraza al oír esta declaración. Jules Vallès, en nombre de la Comuna, cuelga su banda roja en la bandera; una delegación de la Comuna acompaña a los «hermanos» hasta el templo de la calle Cadet.

Tres días después acudieron a cumplir su palabra. La intervención de esta misteriosa potencia había provocado una gran esperanza en París. El 29 por la mañana, una enorme multitud llenaba las bocacalles del Carrousel, lugar de cita de todas las logias. A pesar de algunos francmasones que protestaron por medio de un cartel, a las diez, seis mil «hermanos», en representación de cincuenta y cinco logias, estaban alineados en el Carrousel. Seis miembros de la Comuna los llevaron al Hôtel-de-Ville, cruzando por entre la muchedumbre y los batallones que acordonaban el trayecto. Una música solemne, de carácter ritual, precedía al cortejo; los oficiales superiores, los grandes maestros, los miembros de la Comuna y los «hermanos», con la ancha cinta azul, verde, blanca, roja o negra, según el grado, seguían, apiñados en torno a sesenta y cinco banderas que aparecían por primera vez a la luz del sol. La que marchaba a la cabeza, la bandera blanca de Vincennes, mostraba en letras rojas la divisa fraternal y revolucionaria: «*Amémonos los unos a los otros.*» Fue especialmente aplaudida una logia de mujeres.

Las banderas y una numerosa delegación penetraron en el Hôtel-de-Ville. Los miembros de la Comuna, agrupados en el rellano de la escalera del patio de honor, les esperaban. Escalonáronse las banderas hasta el descansillo. Aquellos estandartes de paz que se codeaban con la bandera roja, aquella pequeña burguesía que unía sus manos a las del proletariado bajo la imagen de la República, aquellos gritos de fraternidad, dieron nuevos ánimos a los más desalentados. Félix Pyat pronunció una alocución de retórico, hinchada de antítesis. El abuelo Beslay estuvo mucho más elocuente, dirigiendo al auditorio breves palabras, entrecortadas de

sinceras lágrimas. Un «hermano» recabó para sí el honor de ser el primero que plantase en las fortificaciones la bandera de su logia, la Perseverancia, fundada en 1790, en el momento de las grandes federaciones. Un miembro de la Comuna les dio la bandera roja: «Que acompañe a vuestras banderas. Que ninguna mano pueda en lo sucesivo lanzarnos a unos contra otros, como no sea para que nos abracemos.» Y el orador Thirifocq, señalando la bandera de Vincennes, dijo: «Vamos a presentarla la primera a las filas del enemigo. Diremos a éste: Soldados de la madre patria, fraternizad con nosotros, venid a abrazarnos!... Si fracasamos, iremos a unirnos a las compañías de guerra.»

A la salida del Hôtel-de-Ville, un globo marcado con los tres puntos simbólicos fue a sembrar por los aires el manifiesto de la francmasonería. El inmenso cortejo, después de haber exhibido en la Bastilla y en los bulevares sus banderas frenéticamente aplaudidas, llegó a las dos a la glorieta de los Campos Eliseos. Los obuses del monte Valérien les obligaron a tomar las vías laterales para llegar al Arco de Triunfo. Una delegación de todos los «venerables» fue plantando las banderas desde la puerta Maillot hasta la de Bineau. La bandera blanca fue enarbolada en el sitio más peligroso, en la avanzada de la puerta Maillot. Los versalleses hicieron alto el fuego.

Los delegados y algunos miembros de la Comuna designados por la suerte, avanzaron, con la bandera a la cabeza, por la avenida Neuilly. En el puente de Courbevoie, ante la barricada versallesa, un oficial los recibió y les llevó a presencia del general Montaudon, francmasón también. Hablan, piden una tregua. El general permite que tres delegados se dirijan a Versailles. Esa noche se hizo silencio de Saint-Ouen a Neuilly.

Al día siguiente volvieron los delegados. Thiers había consentido apenas en recibirlos. Impaciente, resuelto a no acceder a nada, no quería admitir ninguna diputación. Al mismo tiempo, las balas versallesas agujercaban las banderas. Los francmasones se reunieron inmediatamente en la sala Dourlan y decidieron ir al fuego con sus insignias. Dos días después, la Liga de

los Derechos de París acordó oponer al cañón de Versalles «una inmensa cantidad de firmas».

A la tarde, la Alianza Republicana de los departamentos vino a adherirse a la Comuna. Millièrè conducía este ejército de varios millares de hombres. Francamente unido a la Comuna, había conseguido agrupar a los oriundos de las provincias. Ya se sabe cuánto dieron éstas, en sangre y en nervio, a la gran ciudad. De los treinta y cinco mil prisioneros de origen francés que confesaron haber cogido los versalleses, solamente nueve mil habían nacido en París. Millièrè organizó la alianza por grupos departamentales, y cada uno de ellos se esforzaba por informar a su región acerca de los acontecimientos de París, enviaba circulares, prospectos, delegados. El 30 de abril, todos los grupos, reunidos en el patio del Louvre, votaron una proclama a los departamentos y se trasladaron al Hôtel-de-Ville para «reiterar su adhesión a la obra patriótica de la Comuna de París». Algunos miembros de la Comuna bajaron para fraternizar.

El fuerte de Issy, evacuado

Aún se veía la manifestación, cuando estalló un rumor en la plaza: ¡el fuerte de Issy ha sido evacuado!

Protegidos por sus baterías mientras iban adelantando cada vez más sus avanzadillas, los versalleses habían sorprendido en la noche del 26 al 27 los Moulineaux, lo cual les abría el camino del parque de Issy. En los días siguientes, sesenta piezas de grueso calibre concentraron su fuego contra este fuerte, mientras otras hostilizaban a Vanves, Montrouge, las cañoneras y la línea exterior. Issy respondía lo mejor que podía, pero las trincheras, que Wetzel no sabía mandar, se sostenían muy mal. El 29 arreció el bombardeo, y los proyectiles cayeron en el parque. A media noche, los versalleses suspendieron el fuego y sorprendieron a los federados en las trincheras. El 30, el fuerte, que no había recibido ningún aviso de esta evacuación, se despertó

rodeado de un semicírculo de versalleses. El comandante Mégy se azoró, mandó a pedir refuerzos, no recibió ninguno. La guarnición se alborotó, y aquellos federados que soportaban tan valerosamente la lluvia de los obuses cobraron miedo a un puñado de tiradores. Mégy celebró consejo. Se decidió la evacuación. Clavaron los cañones precipitadamente, y tan mal, que se desclavaron aquella misma noche. El grueso de la guarnición salió. Algunos hombres entendieron de otro modo su deber, y quisieron quedarse para dejar a salvo el honor. Un oficial versallés les conjuró a que se rindiesen en el término de un cuarto de hora, so pena de ser pasados por las armas. Sin embargo, ellos no respondieron. Los versalleses, por lo tanto, no se atrevieron a arriesgarse.

A las cinco, Cluseret y La Cécilia llegaron a Issy con algunas compañías formadas apresuradamente. Se desplegaron en guerrilla; a las ocho, los federados volvieron a entrar en el fuerte. En la puerta de entrada, un muchacho, Dufour, junto a un carrito de mano lleno de balas y de cartuchos de artillería, estaba dispuesto a hacerse volar, creyendo que se llevaría consigo la bóveda. A la tarde, Vermorel y Trinquet trajeron otros refuerzos, y los federados volvieron a ocupar todas las posiciones.

A los primeros rumores de evacuación, los guardias nacionales acudieron al Hôtel-de-Ville a interpelar a la comisión ejecutiva. Ésta afirmó que no había dado ninguna orden de evacuar el fuerte, y prometió castigar a los traidores, si los había. Por la noche detuvo a Cluseret, a su regreso del fuerte de Issy. Cluseret salió del ministerio dejando una situación militar mucho peor que la que había encontrado a su llegada; el ejército de operaciones que había prometido no se formó; ni el armamento ni el equipo habían progresado; había menos hombres en armas, y el fuerte de Issy estaba comprometido. Toda su defensa interior había sido enterrar en el Trocadero algunos cañones que, según Cluseret, batían en brecha el monte Valérien. Más tarde había de intentar atribuir su incapacidad a sus colegas, tratándolos de imbéciles, de vanidosos, acusando a De-

lescluze de estafador, diciendo que su detención lo había echado a perder todo y calificándose modestamente a sí mismo de «encarnación del pueblo».

Creación del Comité de Salud Pública

Este pánico de Issy determinó la creación del Comité de Salud Pública. El 29 de abril, al final de la sesión, Jules Miot, uno de los figurones del 48, se levantó para pedir «sin frases», la creación de un Comité de Salud Pública que estuviese dotado de autoridad sobre todas las comisiones y fuera capaz de «hacer caer las cabezas de los traidores». Instándosele a que concretara las razones que le movían a hablar así, respondió solemnemente que «creía necesario ese Comité». Todo el mundo estaba de acuerdo en la necesidad de robustecer el control y la acción, ya que la segunda comisión ejecutiva se había mostrado tan impotente como la primera; pero ¿qué significaba esa frase de *Comité de Salud Pública*, parodia del pasado, espantajo de ingenuos? Desentonaba en esa revolución proletaria, en ese Hôtel-de-Ville, de donde había hecho arrancar el Comité de Salud Pública a Jacques Roux, a Chaumette y a los mejores amigos del pueblo. Desgraciadamente, los más de los que constituían el Consejo no habían leído la historia de la Revolución. El título rimbombante les subyugó. Lo hubieran votado inmediatamente, de no ser por la energía de algunos colegas que exigieron se pusiera previamente a discusión el caso. «Sí —decían estos últimos—, queremos una comisión enérgica, pero no plagios revolucionarios. Que la Comuna se reforme, que deje de ser un gárrulo parlamento en pequeño que desbarate a la mañana, al antojo de su fantasía, lo que ha creado la víspera.» Y proponían un comité ejecutivo. Los votos se equilibraron.

La cuestión de Issy decidió a la Asamblea. El 1 de mayo, por 34 votos contra 28, triunfó el título. En cuanto al conjunto del proyecto, 45 votaron a favor y 23 en contra. Algunos habían votado a favor, a pesar del título,

lo, con el solo objeto de crear un poder fuerte. Muchos explicaron su voto. Otros pretendieron obedecer al mandato imperativo de sus electores. Unos «querían hacer temblar a los cobardes y traidores». Otros declaraban sencillamente, como Miot, que «era una medida indispensable». Félix Pyat, que había empujado a Miot y sostenido violentamente la proposición para conservar la estimación de los que gritaban, adelantó esta poderosa razón: «Voto a favor, en vista de que las palabras *salud pública* pertenecen en absoluto a la misma época que las de *República francesa* y *Comuna de París*.» Tridon, en cambio: «Voto en contra, porque no me gustan los desechos inútiles y ridículos.» Vermorel: «En contra; eso no es más que una palabra, y demasiado tiempo lleva ya el pueblo contentándose con palabras.» Longuet: «Como las palabras salvadoras me inspiran tan poco crédito como los talismanes y amuletos, voto en contra.» Vallès: «En nombre de la salud pública, me abstengo y protesto.» Diecisiete declararon colectivamente que votaban contra la institución de un Comité que crearía una dictadura, y algunos más invocaron el mismo pueril motivo. La Comuna seguía siendo tan absolutamente soberana, que ocho días después barría al Comité.

Los que se oponían se negaron a votar una lista: «Yo no veo los hombres que puedan ponerse en ese Comité», dijo Tridon. «No podemos —decían todos— nombrar a nadie para una institución que estimamos inútil y fatal. Consideramos la abstención como la única actitud digna, lógica y política.» Sí, perfectamente; sería lógica, pero, tratándose de la Revolución, abstenerse equivale a favorecer al adversario.

El escrutinio, así censurado de antemano, dio como consecuencia un poder falto de autoridad. No hubo más que treinta y siete votantes. Fueron nombrados Rancière, Antoine Arnaud, Léo Meillet, Ch. Gérardin y Félix Pyat. Los alarmistas podían tranquilizarse. El único dotado de verdadera energía, Rancière, alma recta y cávido corazón, estaba a merced de una bondad que la debilidad echaba a perder.

El acta de esta sesión apareció, muy abreviada, en «L'Officiel» que insertó, sin embargo, los votos razonados. Los amigos de la Comuna, los valientes de las trincheras, de los fuertes, de la batalla, supieron entonces que había una minoría en el Hôtel-de-Ville. Esa minoría se afirmaba en el preciso instante en que Versalles descubría sus baterías del sur. Esa minoría, que comprendía, con unas diez excepciones, a los más inteligentes, a los más cultos de la Comuna, no pudo jamás encuadrarse en la situación. La ilusión general era que se podría resistir y salir adelante, hasta el punto de que se prorrogaron por tres años los reembolsos de las deudas anteriores a la Comuna. La minoría, exagerando también en esto, nunca quiso comprender que la Comuna era una barricada.² Algunos blandían sus principios a modo de escudo, como una cabeza de Medusa, y no hubiesen hecho concesiones ni aun por la victoria. Decían: «Durante el Imperio estábamos por la libertad; no vamos a renegar de nosotros mismos en el poder.» Hasta en el destierro han pretendido algunos que la Comuna había perecido por sus inclinaciones autoritarias. En lugar de aplicar su inteligencia a la conquista de la mayoría, de transigir con las circunstancias y con las debilidades de sus colegas, lo único que supieron hacer fue acantonarse en su autonomía, esperando que todo el mundo fuese a ellos tal como lo había hecho Tridon.

El sitio había presentado a éste a la masa. Sus artículos de «La Patrie en Danger», iguales a los de Blanqui, en lúcido vigor, su clara y mordiente palabra en las reuniones públicas, le valieron en febrero sesenta y cinco mil votos. Elegido por la Costa de Oro, donde te-

2. La minoría tenía por lo menos veintidós miembros: Andrieu, Arnold, Arthur Arnould, Avrial, Beslay, Clémence, Victor Clément, Courbet, Frankel, Eug. Gérardin, Jourde, Lefrançois, Longuet, Malon, Ostyn, Pindy, Serrailier, Theisz, Tridon, Vallès, Varlin y Vermorel.

nía grandes propiedades, abandonó la Asamblea de Burdeos después del voto mutilador. En el Hôtel-de-Ville hablaba raras veces, y a ráfagas. Hombre de buen sentido tanto como revolucionario, enemigo de los charlatanes, cuando vio la vacuidad de los románticos, la insuficiencia de sus antiguos amigos blanquistas, rompió con ellos y no arrastró en pos de sí a nadie. Su carácter arrebatado, receloso —agriado, además, por una enfermedad que le hacía orinar sangre y a consecuencia de la cual murió, poco después de que la Comuna acabase también sus días, legando su fortuna a la causa—, le hacía poco adecuado, en realidad, para captarse voluntades.

Este papel tentaba a Vermorel. Encarcelado después del 31 de octubre, desafió a los hombres del 48 a que substanciasen las calumnias con que le perseguían, ahora que tenían en su poder los papeles del Imperio. Después del sitio, presa de una gran tristeza como tantos otros, se retiró a casa de su madre, a provincias, adonde fueron a buscarle los electores de Montmartre. El aire de la batalla social le reanimó; se entregó a ella con toda su alma. Más activo y laborioso que nadie, no salía del Consejo como no fuera para ir a las avanzadas. Varias veces corrió el rumor de su muerte. A pesar de esta feliz conjunción de buen sentido y valentía, no lograba ganar en autoridad. Su exterior le mataba. Demasiado grande, torpe, tímido, con cara y cabellos de seminarista, con una palabra precipitada que parecía pelear con su pensamiento, no tenía el menor poder de atracción.

La mayoría contaba con varios hombres serios a quienes hubiera atraído una actitud clara; pero esta minoría demasiado ergotista los desanimaba. La habilidad de Pyat hacía el resto. La enfermedad de Delescluze, obligado a guardar cama frecuentemente, dejaba el campo libre a sus artimañas. Delescluze no hablaba nunca más que por la unión; el otro hubiera preferido ver muerta a la Comuna, antes que salvada por aquellos a quienes odiaba. Y odiaba a todo aquel que sonriese ante sus demencias. Poco le importaba desacreditar a la Asamblea con tal de vengar su orgullo. Podía mentir desca-

radamente, cincelar la más infame calumnia, y después, súbitamente enternecido, abrir los brazos y decir: «¡Abracémonos!» En su periódico insinuaba que Jourde no rendía cuentas, y al ser apostrofado por Jourde declaró por su honor que no había querido atacarle. Acusaba ahora a Vermorel de haber vendido el «*Courrier Français*» al Imperio, después de haber ofrecido a los Orleans. No se le vio nunca en las avanzadas, pero con su paso de Celadon envejecido se deslizaba por los pasillos, recorría las comisiones, unas veces acariciador, adulator, hecho un verdadero Barère de entre bastidores, otras veces patriarcal. «¡La Comuna! ¡Si es mi hija! ¡Yo he velado por ella veinte años, yo la he alimentado, yo la he acunado!» Según él, se le debía el 18 de marzo. «No tengo —decía— la energía de Marat, pero sí su espíritu de vigilancia; yo soy el amigo del pueblo», ignorando —todo su saber se limitaba a unos cuantos adjetivos— que los títulos de Marat son el buen sentido revolucionario, la lucidez, que Marat fue un guía seguro, y que no huía de la muerte. Los blanquistas se burlaban de Pyat bajo cuerda, pero se servían de él para conservar a su lado a los románticos y para contener a los socialistas, los cuales eran demasiado argumentadores.

A partir de ese momento, las divergencias se transformaron en hostilidades. La sala de sesiones era pequeña, mal ventilada, perturbada, además, por los ruidos de afuera, por más que Pindy hubiese barrido el Hôtel-de-Ville de los parásitos que lo llenaron al principio. La atmósfera, rápidamente caldeada, daba fiebre. Sopló la discordia, madre de la derrota. Cesó, sin embargo —que lo sepa el pueblo, lo mismo que sus culpas—, cuando pensaron en el pueblo, cuando su alma se alzó por encima de las miserables rencillas personales. Acompañaron el entierro del filósofo Pierre Leroux, que había defendido a los sublevados de junio, ordenaron la demolición de la iglesia de Bréa, erigida en memoria de un traidor justamente castigado, la del monumento expiatorio que escarnece la revolución y ennoblecieron la plaza de Italia con el nombre de Duval. Todos los decretos socialistas fueron aprobados por unanimi-

dad, ya que, por más que hayan querido diferenciarse, todos aquellos hombres fueron socialistas. El Consejo no tuvo más que una voz y un voto unánimes cuando se trató de expulsar a dos de sus miembros, culpables de estafas anteriores.³ Y nadie, ni aun en lo más recio del peligro, osó hablar de capitulación.

3. Blanchet, ex capuchino, declarado varias veces en quiebra; Émile Clément, que en tiempos del Imperio se había ofrecido a la policía. Raoul Rigault había registrado cuidadosamente los legajos de la prefectura.

CAPÍTULO XXII

Rossel sustituye a Cluseret. — Estallan las rivalidades. — Rencillas en la Comuna. — Rossel continúa la obra de Cluseret. — La defensa del fuerte de Issy.

El último acto de la segunda comisión ejecutiva fue nombrar a Rossel delegado de Guerra. Lo mandó a buscar en la noche del 30. Acudió, contó la historia de los sitios célebres, prometió hacer a París inexpugnable, los hechizó cuando creían cazarle. Nadie le pidió un plan definido, y le firmaron inmediatamente el nombramiento. Él, por su parte, escribió a la Comuna: *«Acepto estas difíciles funciones, pero necesito vuestro apoyo total para no sucumbir bajo el peso de las circunstancias.»*

Rossel conocía a fondo estas circunstancias. Jefe de estado mayor general desde hacía veinticinco días, debía ser el hombre más al corriente, en París, de todos los recursos militares de la ciudad. Había visto de cerca a los hombres de la Comuna, del Comité Central, a los principales oficiales, los efectivos, el carácter de las tropas cuya dirección aceptaba.

Rossel, delegado de Guerra

Empezó por dar una nota falsa al responder al oficial versallés que había intimado la rendición del fuerte de Issy: *«Querido camarada: la primera vez que se permita usted enviarnos una intimación tan insolente, haré fusilar a su parlamentario... Su devoto camarada.»* Esta desenvoltura acusaba al condotiero. No comprendía nada del alma de París, de esta guerra civil, el que amenazaba con fusilar a un inocente, el que trataba de *querido* y de *devoto camarada* al colaborador de Galliffet.

Nadie comprendió menos que él a la Ciudad, a la guardia nacional. Se imaginaba que «Le Père Duchêne»

era la voz del trabajador, y se encerraba con su director, Vermesch, escéptico y vanidoso. Apenas se encontró instalado en el ministerio, habló de acuartelar a los guardias nacionales, de cañonear a los que huyesen. Quería desmembrar las legiones, hacer de ellas regimientos cuyos coroneles nombraría él mismo. El Comité Central protestó, los batallones se quejaron a la Comuna, que mandó llamar a Rossel.

Acudió éste el 2 de mayo, y sufrió una especie de examen. El antediluviano Miot le preguntó cuáles eran sus antecedentes democráticos. «No diré yo —respondió Rossel— que haya estudiado profundamente las reformas sociales, pero siento horror hacia esta sociedad que acaba de entregar tan cobardemente a Francia. Ignoro lo que será el nuevo orden del socialismo; pero tengo confianza en él, siempre valdrá más que el antiguo.» Luego entró en materia, dio explicaciones acerca del fuerte de Issy, expuso su proyecto de formación de regimientos como hombre de oficio, con palabra sobria, a veces tan feliz, que la Asamblea quedó seducida. «Sus explicaciones han satisfecho a la Comuna —le dijo el presidente—; puede usted estar seguro de su ayuda sin reservas.»

El Comité Central no se dio por vencido; al día siguiente, de acuerdo con los jefes de las legiones, los envió al Hôtel-de-Ville. Rossel se olió el proyecto e hizo detener a uno de los jefes; los demás llegaron al Comité de Salud Pública con el sable al cinto, y, no encontrando a nadie, dejaron esta esquila: «El Comité de Salud Pública recibirá al Comité Central a las cinco.» Félix Pyat, que se encuentra, a su regreso, con esta nota, se presenta en la Comuna, espantado, a preguntar qué hay que hacer. La Comuna se indigna ante la insolencia del Comité Central, dice que el Comité de Salud Pública tiene poderes para responder a aquél.

Rencillas en la Comuna

A ese Comité de Salud Pública le traen muy sin cuidado las responsabilidades. Al día siguiente vuelve a

pedir consejo a propósito de cierto proyecto de conciliación presentado a la Comuna y a Versalles por la candorosa Liga de los Derechos de París. «Me extraña —dice Paschal Grousset— que el Comité de Salud Pública venga a darnos lectura de este ultimátum insolente; la única respuesta que merece es la detención y el castigo de sus autores», y acaba dirigiendo una amonestación al Comité. «¡Que se anule el Comité!», dice otro. «En lo sucesivo —dice Ranvier— tomaremos nuestras decisiones sin consultar con ustedes.» En resumen, la Comuna se remite de nuevo al decreto que concede plenos poderes al Comité. Inmediatamente. Félix Pyat que dimite. Tridon le apostrofa. «El ciudadano Pyat —dice Johannard— ha sido uno de los promotores de este Comité; pido un voto de censura para el ciudadano Pyat, que dimite todos los días para volver siempre aquí.» Pyat: «Encuentro aquí una oposición personal contra mí.» Vallès: «Lo que es yo, en el lugar de Pyat no dimitiría.» Pyat: «¡Pues bien!, pido que se me hable en conciencia, francamente. Que los que me han atacado, los ciudadanos Tridon, Johannard, Vermorel, retiren sus injurias, y por mi parte no guardaré en mi corazón ningún recuerdo de este triste incidente. (*Interrupciones.*) Pido que se liquide todo, que lo pasado se dé por pasado.» Vermorel: «Es preciso que haya reciprocidad en ese respecto. Yo manifesté mi simpatía hacia el ciudadano Pyat el 31 de octubre. Cuando dimitió por primera vez, no encontré ninguna razón para ello, y así lo dije. Cuando se trató de suprimir «Le Bien Public», el ciudadano Pyat apoyó aquí esta suspensión, y protestó contra ella en su periódico; yo constaté esta contradicción. En respuesta, el ciudadano Pyat me acusó de haber mantenido relaciones con Rouher. Mis electores de Montmartre me pidieron explicaciones, no me han vuelto a enviar aquí sin saber que estaba absolutamente limpio de culpa. Es preciso que la Asamblea lo sepa de una vez. Existe un informe de Mercadier... (*Interrupciones.*) Quiero explicarme... Entre los papeles del 4 de septiembre se ha encontrado una comunicación de Rouher quejándose de que yo no hubiera sido condenado más que a quinientos francos de multa por un artículo de periódico;

eso le parecía un escándalo. El ciudadano Pyat ha encontrado un informe de ese mismo Mercadier en que éste dice que soy, «como es sabido», el agente de Rouher. La acusación se basa en los informes de un tal Lucien Morel, una granujilla sobre el que ya había llamado yo la atención a mis amigos. Si Pyat me hubiera pedido explicaciones, yo se las hubiera dado.» Malon: «Yo formaba parte del jurado entre Vermorel y Rochefort, y debo declarar que jamás he sabido que se pudiera decir que Vermorel fuese agente de Rouher.» Numerosas voces: «¡Basta, basta!» Tridon y Johannard dicen, el uno, que ha estado demasiado vivo; el otro, que no ha insultado a Pyat. Este responde que se le ha acusado hace un momento de cobardía, que se ha aplicado a su dimisión la palabra desertión, que Vermorel ha hecho insertar en el periódico de Rochefort una calumnia —se trata de la historia de un barco de carbón—, y termina: «Requiero a la Comuna para que declare que soy un hombre honrado.» Vermorel: «Pido a Pyat que declare que jamás he transigido en lo que se refiere a los principios del honor.» Por todas partes: «Estas discusiones son deplorables.» Pyat se levanta. Alguien grita: «¡El orden del día!» El incidente Pyat-Vermorel no figurará en «L'Officiel». Desde que se publicaban en éste las sesiones, aparecían en su mayor parte mutiladas, expurgadas, y sólo ofrecían un pálido reflejo de las discusiones.

El asunto del Moulin-Saquet

Todavía están discutiendo, cuando llega Mortier y cuenta la sorpresa del Moulin-Saquet. Fatigados, mal dirigidos, los federados se resguardaban mal contra las sorpresas. La más terrible acababa de tener lugar en la noche del 3 al 4, en el reducto del Moulin-Saquet, ocupado en aquel momento por quinientos hombres. Dormían en sus tiendas cuando los versalleses, después de apoderarse de los centinelas, se introdujeron en el reducto y asesinaron a unos cincuenta federados. Los soldados destrozaron los cadáveres, se apoderaron de

cinco cañones y de doscientos prisioneros. Se acusa al comandante del 55 de haber revelado la consigna al enemigo.

La Asamblea se constituye en comité secreto y hace llamar a Rossel.

Llega éste; vuelve a exponer la situación de Issy, dice que la sorpresa del Moulin-Saquet obedece a que el Comité de Salud Pública dio orden a Wroblewski y a Dombrowski de dirigirse al fuerte de Issy; lee un parte de Wroblewski. No es ésta, por otra parte, la única torpeza del Comité. Dombrowski recibió, sin que Rossel fuese avisado de ello, la dirección general de las operaciones militares, y ha tenido que dejar Neuilly en manos de un hombre valeroso, pero insuficiente, que se ha dejado desbordar por los acontecimientos. «En estas condiciones —termina Rossel— yo no puedo ser responsable, y pido que sean públicas las sesiones.» Félix Pyat: «Mi respuesta es bien sencilla: ni el Comité de Salud Pública ni yo hemos firmado ninguna orden mandando al ciudadano Wroblewski que se trasladase al fuerte de Issy; la única medida revolucionaria que hemos adoptado es la supresión de la Plaza de París.» Rossel: «Pues es una medida de desgobierno; el ciudadano Pyat ha omitido decir si no había dado plenitud de poderes a Dombrowski para la ejecución de las operaciones militares.» Pyat: «Para la ejecución sí; pero la dirección seguía encomendada al ciudadano Rossel.»

En la sesión de la noche, Tridon encuentra gravísimas las faltas señaladas por Rossel; Vermorel dice que el Comité de Salud Pública es un Comité de obstrucción; Félix Pyat desmiente formalmente a Rossel, en ausencia de éste. Arthur Arnould: «Si el Comité no ha dado órdenes y Rossel, por su parte, niega haberlas dado, ¿cómo no se detiene a Wroblewski y a Dombrowski?» Pyat sigue negando; Vaillant demuestra que el Comité se ha excedido en sus atribuciones. La discusión, muy viva, no termina hasta las doce y media.

Al día siguiente vuelve a empezar. Arnould lee copia de la orden enviada a Wroblewski. Esta orden está firmada por Léo Meillet, A. Arnould, Félix Pyat. Léo Meillet se defiende. No es el traslado de Wroblewski lo que

ha dado lugar a la sorpresa, sino la traición. Avrial: «Hay en todo esto una mentira que es preciso esclarescer.» Mandan a buscar a Félix Pyat. Mientras tanto, Parisel pide que se constituya el comité secreto y dice: «Yo puedo, en los momentos actuales» ...Aquí termina el acta. El 23 de abril, el original de Parisel había pedido que la Comuna, utilizando todos los recursos de la ciencia para combatir a los versalleses, formase un nuevo ministerio de hombres competentes, al que Allix, radiante, denominó «Ministerio del progreso», calificativo que dio mucho que reír. Parisel reclama un hombre enérgico que se encargue de hacer requisas. Llega Félix Pyat, le hablan del despacho enviado a Dombrowski. «Confieso, avergonzado —dice—, que no conservo el menor recuerdo de ese documento.» Se lo ponen delante de los ojos. «¿Es esta su firma?» Pyat: «Yo no creía, al firmar dos líneas en el documento, que firmase una orden dirigida al general Wroblewski.» Arthur Arnould lee otras órdenes militares enviadas por el Comité de Salud Pública. Langevin: «Que la Asamblea decida hasta qué punto debe tener confianza en un Comité que ha negado enérgicamente haber dado unas órdenes que hoy ya no le es posible negar.» J. B. Clément: «No hay flaquezas de memoria que valgan, ciudadano Pyat; soy del parecer que debía usted presentar la dimisión.» Pyat: «Presentada la tengo ...y suplico a la Asamblea que la acepte... Además, como ya no podré ser creído por ustedes, me veo obligado a renunciar a las funciones que se me han confiado.» Ferré pide que se llame a todos los miembros del Comité de Salud Pública. La discusión se bifurca. ¿Dónde está Cluseret? Pyat: «No lo sé; es una nuez que ha desaparecido bajo el cubilete de los prestidigitadores de la comisión ejecutiva.» Andrieu, miembro de esta Comisión: «Al Comité de Salud Pública es a quien debemos pedir cuentas.» Pyat: «¿Cuentas? Tendrán que rendirlas ustedes.» (*Rumores prolongados.*)

Mientras reñían así en el Hôtel-de-Ville, Versalles triunfaba con los asesinatos del Moulin-Saquet; Thiers anunciaba «este elegante golpe de mano» —escribía uno de sus oficiales— en un parte burlón en que decía «que

habían sido muertos doscientos hombres, habiendo huido los demás tan aprisa como se lo permitieron sus piernas; esta era la victoria que la Comuna podía anunciar en sus boletines». Los prisioneros conducidos a Versalles fueron asaltados por la turba que acudía a la llegada de todos los convoyes para cubrir de golpes y salivazos a los defensores de París; la turba que tenía justamente el valor que hacía falta para escuchar los cañones que bombardeaban a Issy.

Los versalleses habían reanudado el fuego con furor. Los obuses desmoronaban las casamatas, pulverizaban los revestimientos; la metralla empedraba de hierro las trincheras. Parte del pueblo de Issy era de los soldados. En la noche del uno al dos, procediendo siempre por sorpresas nocturnas, atacaron la estación de Clamart, de la que se apoderaron casi sin lucha, y el palacio de Issy, que tuvieron que conquistar palmo a palmo. El 2, por la mañana, el fuerte se encontraba tan comprometido como la antevíspera. Durante el día, el batallón de franco-tiradores de París les desalojó a la bayoneta. Eudes vino a declarar que él no seguía en su puesto como no relevasen a Wetzel. Este fue sustituido por La Cécilia. Eudes dejó el mando a su comandante de estado mayor y no volvió. A pesar de este abandono, Rossel le nombró comandante de la segunda reserva activa.

Bien pronto se hizo evidente que, a pesar de sus ocurrencias, todo seguiría con Rossel el mismo paso que había llevado ya con Cluseret. Rossel pedía que las municipalidades se encargasen de buscar armas, de cuidar de los caballos, de perseguir a los refractarios, pero no indicaba el medio de llevar a cabo todo ello. Ordenaba la construcción de un segundo reducto de barricadas, de tres ciudadelas en Montmartre, en el Trocadero y en el Panteón, que podían hacer a París inaccesible o inexpugnable para el enemigo; pero no ponía manos a la obra. Extendía el mando de Wroblewski a todas las tropas y a los fuertes de la orilla izquierda; tres días después se lo retiraba en parte. No daba ninguna instrucción de ataque o de defensa a los generales. Como su predecesor, tampoco enviaba informes a la Comuna.

Ni más ni menos que Cluseret, no fue capaz de indicar en esta lucha sin precedentes una táctica nueva, ni de hallar un campo de batalla para aquellos soldados improvisados. La cabeza bien asentada que se le suponía, era únicamente la de un hombre de escuela que soñaba con batallas campales; un soldado de manual, original solamente en la actitud y en el estilo. Siempre quejándose de indisciplina, de falta de hombres, y dejando correr la mejor sangre de París en las luchas estériles de fuera, en desafíos heroicos tales como Neuilly, Vanves, Issy.

La agonía del fuerte de Issy

Issy, sobre todo. Aquello ya no era un fuerte, ni apenas una posición firme, sino un revoltijo de tierra y de pedruscos azotados por los obuses. Las casamatas desfondadas dejaban ver el campo, quedaban al descubierto los polvorines; la mitad del bastión 3.º estaba en el foso, se podía subir a la brecha en coche. Una decena de piezas, a lo sumo, respondía al torrente de las sesenta bocas de fuego de Versalles; la fusilería de las trincheras enemigas, que apuntaba a las tropas, mataba a casi todos los artilleros. Los versalleses renovaron el 3 su intimación, y recibieron como respuesta la palabra de Cambronne. El jefe de estado mayor dejado por Eudes había desaparecido. El fuerte quedó en manos de dos hombres de valor, el ingeniero Rist y Julien, comandante del batallón 131, del distrito XI. Sobre ellos y sobre los federales que supieron resistir recae el honor de esta defensa extraordinaria. He aquí algunas notas de su diario:

«4. — Recibimos balas explosivas que estallan con un ruido de cápsulas. No llegan los furgones; los víveres escasean, y los obuses del 7, nuestras mejores piezas, van a faltarnos. Los refuerzos prometidos todos los días no aparecen por ninguna parte. Dos jefes de batallón han ido a ver a Rossel. Los ha recibido muy mal y les ha dicho que tenía derecho a fusilarlos por haber abandonado su puesto. Le han hecho ver nuestra

situación. Rossel ha respondido que un fuerte se defiende a la bayoneta; ha citado la obra de Carnot. Con todo, ha prometido refuerzos. — Los francmasones vienen a plantar una bandera en nuestras fortificaciones. Los versalleses la derriban. Nuestras ambulancias están repletas. La prisión y el pasillo que conduce a ella están llenos de cadáveres; hay más de trescientos. Un ómnibus de ambulancia llega por la noche. Apilamos en él el mayor número posible de nuestros heridos. En el trayecto del fuerte al pueblo de Issy, los versalleses acribillan el coche a balazos.

»5. — El fuego del enemigo no cesa un minuto. Nuestras troneras no existen; las piezas del frente siguen respondiendo. A las dos recibimos 10 furgones de obuses del 7. Rossel ha venido, ha mirado largamente las fortificaciones. Los *Enfants perdus* que sirven las piezas del bastión 5.º pierden mucha gente, pero siguen firmes en su puesto. Hay ahora en los calabozos cadáveres hasta dos metros de altura. Todas nuestras trincheras, acribilladas por la artillería, han sido evacuadas. La trinchera de los versalleses está a sesenta metros de la contraescarpa. Avanzan cada vez más. Están tomadas las precauciones necesarias, para en caso de que haya un ataque esta noche. Todas las piezas de los flancos están cargadas con metralla. Tenemos dos ametralladoras encima de los terraplenes para barrer a la vez el foso y la explanada.

»6. — La batería Fleury nos envía regularmente sus seis disparos cada cinco minutos. Acaban de traer a la ambulancia a una cantinera que ha recibido una bala en la ingle izquierda. Desde hace cuatro días hay tres mujeres que van a los lugares en que es más fuerte el fuego, a recoger heridos. Esta se muere y nos deja encomendados a sus dos hijos. — Ya no hay víveres; no comemos más que carne de caballo. — Por la noche, la fortificación es insostenible.»

El mismo día, Ranvier anuncia a la Comuna una desbandada en Vanves, y hay muy malos informes del fuerte de Issy. Se quejan de que las piezas de sitio de Vaugirard y de Montrouge no apoyen al fuerte. Parisel pide el envío de seis piezas del 7, la orden de disponer

en batería las piezas de marina del bastión. Objétase a esto que el Comité de Salud Pública es el único calificado para dar órdenes militares.

Al día siguiente, el diario del fuerte relataba:

«7. — Recibimos hasta diez obuses por minuto. Las fortificaciones están totalmente al descubierto. Todas las piezas, salvo dos o tres, están desmontadas. — Las fortificaciones versallesas casi nos tocan. Hay treinta cadáveres más. — Acaban de comunicarnos la muerte de Wetzell; unos dicen que ha recibido una bala en la espalda. — Estamos a punto de ser envueltos.»

CAPÍTULO XXIII

París bombardeado. — El fuerte de Issy sucumbe. — La Comuna renueva su Comité de Salud Pública. — Rossel huye.

«Acaba de cometerse la mayor infamia de que la historia moderna haya guardado recuerdo. París ha sido bombardeado.»

Trochu, Jules Favre, E. Picard, Jules Simon, Jules Ferry, E. Arago, Garnier-Pagès, Pelletan.

«Es calumniar a un gobierno, cualquiera que éste sea, suponer que trate de sostenerse bombardeando la capital.»

Thiers. «Proyecto de ley sobre las fortificaciones de París.» (Diciembre de 1840.)

«Hemos hecho polvo todo un barrio de París.»

Thiers en la Asamblea Nacional. (5 de agosto de 1871.)

Hay que volver de esta atmósfera heroica a las disputas de la Comuna y del Comité Central. ¡Lástima que no celebren sus sesiones en La Muette! Los obuses de Montretout, que acaba de descubrir su potente batería, les harían, sin duda, volverse hacia el enemigo común. Está abierto el ataque en brecha.

En la mañana del 8 de mayo, setenta piezas de marina comenzaron a batir el cerco, desde el bastión 60 hasta el Point-du-Jour. Los obuses llegaban ya al muelle de Javel, y la batería de Breteuil cubría de proyectiles el barrio de Grenelle. En pocas horas se hizo inhabitable la mitad de Passy.

Thiers acompañaba sus obuses de una proclama: «Parisienses, el gobierno no bombardeará París, como no dejarán de decirlo las gentes de la Comuna. Disparará sus cañones... El gobierno sabe, hubiera compren-

dido, aunque por todas partes no se lo hubierais hecho decir, que tan pronto como los soldados hayan franqueado el cerco os uniréis a la bandera nacional.» E invitaba a los parisienses a abrirle las puertas. ¿Qué hará la Comuna ante este llamamiento a la traición?

El 7 no hay quórum; los fieles que permanecen en su puesto despiden a los taquígrafos y secretarios y firman un acta de falta de quórum. El 9 se querellan con el secretario, Amouroux, por sus informes de «L'Oficiel». No es ésta la primera vez; ya el 1 de mayo había respondido francamente: «Si suprimo una parte del informe, es en interés de la Comuna, para suprimir ineptias.» Hoy baja el tono: «Cada miembro podría venir a releer sus intervenciones; a menudo nos vemos obligados a introducir cortes.» ¿Por qué no suprimir la publicación de las sesiones?, propone uno de la mayoría, olvidando que cinco días antes se había votado la admisión del público a las sesiones, encargando a una comisión de buscar local adecuado. Siguen las quejas a cuenta del Comité Central, que invade todos los servicios, a pesar de la Comisión de Guerra. «A ustedes se lo digo, a los del Comité de Salud Pública —exclama Jourde—. ¡Han metido ustedes al lobo en el redil!» Félix Pyat acusa a Rossel. Desde la sesión del 4 no cesaba de minarle el terreno con su incomparable hipocresía. «¡Ya ven ustedes ese hombre! —decía a los románticos—. ¡Es un traidor, un cesarista! ¡Después del plan Trochu, el plan Rossel!» Responde al ataque del día: «No es culpa del Comité de Salud Pública si Rossel no tiene la fuerza ni la inteligencia necesarias para hacer que el Comité Central no se exceda en sus atribuciones.» Régère: «El Comité Central es un mal necesario.» Jourde no puede tolerar que el Comité se entrometa en sus servicios. Jourde, dimisionario de Hacienda al constituirse el Comité de Salud Pública, en cuya ocasión decía: «Dejo a mi sucesor más dinero que el que he tenido yo nunca; se encontrará con una situación perfectamente despejada», se había visto obligado a volver a su puesto por obra de una votación sumamente halagadora.

La Comuna no dejaba de tener razón para preocuparse a cuenta del Comité Central. Ocurrían en aquel

momento extrañas escenas en el departamento de Guerra. Los jefes de legión, que cada vez estaban más agitados en contra de Rossel, habían resuelto aquel día ir a pedirle una relación de todas las decisiones que preparaba sobre la guardia nacional. Rossel se enteró de su proyecto, y al llegar al ministerio se encontraron en el patio con un pelotón en armas. El delegado los veía llegar desde su ventana: «Son ustedes audaces —les dijo—. ¿Saben ustedes que ese pelotón está ahí para fusilarlos?» Ellos, sin inmutarse gran cosa, respondieron: «Para lo que aquí nos trae no hace falta audacia; venimos simplemente a hablarle a ustedes de la organización de la guardia nacional.» Rossel se calma y dice: «¡Que vuelva a su puesto el pelotón!» Esta demostración burlesca produjo su efecto. Los jefes de legión combatieron el proyecto referente a los regimientos, demostrando la imposibilidad de su realización. Rossel, cansado de luchar, dice: «Sé muy bien que no tengo fuerza, pero sostengo que tampoco ustedes la tienen. ¿Dicen ustedes que sí? ¡Pues bien, denme una prueba de ello! Mañana, a las once, lleven a la plaza de la Concordia doce mil hombres, y yo intentaré algo.» Quería disponer un ataque por la estación de Clamart. Los jefes de legión se comprometieron y anduvieron toda la noche de un lado para otro para reunir batallones.

Evacuación del fuerte de Issy

Mientras tenían lugar todos estos altercados, se evacuaba el fuerte de Issy. Agonizaba desde por la mañana. Cada hombre que aparecía en las piezas caía muerto. Por la noche se reunieron los oficiales y reconocieron que era imposible sostenerse; sus hombres, expulsados de todas partes por los obuses, se apiñaban bajo la bóveda de entrada. Un obús del Moulin de Pierre cayó en medio de ellos y mató a dieciséis. Rist, Julien y algunos otros que querían obstinarse, a pesar de todo, en no abandonar aquellas ruinas, se vieron obligados a ceder. La evacuación comenzó a eso de las siete. El comandante Lisbonne, hombre de extraordinario arrojo,

protegió la retirada, que se llevó a cabo en medio de las balas.

Algunas horas después, los versalleses, atravesando el Sena, se establecían más allá de Boulogne, ante los bastiones del Point-du-Jour, y abrían una trinchera a trescientos metros del cerco. Toda aquella noche y durante la mañana del 9, el departamento de Guerra y el Comité de Salud Pública ignoraron la evacuación del fuerte.

El 9, a mediodía, los batallones pedidos por Rossel se alineaban en la plaza de la Concordia. Rossel llegó a caballo, recorrió rápidamente el frente de las líneas, lanzó a los jefes de legión un: «No hay los que yo esperaba», y volvió grupas. En Guerra le anunciaron la evacuación del fuerte de Issy. No quiso escuchar nada, echó mano a la pluma y escribió: *«La bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy, abandonado ayer por la guarnición»*, y sin advertir de ello a la Comuna ni al Comité de Salud Pública, dio orden de imprimir estas dos líneas, haciendo una tirada de diez mil ejemplares, cuando la ordinaria era de seis mil.

En seguida, escribió su dimisión: *«Ciudadanos, miembros de la Comuna, me siento incapaz de asumir por más tiempo la responsabilidad de un mando donde todo el mundo delibera y nadie obedece. Cuando fue necesario organizar la artillería, el Comité Central de artillería deliberó y no prescribió nada. La Comuna ha deliberado, y nada ha resuelto. El Comité Central delibera y todavía no ha sabido actuar. Mientras tanto, el enemigo envolvía el fuerte de Issy con ataques arriesgados e imprudentes, por los que yo le castigaría si tuviese la menor fuerza militar disponible.»* Contaba a su manera y con todo detalla la evacuación del fuerte, la revista de la Concordia, decía que en lugar de doce mil hombres no había más que siete mil,¹ y concluía: *«Por tanto, la nulidad del comité de artillería impedía la organización de la artillería; las vacilaciones del Comité Central detienen a la administración;*

1. Los jefes de legión dijeron que diez mil; la verdad está entre ambas afirmaciones.

las preocupaciones mezquinas de los jefes de legión paralizan la movilización de las tropas. Mi predecesor tuvo el error de debatirse en medio de esta situación absurda. Yo me retiro y tengo el honor de pedirlos una celda en Mazas.»

Creía eludir de esta manera la responsabilidad militar; pero podían abrumarle por todas partes. ¿Por qué aceptó aquella situación «absurda», que conocía a fondo? ¿Por qué no puso ninguna condición a la comisión ejecutiva el 30 de abril, ninguna condición el 2, el 5 de mayo a la Comuna? ¿Por qué despidió aquella mañana a «siete mil hombres», cuando pretendía no tener la menor fuerza militar disponible? ¿Por qué ignoró durante quince horas la evacuación de un fuerte cuya angustiosa situación hubiera debido vigilar de hora en hora? ¿Dónde está su segundo cerco? ¿Por qué no hizo ningún trabajo en Montmartre, en el Panteón?

Rossel podía, ciertamente, dirigir sus reproches a la Comuna; cometió una falta imperdonable con enviar su carta a los periódicos. En menos de dos horas desalentaba a millares de combatientes, sembraba el pánico, difamaba a los valientes de Issy, denunciaba al enemigo las flaquezas de la defensa.

En el otro lado, todo el mundo estaba de fiesta. Thiers y Mac-Mahon arengaban a los soldados que arrasaban, cantando, las pocas piezas encontradas en el fuerte. La Asamblea suspendía sus sesiones y salía al patio de mármol a aplaudir a aquellos hijos del pueblo que se creían vencedores. Un mes más tarde, Thiers decía en la tribuna: «Cuando veo a estos hijos de nuestros campos, frecuentemente ajenos a la instrucción que eleva, morir por vosotros, por nosotros, me siento profundamente conmovido.» Conmovedora emoción de cazador ante su pieza. ¡Acordaos de esta confesión y de por quién morís en las guerras civiles, hijos del campo!

¡Y aún siguen discutiendo en el Hôtel-de-Ville! Raoul Rigault recrimina a Vermorel, que quiere poner en claro el funcionamiento del servicio de seguridad. Contra la opinión de Gambon, la mayoría había nombrado a Rigault procurador de la Comuna.

Habla Delescluze

Se agriaba la discusión, cuando Delescluze entra súbitamente y usurpa la palabra: «¡Están discutiendo aquí cuando se acaba de hacer saber al pueblo que la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy! La traición nos envuelve por todas partes. ¡Hay ochenta cañones que nos amenazan desde Montretout, y ustedes se están aquí discutiendo! Estos deplorables debates de la última semana, a los que tuve la suerte de no asistir, son los que han traído el desorden. ¡Y en un momento como éste, pierden ustedes el tiempo con cuestiones de amor propio!... Yo esperaba que Francia sería salvada por París, y Europa por Francia. Pues bien, hoy la guardia nacional ya no quiere batirse, ¡y ustedes deliberan sobre los puntos del acta! Yo quisiera que Mégy, el ex gobernador del fuerte de Issy, fuese citado ante un consejo de guerra, que el ciudadano Eudes rindiese cuentas de su conducta; tenía la inspección de los fuertes del sur, y el sur ha sido completamente abandonado. ¡Y la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy! El Comité Central va a poner a la Comuna en la puerta, y eso es herir a la Revolución en el corazón. A pesar de la insuficiencia de los miembros que componen esta asamblea, de la Comuna se desprende un poderoso sentimiento revolucionario, capaz de salvar a la patria. La salvaremos, pero tal vez detrás de las barricadas. Deponed hoy todos vuestros odios... He visto a Rossel esta mañana en la revista de la plaza de la Concordia; estaba más desolado que nunca... El parisiense no es cobarde; tiene que estar mal mandado o creerse traicionado para que se niegue a batirse. Es menester que adoptemos medidas inmediatas o que nos hundamos en nuestra impotencia, como hombres indignos de haber sido encargados de defender el país. Francia nos tiende los brazos. El Comité de Salud Pública no ha respondido a lo que se esperaba de él. Hay que darle el retiro. ¿Qué es lo que hace? Nombramientos particulares. Una orden firmada por Léo Meillet nombra a ese ciudadano gobernador del fuerte de Bicêtre; teníamos allí un sol-

dato que parecía demasiado severo. Vuestro Comité de Salud Pública está aniquilado, enterrado bajo el peso de los recuerdos con que se le carga. Para la población de París, ese Comité es los haces, el hacha permanentes. Se pueden hacer grandes cosas empleando palabras sencillas. Yo no soy partidario de los Comités de salud pública; todo eso no es más que palabras.»

La Asamblea, electrizada, aplaudía, interrumpía también, subyugada por aquel hombre severo, que era el deber en persona. La Asamblea se constituye en comité secreto, discute a fondo todo lo referente al Comité de Salud Pública. ¿Qué ha hecho en ocho días? Ha implantado el Comité Central en Guerra, ha aumentado el desorden, ha sufrido dos reveses. Sus miembros se embebecen en los detalles o prestan un servicio de aficionados. Un miembro del Comité quiere defender a éste, invoca la poca precisión de sus atribuciones. Se le opone el artículo 3 del decreto de institución, que otorga plenos poderes al Comité. Se decide, al cabo de varias horas, renovar el Comité, nombrar un delegado civil en la comisión de Guerra, redactar una proclama, no reunirse más que tres veces por semana, salvo en caso de urgencia, instalar al nuevo Comité con carácter permanente en el Hôtel-de-Ville, quedando así permanentemente los miembros de la Comuna en sus respectivos distritos.

Se renueva el Comité de Salud Pública

Por la noche volvieron a reunirse. La mayoría otorgó la presidencia a Félix Pyat, furioso por los ataques de la tarde. Abrió la sesión pidiendo que fuese arrestado Rossel. Agrupando con habilidad apariencias que parecían pruebas a los suspicaces, convirtió a Rossel en chivo emisario de los yerros del Comité, desvió contra el delegado la indignación del Consejo. «Ya os había dicho yo, ciudadanos, que era un traidor, pero no quisisteis creerme. Sois jóvenes, no habéis sabido, como nuestros maestros de la Convención, desconfiar del poder militar.» Esta evocación entusiasmó a los román-

ticos, que no tenían más que un sueño: parecer convencionales; hasta tal punto esta Revolución de nuevos estaba gangrenada de imitaciones.

No hacían falta los arrebatos de Pyat para convencer a la Asamblea. El acto de Rossel era culpable a los ojos de los menos clarividentes. Su detención fue decretada casi por unanimidad —menos dos votos—, y la comisión de Guerra recibió orden de llevarla a cabo, habida cuenta de las circunstancias.

A continuación se pasó al nombramiento del Comité. La minoría, un tanto tranquilizada por la presencia de Jourde en Hacienda y por la actitud de Delescluze, resolvió votar esta vez, y pidió ser incluida en la lista. Excelente ocasión para borrar las disidencias, para volver a formar el haz contra Versalles. Pero las perfidias de Pyat habían llevado a los románticos a considerar a sus colegas de la minoría como verdaderos reaccionarios. Después del discurso de Pyat se había suspendido la sesión. Poco a poco, los miembros de la minoría se encontraron solos en la sala. Descubrieron a sus colegas en una habitación inmediata, amañando una lista. Tras algunas frases violentas, volvieron a llevarlos a la Asamblea.

Un miembro de la minoría pidió que se acabase con aquellas discusiones indecorosas. Un romántico respondió pidiendo la detención de la «minoría facciosa», y el presidente Pyat entreabría ya su bolsa de hiel, cuando Malon dijo: «¡Cállese usted! Usted es el genio malo de esta Revolución. No siga extendiendo sus venenosas sospechas, atizando la discordia. ¡Es su influencia la que pierde a la Comuna!» Y Arnold, uno de los fundadores del Comité Central, exclamó: «¡Son esta gente del 48 los que volverán a perder a la Revolución!»

Pero era demasiado tarde para entablar la lucha, y la minoría iba a expiar su doctrinarismo y su torpeza. La lista de la mayoría pasó íntegra: Ranvier, Arnaud, Gambon, Delescluze, Eudes.

La Asamblea se separó a la una de la madrugada: «¡Bien los hemos embaucado! ¿Y qué me dice usted de la forma en que he llevado la cuestión?», decía a sus amigos Félix Pyat. El «honrado presidente», preocu-

pado por entero de «embaucar» a sus colegas, se había olvidado de la toma del fuerte de Issy. Y aquella misma noche, veintiséis horas después de la evacuación, el Hôtel-de-Ville hacía pegar en la puerta de las alcaldías esta nota: «*Es falso que la bandera tricolor ondee sobre el fuerte de Issy. Los versalleses no lo ocupan ni lo ocuparán.*» El mentís de Pyat valía tanto como el mentís de Trochu a propósito de Bazaine.

Mientras estallaban estas tormentas en el Hôtel-de-Ville, el Comité Central hacía venir a Rossel, le reprochaba el cartel de por la tarde y el número inusitado de ejemplares. Rossel se defendió agriamente. «Era mi deber; cuanto mayor es el peligro, más enterado debe estar el pueblo.» Y sin embargo, no había hecho nada de eso al ocurrir la sorpresa de Moulin-Saquet. Después de su partida, el Comité deliberó. Alguien dijo: «Estamos perdidos como no venga una dictadura.» Esta idea tenía obsesionados desde hacía varios días a algunos miembros del Comité. Se vio que habría un dictador, que ese dictador sería Rossel, y a buscarle fue una diputación compuesta de cinco miembros. Vino Rossel, reflexionó, y acabó por decir: «Es demasiado tarde. Ya no soy delegado. He presentado la dimisión.» Algunos se encolerizaron; él los tranquilizó y salió. Los miembros de la comisión de Guerra, Delescluze, Tridon, Avrial, Johannard, Varlin, Arnold, le esperaban en su gabinete.

Delescluze expuso la misión que traían. Rossel dijo que la orden de detención era injusta, pero que, con todo, se sometía a ella. Describió la situación militar, las rivalidades de todo género que le habían estorbado continuamente, la debilidad de la Comuna. «Ésta —dijo— no ha sabido ni servirse del Comité Central, ni destruirlo oportunamente. Nuestros recursos son muy insuficientes, y yo, por mi parte, estoy dispuesto a asumir todas las responsabilidades, pero a condición de ser apoyado por un poder fuerte, homogéneo. No he podido asumir ante la historia la responsabilidad de ciertas represiones necesarias, sin el asentimiento y el apoyo de la Comuna.» Estuvo hablando un buen rato, con la nerviosa verbosidad que por dos veces le había permitido atraerse en el Consejo a sus adversarios más decididos.

La Comisión, sobremanera impresionada por sus razones, se retiró a una sala vecina. Delescluze declaró que no podía decidirse a detener a Rossel antes de que la Comuna le hubiese oído. Sus colegas fueron de la misma opinión, y dejaron al ex delegado bajo la custodia de Avrial y de Johannard.

Fuga de Rossel y de Gérardin

Al día siguiente llega al Hôtel-de-Ville durante la sesión de la Comuna, que ha nombrado a Delèscluze delegado de Guerra por 42 votos de 46, y discute el informe de Courbet, encargado de buscar una sala de sesiones. El gran pintor propone la sala de los Mariscales, de las Tullerías; otros indican la de los Estados, el Luxemburgo, la sala de San Juan, que deja la Comuna en el Hôtel-de-Ville. Entra Johannard: «Rossel —dice— está esperando a que se le juzgue.» La comisión de Guerra pide que hagan pasar a Rossel. «Debemos juzgarle sin oírle en nuestra barra», dice Paschal Grousset. Arnold: «Si bien es verdad que ha faltado a lo que debía a la Comuna, no ha cometido ningún acto de traición.» Félix Pyat: «Si la Comuna no reprime la insolencia de esa carta, se suicida.» Dupont: «No se escuchó a Cluseret; ¿por qué ha de oírse a Rossel?» Veintiséis votos contra dieciséis se niegan a oírle. ¿Quién ha de juzgarle? El tribunal militar, decide la Asamblea por 34 votos contra 2, y 7 abstenciones. ¿Adónde han de mandarlos? ¡A Mazas, como él mismo ha pedido!

La Asamblea escuchaba distraídamente a uno de sus miembros, Allix, detenido por sus extravagancias, cuando llega Avrial a decir que Rossel y Gérardin han desaparecido.

Ch. Gérardin, amigo de Rossel, viendo el cariz que tomaba el debate, había abandonado la Asamblea, saliendo al vestibulo. «¿Qué ha decidido la Comuna», le pregunta Avrial. «Nada, todavía —responde Gérardin y, viendo sobre una mesa el revólver de Avrial, dice a Rossel—: Su guardián de usted cumple escrupulosamente con su deber.» «No creo —replicó vivamente Rossel—

que esa precaución me concierna. Además, ciudadano Avrial, le *doy mi palabra de honor de soldado* de que no trataré de evadirme.»

Avrial, rendido por su largo servicio de vigilancia, había pedido que le relevasen. Creyó que podría aprovechar la presencia de Gérardin y, dejando bajo la custodia de éste al preso, se dirigió a la Asamblea. Cuando volvió, Rossel y su guardián habían desaparecido. El ambicioso joven se había escabullido, a pesar de su palabra, de aquella Revolución en la que se había extraviado atolondradamente.

Ni que decir tiene que Pyat asaeteó de adjetivos al fugitivo. El nuevo Comité redactó una proclama desesperada; precisamente acababan de revelarle las nuevas conspiraciones: «*La traición se había deslizado en nuestras filas. El abandono del fuerte de Issy anunciado en un cartel impío por el miserable que lo ha entregado, no era más que el primer acto del drama. Debía seguirle una insurrección monárquica en el interior, coincidiendo con la entrega de una de nuestras puertas. Todos los hilos de la tenebrosa trama están actualmente en nuestras manos. La mayor parte de los culpables han sido detenidos. ¡Que todos los ojos estén abiertos, que todos los brazos estén dispuestos a golpear a los traidores!*»

Era melodrama, cuando lo que hacía falta era la mayor sangre fría. Y el Comité de Salud Pública se jactaba extrañamente cuando pretendía haber detenido a la «mayor parte de los culpables» y tener en sus manos «todos los hilos de la trama tenebrosa».